HEIKE WANNER

Un verano en el campo

Annotation

Lisa Marie, Marie Louise y Anne Marie son tres primas que comparten nombre en honor a su abuela, pero allí se acaban sus semejanzas. Louise es una exitosa decoradora, Anne Marie está desbordada por su familia y Lisa Marie ve peligrar su pequeña librería por la apertura de una gran cadena. Aún así, por insistencia de sus madres, las tres mujeres se reúnen mensualmente para compartir unos dulces caseros. Tras recibir la noticia de que su tío Horst ha muerto y les ha dejado su granja en herencia, no les queda más remedio que trasladarse al campo una temporada. Las tres primas tendrán que lidiar con los problemas cotidianos de una granja con animales, como aprender a ordeñar vacas y dar de comer a las gallinas, cometido para el que afortunadamente cuentan con la ayuda de la eficaz monja Buenaventura, una buena amiga de su tío.

HEIKE WANNER

Un verano en el campo

Traducción de Luis Álvarez Gripoll

Maeva

Sinopsis

Lisa Marie, Marie Louise y Anne Marie son tres primas que comparten nombre en honor a su abuela, pero allí se acaban sus semejanzas. Louise es una exitosa decoradora, Anne Marie está desbordada por su familia y Lisa Marie ve peligrar su pequeña librería por la apertura de una gran cadena. Aún así, por insistencia de sus madres, las tres mujeres se reúnen mensualmente para compartir unos dulces caseros. Tras recibir la noticia de que su tío Horst ha muerto y les ha dejado su granja en herencia, no les queda más remedio que trasladarse al campo una temporada. Las tres primas tendrán que lidiar con los problemas cotidianos de una granja con animales, como aprender a ordeñar vacas y dar de comer a las gallinas, cometido para el que afortunadamente cuentan con la ayuda de la eficaz monja Buenaventura, una buena amiga de su tío.

Título Original: *Weibersommer*
Traductor: Álvarez Gripoll, Luis
©2013, Wanner, Heike
©2014, Maeva
ISBN: 9788415893318
Generado con: QualityEbook v0.75

A todas las madres, tías y primas de este mundo,

y muy especialmente a las mías. ¡Sois las mejores!

PRÓLOGO

Peterstal. Masuria. Hace muchos años

¿Amor a primera vista?

No, Marie Thune no creía en esas cosas.

En primer lugar, era demasiado sensata para albergar semejantes sentimientos. En su opinión, esa clase de amor era un invento de los románticos, que habían dedicado noches interminables a trasladar arduamente al papel ideas tan cursis.

En segundo lugar, era muy miope desde la más tierna infancia. Veía borrosas las caras de los desconocidos hasta que estos se encontraban muy cerca. Así pues, ¿cómo iba a enamorarse de buenas a primeras de un extraño si ni siquiera lo veía bien?

Habría podido ponerse las gafas, claro, pero era muy coqueta. La puñetera montura con cristales gruesos no solo le desfiguraba la cara, también le presionaba la nariz y le hacía daño. No, fuera de la escuela, prefería ir sin gafas por el mundo. Los vecinos de Peterstal estaban más que acostumbrados a que la maestra del pueblo no los reconociera por la calle, y por eso siempre la saludaban a voces.

Casi nunca llegaban forasteros a aquel pueblo minúsculo, aislado en medio de prados de hierba húmeda, entre los lagos de aguas cristalinas y los bosques verdinegros de Masuria, la región de los mil lagos de la antigua Prusia Oriental. Poco más de una treintena de granjas se agrupaban alrededor de la iglesia del pueblo, cuyo campanario negro de madera destacaba por encima de los tejados que lo rodeaban. Justo al lado de la iglesia, la casa parroquial, con su revoque blanco, las ventanas de ladrillo y el jardín plagado de flores exuberantes, irradiaba una paz y una tranquilidad que parecían transmitirse a todo el pueblo y a sus habitantes. Los sucesos bélicos que tenían lugar en el

resto de Europa allí se veían muy lejanos y de escasa importancia.

Solo de noche, cuando Marie sacaba las odiosas gafas y se ponía a corregir exámenes en la gran mesa del comedor, oía de vez en cuando las voces estridentes de la radio que, presas de la excitación ante los últimos acontecimientos, por momentos llegaban incluso a quebrarse. El resto de la familia escuchaba el parte con cara de preocupación, pero Marie se había acostumbrado a desconectar de las noticias.

Lamentablemente, por más que se concentrara en las correcciones, no siempre lo conseguía.

Ese era el único factor que perturbaba su apacible vida.

Para ser completamente feliz, a Marie solo le faltaba encontrar al hombre adecuado. Por desgracia, ninguno de los hombres de Peterstal entraba en consideración. La mayoría ya estaban comprometidos o se habían alistado en el ejército, y los restantes eran tan tontos o tan feos que ni siquiera la miopía de Marie podía dibujarles un perfil atractivo.

Pero entonces llegó la tarde de finales de mayo en la que el pequeño mundo intacto de Marie cambiaría para siempre.

La joven volvía del colegio a casa, tomándose su tiempo como de costumbre. Pasó por delante de la rectoría caminando lentamente y aspirando con fruición el aroma de la hierba recién segada. Los vencejos trazaban círculos en el cielo. Marie no podía verlos porque volaban muy alto, pero era imposible no oír el alboroto de sus chillidos. Embelesada, cruzó la calle. Le gustaba esa época del año, cuando la primavera le cedía mansamente su lugar al verano pero todo seguía aún verde, fresco y frondoso.

En ese mismo instante, unos frenos rechinaron y un motorista, vestido con uniforme del ejército, detuvo su vehículo a escasa distancia de sus pies. Sobresaltada, Marie se echó a un lado de un brinco.

-¡Dios mío! -El hombre se bajó de la moto y se quitó el casco-. ¿Se ha hecho daño?

Marie negó con la cabeza y entornó los ojos para poder ver mejor al hombre que tenía enfrente.

-¡A quién se le ocurre cruzar la calle por las buenas! ¿Es que no me ha visto ni me ha oído? -A pesar del nerviosismo, su voz profunda tenía un tono agradable que a Marie le puso la piel de gallina.

-No -respondió, con toda sinceridad, y dio un paso para acercarse a la motocicleta. Quería saber a quién pertenecía aquella voz cautivadora.

-¿No?

El motorista se echó las gafas protectoras hacia atrás, por encima del pelo. La mirada escrutadora de sus ojos de color verde musgo alcanzó a Marie con toda su fuerza. El corazón se le aceleró.

-Yo... eh... este... -balbuceó, y volvió a cerrar la boca, sorprendida. Pocas veces se quedaba sin palabras.

-Iba pensando en otras cosas, ¿no?

Aquella cara con unos ojos verdes maravillosos esbozó una sonrisa juvenil.

-Podría decirse que sí. Estaba escuchando el vuelo de los vencejos.

Aunque eso se ceñía a la verdad, Marie se dio cuenta de que sonaba extraño.

Como era de esperar, el hombre reaccionó con guasa.

-¿Es que hoy vuelan haciendo más ruido de lo normal? -preguntó, y escudriñó el cielo con la mirada.

-Es posible -murmuró Marie.

El hombre se echó a reír.

-Seguro que sí, porque usted no me ha oído tocar la bocina.

-Lo siento.

-Tranquila. ¿Puedo saber quién se ha cruzado delante de mi moto?

-Me llamo Marie.

-¿Marie? -preguntó sorprendido-. ¡Qué casualidad!

-¿Por qué? ¿Usted también se llama Marie? -Se mordió los labios al instante. ¡Qué pregunta más tonta!

El hombre sonrió burlón.

-No, claro que no. Pero me interesan las ciencias naturales, sobre todo los insectos, y especialmente las mariquitas.

-¿Mariquitas?

-Sí. En Masuria hay muchas. Les gustan el musgo y los prados. Por eso es un sitio ideal para estudiarlos.

Marie observó su uniforme.

-Una actividad muy poco habitual para un soldado.

-A veces los soldados también tienen permiso.

-¿Se quedará mucho tiempo?

-Por desgracia, no. Solo quince días, luego tengo que regresar con mi unidad, a Allenstein.

-Eso no está muy lejos de aquí -constató Marie, y se extrañó de que ese hecho la alegrara.

Él asintió.

-Dos horas en moto. Creo que vendré a menudo en verano. El padre Simoneit es un viejo amigo de mi padre.

-Ajá -murmuró Marie, distraída. ¿Qué le estaba pasando?

-Seguramente nos veremos a menudo.

-Mmm... Sí, es probable. -Buscó a tientas el manillar de la motocicleta para apoyarse, porque la mirada de aquel hombre le daba vértigo.

-¿Se encuentra bien? -Le puso la mano con cuidado debajo del brazo para sostenerla.

-Sí, sí -aseguró Marie. Sin embargo, cuando él retiró la mano, añadió con una sonrisa tímida-: Aunque, la verdad, estoy un poco mareada.

El hombre volvió a sostenerla enseguida por el codo.

-¿Me permite que la acompañe a casa?

Marie bajó los ojos, incapaz de decir nada. La calidez de los dedos de aquel hombre le quemaba la piel. Era un fuego totalmente nuevo para ella, y le gustaba. Asustada por sus propios pensamientos, carraspeó:

-Con mucho gusto, ¿señor...? Todavía no sé con quién tengo el placer.

-Me llamo Johann Zabel.

-Johann -susurró Marie, y levantó los ojos para mirarlo. Cuando sus miradas se encontraron, dos revelaciones la asaltaron a la vez.

Primero: el amor a primera vista existía. Ahí tenía la mejor prueba. Porque acababa de enamorarse locamente de Johann Zabel.

Y segundo: a Johann parecía ocurrirle lo mismo.

Pero ¿acaso eso no era una insensatez mayúscula?

Dortmund, abril de 2010

1

El segundo miércoles de cada mes, las descendientes de la familia Zabel se reunían para merendar y charlar.

Desde hacía casi cuarenta años, las gemelas Katharina y Helene, apellidadas Zabel de solteras, mantenían esa tradición. Al principio, en los años setenta, se sentaban las dos solas a la mesa de la cocina, tomaban café y comían *Streuselkuchen*, una tarta de masa seca, mientras sus hijas jugaban en el cuarto contiguo.

Con el paso de los años, la imagen cambió. Primero, las hermanas se trasladaron a la mesa del comedor, mucho más cómoda. Después, en aras de la salud, se pasaron al café descafeinado y refinaron sus técnicas de pastelería: sustituyeron las aburridas tortas por creaciones llenas de fantasía, como la *Donauwelle*, una tarta de cerezas recubierta con crema de vainilla y chocolate, o la tarta de queso Philadelphia. Y, finalmente, no sin cierta presión, consiguieron que sus hijas, que entretanto se habían hecho mayores, participaran en las reuniones. Así fue como el grupo aumentó a cinco personas: además de Katharina y Helene, en el futuro también se sentarían habitualmente a la mesa Lisa-Marie, Lou y Anne.

Eso sí, las chicas pusieron condiciones. Una de ellas fue fijar en dos horas la duración de los encuentros. Oficialmente porque, por desgracia, su vida privada o profesional no les permitía disponer de más tiempo. Sin embargo, el verdadero motivo era que los temas de conversación les duraban dos horas como mucho. ¿De qué iban a hablar tres mujeres tan distintas?

Lo siguiente fue convencer a sus madres de que, a partir de entonces, la generación más joven se encargaría de organizar por turnos los encuentros. La anfitriona solo tenía que poner la mesa y las bebidas. De las tartas se ocuparían las invitadas, también por turnos.

-La palabra mágica es «rotación» -dijo la eficiente Lou a las mujeres de su familia-. De ese modo, ninguna de nosotras tendrá que ocuparse de todo el trabajo.

-Hablando de trabajo: solo podemos reunirnos los miércoles -dijo

tajantemente Lisa-Marie, la librera-. Es el único día de la semana que cierro por la tarde.

-Y cuando toque en mi casa, tendré que encerrar a los niños -dijo Anne, preocupada- o no nos dejarán en paz ni un minuto.

-Pero, Anne, ¡mira que eres exagerada! -reprendió Helene a su hija.

-De eso nada, te lo aseguro.

-¡Mis nietos son un encanto!

-Tal vez contigo...

-¿Podríamos volver a la cuestión real, por favor? -preguntó Lou, que se impacientaba enseguida.

-Los niños son mi cuestión real.

-Pues no haber traído tres al mundo.

Anne se encogió de hombros y se calló. No tenía sentido discutir de hijos con su hermana. Lou interpretó su silencio como una aprobación y sonrió satisfecha.

-Tema zanjado. Volvamos al principio de rotación. ¿Estáis de acuerdo?

Todas asintieron, aunque Katharina y Helene no parecían muy entusiasmadas. De todos modos, se sometieron a los deseos de sus hijas. ¡La cuestión era reunirse con regularidad!

Un miércoles de primavera del mes de abril del año 2010, le tocaba a Lisa-Marie organizar la reunión. De hecho, podría haberse conformado con poner la mesa y hacer café. Sus primas, Lou y Anne, llevarían una tarta cada una. Pero Lisa-Marie no se atenía a la norma de la rotación. Le gustaba mucho cocinar y lo hacía muy bien.

Además, en un libro de cocina que se acababa de publicar, había encontrado la receta de una tarta de primavera deliciosa y ligera, y quería probarla sin falta. Pensaba adornar la mesa en verde y amarillo, colores que entonaban con la estación del año. Ya había puesto un gran ramo de narcisos sobre la mesa. Después se ocuparía de la vajilla, las servilletas y las velas.

Sin dejar de silbar alegremente en su pequeña y ordenadísima cocina, se dispuso a dar los últimos retoques a la tarta, para lo cual repasó antes el final de la receta: «Por último, espolvorear una buena capa de azúcar glas y decorar con flores de mazapán».

Esparció con cuidado el azúcar glas sobre el pastel y colocó encima doce pequeños tulipanes de mazapán. Lo hizo esmerándose en distribuirlos uniformemente por el borde para que todas las porciones tuvieran su propia flor. Acto seguido, dio un paso atrás y contempló su obra.

-Perfecto -susurró, mientras asentía satisfecha.

En ese preciso instante sonó el teléfono. Se limpió las manos rápidamente con un trapo de cocina y se plantó en el pasillo, delante de la cómoda de madera donde estaba el aparato.

-¿Diga?

-Digo, digo -resonó la voz de su madre-. ¿Qué hacías? Has tardado una

eternidad en contestar.

-Estaba acabando de decorar una tarta.

-¿Has hecho una tarta? Pero con eso contravienes el principio de rotación -señaló, pronunciando las últimas palabras con marcada lentitud y sarcasmo.

-Ya lo sé. ¿Y qué? Hasta ahora, siempre os habéis comido con mucho gusto mis tartas, tanto si me tocaba a mí como si no.

-¿Con qué nos vas a sorprender hoy?

-Tarta de mandarina y yogur con mazapán.

-Suena delicioso, menos el mazapán. No me gusta el mazapán, ¡ya lo sabes!

-Pues claro que lo sé. -Lisa-Marie se miró en el espejo que había encima de la cómoda y empezó a limpiarse los restos de azúcar glas que tenía en la cara-. Pero solo hay mazapán en la decoración de la tarta. Puedes apartarlo y dárselo a la tía Helene.

-Precisamente te llamo por eso, para recordarte que le pongas una butaca cómoda a la tía Helene. Todavía no puede sentarse muy bien después de la operación de cadera.

-¿Estás segura? El domingo fui a verla y estaban tan a gusto en su silla de la cocina.

-¡Quita, quita! Helene tiene mucha facilidad para disimular el dolor. Siempre ha sido así, conozco a mi hermana.

-Pero Anne dice que se ha recuperado con una rapidez asombrosa.

-Anne no es quién para juzgarlo.

-Es hija de la tía Helene y, casualmente, también estudió enfermería. Diría que es capaz de juzgar cómo está su madre, ¿no crees?

-Pero yo soy su hermana mayor.

-Solo por diez minutos.

-Por eso mismo la conozco tan bien: ya estábamos unidas en el seno materno.

Como siempre, Lisa-Marie no pudo rebatir ese argumento. En cuanto la tía Helene o su madre recurrían a su época común en el seno materno, toda objeción resultaba inútil.

-De acuerdo, a la tía Helene le duele mucho la cadera -zanjó la discusión-. Le pondré la butaca. ¿Algo más?

-No. Nos vemos enseguida y seguimos hablando. No hace falta que despilfarremos mi dinero ahora.

-Tienes tarifa plana.

-Y tú tienes que ocuparte de tu tarta.

-No solo eso. Todavía tengo que poner la mesa y arreglarme un poco.

-Pues aún te quedan unas cuantas cosas que hacer. ¡Nos vemos luego! -Con eso, Katharina dio por terminada la conversación.

Lisa-Marie volvió sonriendo a la cocina y se puso a recoger. Le hacía ilusión que llegara la tarde, aunque las meriendas familiares no siempre eran pacíficas y tranquilas. Helene, Lou y Anne eran sus parientes más cercanas. Ella no se había casado, y, si bien había habido unos cuantos hombres en su

vida, esas relaciones iban y venían; la familia, en cambio, siempre estaría ahí.

La mirada de Lisa-Marie se posó en la fotografía colgada en la parte inferior del tablón de notas. Se la habían hecho en el comedor de su casa el último Adviento y salían todas alrededor de una mesa adornada con motivos navideños. En realidad, Lisa-Marie había hecho la foto únicamente para inmortalizar la decoración que había montado.

Sin embargo, no solo los dulces de san Nicolás, unas figuritas con ciruelas pasas y nueces, sonreían a cada cual más alegre, las invitadas también habían salido muy risueñas.

Katharina, su madre, y la tía Helene estaban sentadas en el centro, agarradas de la mano. El pelo de la tía Helene, corto y teñido de rojo, contrastaba llamativamente con su blusa de seda verde. Comparada con ella, Katharina casi parecía una mujer conservadora. Sus rizos cortos y grises entonaban perfectamente con la montura plateada de sus gafas y la elegante chaqueta de color lila pálido que se había puesto.

Detrás de la tía Helene estaban sus dos hijas, Anne y Lou, que sonreían con cordialidad a la cámara. No era habitual, porque la sonrisa de Lou solía parecer fría y la de Anne, angustiada. Pero aquella tarde las dos estaban relajadas y de buen humor, seguramente por el vino especiado caliente que Lisa-Marie les había servido.

Anne se había bebido tres tazas. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban a causa del *flash*. Le sentaba bien, porque siempre se la veía con la cara un poco pálida y exhausta.

Lisa-Marie había intentado varias veces cambiar el estilo de su prima. Pero ni el libro de autoayuda *Consejos para mujeres a partir de los cuarenta* ni una cita con una esteticista habían alcanzado el éxito deseado. Anne se negaba a invertir en su imagen más tiempo que el estrictamente necesario. Así pues, llevaba el pelo, que era largo y de color rubio oscuro, recogido en un moño, no usaba maquillaje y se vestía casi exclusivamente con vaqueros cómodos y camisas. Solo en fiestas muy señaladas cambiaba esas prendas por un vestido elegante.

Lou, la hermana de Anne, era muy diferente. Interiorista de éxito, sabía lo importante que podía llegar a ser la primera impresión. Por eso, los mechones de color rubio rojizo de su melena a la francesa siempre le caían exactamente hasta la barbilla. Llevaba un maquillaje discreto, joyas sobrias y ropa práctica pero sumamente elegante. Resumiendo: Lou sabía cómo había que entrar en escena.

En la foto vestía un conjunto de chaqueta marrón, blusa de color turquesa y pañuelo de seda beis, enrollado al cuello con gracia. Y aunque ella también se había tomado dos tazas de vino caliente, se la veía erguida y con los brazos cruzados delante del pecho: una profesional de los pies a la cabeza.

Lisa-Marie reconocía que le daba un poco de envidia, y con razón. Lou tenía cuatro empleados y le sobraban los encargos. Pero no solo le iba bien profesionalmente, también había encontrado la felicidad en el terreno

personal. A principios de año había comprado con su novio, un conocido periodista, un piso grande en el centro de la ciudad y lo había decorado a su gusto. Ahora vivía exactamente como siempre había soñado.

¡Si no fuera tan creída y arrogante! A su lado, Lisa-Marie se sentía muy poquita cosa.

Su mirada se dirigió hacia la parte derecha de la foto, donde aparecía ella. Como había tenido que pulsar el disparador automático y después rodear corriendo la mesa, era la única que salía un poco movida. Sus rizos rubios, que siempre se recogía por detrás de las orejas, se le pegaban desgreñados a las mejillas. Menos mal que se había acordado de utilizar el *flash* especial para evitar los reflejos en los cristales de sus gafas sin montura. Comparada con sus dos primas, se la veía pequeña y frágil, cosa que, para su disgusto, ni siquiera podía corregir con unos tacones altos.

¿Debería probar algo nuevo y cardarse el pelo? La ropa también podía conseguir que una persona pareciera más alta, lo había leído recientemente en un libro de autoayuda. Allí proponían faldas cortas o pantalones pirata. El fin de semana tendría que...

Volvió a sonar el teléfono, lo que hizo que se acabaran de golpe las reflexiones sobre estilismo de Lisa-Marie.

-¿Diga?

Al otro lado se oyó un sollozo. Eso bastó para que Lisa-Marie reconociera de quién se trataba.

-¿Mamá? ¿Qué pasa? -preguntó alarmada.

Su madre se sonó ruidosamente la nariz antes de contestar:

-Acabo de recibir una llamada de Baviera. ¡El tío Horst ha muerto!

Más o menos a esa misma hora, Anne recordó de pronto que aún tenía que hacer una tarta.

Había estado fuera toda la mañana. Primero llevó a los niños a la escuela y luego hizo la compra. Más tarde pasó por el taller para dejar el coche de su marido. En casa le esperaba una enorme montaña de ropa limpia, que planchó a mediodía al tiempo que veía la televisión.

Al acabar, recordó la cita de la tarde.

-¡Mierda!

Dejó la plancha encima de la tabla de planchar, fue corriendo a la cocina y abrió el armario que hacía las veces de despensa. Para su alivio, encontró un paquete de preparado para tarta de coco.

En realidad, tenía planeado impresionar a la familia con una sofisticada tarta de queso, con doble fondo crujiente y un relleno de nata batida y crema de queso baja en grasa. Hasta había comprado los ingredientes.

¿Y ahora qué? Una vez más, se presentaría con un pastel de masa seca que no merecería ninguna atención al lado de las alucinantes creaciones de Lisa-Marie. Además, en la nevera quedarían un kilo de crema de queso y dos botes de nata esperando en vano a que alguien los utilizara. Pero de eso ya se

ocuparía más tarde. Lo importante ahora era que la tarta sustituta llegara a tiempo al horno.

Leyó por encima las instrucciones del paquete.

«Esta suculenta tarta de coco tiene garantizado el éxito en cualquier mesa. La combinación del bizcocho, ligero y esponjoso, y la ralladura de coco crujiente entusiasmará a su familia.»

-Esperemos que sea cierto -murmuró Anne.

Mezcló el contenido del paquete con dos huevos, una cucharada de agua y 150 gramos de margarina. Luego engrasó un molde desmontable y puso dentro la masa. Justo cuando abría la puerta del horno, su hija Mia entró en la cocina.

-¿Por qué huele tan raro? -preguntó la muchacha.

-Es el horno. -Anne colocó el molde sobre la rejilla y cerró la puerta-. Seguro que tus hermanos no limpiaron las migas de la última pizza.

-Mmm, ¡qué rico! -Mia alcanzó una manzana y se sentó en el banco de la cocina-. La tarta con sabor a pizza quemada es uno de mis platos favoritos.

Anne ignoró el comentario.

-¿Cómo es que ya estás en casa?

-No había clase de gimnasia.

-¿Para nadie o solo para ti?

Mia le dio un mordisco a la manzana y masticó a conciencia.

-¡Eso, piénsalo antes de hablar! -Anne se limpió las manos en los vaqueros y se sentó a la mesa con su hija-. Yo puedo esperar.

-Vale, confieso. -Mia alzó la mirada hacia el techo-. No me apetecía jugar al voleibol y he dicho que me encontraba mal por culpa de la menstruación.

-¿No se ha fijado tu profesor de gimnasia en que la regla te viene cada dos semanas?

-Es un profesor en prácticas, muy joven y muy tímido. No se atreve a preguntar. Y no pensarás que lleva una agenda para cada una de nosotras, ¿no?

-Probablemente, no.

-Por cierto, era la última clase de gimnasia de mi etapa estudiantil.

-¿Y no podrías haber ido esta vez?

-¡Ah, mamá! El olor a sudado de un gimnasio no se olvida nunca. Además, da igual una clase más o menos.

Anne se echó a reír.

-En eso tienes razón.

-¿No estás enfadada?

-No. Yo odiaba las clases de gimnasia tanto como tú.

Anne miró cariñosamente a su hija. Como todas las mujeres descendientes de la familia Zabel, Mia era rubia y tenía los ojos verdes, pero de un verde muy intenso. Con sus largos rizos de color trigueño y los ojos verde claro, enseguida empezó a causar sensación entre los chicos de su clase. Sin embargo, todavía no se había interesado seriamente por ninguno de sus

admiradores. Mia era una chica alegre y abierta, que nunca había causado problemas. Esa primavera, estaba en plenos exámenes finales de bachillerato y sería la primera de los tres hijos de Anne que acabaría la secundaria. No era un pensamiento muy agradable porque, con eso, Mia entraría prácticamente en la edad adulta y se iría de casa en un futuro no muy lejano.

Suspiró y se obligó a pensar en otra cosa.

-Ya que has vuelto tan pronto, ¿no me acompañarías a la merienda en casa de Lisa-Marie?

-Ah, ¿ya toca otra vez? -Mia sonrió burlona-. Por eso la tarta, ¿no?

-Si me acompañas, podrás comerte un trozo bien grande.

-Podré de todos modos. ¿No te has fijado que siempre sobra un buen trozo de tus tartas?

-Supongo que eso significa que no vas a acompañarme, ¿verdad?

-No, significa que tus tartas no les gustan.

-Ya me he acostumbrado.

-No te preocupes, mamá, ¡mañana nos comeremos las sobras! Pero tienes razón, no te acompañaré. Tengo que estudiar. Tengo examen de inglés el viernes.

-¿Podrías entonces ocuparte de que tus hermanos hagan los deberes esta tarde antes de sentarse delante del ordenador?

-Eso está hecho -asintió Mia-. ¿A qué hora vuelve papá?

-Ni idea, supongo que como siempre.

-O sea, tarde.

-Ha llamado antes y ha dicho que todavía tiene previstas tres pequeñas operaciones.

El marido de Anne era médico jefe de las clínicas municipales desde hacía dos años.

-Siempre que dice «una pequeña intervención» surgen complicaciones y no vuelve a casa antes de medianoche -dijo Mia-. Pero aquí estoy yo para cuidar de Jan y de Tom.

-¡Gracias! Volveré pronto.

-En la reunión antes de Navidad aguantasteis mucho rato, ¿te acuerdas?

-Fue por el vino caliente.

-A lo mejor hoy Lisa-Marie os prepara unos cócteles de primavera...

-¡Cuánta imaginación tienes! -comentó Anne con una sonrisa.

-... o todavía le queda un poco de aquel licor de huevo hecho por ella misma que tomamos en Semana Santa. -Mia se estremeció-. La tía Lisa-Marie me cae muy bien, pero ¡aquel brebaje era imbebible!

-Ella también lo pasó mal. Me apuesto algo a que hoy se esfuerza el doble.

-Hará... -Mia se interrumpió y se puso a olfatear-. ¿No hueles?

Anne levantó la cabeza.

-Ya te lo he dicho, son las migas del horno.

-No sé, en ese caso tendría que oler más a queso, ¿no? -Dejó la manzana sobre la mesa y se levantó-. Huele a otra cosa, como a plástico quemado. Y

viene del comedor.

-¡La plancha!

Anne se levantó de un salto. Madre e hija entraron juntas en el comedor, donde el televisor seguía encendido. Un humo intenso subía de la tabla de planchar y teñía de negro una parte del techo.

-¡No la toques! -gritó Anne al ver que Mia iba a apartar la plancha de la tabla-. Está muy caliente. -La desenchufó y se puso uno de los guantes que usaban para encender la chimenea-. Mejor con esto.

Con cuidado, agarró la plancha humeante y la llevó a la cocina. Mia, sin perder la calma, echó encima de la tabla una sábana recién doblada y abrió la puerta que daba a la terraza.

En ese momento sonó el teléfono.

-¿Puedes contestar tú? -gritó Anne desde la cocina.

-No -contestó Mia tosiendo-. Estoy apagando el agujero que se ha hecho en la tabla de planchar. Deja que suene.

-¡Ten cuidado!

-Sí, sí...

-¿Puedes?

-Pues claro. Pero me temo que habría que comprar una tabla de planchar nueva.

-La plancha también está para el arrastre.

Anne volvió al comedor y descolgó el teléfono.

-¿Sí, diga? ¿Diga?

-¿Han colgado?

-Sí.

-No sería muy importante.

Lou tenía previsto algo muy especial para la merienda: un rollo de *mascarpone* y café con crema.

Le encantaban las recetas modernas con ingredientes poco habituales, y siempre se tomaba mucho tiempo para prepararlas. Desde que había transformado la cocina en un pequeño palacio cromado, de cristal y mármol, solía pasar tardes enteras delante de los fogones preparando bocados refinados para ella y Christoph, su novio. Habitualmente, él se sumaba abriendo una botella de vino blanco bien frío, que se tomaban sentados a la barra de la cocina mientras en el horno o en la sartén chisporroteaba algo delicioso.

Ese mediodía, Lou tampoco estaba sola. Christoph, sentado a la mesa de la cocina con el portátil abierto, escribía un artículo sobre la erupción de un volcán en Islandia. Era habitual que trabajara en casa, puesto que entre esas cuatro paredes había más tranquilidad que en la redacción.

A Lou le gustaba tenerlo cerca. El repiqueteo del teclado y su forma de murmurar distraídamente de vez en cuando tenían cierto efecto calmante.

Mientras desenvolvía la tableta de chocolate a la piedra junto al frigorífico, observó a su novio con disimulo, que parecía totalmente absorto en el artículo.

Ensimismado, se colocaba las gafas, que no había manera de que casaran con su cara morena, los rizos rubios y el cuerpo musculado. No obstante, a Lou le gustaba que no todo fuera perfecto en Christoph. Desde el principio le había fascinado que, detrás de aquel hombre atractivo y con un físico atlético, hubiera algo más que lo que se veía a simple vista. Mucho más.

Canturreando de muy buen humor, se puso a rallar el chocolate para convertirlo en chocolate en polvo.

-Se ha abierto una grieta muy larga en la caldera de la cima.

-¿Cómo? -Lou levantó la vista del chocolate, confusa.

-El tremor ha aumentado mucho.

-No entiendo nada. ¿De qué hablas?

-Del volcán de Islandia.

-Ah, el Eiafjala... o cómo se llame...

-¡El mismo! -Christoph sonrió-. Por cierto, se llama Eyjafjallajökull.

-Parece que ese volcán te tiene muy preocupado.

-Pues sí. -Christoph se quitó las gafas y se pasó una mano por el flequillo rebelde-. Y si sigue escupiendo ceniza, pronto le preocupará a mucha más gente.

-¿Te refieres a la amenaza de cerrar el espacio aéreo?

Christoph asintió.

-Que espere hasta el viernes -bromeó Lou-. Cuando estemos de vacaciones, por mí como si explota.

Christoph se rio y Lou volvió a concentrarse en el chocolate. Tardó varios minutos en rallar toda la tableta.

-Ahora voy a hacer ruido -avisó a Christoph después de echar un vistazo a la receta-. Tengo que batir la nata.

-No importa -replicó él, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

Lou vertió dos botes de nata en un recipiente, añadió cacao en polvo y estabilizante, y puso en marcha la batidora. Mientras esperaba que la mezcla se endureciera, sus pensamientos vagaron hacia las vacaciones inminentes. Ese fin de semana, Christoph y ella se instalarían en un hotel de lujo en el Caribe. El catálogo promocional prometía una calma y un aislamiento absolutos, porque el gran complejo turístico solo aceptaba parejas sin hijos. Suspiró, ilusionadísima.

Tras las agotadoras reformas y la mudanza al piso nuevo, se había ganado esas tres semanas libres. Esperaba poder dejar atrás el estrés de la oficina y el de la vida social, a veces realmente agotadora. ¡Por no hablar de la lata de las reuniones con la familia!

Pensar en la merienda de la tarde la devolvió a la realidad. Se dio cuenta justo a tiempo de que la nata ya había adquirido la consistencia adecuada. Apartó enseguida la batidora.

-¿Cómo sigue? A ver... -murmuró, y pasó el dedo por las últimas líneas de la receta.

«Poner la nata montada en una manga pastelera con una boquilla ancha y

aplicar formando tobas de distintos tamaños encima del rollo.»

-¿Tobas? -repitió divertido Christoph, y levantó la vista del portátil.

-Supongo que será algo parecido a los rosetones de nata.

-Si no estás segura, llama a tu prima, ella lo sabrá.

-¿A Lisa-Marie? ¿Para que en mi próximo cumpleaños me regale *El pequeño diccionario de la repostería*? Ni hablar.

Christoph se echó a reír.

-¿Existe?

-En la librería de Lisa-Marie hay de todo.

-A mí me parece muy loable que lea todos los libros que tiene a la venta.

-Siempre ha leído mucho. De hecho, en todos mis recuerdos aparece con un libro delante de las narices.

-Hay hobbies peores.

-Por supuesto. -Lou se agachó para sacar una manga pastelera grande del cajón inferior-. Lo malo es que es incapaz de guardarse sus buenos consejos, siempre se pasa de lista.

Rellenó la manga y comenzó a distribuir la nata encima del rollo.

-¿Me das un poco?

Christoph apareció por sorpresa detrás de ella. Le sacaba una cabeza, por lo que no le costó pasarle los brazos por encima de los hombros.

-¡No! -Lou le atizó en los dedos, que planeaban peligrosamente sobre la decoración de nata-. La tarta tiene que quedar perfecta, mi familia no aceptaría otra cosa.

-Yo no me preocuparía por eso. Seguro que Anne también lleva algo.

-¡Qué malo eres! -Lou se echó a reír y apartó un poco la bandeja con la tarta, por si acaso-. Anne va siempre tan de cabeza que la repostería ocupa uno de los últimos puestos de su lista de prioridades.

-¿Y las chicas Zabel aceptan esa disculpa barata? -Christoph la rodeó por los hombros y la hizo volverse hacia él.

-Mi hermana tiene otras cualidades -dijo Lou, y le dio un ligero beso en la mejilla derecha.

-¿Por ejemplo? -preguntó Christoph, ofreciéndole la otra mejilla.

-Lleva veinte años casada con el mismo hombre.

Esta vez, el beso fue un poco más intenso.

-¡Qué aburrimiento! ¿Algo más?

-Ha traído a tres hijos al mundo.

-Los hijos acabarán con ella.

Christoph se inclinó y le rozó los labios con la frente.

-Su marido es un médico reconocido.

Lou apretó con placer sus labios contra los ojos de Christoph.

-¿Y qué? ¿Cuándo fue la última vez que sorprendió a Anne en la cocina?

-Ni idea. Creo que, en su caso, para que las palabras «cocina» y «sorpresa» aparecieran en una misma frase, sería necesario que explotara el horno.

-¿Quién es aquí el malo? -susurró Christoph, arrimándose aún más a Lou.

-No lo he dicho con malicia, ella misma comentó una vez algo parecido. -Lou lanzó un suspiro de placer-. ¿Y si cambiamos de tema?

-Se me ocurre uno... ¿Has terminado la tarta?

-Sí.

-¿Y cuánto tiempo nos queda antes de que te vayas?

-Descontando el rato que tarde en ducharme, más o menos una hora.

-De acuerdo, eso basta para cambiar de tema.

-¿Y qué tema propones? -susurró Lou, aunque ya se hacía una idea.

En vez de contestar, Christoph la atrajo hacia él.

-Te llaman al móvil -musitó entre dos besos.

-¿Y qué?

-¿No vas a contestar? A lo mejor es de la oficina.

-Descartado. Tienen instrucciones claras sobre lo que tienen que hacer -murmuró Lou mientras le desabrochaba la camisa.

-¿Y si es una de tus familiares?

-Que espere hasta la tarde. -Ya había llegado al ombligo de Christoph-. Además, el tiempo vuela. Ya solo nos quedan cincuenta y ocho minutos...

2

Poco antes de las cuatro de la tarde, Anne y Lou se encontraron en la parte sur de Dortmund, delante del viejo edificio en el que vivía Lisa-Marie desde hacía años.

-¡Madre mía! -Anne hacía equilibrios con la tarta en una mano, mientras con la otra guardaba la llave del coche en el bolso-. ¡Llegamos veinte minutos tarde!

-Me alegro de no ser la única -dijo Lou, aliviada, y dejó una cesta en el suelo-. ¿Nos inventamos una excusa conjunta?

-A mí no me hace falta. Yo tengo un buen motivo para justificar el retraso.

-¿Y cuál es?

-Se me ha quemado la tabla de planchar.

Lou miró pasmada a su hermana.

-¿En serio?

Anne asintió sonriendo.

-¿Y qué excusa tienes tú?

-Pues...

Lou se puso colorada, pero por suerte Anne no se dio cuenta.

-¿Es un rollo de crema? -preguntó, señalando el recipiente de plástico que había en la cesta.

-Es un rollo de *mascarpone* y café con crema.

-Suena delicioso.

-Y también sabe delicioso.

-Anda, vamos a entrar.

Anne llamó al timbre y, tras un leve zumbido, se abrió la puerta del edificio. Las hermanas subieron por la vieja escalera de madera hasta el tercer piso.

-¡Menos mal que habéis llegado! -las saludó su prima, Lisa-Marie, en la puerta. Tenía los ojos enrojecidos por haber llorado y parecía exhausta.

-¿Qué pasa? -A Anne casi se le cae el pastel del susto.

-El tío Horst ha muerto.

-¡Oh, no!

Horst Zabel, el tío Horst, era el hermano mayor de Katharina y Helene.

-Llevo dos horas intentando hablar con vosotras, pero no contestabais al teléfono.

-Se me ha quemado la tabla de planchar -se excusó Anne-. Y luego Mia ha desconectado el teléfono para poder estudiar tranquila.

-¿Se te ha quemado la tabla de planchar? -repitió Lisa-Marie, que por un momento se olvidó de su tristeza.

-Es una larga historia, después te la cuento.

-De acuerdo. ¿Y tú? -La mirada cargada de reproches de Lisa-Marie se desvió hacia Lou.

-Yo... Pues... No me funciona el móvil.

-¿Y el fijo? Porque también te he llamado a casa.

-Ni idea. ¡Y déjame entrar de una vez! -Lou entró con tanta decisión que estuvo a punto de empujar a Lisa-Marie.

-Dejad las tartas en el aparador de la cocina. -La anfitriona siguió a sus primas a la cocina.

Anne volvió la cabeza.

-¿Dónde están mamá y la tía Katharina?

-En la sala de estar.

Las dos gemelas, sentadas en el sofá floreado de Lisa-Marie, lloraban desconsoladamente. Katharina llevaba las gafas torcidas y a Helene se le había corrido el maquillaje a causa de las lágrimas. Había pañuelos de papel arrugados esparcidos por el suelo, y dos copitas y una botella de licor de almendras en la mesa de centro.

-¿Les has dado aguardiente? -se escandalizó Lou.

-¿Y qué querías que hiciese? Están aquí desde las dos y media -se defendió Lisa-Marie-. Además, el alcohol las ha calmado.

-Beber aguardiente no es la solución.

-¡Vosotras no estabais aquí para darme una idea mejor!

-¡Dejad de discutir! -Anne se arrodilló delante de Helene-. Mamá... -susurró dulcemente.

-¡Anne! -Helene se echó en brazos de su hija, sollozando-. ¡Nuestro Horst ha muerto!

-Lo sé, lo sé... -Anne le acarició la espalda para tranquilizarla.

Katharina también reanudó el llanto.

-¡Es horrible!

-Lo sé -repitió Anne torpemente, y, como nadie decía nada, añadió-: ¿Qué ha pasado? No estaba enfermo.

-¿Tú que crees? Tenía 83 años -intervino Lou.

-Ha tenido un ataque al corazón. -Katharina se secó las lágrimas y se enderezó las gafas-. El cartero lo ha encontrado esta mañana en el jardín y ha llamado enseguida a una ambulancia. Pero no han podido hacer nada por él.

-¿Y ahora qué? -preguntó Lou-. Somos sus únicas familiares y él vivía en Baviera. Tenemos que organizar el entierro y...

-¡Lou! -la interrumpió Anne, su hermana-. ¡Danos un poco de tiempo!

-No pasa nada, hija. -Helene se deshizo del abrazo de Anne-. Lo más importante ya está arreglado. Hemos hablado con una funeraria del pueblo. Horst quería que lo incineraran. El funeral se celebrará dentro de un par de semanas.

-No me entra en la cabeza. -Katharina sollozaba de nuevo-. No me lo puedo creer.

-Siempre que muere un ser querido, cuesta hacerse a la idea -dijo Anne compasivamente.

-Ayer por la noche hablamos un buen rato por teléfono y estaba muy animado. ¡Incluso hicimos planes para el verano!

Hacía muchos años que Helene y Katharina pasaban los veranos con su hermano en Pfronten, en Algovia. Horst tenía 18 años más que ellas, pero estaban muy unidos.

«Él era el hijo esperado y planificado, y nosotras, las hijas tardías, inesperadas y sin planificar», solían decirles a sus hijas para explicarles la diferencia de edad.

-Horst ha sido el hombre más importante de mi vida -se lamentó Helene.

-¡Mamá! Pero ¿qué dices? ¿Y qué pasa con papá?

-¡Ay, hija! Tu padre era un buen hombre y lo echo mucho de menos. Por desgracia, se nos fue muy pronto. Pero Horst me ha consolado todos estos años.

-Y a mí me dio ánimos cuando me divorcié -añadió Katharina-. ¿Qué vamos a hacer ahora sin él? -dijo, y se abrazó a su hermana sin dejar de gimotear.

-Creo que yo también necesito una copa -le susurró Anne a Lisa-Marie.

-A mí ponme una bien grande con mucho hielo. -Lou se quitó los zapatos y se dejó caer en una butaca-. Esto va para largo.

-Eso me temo yo también. Pero antes de seguir bebiendo, tendríamos que comer algo. -Lisa-Marie sacó tazas, platos y cubiertos del aparador y los dejó en la mesa de centro-. Hoy tendréis que pasar sin la decoración primaveral que tenía pensada, no me ha dado tiempo a prepararla.

-No importa, a mí no me entra nada -sollozó Helene-. Da igual si está bien decorado o no.

-Eso ni lo sueñes, tienes que comer algo -la reprendió su hermana-. Si no, mañana tendrás un dolor de cabeza terrible por culpa del alcohol.

-¿Qué más da si el dolor de cabeza es por llorar o por beber alcohol?

-No, no es lo mismo. Ahora soy la mayor de la familia y tengo que cuidar de ti... -A Katharina se le quebró la voz.

-Falta la tarta-intervino Lou-. Tía Katharina, ¿por qué no vas a ayudar a Lisa-Marie?

-¿Te parece bien comer ahora? -le preguntó Anne cuando Katharina y Lisa-Marie fueron a la cocina.

-¿Y qué quieres que hagamos? -replicó Lou de mal humor-. Quedarnos aquí sentadas llorando tampoco soluciona nada.

-Pero lo hace más llevadero.

-Las penas con pan son menos. Y con tarta, ni te cuento.

-Da igual lo que hagamos -intervino su madre con voz temblorosa-. Lo único que importa es que estemos juntas y lloremos su muerte en compañía.

-¡Vaya, qué divertido! -Lou puso los ojos en blanco-. El colectivo de plañideras en la merienda de las tías.

-¡Cuidado con lo que dices! -masculló Anne-. Cualquiera diría que el tío Horst no te importa lo más mínimo.

-Pues claro que sí, y mucho. -Lou se puso seria-. Pero alguien tiene que mantener la cabeza fría. Además, yo no sé mostrar mis sentimientos tan abiertamente como vosotras.

-Ni falta que hace, basta con que estés aquí.

-Bueno, aquí tenéis las tartas.

Lisa-Marie puso con brío la tarta de mandarina y yogur y el rollo de *mascarpone* en la mesa de centro. Su madre la seguía con la tarta de coco.

-¿Es de chocolate? -Helene la miraba con desconfianza.

-No, ¿por qué? -preguntó Anne.

-Está marrón por encima.

-Se me ha quemado un poco.

-Creía que lo que se te había quemado era la tabla de planchar -se entrometió Lisa-Marie.

-¿Se te ha quemado la tabla de planchar? -preguntó sorprendida Helene.

Agradecida por la oportunidad de poder levantar un poco los ánimos, Anne contó el percance.

-Con todo el lío se me ha olvidado poner el reloj del horno. Por eso se ha quemado la tarta -dijo para concluir el relato-. Lo siento.

-No importa, nos la comeremos igual -la consoló su madre.

-Probaremos las tres -añadió Katharina-. Tenemos toda la tarde por delante.

Dos horas después, Lisa-Marie servía a su prima Lou el último café que quedaba en el termo.

-¿Queréis que haga más?

-Por mí no, gracias. -Suspirando, Lou se arrellanó en la butaca.

-Yo ya no quepo en los pantalones -se quejó Anne. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá.

-¿Me pones un poco más de aguardiente? -Katharina levantó el vaso vacío y miró implorante a su hija.

Lisa-Marie asintió, agotada. Las últimas horas habían sido una especie de baño alterno de agua fría y caliente, de risas y llantos. Katharina y Helene contaron muchas anécdotas de Horst, hablaron de sus recuerdos y dieron rienda suelta al dolor. Sus hijas las escucharon con paciencia, se rieron con ellas y, cuando hizo falta, les secaron las lágrimas. Ahora a todas se les notaba que el cansancio les pesaba como el plomo.

-¿A alguien le apetece un poco más? -Lisa-Marie levantó la botella de aguardiente y miró al grupo.

-Tendríamos que bebernos una copa de licor de verdad -dijo Helene-. Nos arreglaría el estómago.

-Horst siempre tenía licor de hierbas en casa. -Katharina sonrió con melancolía-. ¿Lo sabías?

-¡Ya lo creo! Lo guardaba en el mueble del comedor. No nos dejó probarlo hasta que cumplimos los veinte.

-Era muy severo con vosotras, ¿verdad? -preguntó Anne.

-Cierto -confirmó su madre-. Pero tenía que serlo: él nos crio.

-Tiene que ser horrible no conocer a tus padres -murmuró Lou.

Marie y Johann Zabel no habían sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial ni a sus consecuencias. Johann cayó en combate en Rusia; Marie consiguió huir de Masuria con su hijo Horst, pero murió en el verano de 1945, a las pocas horas de dar a luz a las gemelas.

-Podría haber sido peor -afirmó Katharina-. Al menos nosotras teníamos un hermano mayor.

-Horst luchó como un león para conseguir la tutela. Acababa de cumplir 18 años cuando murió mamá.

-Leí en un libro que, al acabar la guerra, la Administración era un caos -intervino Lisa-Marie-. Seguro que se alegraban por cada niño que no tenía que ir al orfanato.

-De todos modos, no debió de ser una tarea fácil para un muchacho tan joven. Dos recién nacidas... -dijo Anne con pesar.

-Tuvo que bregar mucho para darnos un hogar -recordó Katharina-. Y, gracias a Dios, le ayudaron mucho. Cuando iba a trabajar a la acería, nos cuidaban las hermanas ursulinas.

-Nunca he entendido la relación del tío Horst con las monjas -comentó Anne, pensativa-. ¿Por qué estaban tan dispuestas a ayudarle?

-A lo mejor tenía una amante secreta. -Lou bebió un sorbo de licor.

-¡Marie-Luise! - Cuando se enfadaba, Helene llamaba a su hija por el nombre completo.

-Solo era una idea -se defendió Lou-. Al fin y al cabo, no se casó.

-El tío Horst en *El pájaro espino* -bromeó Lisa-Marie.

-Los tiempos de la posguerra fueron muy difíciles y todo el mundo se ayudaba -explicó Katharina-. Estoy segura de que Horst no tuvo tejemanejes con ninguna monja.

-Entonces, ¿por qué luego ayudó a la orden a construir una clínica de reposo en Pfronten? -Lou vació la copa de un trago y se contestó a sí misma-: Porque de ese modo podía tener cerca a su querida monja.

Helene lanzó una mirada severa a su hija.

-Porque de ese modo -repitió las palabras con frialdad- les expresaba su agradecimiento.

-Podríamos habérselo preguntado -señaló Anne en voz baja.

-Hablaba muy a menudo de esa época. -Lisa-Marie sonrió con tristeza-. Pero nunca le hice mucho caso. Normalmente desconectaba cuando empezaba a

contar la historia de amor entre Marie y Johann. Y si después hablaba de sí mismo, nunca le presté atención.

-Y ahora ya es tarde -dijo Anne, y unos lagrimones le rodaron por las mejillas.

Incluso Lou notó que se le hacía un nudo en la garganta, pero se contuvo: no quería que empezara otra vez el lloriqueo. Buscó rápidamente un tema de conversación inocuo y, por suerte, enseguida se le ocurrió uno:

-¿Quién cuidará ahora de las vacas del tío Horst?

Cuatro pares de ojos llorosos la miraron sorprendidos.

-No lo había pensado.

-A las vacas hay que ordeñarlas todas las noches, ¿no?

-¡Tenemos que llamar al vecino!

-Y no solo hay vacas, también gallinas, abejas y un gato.

Lou asintió con la cabeza, satisfecha de sí misma una vez más. La tristeza se había desvanecido. De repente, la conversación giraba en torno a los cuidados que necesitaban los animales de la granja.

-Voy a llamar al vecino. -Helene se dispuso a levantarse, pero su hermana la detuvo.

-¡Tú quédate aquí sentada! Piensa en tu cadera. Déjamelo a mí.

Lisa-Marie observó con preocupación que su madre iba hacia el teléfono tambaleándose ligeramente.

-Hay que guardar el licor.

-Sí, buena idea -coincidió Anne-. Es muy dulce. Ahora necesito algo más fuerte.

-Yo también -reconoció Lou.

-¿Y si pedimos unas pizzas? Yo tengo tiempo. -Anne había hablado hacía una hora por teléfono con Mia y le había dicho que volvería tarde a casa.

Lou dudó.

-Uf, no sé. Christoph quería cenar conmigo antes de ir al periódico para el cierre de la edición.

-¿No pensarás conducir ahora? -dijo Helene, alarmada.

-No, llamaré a un taxi.

-Podríamos compartirlo -propuso Anne-. Pero antes tengo que comer algo.

-Está bien. Un poco de ensalada italiana no estaría mal. - Lou sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta-. Voy a llamar a Christoph para avisarlo.

-Creía que no te funcionaba el móvil. -Lisa-Marie frunció el ceño con desconfianza.

-Ya se te ha olvidado -dijo Anne, y sacó su teléfono-. Toma, llama con el mío.

Lou, agradecida, le guiñó un ojo a su hermana. Anne quizá fuera un desastre y un poco provinciana, pero en los momentos decisivos se podía confiar en ella.

Antes de que le hubiera dado tiempo a marcar el número de Christoph, Katharina volvió a entrar en la sala.

-De momento, el señor Hösle se ocupará de todo -anunció.

-Es el vecino que, con su mujer, ayudaba al tío Horst en la granja y en la casa, ¿verdad? -preguntó Anne.

Katharina asintió.

-¡Qué suerte que podamos contar con ellos! -dijo Helene, aliviada.

-Bueno, sí, pero hay un problema. -Katharina se sentó al lado de su hermana en el sofá-. El señor Hösle tiene que ingresar el viernes en el hospital para que le hagan una pequeña intervención, y su mujer no puede ocuparse de las dos granjas a la vez.

-¡Ya la tenemos liada! -murmuró Lou de mal humor-. ¿Por qué tuvo que comprarse el tío Horst una granja a los sesenta años?

-Solo recogió unos cuantos animales que ya nadie quería -la corrigió su madre.

-Hay mucha gente que se jubila a los sesenta y se dedica a jugar a los bolos o a cosas por el estilo. Pero ¿qué hizo él? Convertirse en el salvador de unas cuantas gallinas inútiles y unas vacas decrépitas.

-Pero les ha salvado la vida a muchos animales -replicó Anne.

-Y ahora nosotras tenemos que apechugar con ellos -dijo Lou en tono de disgusto.

-¿No se puede contratar a alguien? -preguntó.

-Sí, claro, en una «agencia de granjeros». -Lou se echó a reír.

-¡No te lo tomes a broma! -la reprendió Anne-. Tenemos un problema de verdad, si no hay quien cuide de los animales a partir del viernes.

-¿No podría el señor Hösle aplazar la operación?

-¡Marie-Luise!

-Está bien, mejor me voy. -Lou se fue a la cocina a llamar a Christoph.

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos? -preguntó Katharina, poniendo cara de no saber cómo solucionar el problema.

-Me temo que tendremos que ir las dos a Algovia para ocuparnos de todo -afirmó Helene.

-¡De ninguna manera, mamá! El viernes tienes que estar en el balneario -replicó Anne con contundencia.

Katharina asintió.

-Tiene razón, Helene. Iré yo sola a Baviera.

-¿No querías acompañar a la tía Helene? -preguntó Lisa-Marie.

-Sí, ese era el plan. Pero ahora lo cambio por ir a la granja.

-No podrás con todo el trabajo tú sola, mamá. Te acompañaré.

-¡No puedes cerrar la librería!

-Sí que puedo. -De repente, Lisa-Marie parecía un poco avergonzada-. Incluso me viene muy bien. De todos modos, tenía que cerrar este fin de semana.

-¿Por qué? -preguntó Anne.

-Por las obras de la Brückenplatz. Cerrarán dos meses el acceso al pasaje de la librería.

-¿Y lo dices ahora?

-Bueno, había temas más importantes de que hablar, ¿no?

-Tu librería es importante. Te da de comer.

-Y lo seguirá haciendo, de momento. El contratista me pagará una indemnización por la pérdida de ganancias.

-¿Será suficiente?

-Será más de lo que ingreso algunos meses. -Lisa-Marie sonrió muy contenta-. No os preocupéis. Al contrario, me viene de perlas. Tendré dos meses libres y podré ocuparme tranquilamente de todo con mamá.

-¿Tranquilamente? Pues yo diría que será bastante estresante -señaló Anne.

-Bah, nos las apañaremos.

-Me gustaría ser tan optimista como tú.

-Bueno -retomó la palabra Helene-, todo eso está muy bien, pero a mí me gustaría que Katharina me acompañara al balneario. Me pesará mucho la soledad, ahora que Horst ha muerto.

-Yo también preferiría ir contigo, pero no podemos dejar todo el trabajo a Lisa-Marie.

Como quien no quiere la cosa, la mirada suplicante de Helene se posó en su hija.

Anne suspiró. Conocía a su madre y sabía lo que estaba esperando.

-Tendré que hablarlo con mi familia, pero a lo mejor puedo acompañar a Lisa-Marie. Creo que podría arreglármelas para irme una o dos semanas.

-¡Sería fantástico, cariño!

Katharina también miró radiante y agradecida a su sobrina.

-Y nosotras iremos cuando acabe la rehabilitación. Entretanto, podemos pensar tranquilamente en el futuro de la granja.

-Es que... El tratamiento dura tres semanas y yo solo he hablado de una o dos -objetó Anne, pero no le hicieron caso.

-¡Anne y Lisa-Marie irán a Algovia el viernes para ver cómo marchan las cosas! -exclamó Helene cuando Lou volvió a la sala.

- ¿El viernes? ¿Cómo que el viernes? Yo aún no he dicho que sí -se quejó Anne, pero de nuevo nadie le hizo caso.

-¿No quieres acompañarnos, Lou? -preguntó Lisa-Marie.

-¡Lo siento! -Lou dedicó una mirada compasiva a su hermana-. Me encantaría ir con vosotras, pero ya sabéis que el fin de semana me voy de vacaciones.

-¡Qué lástima! -se lamentó Lisa-Marie.

-Sí, es una lástima -afirmó también Anne, de mal humor-. En Algovia nos vendrían muy bien tus dotes organizativas.

-Bueno, sea como sea, no puedo cancelar el viaje. -A Lou le costó ocultar el alivio que acababa de sentir.

-No, esta vez tienes una buena excusa -murmuró Anne-. ¡No mereces tanta suerte!

3

-¿Qué dices que vais a hacer?

Stefan Wassermann bajó la taza de café y miró boquiabierto a su mujer.

-Lisa-Marie y yo nos vamos el viernes a Pfronten a hacernos cargo de la granja.

-¿Por qué no me dijiste nada anoche? -Dejó la taza en la mesa sin haber probado el café.

-Estaba hecha polvo y muerta de sueño.

-Y un poco achispada. -En un gesto socarrón, se pasó la mano por la coronilla, donde comenzaba a clarearle el pelo, castaño claro.

-También. -Anne se masajeó la frente. Le dolía la cabeza. Sabía que el licor de almendras le sentaría mal.

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-¿El qué? ¿Lo de aquí? ¡Ah, no te preocupes! Os dejaré el frigorífico lleno y le diré a la asistenta que venga todos los días. Además, después del examen de inglés del viernes, Mia acaba las clases y podrá ayudar un poco. Y...

-No me refería a eso -la interrumpió Stefan.

-¿Lo decías por los niños? Ya está todo arreglado. Si ves que vas a salir tarde del trabajo, avísalos con tiempo, por favor. Ya son bastante mayores para cenar solos. Hay que hablarlo con ellos. Solo serán una o dos semanas...

-Tampoco me refería a eso.

-Entonces, ¿a qué? ¿El coche? No te preocupes, se queda aquí. Vamos en el de Lisa-Marie. Es un coche muy hortera, pero...

-¡Anne! ¡Respira un poco y déjame hablar!

-No puedo -se quejó Anne-. Si respiro hondo, el dolor de cabeza empeora.

-Y si sigues sin tomar aire, te desmayarás.

-Lo que voy a tomarme ahora mismo es un analgésico, que tengo mucho que hacer. -Repiqueteó con los dedos en una lista que había delante del plato-. Tengo que llamar al pintor por lo del techo quemado de la sala de estar. Y luego ir a hacer la compra. ¿Hay que llevar tus pantalones blancos a la tintorería?

-¡Olvídate de los pantalones y haz el favor de explicarme cómo pensáis llevar la granja!

Sorprendida por la pregunta, Anne levantó los ojos de la lista.

-Juntas, naturalmente.

-«Juntas» -repitió Stefan con retintín.

-¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

-Si no recuerdo mal, tu tío tenía seis vacas, una docena de gallinas y dos colmenas. Y vosotras no sabéis ordeñar ni limpiar un corral. Por no hablar del pánico que te dan las abejas -señaló-. Queréis haceros cargo de la granja juntas, pero lo que haréis juntas será fracasar.

-¡Eso ya lo veremos!

-¿Cuánto tiempo vais a quedaros?

-Hasta que encontremos una solución.

-Te doy tres días y ya verás como vuelves.

-¿Ah, sí? -Anne echó la cabeza hacia atrás, pasando el dolor por alto-. Pues permíteme que te diga que no creo que haya mucha diferencia entre el trabajo que hago aquí y el que tendré que hacer allí. Aquí también limpio la porquería que dejan otros, lucho contra el desorden, que a veces es peor que el de un gallinero, y tengo que bregar con criaturas mucho más agresivas que un enjambre de abejas.

A modo de confirmación, en ese preciso instante entraron sus hijos en la cocina. Jan y Tom parecían réplicas jóvenes de su padre: altos, delgados y con el pelo castaño claro. Lástima que no fueran tan prudentes y tranquilos como Stefan. Últimamente no paraban de discutir. En ese momento se peleaban a gritos por una revista.

-En la mesa no se lee -los regañó Anne.

-No iba a leer, solo quiero que me la devuelva -replicó Tom, que tenía quince años, y tiró la revista que llevaba en las manos su hermano, un año mayor.

Jan sonrió con picardía y la soltó tan repentinamente que Tom cayó encima de la mesa y volcó la taza de su padre.

-¡Niños! -atronó la voz de Stefan.

-¿Entiendes ahora a qué me refería? -se lamentó Anne mientras limpiaba el café de la mesa.

Stefan asintió.

-Un punto a tu favor.

-¿Qué punto? -preguntó Jan-. ¿Nos hemos perdido algo?

-Vuestra madre quiere jugar un poco a *La casa de la pradera*.

-¿Qué es eso?

-Era una serie de televisión muy famosa, de mucho antes de que nacierais. -Anne volvió a sentarse a la mesa-. Pero no tiene nada que ver con el tema.

-Mamá se va unos días a Pfronten a hacerse cargo de la granja del tío Horst.

-No, ¿en serio? ¿Se ha muerto o qué?

-¡Qué guay! ¿Podemos ir contigo?

-Tenéis que ir a clase.
-¿Cuándo te vas?
-El viernes.
-¿Tan pronto? ¿Y quién nos cuidará?
-De eso precisamente queríamos hablar con vosotros.
En ese momento sonó el móvil de Stefan. Echó un vistazo a la pantalla y se levantó.
-Tengo que irme.
-¡Pero teníamos que explicarles cómo van a ser las cosas cuando me vaya! -protestó Anne.
-Puedes hacerlo sola, ¿no? -Stefan le dio un beso fugaz en la frente.
-¿Estarás localizable hoy a alguna hora en la oficina?
-Ni idea, pregúntaselo a mi secretaria -dijo mientras salía por la puerta.
Anne lo vio irse y suspiró disgustada. Últimamente había recurrido muchas veces a su secretaria; Stefan siempre estaba fuera. Tenía cada vez más la sensación de que vivían separados, y eso le dolía. Sabía que eran gajes del oficio y que él vivía para su trabajo, pero ¿dónde quedaba ella? ¿Y qué pasaba con los sueños y los planes que tenían en común para cuando los hijos crecieran? Ese momento no tardaría en llegar. ¿Tendría entonces que pasarse todo el día sola en casa?
-La leche está agria. -Tom puso cara de asco-. Ahora no podré comer muesli.
-El muesli también está bueno con crema de queso -dijo Anne, y señaló el frigorífico-. Hay un kilo entero.
-No me gusta la crema de queso.
-¡Pues come tarta! Ayer sobró tarta de coco. O hazte un bocadillo.
Mientras ellos trajinaban con el desayuno, Anne les contó sus planes de viaje. Pero, cuando iba a explicarles cómo funcionarían las cosas en casa durante su ausencia, Jan la interrumpió.
-Espera, mamá, ¡es mi canción favorita! -exclamó, y subió el volumen de la radio.
-¿Queda *gouda*? -gritó Tom para hacerse oír por encima de la música de ritmo endiablado.
-Sí, en el frigorífico. -Anne, cansada, apoyó la cabeza en las manos y decidió esperar a que acabaran de desayunar.
-¿Dónde está Mia? -preguntó Jan, que, después de que sonaran los últimos acordes de la canción, había bajado el volumen de la radio.
-No tiene que ir a clase hasta las diez.
-¡No hay derecho!
-Si tú eres capaz de acabar la secundaria, también podrás quedarte más rato en la cama.
-Pues claro que soy capaz. Yo...
Anne aguzó el oído.
-¡Callaos!

-¿Por qué?
-¡Shhh! ¡Sube el volumen!
-¿Por qué?
-¡No preguntes y hazlo! Tampoco cuesta tanto, ¿no?
Jan volvió a girar el control de volumen. La voz del locutor de las noticias informaba sobre una nueva erupción del Eyjafjallajökull.
«La nube de cenizas paraliza el tráfico aéreo europeo. En Alemania se prevé cerrar todos los aeropuertos a lo largo de las próximas horas. El cierre del espacio aéreo probablemente durará bastantes días o incluso semanas.»
-¡Han cerrado el espacio aéreo! -gritó Anne con alegría.
Jan y Tom se miraron con asombro.
-Aún queda algo de justicia en este mundo. -Anne se olvidó del dolor de cabeza y se puso a bailar alrededor de la mesa-. Mi querida hermana ya no tiene excusa que valga.
-Mamá -dijo Jan con cautela-, ¿te encuentras bien?
-Mejor que bien.
-¿Por qué te alegras tanto de la erupción de ese volcán?
-¡Tengo que llamar a Lou ahora mismo! -Anne dejó a sus hijos con la palabra en la boca y se fue corriendo a la sala de estar.
-¿Qué le pasa? -preguntó Jan, estupefacto.
-Ni idea. Me apuesto algo a que mamá y la tía Lou se traen algo entre manos. ¿Será que se van con los volcaneros? -bromeó Tom.
-Se dice vulcanólogos, ¡idiota!
-Da igual. Pero por la cara que ha puesto mamá, diría que a la tía Lou no le hará tanta gracia la erupción...

El teléfono que Lou tenía en la mesita de noche sonaba sin parar y finalmente la despertó. Se dio la vuelta para ponerse boca arriba, se tapó hasta la cabeza y optó por hacer caso omiso de la llamada. Pero, al parecer, la persona que telefoneaba tenía mucha paciencia.
-¿Christoph?
Palpó a su lado, la cama estaba vacía. Oyó el chapoteo del agua en el cuarto de baño y le llegó el aroma a café recién hecho desde la cocina. Siempre se tomaban el primer café del día juntos en la cama, así empezaban pausadamente la mañana. Sin embargo, ese día el teléfono perturbaba la calma.
-¡Deja de sonar de una vez! -masculló Lou, y hundió la cara en la almohada. No sirvió de nada. Furiosa, descolgó el auricular. ¡Se le iba a caer el pelo a quien fuera!
-¿Sí? -ladró con muy poca educación.
-Soy Anne. ¿Te he despertado?
-Sí. ¿Qué quieres? ¿Pasa algo?
-No, nada.
-¡Pues llámame más tarde!

-Es que tengo que salir y necesito preguntarte urgentemente una cosa.

-¿Sabes qué hora es? O, mejor dicho, ¿sabes lo pronto que es? Esta me la pagas.

-Pues vale.

A Anne no le afectó lo más mínimo el mal humor de Lou. De hecho, Lou tuvo la impresión de que su hermana estaba disfrutando de lo lindo con esa llamada. Pero estaba muy cansada para pensar en ello.

-¿Has oído las noticias? -preguntó Anne.

-No, estaba durmiendo. ¿Por qué?

-No importa.

-¿Esa era la pregunta?

-No, hay otra cosa.

-Te doy un minuto. Luego me vuelvo a dormir. -Lou bostezó y se abrazó a la almohada.

-Con eso me basta -aseguró Anne.

-¿Y bien?

-Ayer dijiste que no podías acompañarnos a Algovia porque te ibas al Caribe.

-Exacto.

-Pero si no fuera por tus vacaciones nos acompañarías, ¿verdad?

-Eso ni se pregunta.

-Contesta de todas formas.

-No puedo pensar con claridad a estas horas de la mañana.

-¡Por favor, Lou!

-De acuerdo. Si para ti tiene tanta importancia, contesto: sí, os acompañaría. Es más, incluso sería mi deber.

-Muy bien. Ya puedes seguir durmiendo.

-¡Anne! Todavía no estoy despierta del todo, pero me parece que haces cosas muy raras. ¿A qué viene esta llamada?

-Enciende la radio y lo sabrás. Y ahora perdona, pero tengo que llevar a los niños al colegio.

Anne colgó y Lou se quedó asombrada mirando el teléfono.

-Se ha vuelto completamente loca.

-¿Quién? -Christoph llegó del cuarto de baño envuelto en una toalla blanca.

-Mi hermana. Creo que lo del tío Horst ha sido excesivo para ella. Tendré que ir a verla.

Christoph no pareció prestarle mucha atención. Cuando se sentó en la cama, el aroma a gel inundó la habitación y se mezcló con el del café. Era un olor agradable y familiar, pero esa mañana no encajaba con la expresión de su cara.

-Lou, tenemos que hablar.

Nunca le había dicho nada parecido. Lou lo miró con recelo. Estaba muy serio y parecía decepcionado, pero a la vez se le veía emocionado.

-¿Qué pasa?

-El volcán está causando problemas.

-¿El Eiafjalla..., ese nombre impronunciable? ¿Por qué?

-La nube de cenizas se extiende por Europa. Han cerrado el espacio aéreo de Alemania.

-¿Y eso qué significa?

-Que no saldrán vuelos comerciales hasta nuevo aviso. Tengo que ir a la redacción. Será un día muy largo.

-¿No saldrán vuelos comerciales? Pero ¿qué pasa con las vacaciones?

-Acabo de hablar con la agencia de viajes. No despegarán aviones en los próximos días. Tenemos que aplazarlas.

-¿Qué? -Lou se incorporó de golpe-. ¡Eso es imposible! ¿Sabes la ilusión que me hacía?

-Pues claro que lo sé. Créeme, también ha sido una decepción para mí. -Le acarició cariñosamente la mejilla-. Pero no renunciamos al viaje, solo lo retrasaremos unas semanas.

-No es tan sencillo, he organizado todos los encargos pensando en estas tres semanas.

-Entonces lo dejamos para cuando vuelvas a tener tiempo. Somos flexibles, ¿no?

La desconfianza de Lou iba en aumento.

-¿Por qué tengo la impresión de que la erupción no te parece tan terrible?

-Porque me conoces. -Christoph le dio un beso en la punta de la nariz-. Es con mucho el tema más apasionante sobre el que he tenido que informar en mi vida.

-Pues qué bien, al menos uno de los dos sacará algo positivo de todo esto -dijo Lou con cara de fastidio-. Y supongo que eso significa que no te veré el pelo en los próximos días.

-Sí, así será. La semana que viene la cosa estará que arde, en el sentido literal de la palabra. ¡Lo siento!

-No te preocupes. Me alegro por tus artículos. Pero ¿qué voy a hacer yo ahora con tres semanas libres?

-Vete a ver a tu madre al balneario.

Lou se rio sarcásticamente.

-No, gracias. Las excursiones familiares no forman parte de las actividades en las que desperdicio mi valioso tiempo.

De repente se estremeció.

-¡Será guarra! -masculló.

Christoph arqueó las cejas.

-¿Te encuentras bien?

-No, me encuentro fatal y tengo que agradecérselo a mi querida hermana. La próxima vez que suene el teléfono tan pronto, ¡no contestaremos!

-No entiendo nada.

-No importa. Yo tampoco entendía nada hasta hace un momento. ¡Esa bruja tramposa me la ha jugado!

-¿Quién? ¿Anne?

-Sí, exacto. Esta mañana casi me ha obligado a prometerle que las acompañaría a Pfronten. Yo no sabía que nuestras vacaciones se irían al diablo o, mejor dicho, ¡que quedarían reducidas a cenizas!

-Sigo sin entender nada.

Lou le contó la conversación telefónica.

-Y ahora no tengo elección -suspiró.

A Christoph le costó reprimir una sonrisa.

-Tendrás que cambiar de equipaje -dijo, señalando la maleta negra de cuero que estaba abierta delante del vestidor.

-Desgraciadamente, sí. -Lou contempló apenada su nueva colección de trajes de baño-. Tengo que cambiar los biquinis y las chancletas por delantales de jardinería y botas de agua.

-¿Hablas en serio?

-No puedo limpiar el establo vestida con ropa de Donna Karan, ¿no crees?

-Sería una novedad para las vacas... Pero dejemos ese tema. ¿De verdad crees que sacaréis adelante la granja así como así?

-De momento, no queda otro remedio: los animales nos necesitan.

-No saldrá bien. No sabéis tratar con animales ninguna de las tres.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Os conozco. Tú das un pequeño rodeo cada vez que se acerca un perro; Anne grita en cuanto ve un insecto, y a Lisa-Marie, como mucho, le interesan las ratas de biblioteca.

-No tiene gracia.

-Sí la tiene. Lástima que el volcán me tenga ocupado. Vuestra actividad en la granja sería la sensación de cualquier revista para mujeres.

-No me haces ningún favor tomándotelo a broma -se quejó Lou.

-¡Oh, vamos! Anoche tú también te reías del plan.

-Porque no sabía que tendría que participar en el puñetero plan.

-¿Dónde queda tu ambición?

-¡Una granja de nada no es un verdadero reto para mí!

-Si tú lo dices... -Christoph esbozó una sonrisa de oreja a oreja-. De todos modos, no creo que aguantéis juntas ni una semana.

-¿Ah, no?

-¿Qué te apuestas?

Lou lo pensó.

-Una botella de champán si resistimos dos semanas.

-Hecho. Pero no puede irse ninguna de las tres antes de tiempo.

-De acuerdo. -Se dieron un apretón de manos-. ¡Sería el colmo que no lo consiguiéramos!

Lisa-Marie nunca desayunaba en casa. De camino a la librería, se paraba a comprar un capuchino para llevar y una magdalena de arándanos en una cafetería cercana. Sin embargo, esa mañana prescindió de la magdalena y

pidió un café doble. La mezcla de tarta, pizza y licor de almendras aún le pesaba en el estómago. Además, nunca tenía hambre cuando se enfrentaba a un problema.

Mientras se bebía el café caliente a sorbitos, pensó en el viaje. No sería fácil. Tenían que organizar el funeral del tío Horst y arreglar el tema de la herencia. Y, además, estaba la granja. Tenía muy poca experiencia con animales. De niña tuvo un hámster, pero se le murió al cabo de tres meses. Eso no era precisamente una prueba de talento en la materia.

¡Menos mal que Anne le ayudaría! Al menos su prima era madre de tres niños, y no podía haber mucha diferencia entre los niños y los animales. A unos y otros había que alimentarlos, cuidarlos y darles cobijo por la noche. Anne sabría lo que había que hacer. De todos modos, no estaría de más prepararse un poco para las nuevas tareas. ¿Estaría todavía a tiempo de encargar algunos manuales?

La búsqueda en la página web del distribuidor le dio varios resultados. Encargó inmediatamente tres libros con los prometedores títulos de *Guía para casos de defunción, El ABC del campesino* y *La vida en una colmena*.

Después se quedó más tranquila y empezó a hacer la caja del día anterior. Pero pronto se dio cuenta de que no era una buena idea porque, como solía pasar en los últimos meses, apenas había vendido nada. Los clientes preferían cada vez más las librerías online. Además, la competencia de las grandes cadenas la perjudicaba mucho. En un futuro no muy lejano tendría que tomar una decisión respecto a la librería.

-Pero hoy no -murmuró enfurruñada, y bebió un sorbo de café-. Y tampoco voy a tomarla en Algovia. Puede esperar.

Para distraerse de los pensamientos sombríos, decidió ordenar con otro criterio la estantería de novela negra. Hasta entonces, los libros estaban clasificados alfabéticamente por el nombre del autor, y ahora quería ordenarlos según el lugar en el que se desarrollaba la trama de las novelas. Cuando iba por «Italia/Venecia», sonó el teléfono.

-Librería Abraham, buenos días.

-¡Lou nos acompaña a Pfronten!

-¡Anne! ¡Buenos días! ¿Has dormido bien?

-No, qué va. Pero estoy radiante de alegría porque Lou va a acompañarnos.

-¿En serio? ¿Por qué? Creía que se iba de vacaciones.

-El vuelo se cancela por la erupción del volcán.

-Lo he oído en las noticias -confirmó Lisa-Marie. Y añadió-: Vaya, lo siento por ella.

-Sí, sí, una lástima..., pero ahora al menos seremos tres.

-Eso está bien. Cualquier ayuda nos irá de perlas, aunque a veces tu hermana es un poco difícil.

-Sí, por desgracia, en eso tienes razón. Me parece que está de un humor de perros porque se ha quedado sin vacaciones.

-No debería tomárselo así, hay mucha gente que nunca podrá permitirse ese

viaje.

-Ya se le pasará.

-Y si no se le pasa, peor para ella. También se puede limpiar un corral estando de mal humor. ¿Ya has hecho la maleta?

-No, ¿por qué?

-¡Pon ropa de abrigo! La previsión para los próximos días es que hará sol, pero también frío. Luego ya subirán las temperaturas.

-¿Quién lo dice?

-Esta mañana he buscado en Internet la previsión meteorológica para las próximas semanas en Pfronten.

-¿Tienes tiempo para esas cosas por la mañana?

-Claro, todas las mañanas me conecto para consultar el correo.

-¿Y qué? ¿Había alguno interesante?

Anne sabía que Lisa-Marie estaba inscrita en varios portales de contactos y que a menudo recibía solicitudes de cita. También sabía que su prima siempre les daba una oportunidad a los que se interesaban por ella. Sin embargo, hasta entonces ningún candidato había satisfecho durante mucho tiempo sus elevadas expectativas.

-Tenía dos solicitudes de contacto y parecían muy prometedoras. Pero las he rechazado -contestó, apenada, Lisa-Marie-. Total, no estaré en casa.

-¿Cuándo cierras la librería?

-Esta tarde. La mayor parte de la clientela hace tiempo que está avisada.

-Al contrario que nosotras. Todavía estoy un poco enfadada de que no nos lo contaras antes.

-Os lo dije ayer, ¿no? Además, durante un tiempo no era seguro si cerraría o si seguiría abriendo en un módulo instalado delante de las obras.

-Podías haberlo consultado con nosotras.

-La decisión era mía y no quería que nadie más metiera baza. ¿O es que tú nos cuentas todos tus problemas?

-No -admitió Anne.

-¡Ah! ¿Lo ves? -Lisa miró la hora en su reloj de pulsera. Tenía que abrir la tienda dentro de dos minutos-. No tengo más tiempo. ¿Le has dicho a Lou que salimos mañana, después de llevar a nuestras madres al tren?

-No, aún no se lo he dicho. Pero pensaba volver a llamarla más tarde para comentarle las cosas importantes.

-Si somos tres, tendremos que reducir aún más el equipaje. En el Escarabajo caben como mucho tres bolsas de viaje. ¿O vamos en el coche de Lou?

-Lou tiene un biplaza.

-¡Ah, sí!, el descapotable chic.

-Será chic, pero no es muy útil en la vida real.

-No te preocupes, ¡mi Escarabajo nos llevará! Me hace mucha ilusión el viaje, aunque sea por un motivo triste. ¿Te has fijado en que nunca hemos ido las tres solas a ningún sitio?

-Sí -suspiró Anne-. Me temo que hasta ahora lo habíamos evitado por

buenas razones. Pero no siempre se puede escoger. Quién sabe, a lo mejor todo sale bien.

4

A la mañana siguiente, Lisa-Marie aparcó el Escarabajo delante del portal de Lou, en el centro de la ciudad.

-Por el amor de Dios, ¿qué le ha pasado? -Lou miraba con asombro la pintura roja del coche, complementada con unos puntos negros y grandes en el techo.

-Lo encargué hace un mes -contestó Lisa-Marie de buen humor-. Bonito, ¿no?

-No sé qué decirte. -Escéptica, Lou dio una vuelta alrededor del coche-. ¿No podía ser un poco más chillón?

-Lo quería así. Ahora es una auténtica mariquita. ¿Lo pillas? A las mariquitas también las llaman escarabajos de María, y yo me llamo Marie y este es mi «escarabajo».

-¡Lo que hay que oír! -murmuró Anne, que iba en el asiento de delante. Le costó aguantarse la risa.

-En realidad, hoy seremos tres «marías» en el coche -Lisa-Marie no se dio cuenta de que Anne se estaba riendo por lo bajo ni de que Lou la miraba con expresión burlona. Se bajó ágilmente del vehículo y abatió el respaldo del asiento para que Lou subiera atrás-: Lisa-Marie, Marie-Luise y Anne-Marie.

-Todavía odio a nuestras madres por eso -se quejó Lou a la vez que tomaba asiento-. Es un milagro que seamos personas sensatas y que no hayamos tenido que ir a terapia.

Anne se echó a reír.

-Seguro que después del viaje necesitamos tratamiento.

-Sobre todo si tenemos que recorrer todo el trayecto en este trasto. Parece salido de un tiovivo.

-¡Te he oído! -gritó Lisa-Marie, que estaba poniendo el equipaje de Lou en el maletero-. Si no te gusta, vete andando.

-Está bien. Gracias a Dios, no has hecho cambios en el interior.

-¿No habíamos quedado en que solo llevaríamos un bulto por cabeza? -Lisa-Marie le pasó a Lou un neceser y una bolsa de deporte a través de la puerta

del coche-. Esto no cabe en el maletero, apáñate como puedas.

-¿Qué hace aquí atrás una nevera portátil? -Lou la apartó un poco para hacer sitio a su equipaje.

-Provisiones para el viaje -contestó parcamente Anne.

-¿Tantas? Solo dura seis horas.

-En tu coche, puede. En el escarabajo tardaremos más.

-¿Hay algo bueno? -Lou levantó la tapa para curiosear.

-Zumo multivitamínico, bocadillos de queso y crema de queso con fresas -detalló Anne-. La crema la he hecho yo.

-¿Os habéis abrochado el cinturón? -Lisa-Marie cerró la puerta-. ¡Pues ya podemos irnos!

Cinco minutos después entraban en la autopista.

-Pon el primer CD del audiolibro -le dijo Lisa-Marie a Anne.

-¿Qué es? -preguntó Lou, y se inclinó hacia delante, interesada.

-*Aprenda portugués en veinte horas*.

-¿Un curso de portugués? -Lou suspiró-. ¿No tienes otra cosa?

-Es lo más adecuado para un viaje largo -se defendió Lisa-Marie .

-Si vas al Algarve, puede. Pero nosotras vamos a Algovia.

-Nunca se sabe cuándo te hará falta un idioma.

-¡Veinte horas en ocho CD! -Anne había abierto el paquete-. Tiempo de sobra para llegar tranquilamente a Portugal.

-¡No, por favor!

-Conduzco yo -puntualizó Lisa-Marie-, y yo decido lo que se pone.

Lou abrió el bolso.

-Tengo música clásica ligera en el Ipod.

-No puedo escuchar música clásica mientras conduzco. Me pone nerviosa. -Lisa-Marie exhortó a Anne con la mirada-. Haz el favor de poner el primer CD.

-¿Estás segura? -Anne miró a su prima y a su hermana sin saber qué hacer.

-Déjalo, Anne -dijo Lou, reforzando las palabras con un gesto de la mano-. Si tiene tantas ganas de aprender un idioma nuevo, no seré yo quien se lo impida.

Enfurruñada, se puso los auriculares y encendió el aparato.

El viaje transcurrió la mayor parte en silencio.

Lisa-Marie se concentraba en el tráfico y repetía a conciencia palabras y expresiones portuguesas cuando la voz sonora que salía de los altavoces lo requería. Lou hacía caso omiso de las prácticas lingüísticas de su prima: hojeaba revistas femeninas y de vez en cuando buscaba algo de comer en la nevera. Anne, que había intentado mediar entre ellas, al final se había dormido; ahora roncaba ligeramente.

-Tienes que tomar la salida de Nesselwag -dijo Lou, cuando las montañas nevadas de los Alpes aparecieron a lo lejos.

-Gracias por el consejo, pero prefiero ir por Füssen, conozco mejor el camino -contestó, malhumorada, Lisa-Marie.

-Por ahí se da mucha vuelta.

-No tanta. Además, así pasamos por el lago. Me encantan las vistas de ese lago.

-Ya disfrutarás del panorama en otro momento. Ahora tenemos que llegar a nuestro destino lo antes posible. Esto es muy estrecho y se me han dormido las piernas.

-Mi coche no es estrecho, la culpa es de tu equipaje.

-Mi equipaje y yo tendríamos sitio de sobra si no fuera por esta enorme nevera...

-... ¡de la que no has parado de pillar cosas!

-Anne ha dicho que teníamos que acabarnos la crema de queso.

-¿Eh? -Anne se despertó al oír su nombre y se frotó los ojos-. ¿Qué es lo que he dicho?

-Es igual.

-¡Ya casi hemos llegado! -Anne contempló asombrada las montañas-. ¿Tanto he dormido?

-Pues sí.

-Lo siento. Si ayer no hubiera tenido tantas cosas que hacer, ahora no estaría tan cansada. Había que organizarlo todo. Ya sabéis cómo... -Anne se interrumpió y se mordió los labios, abochornada. Evidentemente, Lisa-Marie y Lou no podían saber lo difícil que era dejar tanto tiempo sola a la familia.

-¿Crees que Stefan se las apañará con los niños? -preguntó Lisa-Marie, mientras le dedicaba una sonrisa de ánimo.

-¿Stefan? -Anne rio un poco forzada-. Pues claro que se las apañaría, si estuviera en casa. Pero normalmente llega tan tarde que los niños ya están en la cama. No, me temo que Mia tendrá que cargar con la mayor parte del trabajo.

-¿Crees que todo saldrá bien?

-Diría que sí.

Anne prefirió no contar que a su hija no le había entusiasmado precisamente el plan del viaje. «¿Estás loca?», le dijo, y por un momento pareció realmente desesperada. «¡No puedes dejarme sola con ese par de chiflados!»

-Sí, creo que lo tiene todo controlado -murmuró Anne un poco dubitativa, y se preguntó si no se estaría engañando a sí misma. ¿No era exigir demasiado a sus hijos?

-Pues claro que lo tiene todo controlado. Mia es una chica fantástica y se lleva bien con sus hermanos -dijo Lou-. Además, tampoco es para tanto, ¿no? Ya son mayorcitos.

Anne tenía una respuesta en la punta de la lengua, pero prefirió callársela. Mia, Tom y Jan ya eran mayorcitos, pero no por eso eran sensatos. Aun así, confió en que Lou tuviera razón. Sus hijos se las arreglarían de maravilla sin ella. Los chicos estarían estupendamente mientras tuvieran la comida hecha, ropa limpia y acceso al ordenador. Y Mia sabría reaccionar ante cualquier situación de emergencia.

¿Y Stefan? Para él sería muy instructivo que ella se marchara tan de repente y no pudiera cubrirle las espaldas. Quién sabe, quizá incluso la echaría de menos. Y, si no, esperaba que al menos se diera cuenta de que sus hijos lo necesitaban.

-Ahí está la salida de Nesselwang. -Lou se asomó entre los asientos delanteros y señaló el panel de la autopista.

-Ya lo sé. -Lisa-Marie no dio muestras de querer seguir la indicación de su prima.

-¡Tienes que salir por aquí!

-No, ya he dicho que vamos por Füssen.

-Por ahí se da mucha vuelta -advirtió Anne.

-No empecemos otra vez.

-Lisa-Marie quiere pasar por el Weissensee hoy mismo -le aclaró Lou a su hermana-. Lo ha dicho antes, pero estabas durmiendo.

-Siempre voy por Füssen -se defendió Lisa-Marie-. Es una tradición.

-Nosotros también seguíamos una especie de ritual. Cuando íbamos a ver al tío Horst con Stefan y los niños, lo primero que hacíamos al llegar era subir a la cima del Breitenberg en el teleférico a tomarnos una cerveza de trigo de Algovia.

-Pues yo, nada más llegar, me iba corriendo a la tienda a comprarme ropa de abrigo para combatir el frío -dijo Lou, mirando las montañas nevadas con el ceño fruncido-. Me temo que esta vez tampoco me he traído suficientes jerseys.

-Los Alpes son siempre un espectáculo, ¿verdad? -elogió Lisa-Marie-. ¡Y más con este sol!

-Estamos a diez grados -comentó Lou-. Me congelaré.

-Encenderemos la chimenea en cuanto deshagamos el equipaje. Así, por la noche ya se habrá caldeado el ambiente.

-Si mal no recuerdo, la casa tiene calefacción central y funciona perfectamente.

-Pero la chimenea es más acogedora -replicó Lisa-Marie-. Podemos taparnos con mantas y tomarnos una infusión.

-Y también podemos no hacerlo.

-¡Lou! -la reprendió Anne.

-¡Pero es verdad! Os recuerdo que yo no he venido voluntariamente. Ahora tendría que estar volando hacia el Caribe. Allí me taparía con una toalla, y no con una manta de lana sarnosa delante de una puñetera estufa de leña.

-Si no te divierte nuestra compañía, te vuelves a casa -replicó Lisa-Marie enfurruñada-. Nos lo pondrías más fácil. No has parado de quejarte desde que has subido al coche.

-Lo siento, pero no os queda más remedio que convivir conmigo. Pienso quedarme -contestó Lou, ofendida, y recordó la botella de champán que se había apostado.

-No hay quien te entienda -dijo Lisa-Marie, cargándose de paciencia.

-¡Ahí está la salida de Füssen! -exclamó aliviada Anne antes de que Lou tuviera tiempo de replicar-. Gracias a Dios, llegaremos enseguida.

Media hora más tarde, después de una breve parada a orillas del lago, el Escarabajo entró en el término municipal de Pfronten. El pueblecito estaba en un lugar idílico, al pie de los Alpes de Algovia, que se elevaban con sus cumbres nevadas hasta el radiante cielo azul. La primavera había llegado al valle: en los prados, los frutales estaban en flor, y en los jardines de las granjas se veían los primeros narcisos y tulipanes.

Lisa-Marie pasó despacio por delante de la iglesia parroquial y dobló por una calle lateral. La vieja granja de Horst Zabel estaba al final de un callejón sin salida, a orillas de un riachuelo, el Vils. Desde allí se veía muy bien el paisaje alpino porque no había árboles ni casas que taparan las grandiosas vistas.

Como era habitual en la región, la vivienda y los establos se agrupaban en un solo edificio en forma de «L», que limitaba con un jardín grande y exuberante delante de la casa. Los muros exteriores de la planta baja de la vivienda, revocados de blanco, resplandecían con el sol de la tarde. Las dos plantas restantes, y también el establo y el granero, estaban revestidos de madera oscura, igual que el balcón alargado de la buhardilla. Los postigos de la ventana, de madera tallada, y las jardineras brillaban en tonos azul claro, y el banco que había a la izquierda de la puerta principal también estaba pintado de ese color.

Cuando Horst Zabel compró la finca, hacía veintitrés años, modernizó el interior. Las paredes exteriores las restauró minuciosamente él mismo. El resultado fue una granja preciosa de estilo alpino, tan cómoda y confortable por dentro como deslumbrante por fuera.

Lisa-Marie entró lentamente en la finca y aparcó bastante lejos de la vivienda, justo delante de la llamada «casita de retiro», una pequeña construcción de dos plantas que, tradicionalmente, las familias campesinas reservaban para sus miembros más ancianos. Horst nunca la había usado para vivir. Allí guardaba libros y muebles viejos, y a veces alojaba a las visitas en la planta baja.

-¿Por qué no aparcas delante de la casa principal? -preguntó Lou-. Llevamos equipaje.

-Al tío Horst no le gustaba ver coches delante de la puerta.

-El tío Horst está muerto.

-Ya lo sé. Pero no por eso tenemos que romper sus reglas. ¡No tienes corazón!

-No, no tengo. Soy realista. La casa está muy lejos y tendremos que cargar, por lo menos, con dos bultos cada una.

-Tiene razón -intervino Anne-. Seguro que Horst lo entendería.

-Si vosotras lo decís... -Lisa-Marie dio marcha atrás y aparcó delante de la verja del jardín-. ¿Contentas?

-Perfecto -contestó Lou-. Pero esperad un momento antes de bajar.

-¿Por qué?

-Hay que aclarar un par de cosas. ¿Quién tiene las llaves de la casa?

Lisa-Marie señaló su bolso.

-¡Estupendo! Siguiente pregunta: ¿habéis pensado dónde queréis dormir?

-Yo, en la habitación de mi madre -dijo Lisa-Marie enseguida. Como Katharina y Helene iban muy a menudo a Algovia, Horst había arreglado una habitación para cada una de sus hermanas.

-Pues yo me quedo con la de mamá -dijo Lou rápidamente, y luego se dirigió a Anne-: A ti te toca la habitación grande, la de invitados.

-Pues qué bien. Hay cuatro camas.

-Así tienes dónde escoger. También puedes quedarte con la habitación del tío Horst o con el cuartito que está al lado del aseo de los invitados.

-No, gracias.

-O te instalas en la casita de retiro.

-¿Sin calefacción ni agua caliente? ¡Seguro que no! Prefiero la habitación grande.

-¿Podemos entrar de una vez? -Lisa-Marie no paraba de removerse en el asiento.

-Enseguida. Pero antes hay que tratar otro punto importante: ¿cómo nos repartiremos el trabajo?

-¿Por qué tenemos que hablarlo precisamente ahora? -preguntó Anne.

-Porque estamos juntas.

-Llevamos casi ocho horas juntas.

-Tú dormías y Lisa-Marie estudiaba portugués. La única que se ha parado a pensar he sido yo.

Anne bostezó.

-Dispara de una vez.

-He pensado que vosotras dos os encarguéis del establo y yo, de la casa.

-Espero que solo te refieras a esta tarde. -Anne miró a su hermana con desconfianza.

-Ya veremos cómo lo arreglamos -contestó Lou con evasivas.

-¡Ni hablar! Todas tenemos que pasar por el establo -protestó Lisa-Marie-. Aquí hay que estar a las duras y a las maduras.

-Pero yo no he venido por voluntad propia -replicó Lou, enfadada-. He venido obligada.

-Es la segunda vez que lo dices.

-¡Para que veas que va en serio!

-Solo porque al principio no querías venir, ahora no vas a hacer lo que te dé la gana. Las cosas no funcionan así.

-Alguien tiene que tomar las riendas.

-¿Y quién ha dicho que seas tú? Además, las tres tenemos los mismos derechos. Las tres...

-¡Lou! ¡Lisa-Marie! ¡Dejad de discutir de una vez! -las regañó Anne-. Sois

peor que mis hijos.

-¡Ha empezado ella!

-¡Siempre quiere salirse con la suya!

Las dos intentaban convencer a la vez a Anne de que tenían razón, pero se detuvieron, desconcertadas, cuando la puerta principal de la vivienda se abrió desde dentro. Una monja con hábito negro salió de la casa y se quedó mirando el coche con gran expectación.

-¿Quién es? -preguntó Lisa-Marie.

-¿Qué hace en casa del tío Horst? -añadió Anne.

-Sabía que había gato encerrado -susurró Lou antes de poner cara de inocente y bajar la ventanilla-. ¡Buenas tardes!

-Buenas tardes. -La monja atravesó el jardín y se quedó esperando en la verja. Tenía los ojos azules y llevaba unas gafas de cristales gruesos que los hacían parecer mucho más grandes de lo que eran-. Ustedes deben de ser las sobrinas de Horst. ¿Necesitan ayuda para bajar del coche? -Hablaba con un ligero acento suabo.

-No, no, gracias -dijo Anne.

-Disculpen la pregunta, pero es que estaba mirando por la ventana y las he visto llegar, y me preguntaba qué hacían tanto rato dentro del coche.

-Teníamos que hablar de algunas cosas. -Lou se desabrochó el cinturón de seguridad-. Y luego nos preguntábamos qué hacía usted en casa del tío Horst.

-¡Lou!

-Eso es lo que más o menos has dicho tú, Anne.

En la cara sonrosada de la monja se dibujó una sonrisa.

-Soy sor Bonaventura y desde hace poco dirijo la clínica de reposo de nuestra orden. Ya saben que con su tío nos unía una larga amistad.

-Sí, algún día podría contarnos más cosas sobre esa amistad.

-Será un placer. Era un hombre maravilloso.

-Sí que lo era -confirmó Lisa-Marie.

-Mi más sincero pésame. -Sor Bonaventura parecía francamente afligida.

-Muchas gracias.

-En cuanto a su pregunta, no se preocupen, solo he venido a ver cómo estaban los animales. Le dije a su vecina, la señora Hösle, que me ocuparía yo si ustedes llegaban tarde.

-Gracias, es usted muy amable. -Lisa-Marie se bajó del coche-. Por cierto, yo soy Lisa-Marie.

-Encantada de conocerla.

-Yo soy Anne y esta es mi hermana, Lou.

La monja asintió con cordialidad.

-¿Quiere que le lleve la nevera, Anne?

-Sí, por favor.

-Ha dicho que quería ver qué tal estaban los animales, ¿verdad? -preguntó Lou, mientras se dirigían a la casa en compañía de sor Bonaventura.

-Exacto.

-¿Sabe ordeñar vacas?
-Pues claro.
-¿Dar de comer a las gallinas?
-Sí.
-¿Y qué tal lleva la apicultura?
-Es una de mis aficiones preferidas.
-¡Nos la ha enviado el cielo!
-Si usted lo dice... -bromeó sor Bonaventura.
-Teníamos miedo de no apañárnoslas -reconoció Lou-. Pero con usted cerca no habrá ningún problema.
-No puedo venir todos los días, pero haré lo que pueda. Al fin y al cabo, nos gustaría devolverles algo de lo mucho que Horst nos dio.
-Eh, sí. ¿Y qué les...? -Lou titubeó un momento, pero optó por callarse cuando vio la mirada de advertencia que le dirigía Anne.
Llegaron a la casa y abrieron la puerta de roble macizo de la entrada, que daba a un pasillo largo.
-He encendido la chimenea para que estén calientes y cómodas. El sol brilla durante el día, pero por la noche todavía puede refrescar mucho -dijo la monja mientras llevaba la nevera a la cocina.
-Es usted muy amable, muchas gracias. -Anne, Lou y Lisa-Marie dejaron el equipaje al lado de la escalera y la siguieron.
-Al encender el fuego me he dado cuenta de que casi no queda leña. Tienen que comprar más.
-Lo apuntaremos en la lista de la compra. -Lou se apoyó en la puerta de la cocina y dejó vagar la mirada por el interior. No había cambiado nada desde su última visita. Al tío Horst nunca le habían gustado las cocinas modulares y por eso tenía todos los electrodomésticos instalados por separado. El frigorífico, el lavavajillas, los fogones y el fregadero se repartían el espacio con varios estantes y vitrinas a lo largo de dos paredes, una enfrente de la otra. Además, una gran mesa de trabajo en el centro y una mesa para comer, con un banco rinconero al lado de la chimenea, creaban un ambiente cálido y confortable.
-¡Vaya! -Sor Bonaventura miró el viejo reloj de cuco que había encima del banco-. Ya sé que acaban de llegar y que seguramente les gustaría descansar un poco, pero no falta ni una hora para que cierren casi todas las tiendas del pueblo. Si quieren comprar algo, vayan enseguida. Además, yo tengo que estar a las seis en misa. Y antes tenemos que dar de comer a los animales.
-Anne y Lisa-Marie la acompañarán al establo para aprender cómo hay que tratar a los animales -replicó Lou antes de que las demás pudieran decir nada-. Yo me encargo de la compra.
-Pero no te dejo el coche -protestó Lisa-Marie.
-No pensaba ir en ese trasto horroroso -contestó Lou malhumorada-. Iré a pie.
-¿Con esos zapatos? -Anne miraba los tacones de su hermana con

incredulidad.

-Ya has oído que las tiendas están a punto de cerrar. No tengo tiempo para cambiarme. -Se puso la chaqueta-. Además, estoy acostumbrada a andar con tacones altos.

-¡No te olvides de la cesta!

-No pienso cargar mucho. Mañana ya haremos la compra general.

-¡Que te diviertas paseando con tus tacones! -dijo Lisa-Marie con retintín-. Me juego algo a que en el establo estaremos más a gusto.

5

-Conque a gusto en el establo, ¿eh? Tendría que estrangularte por haberlo dicho -murmuró Anne al cabo de media hora. Estaba sentada en un taburete de madera, apretando la frente contra el flanco de una vaca parda alpina que se llamaba *Mette-Marit*.

Horst Zabel había puesto nombres de miembros de la realeza europea a todas las vacas. Al lado de *Mette-Marit*, estaba *Reina Isabel*, que mordisqueaba heno alegremente en el mismo compartimento. También había una *Beatriz*, una *Letizia*, un buey llamado *Guillermo Alejandro* y un ternero que respondía al nombre de *Carlos Gustavo*.

«Solo dan leche *Mette-Marit* y *Letizia*, las otras dos son muy viejas», les había dicho sor Bonaventura al entrar en el establo.

«¿Y de quién es el ternero?», preguntó Anne mientras acariciaba la piel suave de *Guillermo Alejandro*.

«De *Letizia*. Un campesino que dejaba su granja se las dio a su tío. Mientras el ternero mame, no hace falta ordeñar a *Letizia*, solo a *Mette-Marit*. Han tenido suerte.»

Ahora, cara a cara con una vaca antojadiza, Anne dudaba de que lo de ordeñar pudiera ser una «suerte». Tenía que intentar arreglárselas con el inquieto animal en un espacio muy reducido. Mientras arrastraba el taburete hacia *Mette-Marit* con cuidado, le tocó sin querer las ubres. La vaca volvió la cabeza y la miró sorprendida.

-No pasa nada. -Sor Bonaventura intentó tranquilizar al animal y le dio una palmadita suave en el trasero-. Está un poco nerviosa porque no la conoce -le dijo a Anne.

-Pues ya somos dos, porque yo también estoy nerviosa -contestó Anne riendo.

-Pareces el tío Horst -dijo Lisa-Marie, de buen humor.

Anne llevaba unas botas de goma enormes, unos pantalones de trabajo azules con tirantes y una gorra de béisbol vieja.

-Ahí detrás hay más ropa de trabajo. -Sor Bonaventura señaló un armario

viejo que había en un rincón del establo-. Cámbiese usted también, Lisa-Marie. Así les enseñaré a ordeñar a las dos.

Obediente, Lisa-Marie se puso en marcha. Al pasar por delante de un espacio cercado con tela metálica de malla fina, la curiosidad lo hizo detenerse.

-Es el gallinero -dijo sor Bonaventura innecesariamente, puesto que era imposible no ver ni oír el aleteo y el cacareo de las aves-. Saben que van a darles de comer enseguida.

Lisa-Marie contó diez gallinas y un gallo.

-¿Por qué no están sueltas?

-Las he encerrado yo porque no sabía cuándo llegarían ustedes. Por la mañana pueden volver a soltarlas.

-¿Y cómo las devolvemos de noche al corral? -preguntó Anne.

-Vienen solas en cuanto oscurece.

-¿De verdad? -Anne no parecía muy convencida.

-Pues claro. Son unas aves inofensivas y muy pacíficas -bromeó sor Bonaventura-. Bueno, excepto *Akihito*.

-¿Akihito?

-Es el gallo. Horst lo compró este invierno en un circo ambulante que acampó por aquí cerca. *Akihito* es muy viejo y bastante sociable. Pero tiene algunas manías.

-¿Por ejemplo? -Interesada, Lisa-Marie se acercó a la reja y miró al gallo con curiosidad. *Akihito* levantó la cabeza, se sacudió las plumas marrones y, con sus ojitos amarillos, le devolvió una mirada hostil.

-Duerme mucho y canta cada vez que se despierta, da igual la hora que sea -dijo sor Bonaventura-. Además, ataca inesperadamente a cualquiera que se interponga en su camino.

-¡Glups! -murmuró Lisa-Marie, dando un paso atrás-. Pues mejor no me acerco. ¿Cada cuánto hay que limpiar el gallinero? -preguntó mientras abría el armario y agarraba unos pantalones, unos zapatos y una gorra.

-Cada dos o tres días.

-¿Podemos dejarlo para mañana?

-Sí, claro.

-¡Estupendo! Pues que lo haga Lou mañana.

Anne sonrió, pero no dijo nada. Cuando Lisa-Marie, equipada con unos zuecos verdes, pantalones de peto marrones y un sombrero floreado de verano, se puso al lado de la vaca, sor Bonaventura empezó la clase de ordeño.

-Tienen que poner la mano alrededor de la tetilla, con el pulgar hacia arriba. Y luego, uno tras otro, ir apretando con el dedo índice, el corazón, el anular y el meñique, mientras tiran un poco hacia abajo. Así, más o menos. -Les hizo una demostración sin mayor esfuerzo, y enseguida cayó leche al suelo.

-Parece fácil. -Anne se agachó hacia las ubres, cogió una tetilla y empezó a mover los dedos.

-¿Sale algo? -Lisa-Marie miraba con curiosidad desde el otro lado, entre las patas de la vaca.

-No. -Anne se sacudió la mano-. Pero creo que me ha dado un calambre en un dedo.

Sor Bonaventura sonrió ampliamente.

-Es cuestión de práctica. Solo tiene que relajarse.

-«Relajarse» -repitió Anne en voz baja, cuando la monja se fue un momento a buscar un cubo-. Es fácil decirlo. -Tiró otra vez de la tetilla.

-¡Mira, ya sale! -gritó Lisa-Marie, contenta. Un chorrito de leche salpicó las botas de Anne.

-¡Ya sé ordeñar! -exclamó Anne, entusiasmada, y le dio unas palmadas a *Mette-Marit* en el trasero.

Desgraciadamente, la vaca no compartió su alegría. Al contrario. Se asustó tanto que coceó con las dos patas y tiró a Anne del taburete a la paja.

-¿Te has hecho daño? -preguntó Lisa-Marie preocupada.

-No lo sé. -Anne se levantó gimiendo y se frotó el muslo, que le dolía-. Esta vaca tiene mucha fuerza, ya verás como mañana me sale un moratón enorme.

-¿Qué hace ahí? -preguntó sor Bonaventura, enarcando las cejas, y puso el cubo debajo de las ubres de *Mette-Marit*.

-Ya sé ordeñar -dijo Anne con orgullo-. ¿Quiere verlo?

-Pues claro -contestó sor Bonaventura-. Y luego siga usted sola mientras Lisa-Marie y yo damos de comer a las gallinas y limpiamos el establo.

Entretanto, Lou hacía la compra en el pequeño supermercado situado junto a la iglesia. Había tardado más de lo esperado en llegar, pues los pies le dolían muchísimo. Los zapatos de tacón no encontraban apoyo en el camino sin asfaltar, se hundían en el suelo y le rozaban los talones. Al final tuvo que recorrer la calle principal de puntillas, haciendo equilibrios. ¡Maldita sea! ¿Por qué el tío Horst nunca se había preocupado de pavimentar el acceso a la granja?

Ahora estaba por fin en la tienda, cojeando de estantería en estantería.

-Tiritas -murmuró, mientras echaba un vistazo alrededor.

Finalmente, en una sección especial de productos sanitarios encontró lo que buscaba. Después metió pan, mantequilla, queso, tomates, té y un paquete de café en el cesto de la compra. Con eso bastaría, de momento. No podía cargar con más cosas. Lisa-Marie ya se encargaría de hacer la compra grande con el coche al día siguiente.

Mientras colocaba los productos en la cinta de la caja, se dirigió a ella una mujer mayor que estaba en la cola. Llevaba un abrigo de invierno grueso y negro y unas botas de agua amarillas.

-Tu'ss l'hij de Helene, ¿no? -En aquella cara arrugada que se dejaba ver por debajo de un gorro de lana rojo, se dibujó una sonrisa. Una bocanada de olor a ajo embistió a Lou, que instintivamente dio un paso atrás.

-¿Cómo dice?

-Tu’ss l’hij de l’herrrmana de Horst.

Lou solo entendió «hermana» y «Horst», pero imaginó a qué se refería.

-Sí, soy Lou, una sobrina de Horst.

-Io ssoi de cal Schäffler. Traudl Hösle. M’cncess, ¿no?

-¡Señora Hösle! -Aliviada por haber entendido al menos el nombre, Lou asintió. Entonces recordó a la señora mayor que vivía con su marido en la granja vecina y que en los últimos años había ayudado a su tío en las tareas de la casa. La señora Hösle hablaba en bávaro y vocalizaba poco, pero era una mujer muy afable y servicial. Por desgracia, desde siempre era una gran aficionada a comer ajo.

-¿Béiss iega’hoy? -La señora Hösle lanzó una bocanada de ajo en su dirección.

Lou se encogió de hombros sin saber qué contestar.

-Ssí, ssegurrr q’hoy -se contestó a sí misma la señora Hösle-. La acompaño en el sentimiento -dijo haciendo un esfuerzo por hablar en alemán neutro.

-Gracias.

-El marrrt’ss trabjó n’el jarrrdín y a l’otrrr día ia no’sstaba. ¡Terrrrble!

-Sí -murmuró Lou indecisa, y confió en que no se le notara que no la había entendido. Por suerte, se le ocurrió una pregunta que seguramente encajaría bien en la conversación.

-¿Cómo está su marido? ¿La operación ha ido bien?

-Ssí, h’ido bien. Dentrro doss ssmanass’tará en casssa.

Puesto que la señora Hösle seguía sonriendo amablemente, Lou supuso que no había habido complicaciones.

-¡Fantástico! -dijo, y respiró hondo al comprobar que le tocaba el turno en la caja. Se entretuvo poniendo minuciosamente la compra en una bolsa con la esperanza de ganar tiempo. Si no preguntaba nada, la señora Hösle tampoco diría nada.

Sin embargo, la señora Hösle era muy parlanchina.

-Tegn’l coch’aquí -dijo-. ¿Querrrss que te ieve?

-¿En coche? -preguntó Lou.

La señora Hösle asintió.

-Eh...

Aunque las ampollas de los pies la torturaban, un trayecto en coche con una mujer a la que no entendía y que apestaba a ajo era lo último que le apetecía. Pero ¿qué podía contestarle? Echó un vistazo a la calle y vio el escaparate de una farmacia en la acera de enfrente.

-Aún tengo que ir a la farmacia -dijo, aliviada por haber encontrado una excusa.

-¿Querrrss que t’esperrr? -se ofreció la señora Hösle, que ya había pagado también y, como Lou, se disponía a salir del supermercado.

-Uy, no, tardaré un buen rato. Tengo que... eh... -Lou entornó los ojos para leer mejor los carteles publicitarios de la farmacia-. Sí, exacto, tienen que tomarme la presión y el nivel de azúcar.

Si hacía falta, ¡lo haría!

La señora Hösle la miró preocupada.

-¿Tas'nferrrma?

Lou rio forzadamente.

-No se preocupe, gracias, estoy bien. Solo un poco estresada. -Agarró la bolsa y dirigió un gesto de despedida a la señora Hösle-. Hasta luego. ¡Y muchas gracias por cuidar de los animales!

Se dirigió a toda prisa a la farmacia. Una mirada de reojo le indicó que la señora Hösle la seguía observando. No le quedaba más remedio que entrar en la farmacia a comprar algo.

-Maldita sea, ¿no podría haber aquí una tienda de moda? -renegó en voz baja.

En una *boutique* podría mirar sin que la molestaran, algo que no podía hacer en una farmacia. Un señor mayor, calvo y con bata blanca apareció enseguida detrás del mostrador.

-Buenas tardes, ¿qué desea?

Lou pensó con urgencia qué podía pedir.

-Caramelos para la tos -dijo finalmente, y carraspeó con fuerza.

-¿Para tos seca o para tos productiva? -preguntó el farmacéutico.

-Seca. ¿No lo ha oído?

A pesar del comentario desabrido, el hombre no abandonó su amabilidad:

-¿Tiene dolor de garganta?

-No, solo tos.

-¿Es alérgica a algo?

-No.

Lou vio por el rabillo del ojo que la señora Hösle subía al coche y se iba. Respiró hondo.

-¿Los quiere rellenos?

-Me da igual.

-¿Los prefiere de la zona?

-Bueno.

¡Qué más le preguntaría aquel hombre!

-Tenemos estos de pino carrasco, estos con extracto de heno de las montañas y estos, que son nuevos y son de abeto rojo. -El farmacéutico puso tres bolsitas encima de la mesa.

-Me llevo los tres.

El hombre la miró con asombro.

-¿Está segura?

-Sí.

Lou sacó el monedero y pagó.

-No se los tome mezclados -le advirtió el farmacéutico.

-No iba a hacerlo -aseguró Lou, mientras salía del establecimiento.

Bien pensado, esa provisión de caramelos para la tos le duraría hasta el final de sus días. A lo mejor le daba una bolsita a Lisa-Marie y otra a Anne. Los

caramelos con extracto de heno de las montañas los guardaría para Christoph. A él le gustaban los sabores extravagantes.

-¡Ah, Christoph! -suspiró con añoranza, y sacó el móvil del bolso. A esas horas, seguramente estaría en la redacción y tendría el teléfono sobre la mesa del despacho.

Contestó tras el primer tono.

-¡Hola, preciosa! ¿Ya habéis llegado? ¿Qué tal el viaje?

Le sentó bien oír su voz. Lou se dio cuenta de repente de lo cansada que estaba. Agotada. Pero no pensaba admitirlo delante de Christoph.

-Fenomenal -dijo, esforzándose por hablar en tono animado-. Ni te imaginas lo bien que nos lo pasamos. Nos entendemos de maravilla y descansaremos...

-Estoy molida -reconocía Anne al mismo tiempo, hablando por teléfono con su hija- y hecha una porquería. Huelo que apesto a boñiga de vaca y tengo un moratón enorme en el muslo. Pero, la verdad, ¡esto es muy divertido! -Fue andando lentamente por el jardín en dirección a la casa.

-¿En serio has ordeñado una vaca? -Mia se tronchaba de risa-. ¡Qué lástima no haberlo visto!

-Sor Bonaventura dice que lo hago muy bien. ¡Me gustaría que la conocieras! Es una joya, ayuda en todo, tiene buen humor y muchísima paciencia.

-Aquí no me vendría mal alguien así.

Anne se acordó con mala conciencia de sus deberes maternales.

-¿Cómo estáis vosotros? ¿Te las apañas?

-Bueno, sí... Las cosas funcionan... más o menos.

-¿Y qué tal el examen de inglés?

-Era fácil. Y ya he acabado todos los exámenes escritos, ¿no es genial?

-Sí, y me alegro mucho. ¿Qué dice papá? ¿Ya ha llegado?

-No, claro que no.

Anne se mordió los labios, enfadada. Stefan hacía horas extras, como de costumbre, y no volvería a casa hasta la noche. ¿Le daba igual que Mia estuviera sola con los chicos? ¿Se daría cuenta de que su mujer no estaba a su lado en la cama?

-¿Qué hacen tus hermanos?

-Se han calentado una pizza y ahora están viendo la tele. Como cualquier viernes.

Anne asintió satisfecha y se sentó en el banco azul. Al menos esa noche Mia estaría tranquila.

-¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a salir a celebrar el final de los exámenes?

-¡Pues claro! Las chicas pasarán a recogerme de un momento a otro. Vamos a la ciudad.

-Ten cuidado, ¿me oyes?

-Sí, mamá. Dales recuerdos a mis tías y a las vacas.

-Y tú dales un beso de mi parte a tus hermanos. Hasta pronto.

Anne se guardó el móvil en el bolsillo de los pantalones, estiró la pierna, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Así era como mejor se pensaba.

Por desgracia, la conversación con su hija demostraba una vez más que las cosas no cambiaban tan deprisa en una casa. En vez de encargárselo a Mia, podría haber contratado a una asistenta para que se ocupara de los chicos. De todos modos, Stefan no se daría cuenta de nada. No, el viaje a Algovia no solucionaría sus problemas. Pero al menos olvidaría por unos días su triste vida, ¡y eso le sentaría bien!

Por primera vez en mucho tiempo tuvo la sensación de que había hecho algo nuevo y extraordinario. Le dolían todos los dedos de la mano, pero había llenado el cubo de leche hasta arriba. ¡Y lo había hecho ella sola!

Cansada, pero extrañamente contenta, levantó la cabeza y dejó vagar la mirada por la granja. El sol había desaparecido por detrás de las montañas y la oscuridad caía poco a poco sobre el valle. Las campanas melodiosas de la iglesia tocaban a misa vespertina. Una bandada de gorriones revoloteaba ruidosamente alrededor de una forsitia y parecía mirar de reojo y con recelo a un gato que se había acurrucado debajo de la planta.

-Ven aquí -lo llamó Anne, y el gato, moteado en blanco y negro, le saltó al regazo sin dejar de ronronear-. Tú vives en la granja, ¿verdad? Pero no me acuerdo de ti.

El gato no pareció tomárselo a mal y se arrellanó cómodamente encima de las piernas de Anne.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Anne, y levantó una chapita en forma de corazón que llevaba colgada en el collar-. Mmm..., hay que decir que al tío Horst le gustaban mucho los nombres raros.

-¿Anne? -Lisa-Marie asomó la cabeza por la puerta de entrada-. Acabo de recibir un correo electrónico de nuestras madres. ¿Quieres leerlo?

-¡Sí! -Anne siguió a su prima a la cocina con el gato en brazos.

-¿Es el gato del tío Horst? -preguntó Lisa-Marie.

-Sí -contestó Anne-. En el collar pone esta dirección, o sea que será de aquí. Por cierto, se llama *Heino*.

Lisa-Marie sonrió.

-¡Encantada de conocerte, *Heino*!

El gato se acurrucó aún más en los brazos de Anne y ronroneó suavemente.

-Creo que ya tienes un nuevo amigo.

-Eso parece. -Anne estrechó cariñosamente al animal.

En la cocina hacía un calor agradable. Lisa-Marie encendió dos lamparitas que colgaban sobre el banco rinconero.

-Aquí se hace de noche enseguida -constató con asombro.

-Me pregunto dónde estará Lou -dijo Anne, mirando preocupada por la ventana.

-No tardará en volver, tranquila.

-¿Has visto comida para gatos en algún sitio? Seguro que *Heino* tiene hambre.

-Sí, en el armario de al lado del fregadero.

Anne le dio de comer al gato y luego se sentó con Lisa-Marie en el banco.

-Mira, lee. -Lisa-Marie señaló el portátil, que estaba abierto encima de la mesa.

Querida Anne, querida Lou, querida Lisa-Marie:

Hemos llegado bien y casi puntuales a Bad Rappenau. A Helene le han dado una habitación muy bonita en el balneario, y a mí también me gusta mucho la mía en el hostal Zum Löwen. Esta tarde hemos ido a tomar un café. Por suerte, a Helene no le han prescrito ninguna dieta, solo un programa de gimnasia. Escribidnos para que sepamos que habéis llegado bien.

Un abrazo de mamá y de la tía Katharina

-¿Ya has contestado?

Lisa-Marie asintió.

-¿Desde cuándo tiene tu madre un portátil?

-Se lo regalé por Navidad.

-No sabía que el tío Horst tuviera conexión a Internet.

-No tenía, pero he traído un módem USB. Puedo conectarme a Internet en cualquier parte de Alemania.

-No puedes vivir sin Internet, ¿verdad?

Lisa-Marie sonrió.

-¿Cómo iba a conocer, si no, a mis muchos amantes potenciales?

-Inténtalo en la vida real -le propuso Anne, que siempre había desconfiado de las búsquedas de Lisa-Marie en portales de contactos.

-El farmacéutico del pueblo es un encanto -dijo Lou desde la puerta-. Casi no le queda pelo, pero da un montón de consejos. ¡Mirad que os he traído! -exclamó, y lanzó dos bolsas de caramelos encima de la mesa.

-¿Para qué quieres tantos caramelos contra la tos? -preguntó Lisa-Marie-. ¿Y por qué cojeas?

-No cojeo -contestó Lou, y se quitó los zapatos. Sintiéndose mucho más liviana, se puso a vaciar la bolsa de la compra-. Todavía estoy un poco entumecida del viaje en coche.

-¿Tienes tos?

-No, pero con este frío solo es cuestión de tiempo. ¿Sigue Bonnie aquí?

-Se llama sor Bonaventura, y no, no está.

-Lástima, la habría acribillado a preguntas.

-¿Sobre qué?

-Sobre su relación con Horst. ¿A qué se refería esta tarde cuando ha dicho que quería devolvernos lo que Horst les había dado a las monjas? ¿Qué les ha dado exactamente? ¿Dinero? ¿Amor? ¿Relaciones?

-¡Gracias a Dios no has dicho nada! -exclamó Anne-. Tenía miedo de que le preguntaras por posibles hijos ilegítimos.

-Y lo habría hecho si tú no me hubieras fulminado con la mirada. -Lou puso

el pan, el queso, la mantequilla y los tomates en la mesa-. ¿A alguien le apetece un té?

-Sí, gracias. -Lisa-Marie cerró el portátil y lo guardó en una funda de color rosa.

-¿Qué tal con las vacas? -preguntó Lou, mientras ponía al fuego el hervidor de agua-. Seguro que os habéis hecho amigas íntimas. Apestáis, chicas. -Se tapó la nariz.

-Aunque llevábamos ropa de trabajo, el olor a establo es inevitable. Pero hemos sacado un cubo entero de leche. -Anne parecía que iba a reventar de orgullo.

-¿Y dónde está la leche?

-Se la hemos dado a sor Bonaventura.

-¿Por qué?

-Lisa-Marie no bebe leche y a mí solo me gusta la de botella. ¿Tú querías?

Lou negó con la cabeza. Estaba mareada desde que se había encontrado a la señora Hösle, y el recuerdo del olor a ajo, mezclado con la idea de la leche caliente de vaca, empeoraba la sensación de mareo.

-Por mí, se la podéis dar a Bonnie todos los días.

-Ya se lo hemos dicho. Todos los días vendrá alguien del convento a buscarla. Y te lo repito: se llama Bonaventura.

-Para mí será siempre la maravillosa Bonnie, la de los muchos e inesperados talentos. -Lou dejó una jarra en la mesa y echó dos bolsitas de té en el interior-. Un verdadero regalo del cielo.

Anna se rio.

-¡Quién fue a hablar! ¿Cuándo entraste por última vez en una iglesia?

-El día del bautizo de tus hijos.

-Ha llovido mucho desde entonces. -Lisa-Marie empezó a poner la mesa.

-Bueno, ¿y qué? Pago mis impuestos, o sea que yo también puedo creer en el cielo -contestó Lou-. Y ahora, contadme más cosas, venga.

Durante la cena, Anne explicó con todo lujo de detalles sus experiencias con las vacas y las gallinas.

-Las próximas semanas hará más calor y las vacas también podrán salir fuera -concluyó-. Sor Bonaventura dice que hace falta un cercado nuevo.

-¿Una cerca nueva? -Lou frunció el ceño-. ¿Y se puede comprar en algún sitio?

-Ni idea.

-Qué bien, lo habéis conseguido. Hasta tenéis controlado el tema del establo, y todo en una tarde -dijo Lou, mostrando su reconocimiento. Con eso, el asunto quedaba zanjado para ella.

Pero no para Lisa-Marie.

-¡Un momento! Eso no significa que a partir de ahora lo hagamos siempre nosotras -protestó.

-¿Por qué no? Yo me encargaré de otras cosas.

-¡Ah, no!, ¡eso sí que no! Mañana por la mañana tú vas al establo con Anne.

-No pienso...

-¡Ya lo creo! -Lisa-Marie sonrío con picardía-. Lo haremos todo siguiendo el principio de rotación. Te suena la idea, ¿verdad?

Lou la miró echando chispas por los ojos.

-¿Y tú que harás, mientras tanto?, ¿dormir?

-No. Yo iré a comprar.

-También hay que buscar un poco por la casa. -Anne intentó cambiar de tema; las discusiones constantes entre las dos la ponían de los nervios-. El tío Horst tenía que guardar los papeles en algún sitio. Es posible que haya que anular contratos o pagar facturas.

Lisa-Marie asintió.

-He traído una guía para casos de defunción.

-Me lo imaginaba -la pinchó Lou-. Siempre tienes un libro adecuado para todo.

-¿Y qué hay de malo en informarse?

-No puedes limitarte a leer tu vida en los libros.

-¡Oh, perdona!, se me había olvidado que la lumbrera eras tú. -Lisa-Marie dejó la taza bruscamente sobre la mesa.

Lou sonrió con arrogancia.

-No hay que confiar solo en los libros. Tienes que vivir tus propias experiencias y cometer errores. Por si aún no te has dado cuenta, que sepas que hay vida más allá de las palabras escritas.

-¡Lo que tú digas!

-Y ya que estamos con el tema: también hay citas «reales» y no solo contactos virtuales. A eso se le llama «realidad» y personas «de verdad».

-¡Lou! -Anne le dio un puntapié en la espinilla a su hermana por debajo de la mesa-. ¡Ya basta!

Lou le lanzó una mirada asesina, pero cedió.

-Perdona -murmuró de mala uva.

-De acuerdo -dijo Lisa-Marie. Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero se limitó a poner cara de ofendida.

Anne suspiró.

Sin embargo, pronto quedó demostrado que el silencio no era mejor que la discusión a gritos. Su hermana mordisqueaba un bocadillo de queso sin decir nada y Lisa-Marie se concentraba por completo en los trozos de tomate que tenía en el plato. El único que de vez en cuando emitía algún sonido era el gato, que se había arrellanado delante de la chimenea y lanzaba suaves ronroneos.

Anne apoyó la cabeza en las manos, suspirando. ¿Cómo podía haber pensado en serio, media hora antes, que en Algovia estaría tranquila? ¿De verdad esperaba tener menos problemas con su hermana y su prima que en casa, con sus hijos y su marido?

Por lo visto, no iba a ser así. En cualquier caso, la primera noche no prometía nada bueno.

6

-Toma, para ti. -Por la mañana, Anne le lanzó un delantal azul a Lou y ella se puso la misma ropa de trabajo que la tarde anterior.

Lou no hizo ademán de atrapar el delantal, bostezó con ganas y dejó que la prenda cayera al suelo.

-¡Lou!

-Con ese peto pareces *Karlsson del tejado*.

-Bueno, ¿y qué?

-¿Sabes qué hora es? ¡No son ni las siete!

-Ya lo sé. Tendríamos que habernos levantado más temprano.

-¿Más temprano? ¿Estás loca?

-En casa me levanto siempre a las seis.

-Y yo desayuno en la cama y no me meto en la ducha hasta las ocho. ¿Y si hacemos un trato?

-¿Nos levantamos a las siete y después desayunamos en la cama?

-Convierte el siete en un ocho y te ayudo.

-Cuando acabemos, podrás volver a la cama si quieres.

-Cuando acabemos, tendré que pasar dos horas debajo de la ducha. -Lou arrugó la nariz-. ¡Apesta!

-Por eso hemos venido, para limpiarlo. Anda, ponte el delantal y suelta a las gallinas.

-Se las ve muy cómodas ahí dentro. -Lou observó a las aves, acuclilladas en el gallinero con las plumas hinchadas y cacareando de vez en cuando-. Yo creo que no tienen ganas de salir. Fuera es de noche y hay niebla.

-Pronto se hará de día. ¡Abre de una vez! Y ten cuidado con *Akihito*.

-¿Akihito?

-El gallo. -Anne colocó el taburete de ordeñar junto a la vaca-. ¿Quieres ver cómo ordeño?

-De acuerdo -dijo Lou sin mucho entusiasmo. Recogió el delantal del suelo y se lo puso. Le quedaba muy grande-. ¡Parezco un saco!

-¿Y qué? No estamos en un desfile de modelos. -Anne dirigió la mirada a

los pies de Lou-. ¿No tienes otros zapatos?

-¿Por qué? Estos son muy bonitos. -Lou contempló satisfecha sus bailarinas azul turquesa-. Son Maloles auténticas, con plantillas y tacón fino.

-Son bonitas, pero nada prácticas. Y menos en el establo.

-No te preocupes, procuraré no mancharme.

-Eso seguro -murmuró Anne, y se agachó hacia las ubres de la vaca. Se concentró en apretar los dedos en las tetillas de *Mette-Marit* y el cubo de la leche se fue llenando poco a poco-. ¡Me sale bien! -exclamó satisfecha.

-¡Genial! -la elogió Lou irónicamente.

-Lou. -Anne levantó la cabeza.

-¿Sí?

-Acuérdate de las gallinas.

-Vale, ya voy... -Obediente, Lou abrió la puerta del gallinero y se quedó esperando en la entrada-. Ya habéis oído lo que ha dicho mi hermana. ¡Todas fuera!

Las gallinas la miraron con desconfianza, sin dar muestras de querer abandonar el corral.

De repente, un fardo de plumas marrones salió disparado hacia Lou desde un rincón. Antes de que la pobre pudiera reaccionar, el gallo se lanzó a sus pies y, armando un gran alboroto, empezó a atacar los zapatos azul turquesa.

-¡Socorro!

Histérica, Lou le sacudió una patada y se subió a una bala de paja para ponerse a salvo. Por un momento dio la impresión de que se había salvado. Pero *Akihito* siguió moviendo las alas y chillando.

-¡Quítate los zapatos! -bramó Anne.

Aterrada, su hermana se quitó las bailarinas y las guardó en el bolsillo del delantal. El gallo se tranquilizó en cuanto dejó de ver los zapatos, soltó un quiquiriquí agudo y salió al patio por la puerta abierta del establo.

-Uno a cero a favor de *Akihito*. -Anne tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse-. Creo que no le gusta el color turquesa.

-Y yo creo que ese bicho está loco -gruñó Lou-. Está loco y es peligroso.

-Ya te he dicho que te pusieras otros zapatos.

-¿Y ahora qué? Descalza no puedo ayudarte.

-Hay botas de goma en el armario.

-¿Quieres que me ponga unas botas de goma usadas? ¿Va en serio?

-Solo quiero que me ayudes, me da igual con qué calzado. ¡Y es para hoy! -La cabeza de Anne desapareció debajo de la barriga de la vaca.

Lou suspiró, se bajó de la bala de paja y fue hacia el armario descalza, caminando como un pato y con cara de asco.

-Vete tú a saber lo que pillaré aquí -refunfuñó en voz baja.

Sin embargo, hizo lo que le había ordenado su hermana: guardó las bailarinas y se puso unas botas de agua marrones. Luego volvió y miró con cautela en el interior del gallinero. Las gallinas seguían allí, muy juntas, observándola con desconfianza.

-¡Fuera! ¡Va! -ordenó Lou-. No tengo todo el día.

-Si te apartaras de su camino, a lo mejor saldrían -dijo Anne.

-¿Tú crees?

Lou dio unos pasos hacia atrás y estuvo a punto de tropezar con un rastrillo que Lisa-Marie había dejado apoyado en la pared el día anterior.

-¡Esto es un peligro! -se quejó en voz baja, y se ciñó el delantal a la cintura.

-A lo mejor consigues atraerlas con comida -propuso Anne, y señaló un saco grande que estaba junto al gallinero.

Lou tomó un puñado de pienso y se lo tiró a las gallinas, que se asustaron y se separaron ruidosamente, sin dejar de cacarear.

-No tienes que tirárselo encima, tienes que atraerlas hacia fuera -la riñó Lisa-Marie.

Lou se volvió enfadada hacia la puerta del establo.

-¿Qué haces tú aquí? ¿No tenías que ir a comprar?

-Ahora voy. Solo he venido a darte esto.

Le dio una espátula grande.

-¿Para qué la quiero?

-Es para el gallinero -dijo Lisa-Marie con una sonrisa burlona.

-¿Hay que pintar las paredes?

-Las paredes están bien, pero mira el suelo.

Lou lo miró con desconfianza y, de repente, comprendió.

-¿Pretendes que quite los excrementos de las gallinas con esto?

-También puedes arrancarlos con las uñas, aunque te hayas hecho la manicura -Lisa-Marie no se esforzó lo más mínimo por ocultar la risa-. Pero supongo que acabarás antes con la espátula.

-¡Anne! ¿Lo dice en serio? -Lou se dirigió a su hermana pidiendo ayuda, pero esta se encogió de hombros y la miró con gesto compasivo.

-Sí, Lou. Lo siento.

-Cuanto antes empieces, antes terminarás. -Lisa-Marie miró la hora en su reloj de pulsera-. Tengo que irme.

Lisa-Marie condujo despacio a través de la niebla matinal en dirección a Füssen. A esas horas de la mañana había poca gente por las calles y no tuvo problemas para encontrar un aparcamiento frente al centro comercial. En la ciudad, el sol tampoco había conseguido abrirse paso entre la niebla, lo único que iluminaba la zona era la luz chillona de las letras de neón que había encima de la entrada del supermercado. Tiritando de frío, agarró un carrito y se dio prisa por llegar al calor de la tienda.

-Hace frío, ¿verdad? -En la cafetería del centro comercial había un joven sentado a una mesa con un capuchino.

Lisa-Marie pensó que no sería mala idea tomarse un café. No había desayunado y necesitaba con urgencia una buena dosis de cafeína. Así pues, saludó con un gesto amable al hombre, buscó un asiento libre y pidió un café doble y un bollo con mermelada de ciruela. El bollo aún estaba caliente y olía

a dulce y a fruta. Hambrienta, le dio un mordisco y repasó en su cabeza la lista de la compra.

Faltaba de todo. Por la mañana había hecho una ronda por la casa y no había encontrado reservas de comida ni en la cocina ni en el congelador, tampoco en el sótano. Por lo visto, el tío Horst compraba lo justo para el día.

Sin embargo, curiosamente se desvivía por los animales. El establo y el granero estaban bien surtidos, y también había mucha comida para gatos.

¿Cómo podía vivir así? Lisa-Marie estaba acostumbrada a tener provisiones en casa, pues a menudo se quedaba hasta tarde en la librería y no tenía tiempo de ir a comprar. El tío Horst, en cambio, debía de ir cada día al pequeño supermercado junto a la iglesia. Tal vez porque no tenía coche y no podía cargar mucho, o tal vez porque de ese modo salía de casa y veía gente.

«Gente de verdad»: las palabras que Lou le había dicho la noche anterior le resonaban en la cabeza. La crítica de su prima la había afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. ¿Qué sabía la guapa, segura y triunfadora Lou de sus intentos de conocer a un hombre? Lou, simplemente, había tenido la suerte de que Christoph se cruzara en su camino.

Ella, en cambio, a pesar de haberse apuntado a grupos de baile y clubs deportivos, no había conseguido encontrar al hombre adecuado. Al menos no «verdaderamente». ¿Qué tenían de malo las citas virtuales y conocerse por Internet?

-¡Nada! -murmuró con la boca llena.

El joven que se sentaba a la mesa de al lado la miró extrañado, pero Lisa-Marie no le hizo caso.

Sus pensamientos llegaron al engorroso tema que le preocupaba desde hacía tiempo: la situación económica de la librería. Sabía que estaba a un paso de la quiebra. La indemnización que le iba a dar el constructor cubriría los gastos de los próximos meses y le aseguraría un pequeño sueldo. Pero ¿y luego? A la larga tendría que compensar los gastos con sus ahorros. Estaba claro que necesitaba dinero urgentemente si no quería perder la tienda. Pero ¿de dónde iba a sacarlo?

No quería pedir ayuda ni a su madre ni a su familia, eso lo tenía claro. ¿Cuánto sacarían si vendían la granja? Avergonzada, apartó enseguida esa idea de su mente. ¿Cómo podía pensar en vender la finca en la que su familia había vivido tantos momentos felices? Eso era una canallada, un pensamiento desalmado, ¡pura codicia!

Deprimida, se terminó el café. Después se abrió paso entre las estanterías del supermercado y fue llenando el carrito con todo lo que estaba apuntado en la lista de la compra. Al final, se dirigió a la sección de «Casa y jardín» y se detuvo junto a la leña. Un dependiente con delantal gris, que estaba sentado en una pequeña carretilla elevadora, la saludó cordialmente.

-¿Puedo ayudarle en algo?

-Sí, quería un paquete de leña -dijo, señalando la pila.

-¿Un paquete?

-¡O lo que sea!

-La vendemos por metros cúbicos, medio o uno entero.

-Pues, entonces, medio metro cúbico de leña de haya.

-Mmm... -El hombre la miró con curiosidad-. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

-No, ¿por qué? ¿Solo pueden comprar leña los autóctonos?

-No, no es eso... ¿Ha dicho medio metro cúbico? ¿Está segura?

-Oiga, sé perfectamente lo que es medio metro cúbico -contestó Lisa-Marie, respondona. Aunque en realidad no tenía ni idea, le molestaba que el dependiente no la tomara en serio.

-De acuerdo -transigió finalmente-. ¿Ha traído la camioneta?

-No, pero en un Escarabajo caben más cosas de las que la gente cree.

-¿Un Escarabajo? -Al dependiente le costó aguantarse la risa.

-Sí, un Escarabajo. Cuando acabe de reírse, ¿sería tan amable de poner la leña en mi carrito de la compra?

-¡Pues claro!

El hombre puso en marcha la carretilla y levantó de la pila un cajón grande lleno de leña.

-¿Dónde quiere que lo ponga?, ¿encima del pan tostado? -preguntó de muy buen humor.

Lisa-Marie se quedó mirando la leña con asombro.

-¿Puedo llevarme ahora solo una parte de la carga? -preguntó con la boca pequeña y la mirada suplicante-. Y vuelvo otro día a por el resto.

El hombre bajó lentamente la leña hasta el suelo.

-De acuerdo, porque es usted. ¿Quiere que le ayude a cargarla en el coche?

-¡No, gracias!

No quería que siguiera burlándose de ella. Prefería cargar sola la leña.

Diez minutos después, se arrepentía de la decisión. Ya había metido la compra en los asientos de atrás y ahora salía del supermercado empujando el carrito lleno de leña. A pesar de la niebla que cubría el valle, sudaba por todos los poros. ¡Costaba mucho empujar aquel carro!

-¿Me permite?

El joven que estaba en la cafetería puso las manos junto a las suyas en el asidero y el carrito avanzó enseguida.

Lisa-Marie lo soltó aliviada.

-¡Gracias!

-¿Dónde tiene el coche?

-Allí -dijo, señalando el Escarabajo.

-¡Qué divertido! ¿Cómo se le ocurrió lo de los puntos?

-Bueno -empezó a decir Lisa-Marie, y se secó el sudor de la frente-, yo me llamo Marie y eso es un «escarabajo». Una mariquita, por así decirlo. No sé si me entiende...

-Sí. -El joven sonrió divertido-. ¡Una idea genial!

-Gracias.

Lisa-Marie tomó aire. Aquel hombre la turbaba. Tenía una sonrisa fascinante, y también valía la pena mirar el resto. Alto, fuerte, bronceado y muy joven. Un poco apenada, calculó que como mucho tendría veinte años. Melena corta, suelta y de color castaño. Y esa mañana no se había afeitado.

A pesar de todo, no parecía desaseado. La camiseta blanca y los vaqueros no estaban planchados, pero sí limpios. Llevaba una mochila grande a la espalda, que dejó en el suelo al llegar al coche.

-Ya hemos llegado.

-Sí. -A Lisa-Marie no se le ocurrió ningún comentario más inspirado.

Revolvió en el bolso con nerviosismo y sacó las llaves. Por el rabillo del ojo vio en el supermercado al dependiente caradura. Tenía la nariz pegada a la ventana y parecía observarla. Probablemente esperaba que le pidiera ayuda.

-¿Quiere que la cargue en el coche? -preguntó el joven.

-Sí, gracias.

¡Le venía como anillo al dedo! Aliviada, abrió el maletero y se apartó a un lado.

El chico trabajó en silencio y con eficiencia. El montón de leña del carrito bajaba minuto a minuto. Cuando el maletero se llenó, Lisa-Marie vació los asientos de atrás y, con ayuda del joven, consiguió meterlo todo en el coche.

-No te lo creías, ¿verdad? -murmuró, triunfal, mientras saludaba con la mano al dependiente, que seguía tras el cristal cuando fue a devolver el carrito a la entrada del supermercado.

Al regresar al coche, abrió el monedero y sacó un billete de diez euros.

-¡Toma! -dijo, ofreciéndole el dinero al joven-. ¡Muchas gracias por la ayuda!

El chico meneó la cabeza en señal de rechazo.

-No quiero dinero, gracias.

-Oh, pero cómo...

-¿Cómo puede compensarme? Bueno, ¿no tendrá trabajo para mí, por casualidad?

Lisa-Marie estuvo a punto de decir que no, que lo sentía mucho, pero luego lo pensó mejor. En realidad, les vendría bien un poco de ayuda en la granja. Limpiar las cuadras requería muchísima energía, lo había experimentado en sus propias carnes la tarde anterior. Y también había que apilar la leña, poner un cercado y hacer unos cuantos trabajitos en la casa y en el jardín. ¿Se arriesgaba a contratarlo sin hablarlo antes con sus primas?

Seguro que Lou no tendría nada en contra de que un ayudante se encargara de las tareas pesadas y sucias. ¿Y Anne? Probablemente se alegraría de poder hacerle de madre a alguien. Lo miró de arriba abajo. ¿Qué pediría a cambio?

-Trabajo a cambio de alojamiento, comida y un pequeño sueldo de... digamos cincuenta euros semanales.

Lisa-Marie bajó los ojos, avergonzada. Por lo visto, aquel joven podía leer el pensamiento.

-¿Has trabajado alguna vez en una granja?

-Sí, en Suabia, en la sierra del Jura. Tres meses.
-Entonces estás familiarizado con la vida en el campo.
-Claro que sí. Sé ordeñar, limpiar los establos y, si hace falta, sacrificar una gallina.
Lisa-Marie se estremeció.
-Eso no será necesario.
-Mejor.
-¿Cuántos años tienes?
-Veintiuno.
-¿Y cómo te llamas?
-Jo.
-¿Jo? Curioso nombre.
-Sí, jojojo.
Tenía sentido del humor y respuesta para todo.
-¿Por qué viajas solo? Tú no eres de aquí, se te nota en el acento.
-Usted tampoco. -Sonrió. Cuando sonreía, estaba buenísimo.
-Ya te contaré mi historia después. Ahora te toca a ti.
-No hay mucho que contar -dijo, encogiéndose de hombros-. Me he tomado un respiro de mi familia y voy tirando con trabajos ocasionales.
-Ya. -Seguro que esa no era toda la historia, pero Lisa-Marie se decidió de todos modos-. ¿Quieres echarnos una mano en nuestra pequeña granja?
-Sí, claro. ¿Significa eso que tengo trabajo?
-Sí. ¡Anda, sube! Tendrás que llevar la compra encima de las piernas.

-¡Lisa-Marie! ¿En qué pensabas?
-Yo, eh...
-Está visto que en nada. Cuando ayer te aconsejé que tuvieras citas «reales» con gente «de verdad» no me refería a que salieras corriendo a secuestrar al primer chico que te encontraras en un supermercado.
Lou se quedó estupefacta. Había sabido contenerse mientras Lisa-Marie les presentaba a su acompañante en la puerta de la entrada, pero ahora que Jo estaba en el cuartito de la planta baja, contiguo al aseo de cortesía, dio rienda suelta a su enfado. Sacó la compra de las bolsas con rabia y arrojó parte de los comestibles sobre la mesa.
-No lo he secuestrado -se defendió Lisa-Marie, mientras guardaba la comida en el frigorífico-, ha venido él voluntariamente.
-¿Y cómo te imaginas que será ahora la convivencia? Ya tenemos bastantes problemas las tres. Solo nos faltaba una réplica en joven de Johnny Depp. Lo liará todo.
-No es verdad -replicó Lisa-Marie-. Nos ayudará.
-¿A qué? -Lou tiró una lata de lombarda sobre la mesa-. No lo necesitamos para discutir, eso ya lo hacemos de maravilla sin su ayuda...
-Pero nos iría bien en el establo, para poner el cercado y cargar la leña.
-No parece un campesino.

-Nosotras tampoco y aquí estamos.

-Creo que Lisa-Marie tiene razón -intervino Anne. Estaba en la puerta de la cocina, con el gato en brazos, que la seguía a todas partes-. Tenemos que darle una oportunidad.

Como de costumbre, su hermana le rompió los esquemas con su voz suave.

-¿Ah, sí? -preguntó Lou, extrañada, y dejó de tirar las cosas encima de la mesa en señal de protesta-. ¿Por qué?

-Se ha ofrecido a encargarse del trabajo duro en el establo - dijo Anne-, con lo que no hará falta discutir por ver a quién le toca. Un lío menos.

Tiene razón, pensó Lou, y, con un ligero escalofrío, se acordó del encontronazo con *Akihito* y de la porquería del gallinero. Aunque luego se había bañado, le parecía que aún llevaba el mal olor impregnado en la piel y en el pelo. La idea de que alguien se hiciera cargo del trabajo sucio era tentadora. Pero aún no estaba dispuesta a ceder.

-¿Y qué más?

-Si no tenemos que ocuparnos del establo, tendremos tiempo para otras cosas.

-¿Por ejemplo?

-El funeral del tío Horst. Aunque no se celebrará hasta dentro de unas semanas, hay que organizar algunas cosas. ¡Y piensa en los papeles y en la herencia! Tenemos que decidir qué va a pasar con la granja y los animales.

-Eso es asunto de mamá y de tía Katharina, ¿no?

Anne se dio cuenta, satisfecha, de que su hermana aceptaba sus argumentos. La resistencia de Lou se resquebrajaba por momentos.

-Pues claro que decidirán ellas. Pero ¿no creerás en serio que pueden arreglarlo solas?

-No -dijo Lou, después de pensarlo un poco.

-Gracias a Jo, tendremos tiempo para preocuparnos de esas cosas.

-Ya. -Lou asintió con la cabeza-. ¿Y cuánto quiere cobrar?

-Cincuenta euros a la semana, y alojamiento y comida gratis.

-No es mucho -comentó Anne-. Mis hijos exigen veinte euros por pasar el cortacésped.

-¿Y bien? ¿Significa eso que puede quedarse? -Lisa-Marie cerró la puerta del frigorífico y se levantó resoplando.

-Por mí, vale -gruñó Lou-. Con la condición de que no la líe.

-¿Y cómo va a liarla? -preguntó Anne.

-A lo mejor le da por invitar a un montón de chicas y montar fiestas desenfrenadas en el patio -dijo una voz burlona detrás de ella.

Anne se volvió, sobresaltada, y estuvo a punto de soltar al gato. Jo pasó por su lado sonriendo y entró en la cocina. Se había cambiado de ropa y ahora, en vez de los vaqueros, llevaba unos pantalones de algodón de color verde oliva.

-O, mejor aún, las invito a las tres a una fiesta. -Jo se acercó lentamente a la mesa-. Las emborracho y les robo las joyas. Lou lleva un anillo de diamantes en el dedo.

Le agarró la mano, se la levantó y dejó que el anillo brillara a la luz del sol. Lou apartó la mano con cara de no saber dónde meterse.

-Y el collar de plata de Lisa-Marie también es muy bonito.

Le acercó la mano al cuello y le tocó el collar.

Lisa-Marie tragó saliva. Mientras tanto, Anne dejó al gato en el suelo y se puso en jarras.

-No seas tan descarado, jovencito -le advirtió.

-Oh, vamos, ¡era broma! -Jo se rio-. ¿No creerán en serio que me he instalado en su casa para robarles?

-Eh... -balbuceó Lou.

-... pues claro que no -completó la frase Lisa-Marie con una sonrisita tonta.

-No soy un delincuente -recalcó-. Les aseguro que solo necesito un techo bajo el que vivir, y me lo ganaré trabajando.

Lou y Lisa-Marie asintieron impresionadas. Anne las observaba con asombro. ¿Qué les pasaba?

-¿Cuántos años tienes, Jo? -preguntó.

-Veintiuno.

-Veintiuno -repitió Anne-. Mi hija mayor acaba de cumplir diecinueve. O sea que podrías ser mi hijo. -Dirigió una mirada de advertencia a las otras dos mujeres-. O el hijo de Lou o de Lisa-Marie .

-De acuerdo, lo he entendido.

-No lo he dudado ni por un momento -contestó Anne cordial. La cuestión era si su prima y su hermana también habían comprendido a qué se refería-. Habrá que fijar ciertas normas de convivencia -prosiguió.

-Por mí, perfecto -dijo Jo, y se encogió de hombros.

-Por lo visto, no quieres contarnos de dónde eres ni quién eres.

-Exacto.

-Nos parece bien, siempre y cuando tú no te entrometas en nuestros asuntos.

-No pensaba hacerlo.

-Nada de fiestas.

-De acuerdo.

-El piso de arriba es territorio prohibido para ti.

Jo enarcó las cejas y asintió. Le hacía gracia la advertencia.

-Vale.

-Y solo podemos garantizarte trabajo para unas semanas. Aún no sabemos qué pasará después.

-Lisa-Marie ya me lo ha dicho en el coche.

-Pues ya está todo aclarado.

-De acuerdo. ¿Puedo irme?

-¿Adónde?

-Primero, a apilar la leña. Y luego a echar un vistazo a la granja. Si no me salto ninguna norma, claro.

-En absoluto. Puedes irte. -Anne le señaló cordialmente la puerta y, cuando se había marchado, se volvió hacia Lou y Lisa-Marie -. Veintiuno. Sin

dirección. Un temporero-. Pronunció las palabras en voz alta y muy clara-. Lo repito: ¡Veintiuno!

-Pero es una monada -contestó Lisa-Marie con una risita.

-¿Has visto qué ojos más bonitos? -preguntó Lou-. ¡Qué gracia cuando conozca a Bonnie!

7

Sorprendentemente, Jo y sor Bonaventura se entendieron bien desde el primer momento. Se conocieron el martes por la mañana, cuando la monja entró en la granja empujando la bicicleta y se encontró al joven acotando el terreno para instalar el nuevo cercado.

-Buenos días -lo saludó, casi sin aliento.

-Buenos días. -Jo interrumpió el trabajo y se acercó a ella-. ¿Se encuentra bien? -preguntó, preocupado por los jadeos de la monja.

-No es nada, solo estoy sofocada.

Jo señaló la bicicleta.

-Es agotador pedalear por la montaña, ¿verdad?

-¡Mucho! Hace poco que vivo aquí y todavía no me he acostumbrado a tantas subidas y bajadas.

-Sería más fácil si llevara pantalones -dijo, mirando el hábito negro.

-Muchas cosas serían más fáciles con pantalones, créeme. Pero, desgraciadamente, este año no venden pantalones en la *boutique* del convento.

-¡Lástima! -Jo sonrió-. Si santa Ángela de Mérici aún viviera, seguro que encargaba pantalones para todas.

-¿Conoces a la fundadora de la orden? -preguntó, perpleja, sor Bonaventura.

Jo asintió con la cabeza.

-¿Y eso?

-Cultura general, ¿no?

-En realidad, no.

-Bueno, en mi tierra lo sabe todo el mundo.

-¿De dónde eres?

-Del norte -contestó evasivamente-. ¿Y usted?

-Del sur. -Sor Bonaventura lo miró pensativa y decidió dar el tema por zanjado. Era evidente que no quería hablar de sí mismo. Así pues, echó un vistazo al prado-. ¿Lo has acotado todo tú solo?

-Sí. Y ya he terminado en el establo.

-¡Qué trabajador! -dijo en tono de reconocimiento-. ¿Me dices cómo te

llamas o también es un secreto?

-No, claro que no. Me llamo Jo. Las tres damas me contrataron el sábado.

-Yo soy sor Bonaventura.

-¡Ah!, la famosa Bonnie de la que las señoras hablan maravillas. He oído hablar mucho de usted...

-Ya me gustaría a mí poder decir lo mismo de ti.

-No hay mucho que contar. Digamos que me recogió.

-¿Te recogió? ¿Quién?

-Lisa-Marie. El resto puede preguntárselo a ella, ahí viene. -Jo la saludó con la mano-. Tengo que seguir con el trabajo.

-¡Buenos días! -exclamó contenta Lisa-Marie. Llevaba unos vaqueros y un jersey de lana rosa de cuello alto, que se había subido hasta las orejas. A esas horas del día, aún hacía frío. Una gruesa capa de escarcha teñía de blanco los tejados y los coches, y el sol de la mañana no bastaba para derretirla-. Veo que ya se conocen.

-Sí.

Sor Bonaventura apoyó la bicicleta en la pared de la casa.

-Acabo de hacer té. Tomará una taza conmigo, ¿verdad? ¿Quieres té, Jo?

-No, gracias. -El joven estaba clavando una estaca-. Antes quiero terminar esto.

-¿Has desayunado?

-No.

-¿Quieres que te traiga una taza de té y un bocadillo?

-No hace falta.

-De acuerdo. -Lisa-Marie parecía un poco decepcionada, pero entonces se acordó de la monja y la invitó a entrar en casa-. ¡Venga! Dentro se está muy bien.

-¿De dónde han sacado al muchacho? -preguntó sor Bonaventura cuando se sentaron a la mesa de la cocina a tomar té de menta.

Lisa-Marie se sonrojó.

-Lo conocí en el supermercado. Casualmente, buscaba trabajo, y me lo traje.

-¿Así de sencillo?

-¿Y por qué no? Es muy serio y formal.

-Sí, claro -replicó burlona sor Bonaventura-. Pero eso no es lo primero que salta a la vista.

-¿Y qué es?

-Guapo de cara. Buen tipo. Unos ojos preciosos.

-¡Sor Bonaventura!

-Oh, vamos, Lisa-Marie. Que sea monja no significa que no tenga ojos para apreciar los encantos masculinos.

-A mí no me importan sus encantos masculinos -aseguró Lisa-Marie, que, nerviosa, se echó tres cucharadas de azúcar en el té-. Y nos ayuda mucho. ¡Pregúnteselo a Lou o a Anne!

-¿Dónde están?

-Anne ha ido a Füssen y Lou sigue en la cama. Antes ha bajado a buscar una taza de café, pero dice que tiene problemas de circulación.

-Vaya, espero que no esté enferma.

-No se preocupe. Diría que lo único que le pasa a mi querida prima es que no está acostumbrada al trabajo físico. El domingo empezamos a vaciar los armarios del tío Horst. No paramos hasta que se hizo de noche, y aún no hemos acabado.

-No es fácil ocuparse del legado de un ser querido.

-Es muy triste -confirmó Lisa-Marie-. De momento reunimos sus efectos personales en su dormitorio para que mi madre y mi tía puedan echarles un vistazo tranquilamente. Y el olor del cuarto nos lo recuerda muchísimo: una mezcla de *aftershave*, tabaco y suavizante. Un olor muy familiar. -Se le hizo un nudo en la garganta-. Siempre tengo la sensación de que va a entrar por la puerta en cualquier momento. Pero eso no va a pasar.

Sor Bonaventura le tomó la mano para consolarla y Lisa-Marie respiró hondo. La presencia de la monja resultaba muy tranquilizadora.

-¿Han empezado con los preparativos del funeral?

-No, lo haremos esta tarde. -Lisa-Marie bebió un sorbo de té y puso cara de asco. Estaba demasiado dulce-. Tenemos hora a las cuatro con el párroco.

-Si necesitan ayuda, no tienen más que avisarme. En el convento nos gustaría ayudar en lo que sea.

-Gracias, es usted muy amable.

-¡Buenos días! -Lou entró en la cocina arrastrando los pies y se dejó caer en el banco rinconero con un suspiro. Estaba pálida y cansada, pero al menos se había vestido. Llevaba unos *leggins* negros y una chaqueta de chándal de colores, y también se había maquillado un poco.

-Hola, Lou. ¿Se encuentra mejor? -preguntó sor Bonaventura cordialmente.

-Ni mucho menos -se lamentó Lou, y apoyó la frente en las manos-. Estoy hecha polvo. El puñetero gallo me ha despertado tres veces esta noche. Ha cantado a la una, a las dos y media y a la cuatro y cuarto.

-¿De verdad? -preguntó Lisa-Marie-. Pues yo no he oído nada.

-Mi habitación está muy cerca del corral. A partir de ahora dormiré con los postigos bien cerrados.

-¡Pobrecita! -la compadeció sor Bonaventura-. Tiene que estar muy cansada.

-Sí, lo estoy. Pero no puedo pasarme todo el día en la cama.

-¿Por qué no? En casa siempre lo haces -objetó Lisa-Marie.

-En casa tengo a Christoph, un televisor de pantalla plana y una cafetera decente. Pero mejor lo dejamos o acabaré llorando.

-Hay una cosa que la animará -dijo sor Bonaventura.

-¿Y qué es?

-Las abejas.

-¡Genial! -Lou hundió la cabeza entre las manos-. Claro, siempre que me encuentro mal, pienso en las alegres abejas y enseguida se me pasa...

-¡Lou! -la reprendió Lisa-Marie-. ¡Deja que nos lo cuente!

-No pasa nada. -Sor Bonaventura sonrió comprensiva-. Siempre se me olvida que no están acostumbradas a la vida en el campo. Seguro que a ustedes las abejas no les parecen fascinantes.

-Es una forma de decirlo -confirmó Lou.

-Pero ya verán que trabajar con ellas es muy divertido.

-¡Dígaselo a mi hermana! Le dan pánico todos los bichos que pican.

-Es un miedo totalmente infundado. Si se hace bien, no hay que temer que ataquen.

-¿Y qué es eso que tenemos que hacer «bien»?

-La semana que viene solo tenemos que ir a comprobar si se han reproducido y si están sanas.

-Parece sencillo.

-Y lo es. Traeré mi equipo de protección para ir con una de ustedes a echar un vistazo a las colmenas.

-Eso es para ti -dijo Lou, señalando a Lisa-Marie-. Seguro que ya te has leído el libro que trajiste, *La abeja Maya nos cuenta su vida* o algo por el estilo... O sea que estás preparadísima.

-¿Por qué siempre tengo que ser yo?

-No podemos decírselo a Anne.

-Ya lo sé. Pero a ti sí.

Lou no pudo justificarse porque en ese momento entró Jo en la cocina.

-Ya he acabado -dijo, y se sentó a la mesa con las mujeres.

Lisa-Marie le lanzó una mirada asesina a Lou antes de dirigirse a Jo.

-¿Quieres un té?

-Sí, gracias. -Jo hizo ademán de levantarse.

-Deja, ya lo hago yo. -Lisa-Marie le puso una mano en el hombro-. ¿Con azúcar? ¿Quieres que te unte un *brezel* con mantequilla?

-Eh..., sí, por favor.

-A mí tráeme lo mismo -reclamó Lou-. Masticar y remover el azúcar puedo hacerlo yo sola.

-Está bien saberlo. -Lisa-Marie se había puesto roja.

Sor Bonaventura siguió la disputa con el ceño fruncido. El tono crispado con que hablaban las dos mujeres no le gustaba, y Jo tampoco parecía muy cómodo.

-¿Por qué no nos tomamos el té fuera y me cuentas cómo piensas construir el cercado? -le propuso al joven.

Jo asintió con alivio.

-Con mucho gusto.

-¿Y el *brezel*? -protestó Lisa-Marie-. ¡Tienes que comer algo!

-Me lo llevo fuera -contestó Jo, y siguió a sor Bonaventura.

Lou y Lisa-Marie los miraron desconcertadas.

-Me temo que tenemos una rival. -Lou sonrió burlona y le dio un codazo amistoso a su prima en las costillas. Había olvidado la discusión de las abejas-. ¡A la buena de Bonnie le gusta Jo!

-¡No sé de qué hablas! -replicó Lisa-Marie. Ella no perdonaba tan fácilmente como Lou.

-¡Oh, vamos, Lisa-Marie!

-A mí, Jo no me interesa para nada. ¿A ti sí?

-¡No! Es muy joven. Pero no está prohibido mirar, ¿no?

-¿Y qué pasa con Christoph?

-¿Qué quieres que pase? Por si te preocupa nuestra relación, que sepas que hablamos por teléfono dos veces al día.

-No me preocupa. -Lisa-Marie dudaba. Por un lado, seguía enfadada con Lou, pero, por otro, quería hablar de un asunto con su prima. Al final, ganó la sensatez y se tragó el enfado-. Seguro que tu relación funciona. Pero no dejo de preguntarme si a Anne le va bien en su matrimonio.

Lou la miró con asombro.

-¿Por qué?

-No ha hablado ni una sola vez con su marido desde que estamos aquí.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Anne y yo les escribimos un correo electrónico a nuestras madres todas las mañanas. Luego, ella siempre les cuenta algo a sus hijos, y los tres contestan con regularidad. Además, Mia la llama de vez en cuando. Pero hasta ahora no ha cruzado una sola palabra con Stefan.

-A lo mejor habla con él sin que nos enteremos.

-No -dijo Lisa-Marie con absoluta certeza-. Se lo he preguntado esta mañana.

-¿Y qué?

-Me ha dicho que Stefan tenía guardia el fin de semana y que por eso no habrá tenido tiempo de llamar.

-Lógico.

-Puede que sea lógico, pero no es muy cariñoso. Christoph también tiene mucho trabajo y bien que te llama.

-Mmm... -Lou frunció el ceño, pensativa. ¿Tendría realmente problemas su hermana? Si era cierto, la irritaría mucho que Lisa-Marie se hubiera dado cuenta antes que ella-. ¿No crees que me lo habría dicho? -preguntó, remarcando el «me» con toda la intención.

-No sé. ¿Estás segura?

Si el comentario de Lisa-Marie la afectó, no dejó que se le notara.

-No -tuvo que admitir.

-¿Qué te parece si se lo preguntamos directamente?

-Por mí, de acuerdo. Pero no esperes que nos diga gran cosa. Anne siempre se preocupa de que todos estén bien, pero no le gusta hablar de sí misma.

-Mis hermanos me ponen de los nervios, mamá. -La voz de Mia al teléfono sonaba enfadada-. Se pasan el día delante del ordenador o pidiéndome que les haga de chofer. Y no ayudan nada en casa. ¿Pero sabes qué es lo que más me cabrea?

-¿Qué? -preguntó Anne, preocupada, mientras le indicaba con un gesto al camarero de la elegante cafetería Konig-Ludwig de Füssen que le sirviera otro café.

-Esperan que les ponga la comida en la mesa y, luego, no aprecian lo mucho que me curro los platos.

-¿De verdad te tomas la molestia de cocinar?

-Pues claro. La tía Lisa-Marie me regaló un libro de cocina por mi cumpleaños. Pero cocinar para Jan y Tom es una pérdida de tiempo. Total, se sientan a la mesa y devoran lo que sea... A partir de ahora les pondré espaguetis crudos.

Anne se aguantó la risa.

-Y aparte de eso, ¿qué tal todo?

-Bien, bien. Pero se me empieza a caer la casa encima. Me paso el día haciendo de madre y de chacha.

-¿No sales con tus amigas?

-Mamá, Chris y Lara están en Ámsterdam, ¿no te acuerdas? Y las demás están preparando el examen oral para la reválida.

-Tú también tendrías que preparártelo.

-Para el de mates no lo necesito, tengo un talento natural para los números.

Era cierto, el examen oral al que tenía que presentarse dentro de tres semanas era un puro trámite para Mia.

-Pues habla con papá. A lo mejor puede darte algún trabajo en la clínica.

-Hablar con papá es más difícil que obtener audiencia con el Papa.

-Vaya, ¿tú también te has dado cuenta?

-Tuvo guardia el fin de semana y solo llamó el sábado por la noche para preguntar si nos las apañábamos.

Anne suspiró. Era lo que esperaba.

-No ayuda en nada, y tengo unas ganas locas de echárselo en cara -se quejó Mia-. No entiendo cómo lo aguantas. ¿Cuándo hablas con él?, ¿en la cama?

-A veces. Pero normalmente se duerme enseguida.

-Tiene un trabajo muy estresante, ¿verdad?

-Sí. Y desde que es médico jefe, las cosas se han complicado aún más. -De todos modos, tendría que ocuparse más de la familia, pensó Anne, exasperada, mientras estrujaba la servilleta.

-Hablemos de otra cosa, anda-dijo Mia-. ¿Qué tal vosotras?

-Bueno, vamos tirando. Estamos ordenando los documentos del tío Horst y nos ocupamos de todo el papeleo. Hoy he ido a su banco y a su agencia de seguros. Por suerte, los contratos que tenía no eran muy complicados.

-¿Y qué tal la vida en el campo?

-Nos vamos haciendo a ella. Mi especialidad es ordeñar vacas. En cambio, Lisa-Marie se entiende mejor con las gallinas: ponen un huevo cada día.

-¿Y qué hacéis con tantos huevos?

-Tartas. Lisa-Marie hace una a diario.

Mia se rio.

-La única que tiene problemas es Lou, sobre todo con el gallo. Ya la ha atacado dos veces.

-¡Pobrecita!

-Por lo visto, no le gustan los zapatos de colores chillones. Ahora Lou siempre se pone unos botines de color azul oscuro.

-¿Y cómo os repartís el trabajo del establo?

-De ninguna manera. Tenemos un ayudante desde el sábado y él se encarga.

-¡Me alegro por vosotras! Y tú estarás más tranquila.

-Ya me gustaría a mí. Me paso el día poniendo paz entre Lou y Lisa-Marie. Ya sabes cómo son.

-No pueden ser peores que Tom y Jan...

-Uy, comparados con ellas, son inofensivos.

Mia se rio.

-A propósito de Lisa-Marie, ¿sabías que en el nuevo centro comercial de la Brückenplatz abrirán una gran librería? Casi al lado de la suya.

-No, no lo sabía -contestó Anne, consternada.

-Lo he leído hoy en el periódico. Es de una gran cadena, pero ahora no recuerdo el nombre.

-Eso podría significar el final de la librería de Lisa-Marie.

-¿No os ha contado nada?

-No. -El camarero le llevó el café. Anne le dio las gracias con un gesto y se echó unas gotas de leche en la taza-. De momento tenemos otros problemas.

-Ya, pero la nueva librería pronto será el mayor problema de Lisa-Marie.

-Es muy probable. Se lo preguntaré.

-Hazlo. Espera un momento, me llaman al móvil... ¿Sí? Hola, Tom, ¿qué quieres?... ¿Ahora? Si solo son las doce y pico... Vale, ya voy... Sí, hasta luego... ¿Mamá?

-¿Sí?

-Era Tom. Hoy sale antes de la escuela. Tengo que irme.

-Cuídate, cariño.

-Tú también.

-Ah, Mia... Cuando no aguantes más, me lo dices, ¿de acuerdo?

-Descuida. Adiós, mamá.

Ensimismada, Anne guardó el móvil en el bolso, tomó un sorbo de café y reunió las últimas migas de la tarta de queso que quedaban en el plato.

Los problemas de casa la deprimían, y no parecía que por el momento las cosas fueran a mejorar. ¡Y ahora, encima, lo de Lisa-Marie! ¿Cómo se le ocurría irse varias semanas cuando era mucho más urgente ocuparse de la librería? ¿Y por qué no les contaba sus preocupaciones? Mientras se llevaba a la boca el tenedor lleno de migas, tomó una decisión: hablaría con su prima lo antes posible.

8

-Necesito una copa de vino -anunció Lou por la noche. Acababan de cenar y seguían sentadas a la mesa de la cocina.

En la chimenea ardía un gran fuego, que crepitaba de vez en cuando, y la luz de la vela que había sobre la mesa creaba un ambiente agradable.

-Sí, nos la hemos ganado -coincidió Lisa-Marie.

-No quiero oír hablar más de corales, oraciones y ruegos -se lamentó Anne, a la vez que acariciaba al gato, que se había arrellanado a su lado en el banco rinconero-. ¡El cura ya me ha puesto al día!

-Menos mal que podemos contar con Bonnie. -Lou descorchó una botella de vino tinto italiano y sirvió tres copas-. Se ha comprometido a ocuparse de los detalles de la ceremonia.

-¡Es un tesoro! -corroboró Lisa-Marie.

-¡Por Bonnie! -Lou alzó la copa.

-¿Dónde está Jo? -preguntó Anne después de que todas echaran un trago.

-En el convento, arreglando el piano -contestó Lisa-Marie.

-¿Sabe arreglar pianos? Ese chico empieza a inquietarme.

Lisa-Marie sonrió satisfecha.

-Enseguida supe que era especial.

-Brindemos por ello. -Lou volvió a levantar la copa-. ¡Por el fantástico Jo!

-A estas horas siempre estás de buen humor -dijo Anne, asombrada.

-De noche siempre estoy bien, es cuando empiezo a despertarme.

-¡Estupendo! Entonces podríamos charlar un rato tranquilamente, sin discutir -empezó a decir Anne con cautela. No sabía cómo sacar el tema de la librería de Lisa-Marie. Cuando estaba a punto de dirigirse a su prima, tomó la palabra Lou.

-Sí, es un buen momento para hablar de temas delicados - dijo, dirigiéndole a su hermana una mirada compasiva. No esperaba que fuera la propia Anne la que sacara el tema de sus problemas con Stefan-. ¡Empieza, anda!

-A eso iba. Bueno, Lisa-Marie...

-¿Lisa-Marie? ¿Es que conmigo no se puede hablar? -gritó Lou, y, ofendida,

se cruzó de brazos. Le molestaba que su hermana prefiriera abrirle el corazón a su prima.

-Pues claro que se puede hablar contigo, pero no sé qué podrías aportar tú en este tema.

Lou se levantó bruscamente.

-¿Desde cuándo es Lisa-Marie una experta en relaciones?

-¿Qué relaciones? -preguntó Anne, confusa.

-¿Y por qué dices que yo no estoy puesta en estos temas? -intervino Lisa-Marie-. ¡He tenido más relaciones que tú, Lou!

-¡Ajá! ¿Y qué significa eso?

Lisa-Marie tardó un momento en comprender.

-¡Qué mala eres! -masculló.

-¡Basta ya! -gritó Anne, enfadada-. Me tenéis harta. ¿No podéis comportaros como si fuéramos una familia? Al menos hasta que acabemos el trabajo aquí.

Al principio, ninguna de las dos contestó. Lou apretaba los labios, enfadada, y Lisa-Marie miraba ofendida al suelo. Sin embargo, cuando Lou interceptó la mirada suplicante de su hermana, cedió y volvió a sentarse a la mesa.

-Por mí, vale... Lo siento. -Bebió un buen sorbo de vino, como si de ese modo quisiera tragarse el enfado.

-Yo también lo siento -murmuró Lisa-Marie, en voz tan baja que apenas se la oyó.

-¿Alguien quiere más vino? -preguntó Lou, haciendo un esfuerzo por hablar en tono conciliador.

-Sí, por favor -contestó educadamente Lisa-Marie, y levantó la copa hacia su prima.

-¡Tendríais que veros! Parecéis niñas pequeñas... -Anne sonrió, pero no se hizo ilusiones. Habían firmado la paz, aunque no creía que fuese duradera. Bostezó-. Ya hablaremos mañana. Estoy muy cansada para seguir discutiendo. Me voy a la cama.

-¡Espera! -Lisa-Marie la retuvo y señaló una caja de zapatos que había encima de una silla-. Tengo una cosa para vosotras.

Anne se inclinó hacia delante.

-¿Qué es?

-¿Te has comprado unos zapatos? -preguntó Lou.

-No. He encontrado la caja esta mañana en el armario ropero del tío Horst -explicó Lisa-Marie-. ¡Tenéis que verlo!

-¿Y qué tiene de extraordinario?

-El contenido.

-¿Qué hay?, ¿zapatos de mujer del número 46?

-No, cartas.

-¿Cartas? -preguntó Anne, sorprendida-. ¿De quién? ¿Podemos leerlas?

Lou se encogió de hombros.

-¿Por qué no íbamos a poder? Somos las sobrinas de Horst, ¿no?

-¡Exacto!

Lisa-Marie puso la caja encima de la mesa y la abrió. Sus primas miraron con curiosidad. Lo primero que vieron fue un pañuelo de color crema.

-¿Qué es esto? -preguntó Lou.

-Un chal de seda.

-Tiene que ser muy antiguo. -Anne lo tocó con cuidado-. Está descolorido, pero aún es una preciosidad.

Sacó el chal de la caja y lo dejó aparte. Debajo había un puñado de cartas atadas con un lazo rojo.

-¿Las has leído, Lisa-Marie? -preguntó Lou.

-No. Os esperaba a vosotras.

-Yo no habría podido esperar -confesó Lou-. Soy muy curiosa.

-Ya lo sabemos -dijo su hermana con una sonrisa.

-¡Empezamos!

La discusión estaba olvidada. Lisa-Marie sacó el manojo de cartas, deshizo el lazo y desdobló la primera.

-No es la letra del tío Horst -constató sorprendida.

La carta estaba escrita con letra florida, inclinada y elegante.

Lou pasó el dedo por el nombre que aparecía al final del escrito.

-«Marie Thune» -leyó en voz alta-. ¡Es de la abuela!

-Creía que no había papeles de la abuela Marie -dijo Anne, asombrada-. Al menos, eso es lo que Horst decía siempre: que todo se había perdido cuando huyeron de Masuria.

-Por lo visto, no decía la verdad -murmuró Lou-. Me gustaría saber por qué.

-A lo mejor lo averiguamos si leemos las cartas.

Las tres se inclinaron sobre la primera misiva.

Lunes, 23 de mayo de 1944

Queridísimo señor Zabel:

Muchas gracias por haberme acompañado ayer a casa. Permítame que le diga de nuevo que no me causó ningún daño con su motocicleta. Al contrario. Su compañía me resultó muy agradable y sus explicaciones sobre las mariquitas me impresionaron. ¡Le deseo mucha suerte en sus excursiones por los pantanos!

¿Sabía usted que poetas tan célebres como Brentano y Von Armin también dedicaron su tiempo a los pequeños insectos? He encontrado estos versos en uno de mis libros:

Mariquita, pósate en mi mano,

no te ocurrirá nada,

no te haré daño.

Solo quiero ver tus coloridas alas,

alas coloridas de mi dicha.

¿Verdad que es un poema precioso?
Afectuosamente,
Marie Thune

PD: Si deseara contestarme, puede dejar su carta en mi casa, en la granja Thune. Yo, por mi parte, le entregaré este escrito al párroco, que todas las mañanas pasa por la escuela.

-¡Qué preciosidad! -Anne fue la primera en levantar la cabeza.
Lisa-Marie asintió, conmovida.
-Debió de escribirle la carta a Johann poco después de conocerlo -dijo Lou.
Anne se echó a reír.
-¿Os acordáis de la historia?
-Cómo no vamos a acordarnos -dijo Lou-. Mamá nos la ha contado mil veces: Johann, Marie y el accidente con la motocicleta...
-Pero nunca dijo nada de unas cartas. ¡Qué raro!
-¿Leemos otra? -Lisa-Marie abrió el siguiente sobre-. Creo que es la respuesta de Johann...

Martes, 23 de mayo de 1944
Querida Marie:
Muchas gracias por su amable carta y por los versos. Es un alivio saber que ha salido ilesa del pequeño accidente de ayer.
A decir verdad, ya he ido dos veces a los pantanos. No obstante, el párroco me ha advertido del peligro de los lodazales y ha insistido en que lleve conmigo a un guía que conozca la zona.
¿Me permite preguntarle si querría acompañarme? Usted es la primera persona que conocí en Peterstal y aprecio mucho su compañía.
Atentamente,
Johann Zabel

-Vaya, ¡no se anda por las ramas! -comentó Lou, divertida-. «Aprecio mucho su compañía». Seguro que ya había encontrado un rinconcito acogedor en los pantanos para pasar unas horas...
-Amor a primera vista -elogió Lisa-Marie-. Ya sé de dónde he sacado la vena romántica.
-Lees demasiadas novelas de amor -murmuró Lou.
-Puede. Pero esto es mejor que todo lo que he leído hasta la fecha.
-Ten, hay más...

Miércoles, 24 de mayo de 1944
Querido Johann:
Me siento muy honrada por su petición. Pero ¿está seguro de que no podría encontrar mejor compañía?
No sé si sabría darle conversación todo el tiempo. Soy más bien callada. Además, debo confesarle que no veo muy bien: soy miope.
Así pues, tal vez sea preferible que busque otra compañía. Suya,
Marie Thune

-No quiere -constató sorprendida Anne.
-Sí quiere, pero se hace de rogar un poco. -Lou tomó la siguiente carta y la desplegó-. Espera y verás. Una o dos cartas más de Johann y dirá que sí.
-¿Sabíais que Marie era miope? -preguntó Lisa-Marie, poniéndose bien las gafas-. No solo he heredado de ella la vena romántica, sino también la miopía.
-¡Vete tú a saber qué más descubrimos!

Miércoles, 24 de mayo de 1944
Querida Marie:
No voy a los pantanos a hablar, sino a observar escarabajos. Y aunque no fuera así, no creo que su compañía me disgustara. En cuanto a la miopía, ¿no tiene gafas? Yo mismo utilizo lentes para leer y escribir. ¡Ya tenemos algo en común!
No, no quiero otra compañía. La quiero a usted, ¡solo a usted! Saludos cordiales,
Johann

-La quiere a ella, ¡solo a ella! -repitió Lisa-Marie fascinada-. ¿Por qué a mí no me escriben cartas tan bonitas?

Jueves, 25 de mayo de 1944
Querido Johann:
De acuerdo, si insiste, iré con usted a los pantanos. Y llevaré mis gafas. Por las mañanas estoy en la escuela, así que no podremos salir hasta la tarde. ¿Mañana mismo? Llevaré una cesta con mosto de manzana y galletas.
Suya,
Marie

-¿No os lo he dicho? -comentó Lou-. Marie ha picado.
-La siguiente carta es muy breve -dijo Anne, echándole una ojeada.

Jueves, 25 de mayo de 1944
Querida Marie:
¡Sí, mañana! Pasaré a buscarla a las tres. Espero ansioso nuestra primera

tarde juntos.
Suyo,
Johann

Sábado, 27 de mayo de 1944
Querido Johann:
¡Gracias por las maravillosas horas de ayer! He aprendido muchas cosas de las mariquitas. Además, fue usted muy amable al comentar que no le molestaban mis gafas. A partir de ahora, las llevaré siempre que vayamos a los pantanos.
¡Hasta mañana!
Suya,
Marie
Sábado, 27 de mayo de 1944
Querida Marie:
Mañana me encargo yo de la merienda. ¡Deje que la sorprenda! Ardo de impaciencia por volver a verla.
Suyo,
Johann

-¿Sois conscientes de que estamos leyendo la historia de amor de nuestros abuelos? -preguntó Lisa-Marie ceremoniosamente.
-Es hermoso y triste a la vez -murmuró Anne-. Es hermoso leerla y es muy triste sabiendo cómo acabó.
-Aún no hemos llegado tan lejos. -Lou abrió otra carta.

Lunes, 29 de mayo de 1944
Querido Johann:
Espero que ayer encontrara el camino de regreso a casa desde los pantanos sin mi ayuda. Por favor, disculpe mi conducta descortés, pero su beso repentino no me dejó más opción que huir.
No espero disculpas por lo que pasó. Pero exijo que no vuelva a ocurrir nada semejante entre nosotros.
Asimismo, querría pedirle que en el futuro deje sus cartas -si aún desea escribirme- debajo del felpudo de la entrada al edificio de la escuela, en vez de traerlas a la granja. Mi abuela Helene es una mujer muy mayor, pero también muy cotilla, y no quiero que piense mal.
Saludos, Marie

-¡Vaya! Por lo visto, Johann se ha vuelto descarado. ¡No solo quería estudiar las mariquitas! -Lou sonrió, picarona.
-Eso ya se sabía, ¿no? -Lisa-Marie también sonrió-. De lo contrario, nosotras no estaríamos aquí.
-Aunque, por lo visto, Marie no se lo puso fácil.

-Pero se besaron. ¡Eso se merece un brindis! -Lou chocó su copa con las demás-. ¡Por Johann y Marie!

Lisa-Marie ojeó la siguiente carta.

-El pobre Johann tuvo que esforzarse mucho -dijo-. Leed, leed.

Lunes, 29 de mayo de 1944

Querida Marie:

¿Cómo puede nadie «pensar mal» tratándose de los sentimientos que profesamos el uno por el otro? No hay nada de malo en besar a otra persona. Especialmente cuando nuestras emociones son tan profundas y puras.

No me importa lo que piensen los demás. Solo atiendo a mis sentimientos. Y en estos momentos están embriagados..., embriagados por ti. Y sé que tú sientes lo mismo. Tu beso me lo dijo.

Por eso no puedo prometerte que no vuelva a ocurrir, porque sé que volverá a pasar...

Sin embargo, respeto que tengas en consideración a otras personas. No me importa que quieras mantener en secreto nuestro amor. Los prados cubiertos de flores y los pantanos que rodean Peterstal son extensos, y el verano está a punto de despertar con toda su hermosura. ¿Puede haber mejor escenario para nuestro amor? No me dejes solo con las mariquitas, queridísima Marie. ¡Te espero!

Tuyo,

Johann

Martes, 30 de mayo de 1944

Querida Marie:

Ayer no viniste, pero mantengo la esperanza. Tuyo,

Johann

Miércoles, 31 de mayo de 1944

Queridísima Marie:

Hoy tampoco te he visto. ¿No te das cuenta de cuánto sufro? ¡Tengo que volver a verte!

Tuyo,

Johann

Jueves, 1 de junio de 1944

Querida Marie:

Si hoy no vienes, no te molestaré más, aceptaré que no me quieres. Se me romperá el corazón, pero si es eso lo que deseas, me iré de Peterstal esta misma noche. ¿Será esta misiva realmente una carta de despedida?

Tuyo siempre, Johann

-Pobre hombre, casi da pena -dijo Anne suspirando.
-Sí, Marie se lo pone muy difícil -añadió Lou-. Me cae simpática.
-¡Menos mal que sabemos que todo acabó con un final feliz!
-Cierto -asintió Lisa-Marie-. Y aquí llega...

Jueves, 1 de junio de 1944
Querido Johann:
Te espero esta tarde a las tres y media en el estanque de Altenstein.
Marie

-La nota es muy sobria y breve para considerarla un final feliz -constató Anne.
-Pero al menos vuelve a escribirle. -Lou volvió a llenar las copas.
-Qué lástima, solo queda una carta. -Lisa-Marie desdobló el papel. Lou y Anne se arrimaron a su prima y miraron por encima de su hombro llenas de expectación.

Viernes, 2 de junio de 1944
Mi queridísima Marie:
Ayer me hiciste el hombre más feliz del mundo cuando te vi en el estanque. Jamás pensé que el amor pudiera ser tan maravilloso. ¡Tus ojos, tu pelo, tu piel, tu cuerpo! Ayer pude disfrutarlo todo y sigo desbordado por los sentimientos.
Ardo en deseos de volver a verte hoy. Tenemos toda la tarde para nosotros solos en los pantanos, y solo compartiremos el paraje con las mariquitas. Y aunque el domingo tenga que volver con mi unidad a Allenstein, sé que tú me esperarás aquí. ¡Me gustaría pasar todos los días de permiso contigo! Ahora terminaré esta carta, la llevaré a la escuela y luego pasearé un poco por Peterstal. ¡Estoy tan gozosamente confundido que no puedo dormir! Joseph von Eichendorff lo describía así:

No puedo seguir callado,

recorre mi pecho una canción,

mas hay demasiada luz para escribir, y siento tan gozosa confusión.

Paseo, pues, por las callejas,

la gente va aquí y allá,

no sé qué hago o no hago,

solo que soy muy feliz.

Con todo mi amor, Johann

-¡Hay que ver! -dijo Lou, y carraspeó-. Me he quedado sin habla, con lo difícil que es que eso me pase a mí.

-Es con mucho la carta de amor más bonita que he leído en mi vida -susurró Lisa-Marie.

-Preciosa -corroboró Anne, conmovida-. Los dos se avinieron muy pronto.

-Sí, fueron... -Lisa-Marie hojeó las cartas y examinó las fechas-. No habían pasado ni dos semanas.

-Christoph y yo tampoco tardamos mucho -dijo Lou, moviendo soñadora el vino en la copa.

Anne sonrió.

-Stefan esperó tres meses antes de besarme.

-Erais muy jóvenes -replicó su hermana-. Diecinueve o veinte años, ¿no?

-Diecinueve y medio.

-¿Diecinueve y medio? Entonces, seguro que fue cuando Stefan empezó a estudiar en la universidad y tú fuiste a verlo.

-No pienso decírtelo. A no ser que tú me cuentes la primera vez que Christoph y tú...

-¡Olvídalo! -Lou levantó la copa para brindar con su hermana-. ¡Por el amor!

-¡Por el amor de los abuelos! -Anne también levantó la copa y miró a Lisa-Marie, invitándola a brindar con ellas.

Al parecer, no había seguido la charla de las hermanas. Seguía hojeando las cartas y murmuraba cifras con el ceño fruncido.

-Lisa-Marie.

-¿Sí?

-¿Qué haces?

-Cuento. -Pensativa, Lisa-Marie se rascó la cabeza-. Aquí hay algo que no cuadra.

-¿Por qué lo dices? -preguntó Anne. Dejó la copa y tomó en sus manos la última carta.

-Mira la fecha.

-Viernes, 2 de junio -leyó Anne en voz alta.

-¿Y qué más?

-Mil novecientos cuarenta y cuatro.

-Exacto, ¡1944!

Anne se sorprendió.

-No lo entiendo. Creía que se habían conocido mucho antes de la guerra.

-Y así tuvo que ser. El tío Horst fue su primer hijo y nació en 1927.

-Y en 1944 Marie ya tenía 36 años.

-Tal vez pone 1926 o 1927, y no lo leemos bien -dijo Anne.

-No, en todas partes pone clarísimamente 1944 -replicó Lou.

-Pero si Johann y Marie se conocieron en 1944 y Horst nació en 1927, no podía ser su hijo -dedujo Lisa-Marie.

-A lo mejor lo adoptaron -sugirió Anne.

-¡Qué tontería! -Lou meneó la cabeza-. En 1944, Horst tenía diecisiete años. A nadie lo adoptan a esa edad. Además, en esa época la gente tenía otras preocupaciones.

-O era hijo ilegítimo de una relación anterior de Marie.

-Podría ser.

-Pero lo habría mencionado en las cartas, ¿no?

-No, no creo. Esas cosas enfrían rápidamente el interés de cualquier hombre.

-Entonces, el tío Horst tal vez no era nuestro tío biológico - constató Lisa-Marie-. ¿Por qué no nos lo dijo nunca?

-Era de otra generación. Quizá le daba vergüenza.

Anne asintió.

-Es probable que por eso adoptara el apellido Zabel, para que nadie supiera que era hijo ilegítimo.

-Sí, podría ser... -Lou miraba las cartas, indecisa-. Pero eso no encaja con su carácter.

-Tal vez lo hizo para que le dieran la tutela de sus hermanas pequeñas -conjeturó Lisa-Marie-. Eso también sería posible.

-Lástima que no tengamos más información -dijo Anne, mirando apenada la caja de zapatos vacía-. ¿Y qué hacemos ahora?

-Está claro, ¿no? -preguntó Lou, y ella misma se dio la respuesta-: Buscar más cartas y papeles.

-¿Dónde? En el armario ropero ya no queda nada -objetó Lisa-Marie .

-En algún sitio tiene que haber algo. Si hace falta, pondremos la casa patas arriba -decidió Lou-. Me gustaría saber qué pasó. ¿A vosotras no?

-Sí, claro -asintió Anne-. No tenemos alternativa. No quisiera enseñar las cartas a nuestras madres sin tener antes a punto una explicación. No hay que alterarlas innecesariamente.

-Pues sigamos buscando. -Lou volvió a poner las cartas en la caja-. ¿Subimos y empezamos ya?

En ese momento se abrió la puerta de la casa y enseguida entró Jo en la cocina. Se quedó sorprendido al ver a las tres mujeres sentadas a la mesa.

-Buenas noches. ¿Tan tarde y todavía despiertas?

-¿Tan tarde y todavía rondando por ahí? -replicó Lou, mirando el reloj de la cocina-. Ya pasan de las diez. ¿Tanta diversión hay en el convento?

Jo sonrió burlón.

-Pues sí.

-Te ofrecería una copa de vino, pero la botella está vacía.

-No importa, prefiero beber agua. -Agarró una botella de agua del frigorífico y se detuvo un momento delante de la mesa-. ¿Contravengo alguna norma si

me siento con vosotras?

-Eh... -Indecisa, Lisa-Marie dirigió una mirada a sus primas y después a la caja de zapatos con las cartas-. No sé...

-Pues claro que puedes sentarte. -Anne se apartó un poco y tomó al gato en brazos-. Ya hemos terminado. ¿Has cenado algo?

-Sí, sor Bonaventura me ha dado de cenar.

-¿Y el piano ya funciona? -preguntó Lou, mientras guardaba el chal de seda en la caja y la cerraba con la tapa.

-Ha quedado como nuevo. -Jo desenroscó el tapón de la botella de agua y bebió un trago largo.

-Tenemos vasos -lo reprendió Anne.

-Ya lo sé, pero voy a llevarme la botella al cuarto.

-Aun así. No se bebe de la botella.

-De acuerdo. -Se levantó y fue a buscar un vaso al armario de la cocina.

-¿Qué hacemos ahora con esto? -preguntó Lisa-Marie, señalando la caja.

-Mañana será otro día. -Anne bostezó con ganas por enésima vez-. Tengo que irme a la cama. Ya tendremos tiempo de buscar con calma.

Jo miró la caja de zapatos con extrañeza.

-¿Qué queréis buscar?

-Es un secreto -contestó Lou, guiñando un ojo-. Un secreto nuevo y a la vez muy antiguo.

9

Jo fue en el coche de Lisa-Marie a Füssen para buscar la última carga de leña del supermercado.

La apiló cuidadosamente en el maletero y devolvió el carrito a su sitio. Luego pidió un capuchino en la cafetería y volvió al coche. A pesar del ruido y el ajetreo que había en el aparcamiento, se respiraba un ambiente primaveral. Incluso el sol se había atrevido a salir de detrás de las nubes e irradiaba un calor agradable.

Contento, bebió un sorbo largo de café y buscó las llaves del coche. Estaba tan concentrado revolviendo en los bolsillos del pantalón que al principio no vio a la chica que estaba apoyada en el Escarabajo de Lisa-Marie, con la nariz apuntando al sol.

Se detuvo.

-Hola.

La chica levantó la cabeza y se puso las gafas de sol por encima de los rizos rubios. Jo comprobó que era guapa. Muy guapa. Eso sí, no parecía de muy buen humor. Sus ojos verdes lo miraban hurañamente.

-¿Nos conocemos?

-Ahora que lo dices, me recuerdas a alguien. -Eso era cierto: sus ademanes y su forma de moverse le resultaban familiares. Con todo, enseguida comprendió que la frase sonaba a topicazo.

Seguramente por eso ella reaccionó con frialdad.

-¿En serio? Me han dicho cosas mucho más ocurrentes para ligar. -Volvió a ponerse las gafas de sol y apoyó la cabeza en el techo del coche-. Me tapas el sol.

-Y tú estás apoyada en mi coche.

La chica volvió a quitarse las gafas. Esta vez le dirigió una mirada aún más hostil.

-Este coche no es tuyo.

-Sí.

-¡No!

-¿Y tú qué sabes?
-Conozco a la propietaria.
-¿Ah, sí?
-Sí, es mi tía. -Se puso con los brazos en jarras, desafiante-. Querías robárselo, ¿no? Pues mala suerte. Eso sí, seré buena y te daré una oportunidad: voy a contar hasta diez y después llamaré a la Policía. ¿Vale? ¡Pues lárgate! Uno...
-Eh, tú, espera... -Jo comprendió quién era la chica.
-Dos..., tres..., cuatro...
-¡Ya sé quién eres!
-Cinco... No hace falta ser un lince para adivinarlo: la sobrina de la propietaria. Seis...
-¡Eres Mia, la hija de Anne!
Sorprendida, dejó de contar.
-¿Y tú cómo lo sabes?
-Muy fácil: la única que tiene hijos es Anne. Además, si Lisa-Marie es tu tía, no quedaban muchas posibilidades, ¿no crees?
-¿Por qué sabes tantas cosas de mi familia? ¿Y de qué conoces a Lisa-Marie? -Mia lo miró con recelo-. Espero que no sea de Internet.
-¿Internet?
-Bah, dejémoslo.
-Trabajo en la granja de Lisa-Marie, Anne y Lou desde el sábado.
-¿Tú? ¿Tú eres el ayudante? ¡Te imaginaba distinto!
-¿De verdad? ¿Y qué tengo de malo? -Jo se echó un vistazo. Los pantalones de trabajo, color verde oliva, estaban recién lavados y llevaba una camiseta blanca, como siempre.
Mia le siguió la mirada.
-Bueeeenoooo -contestó, alargando las vocales-, pensaba que eras más viejo. Y más fuerte. Y que no estarías tan... -Se interrumpió al instante-. Dejémoslo correr. ¿Puedes llevarme a la granja?
-Claro.
Jo se acercó a ella para abrir la puerta del acompañante. Mia colocó la bolsa de viaje en los asientos de atrás y subió.
El chico puso en marcha el coche y salieron del aparcamiento.
-Por cierto, me llamo Jo -dijo, después de un silencio.
-¿Jo? ¿Solo dos letras?
Jo sonrió.
-Mia solo tiene tres, ¿no?
-Pero es un nombre de verdad, igual que Tom y Jan.
-¿Tus hermanos?
-Sí.
-Tus padres no son de muchas letras.
-Más bien creo que la elección de nuestros nombres fue una sutil protesta de mi madre contra los nombres horribles que les pusieron a ella, a su hermana y

a su prima.

-¿Qué tienen de malo Lou, Anne y Lisa-Marie?

-Sus verdaderos nombres. Lisa-Marie es la única que tuvo un poco de suerte. Nació poco después que Lisa-Marie Presley, la hija de Elvis. Y como mi tía era una fan incondicional, le puso el mismo nombre a su hija.

-¿Y Lou y Anne no tuvieron tanta suerte?

-No. -contestó Mia-. También las bautizaron con el nombre de su abuela, Marie. Es fácil imaginar cómo se llaman realmente.

-Marie-Luise y Anne-Marie.

-Exacto. Pero no les digas que te lo he contado. -Mia sonrió por primera vez.

-Ni una palabra, te lo prometo. -Jo la miraba con disimulo con el rabillo del ojo-. ¿Sabe tu madre que has venido? En la comida no ha dicho nada.

-No, no lo sabe. Me he escapado de casa. He llegado a Füssen en tren y, cuando buscaba la parada de autobús, he visto el coche de Lisa-Marie.

-Si tienes más de dieciocho años, eres mayor de edad. Y si encima vas a ver a tu madre, no puede decirse que te hayas escapado de casa.

-Pregúntaselo a mi padre y a mis hermanos -contestó airada, y miró la hora en el reloj de pulsera-. A estas horas se habrán dado cuenta de que nadie ha metido la pizza en el horno.

-Mmm... -Jo no supo qué contestar.

De todos modos, Mia no esperaba ninguna respuesta.

-Pero dejemos el tema -prosiguió-. Ya tengo bastante con la discusión que me espera ahora con mi madre. Mejor cuéntame qué tal van las cosas en la granja.

-Muy bien. Yo me encargo del establo y ellas ponen en orden el legado de tu tío. Aunque la verdad es que desde ayer están un poco raras.

-¿Qué quieres decir?

-Anoche, cuando llegué a casa, me las encontré en la cocina bebiendo vino y mirando ensimismadas una caja de zapatos.

-¿Una caja de zapatos? -Mia se echó a reír-. ¡Serían unos zapatos fantásticos!

-Eso es lo más extraño: en la caja solo había papeles y un pañuelo.

-Pues sí, qué raro.

-Hoy tu madre y Lisa-Marie han revuelto toda la casa como si buscaran algo.

-¿Y Lou?

-Se ha quedado en la cama. Dice que el vino le sentó mal. Pero nadie se lo ha creído.

-¡Suena a guerra de mujeres! ¡Lo que tendrás que aguantar!

-No, no creas. Tu madre, por ejemplo, es un encanto, aunque no para de darme lecciones de educación.

-Típico de mamá.

-Y Lou y Lisa-Marie también se portan muy bien conmigo.

-¿Ah, sí? -Mia enarcó las cejas-. Por lo que dices, parece que reina la armonía.

-No te veo muy convencida.

-Las conozco mejor que tú.

-Bueno, ahora tendrás la oportunidad de comprobarlo por ti misma. Ya hemos llegado.

El coche se adentró en la granja. Un par de gallinas, espantadas, se refugiaron en los pastos para el ganado, donde las vacas podían pacer por primera vez esa tarde. Se las veía tranquilas en el prado, disfrutando del sol primaveral. El ternero era el único que correteaba por todas partes, curioseando y levantando el morro para olfatear la brisa cálida.

Mia no prestó atención a la idílica estampa. Respiró hondo y abrió la puerta del coche.

-¡Al ataque!

-¡Mia! -Anne se asomó, sorprendida, por el balcón de la buhardilla-. ¿Qué haces aquí?

-¿Mia? -Lisa-Marie apareció al lado de Anne-. ¿Qué haces tú en Pfronten?

-Se me ocurrió venir a haceros una visita. -Mia miró a su madre y a su tía e intentó esbozar una sonrisa de alegría, aunque más bien pareció una mueca-. ¡Y aquí estoy!

-No ha pasado nada en casa, ¿verdad? -preguntó Anne, preocupada.

-No, tranquila.

Se abrió una ventana del primer piso y Lou asomó la cabeza.

-¿A qué viene tanto ruido? ¿No era esa la voz de Mia?

-Sí -confirmó Anne.

-¡Hola, tía Lou!

-¡Mia!

-¿Te encuentras mejor? -preguntó Lisa-Marie, mirando hacia el piso de abajo.

-Un poco. -Lou asintió débilmente con la cabeza y se volvió hacia su sobrina-. ¿Qué haces aquí?

Mia suspiró.

-Me he ido de casa -dijo en voz baja.

-¿Qué? -exclamó Anne desde la buhardilla.

-¡Dice que se ha ido de casa! -repitió Lou, gritando de forma exagerada.

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-He discutido con papá.

-Te dije que hablaras conmigo si pasaba algo -la reprendió Anne.

-Pero no dijiste que tuviera que ser por teléfono -se defendió su hija-. He venido, así que ahora podemos hablar.

-De acuerdo -gimió Anne-. ¡Dispara!

-Papá... eh... bueno... -balbuceó Mia.

-¡Espera! -gritó Lou-. Mejor lo hablamos con calma en otro sitio. Aquí

puede oírnos cualquiera.

Anne y Lisa-Marie miraron hacia donde Lou tenía puesta la mirada, y Mia también se volvió. Jo seguía en el coche, pero con la puerta abierta, observando la escena con mucho interés. Y en un camino que lindaba con la finca vieron a la señora Hösle, que había sacado a pasear al perro y lo estaba oyendo todo. Saludó cordialmente mirando hacia arriba.

-¡Nas tarrrds! -exclamó-. ¿Cómo'stáisss?

-¿Qué ha dicho? -murmuró Lisa-Marie, y le devolvió el saludo con un gesto.

-Ni idea, pero no contestes o vendrá -masculló Lou, y se estremeció al pensar en el olor a ajo.

-¡Qué c'lorrr ce hoy! ¡Sobrr'n los abrrig'ss! -dijo la señora Hösle, señalando el sol.

-Seguro que dice que hoy hace calor -conjeturó Anne.

-¡No contestéis! -advirtió de nuevo Lou.

A la señora Hösle no le molestó la falta de respuestas.

-¿Trrabjand'? ¡Eso ssiemprr's buenno!-exclamó, satisfecha.

-No se calla -dijo Lisa-Marie con asombro.

-No -confirmó Lou-. No se calla nunca.

Mia se impacientó.

-¿Podemos hablar tranquilamente de una vez?

-¡Ahora bajamos!

Anne saludó otra vez con un gesto a la señora Hösle y abandonó el balcón con Lisa-Marie.

-¡Yo también! -La cabeza de Lou desapareció de la ventana.

-Hassta prronto. -La señora Hösle siguió paseando al perro, decepcionada por el final repentino del espectáculo.

-Supongo que yo no pinto nada en la reunión, ¿no? -preguntó Jo cuando Mia fue a buscar la bolsa al coche.

-No, no eres de la familia. Y créeme si te digo que puedes alegrarte.

-Mia es una irresponsable -despotricó Stefan.

-¿Por qué? -Anne se sentó en la cama y se quitó los zapatos. Con una mano se puso una almohada debajo de la nuca, mientras con la otra sujetaba el móvil. Lo agarraba más fuerte de lo habitual, todavía sobresaltada por la que se había liado con la aparición repentina de su hija.

La llamada de Stefan era previsible. Estaban todas en la cocina consolando a Mia, que se había echado a llorar mientras les contaba lo sucedido, cuando sonó el móvil. Anne miró la pantalla y se retiró a su habitación. Era mejor que hablara a solas con su marido, aunque habría necesitado un poco más de tiempo para poder hacerse una idea clara de la situación. También le habría gustado hablar antes con sus hijos. Ahora estaba obligada a defender a Mia sin conocer todos los detalles.

-¡Oh, vamos, Stefan! Mia tiene diecinueve años, puede hacer lo que quiera.

-¿Así, de repente? Creía que habíamos quedado en que te sustituiría. No

puede irse de buenas a primeras.

-No tenía que sustituirme, tenía que encargarse de algunas tareas. Además, no se ha ido de casa, solo ha venido a verme.

-¡Al menos podía haberme dicho que se iba!

-Dice que no consiguió localizarte.

-Estaba en un congreso médico en Düsseldorf...

-... del que no le dijiste nada. Se preocupó muchísimo al ver que anoche no volvías a casa.

-Eso ya lo hemos aclarado.

-¡A la una de la madrugada!

-Siento mucho que lo pasara mal por mí.

-¡Te olvidaste de tu hija!

-No, es solo que estaba muy ocupado y no pensé en ella.

-Peor todavía. Mia te cubre las espaldas y tú la ignoras. ¿Sabes lo sola que te hace sentir eso?

-¡Tonterías!

-Dice que se pasaba el día limpiando y haciéndoles la comida a los niños. Que tú no le ayudabas en nada.

-¡Pero podíamos haberlo hablado!

-¿Cuándo? -Anne se rio con amargura. Se preguntó si Stefan se habría dado cuenta de que, desde hacía un rato, no hablaba de Mia, sino de sí misma.

Comprobó que no al recibir la respuesta.

-¿Cuándo? Hoy, por ejemplo. No trabajo hasta el fin de semana.

-Muy bien, así podrás cuidar de los niños.

-Quería ordenar el despacho.

-No necesitan mucho, te las apañarás sin problemas. Y si te ves apurado, me llamas.

-¿Significa eso que Mia no va a volver?

-No, se queda con nosotras.

-¿Cuánto tiempo estaréis todavía fuera?

-Ni idea. Lo que haga falta.

-¿Y qué voy a hacer el fin de semana? Tengo que trabajar.

-Ya se te ocurrirá algo. Y si no hay más remedio, te tomas unos días de vacaciones.

-¡Anne!

-Lo siento, Stefan, pero no puedo irme ahora. -Ni quiero, añadió mentalmente. Ya iba siendo hora de que pensara en sí misma.

-Bueno -suspiró Stefan-. Nos las arregláremos de alguna manera entre los tres.

-Seguro que sí.

-Pero Mia no se librará de un castigo.

-¿Por qué?, ¿porque no tenía ganas de seguir haciéndoos de chacha?

-¡Anne! ¿De parte de quién estás?

-No lo sé -contestó ella con tristeza.

Stefan hizo oídos sordos al tono de su mujer.

-Acordamos que, como padres, teníamos que actuar como una unidad frente a nuestros hijos.

-Ya. Pero ¿sabes?, esa unidad está formada por más de una persona...

-¡Por eso mismo tendrías que darme la razón!

-No, Stefan. -Anne respiró hondo-. Por eso mismo me quedo aquí. Puede que en estos días te des cuenta de que en el mundo hay más cosas, aparte de tu trabajo y tú.

-Pero...

-Llámame cuando quieras. Y ahora, perdona, pero tengo que colgar.

Cuando Anne entró en la cocina, Jo y sor Bonaventura también estaban sentados a la mesa. Lisa-Marie había hecho café y cortado en pequeñas porciones una trenza de hojaldre que había horneado a primera hora de la mañana. Iba de aquí para allá, del aparador a la mesa, y parecía disfrutar del papel de anfitriona. Lou, en cambio, con la cara pálida y una infusión de manzanilla en la mano, masticaba sin ganas un trozo de trenza y daba la impresión de que iba a vomitar de un momento a otro.

-Sor Bonaventura y yo ya nos hemos presentado -le dijo Mia a su madre. Tenía una taza de café en la mano y parecía mucho más contenta que cuando había llegado. Tal vez tuviera que ver con que Jo se había sentado a su lado; se echaban miraditas y saltaba a la vista que se entendían de maravilla.

A Anne aquello no le gustaba. Lo último que necesitaba era una historia de amor con final incierto. Por eso arqueó una ceja en señal de advertencia cuando Jo se arrimó a Mia para hacerle sitio en el banco.

-Ya está, gracias.

-Tenga, Anne. -Sor Bonaventura le puso una taza de café delante-. Beba algo.

-¿Era Stefan? -preguntó Lou.

-Sí. -Anne miró preocupada a su hermana-. Estás muy pálida. ¿Te encuentras mal?

-No te desvíes del tema.

-No me desvío. Ya te he contestado: sí, era Stefan.

-¿Y qué? -Mia se inclinó hacia ella con interés y rozó sin querer el brazo de Jo.

-Le he dicho que te quedas con nosotras -contestó, y fingió no ver la sonrisa del chico.

-¡Qué bien! -exclamó Lisa-Marie-. ¡Más juventud! ¡Me encanta tener la casa llena!

-¿Papá está muy enfadado conmigo? -preguntó Mia.

-Sí, pero sin razón. Espero habérselo dejado bien claro.

-¿Lo soportarás, tantas mujeres juntas? -le preguntó Lou a Jo.

-Eh... Creo que sí -balbuceó.

-Mia dormirá conmigo -dijo Anne-. Y, Jo, las normas son las mismas que

antes.

-Lo sé.

-Eso espero. -La mirada escrutadora de Anne se dirigió hacia la hija-. ¿Has traído el libro de matemáticas? Falta menos de un mes para el examen oral.

Mia asintió.

-Está todo controlado. Relájate, mamá.

-Ojalá fuese tan fácil -murmuró Anne.

-¡Esperad!

Empezaba a anochecer, y sor Bonaventura, Jo y Mia acababan de salir hacia el establo. Lisa-Marie y Anne también se disponían a salir de la cocina, pero Lou las retuvo.

-No me habéis contado nada de la búsqueda. ¿Habéis encontrado más documentos en el dormitorio del tío Horst?

-Desgraciadamente, no. -Anne volvió a sentarse en el banco y se sirvió un trozo de trenza.

-Lo hemos registrado todo -añadió Lisa-Marie. Lou frunció el ceño.

-Estoy segura de que la solución tiene que estar en algún sitio de la granja.

-Mi madre tampoco puede ayudarnos -dijo Lisa-Marie.

-¿Se lo has contado a tu madre? -preguntó Anne, alarmada.

-¡Claro que no! Solo le he preguntado si había algo que tuviéramos que saber del tío Horst.

-¡Vaya, qué discreta! -se lamentó Lou, y se frotó los ojos, agotada.

-Se lo he preguntado con mucho tacto -se defendió Lisa-Marie-. Le he dicho que el cura necesita información para preparar la ceremonia del funeral.

-¿Y qué te ha contestado? -preguntó Anne.

-Me ha escrito que no hay nada que no sepamos ya. Ahora os lo enseño.

Agarró el portátil del estante, lo encendió y abrió el correo electrónico.

-Aquí está.

Querida Lisa-Marie:

Gracias por ocuparos de los trámites para el funeral de Horst. No sé qué haríamos sin vosotras. Estoy segura de que el párroco encontrará las palabras adecuadas para la ceremonia. Vosotras sabéis todo lo que hizo Horst por nosotras y podéis contárselo al párroco. Con eso bastará para preparar un bonito discurso, ¿no creéis?

Aquí, en Bad Rappenau, todo va de maravilla. Helene y yo estamos disfrutando mucho de la estancia. Todas las tardes salimos a merendar. Hay una pastelería exquisita.

Cada día hay baile a las cinco de la tarde, y he conocido a una pareja de baile encantadora. Se llama Friedhelm y se está recuperando de una fractura de codo complicada. Gracias a Dios, para bailar no hace falta el brazo. Me lo pone con cuidado en el hombro y ¡hala, a bailar!

Desgraciadamente, Helene no puede, pero se lo pasa muy bien charlando

mientras tanto con gente del programa de gimnasia.
¡Ya veis que estamos muy bien! Un saludo cariñoso,
Mamá

-Vaya, parece que no saben nada. ¡Lástima! -Anne se reclinó en el asiento, decepcionada.
-En cambio, parece que se lo pasan muy bien -dijo Lou, con una sonrisa.
-Mejor que se diviertan -dijo Anne-. Nosotras seguiremos buscando, ¿verdad, Lisa-Marie?
-¿Eh? -Los ojos de su prima seguían pegados a la pantalla.
-¿Has recibido otro correo? ¿Otra cita? -Lou se acercó a mirar.
-No, no es eso -contestó Lisa-Marie-. En las noticias dicen que se ha abierto el espacio aéreo en Alemania. La erupción del volcán ha terminado.
-Ya lo sé, Christoph me lo ha dicho esta mañana.
-¿Y?
-¿Y qué?
-¿No vas a hacer las maletas e irte de vacaciones?
-No.
-¿No? -repitieron Anne y Lisa-Marie al unísono.
-Me quedo. -Lou se encogió de hombros-. ¿Qué tiene de raro?
-Todo -contestó Lisa-Marie-. Estaba segura de que aprovecharías la primera oportunidad para escapar.
-Pues no, ya ves.
-¿Por qué no? -preguntó Anne-. No da la impresión de que te diviertas mucho aquí.
-Porque no me divierto.
-Además, seguro que estás intranquila por temas de la oficina.
-Hablo todos los días por teléfono con mi ayudante. Las cosas marchan bien sin mí.
Lisa-Marie hizo un gesto de extrañeza.
-Tienes que contarnos a qué se debe ese cambio.
-Muy sencillo: soy interiorista y odio las obras inacabadas.
-Ah -dijo Anne, pero se le notaba que no entendía a qué se refería su hermana.
-Y aquí, en Pfronten, todavía hay que solucionar unas cuantas cuestiones -prosiguió Lou-. La primera sería resolver lo que hacemos con la granja. No podemos decidirlo con prisas; el futuro de los animales depende de esa decisión.
-¿Desde cuándo te importan los animales? Todavía no conoces a las vacas, no distingues una de otra ni de casualidad. Y en cuanto a las gallinas, no hace falta que diga nada, ¿verdad?
-Los bichos, a la cazuela.
-¡Lou!
-Y luego están los últimos en llegar, Mia y Jo -prosiguió, ignorando a su

hermana-. Creo que será divertido.

Anna le dirigió una mirada asesina, pero Lou la pasó por alto.

-Y también quiero solucionar el misterio de las cartas.

-Ya -murmuró Anne-. ¿Y te quedas solo por eso?

Lou suspiró y puso cara de hastío.

-¿Qué más quieres que te diga?

-Que también te importan otras cosas.

-De acuerdo. -Lou dudó un momento, y dijo-: La amistad de Bonnie.

-¿Solo la amistad de Bonnie?

-Bueno, puede que también estar con vosotras... Un poquito, al menos. Pero conste que lo digo bajo los efectos de la manzanilla -gruñó Lou.

Anne reprimió una sonrisa de satisfacción.

-¿Le has dicho a Christoph que no vas a volver todavía?

-Sí, claro. Afortunadamente, él también está muy liado escribiendo reportajes sobre el volcán. Tampoco le cuadra ir de vacaciones ahora.

-Eso sin contar con que no te encuentras muy bien.

-Es verdad. -Lou suspiró-. Pocas veces me he encontrado tan mal.

-Para estos casos, siempre llevo conmigo un pequeño manual: *Enfermedades en vacaciones*. ¿Quieres que te lo deje? -le ofreció Lisa-Marie.

-No, gracias. Ya sé lo que me pasa.

-¿Ah, sí? -Anne enarcó las cejas-. ¿Y qué diagnóstico te has hecho?

-Indigestión y menopausia.

-¿Menopausia? -preguntó Anne con asombro-. ¡Pero si tienes cuarenta y un años!

-Bueno, ¿y qué? A algunas mujeres les llega antes. Va por familias.

-Yo no me noto nada -dijo Lisa-Marie.

-Tú solo tienes treinta y nueve años.

-Yo tampoco, y ya tengo cuarenta y cuatro.

-Los síntomas encajan -insistió Lou.

-¿Los síntomas? ¿Y qué síntomas tienes?

-Oh, Anne, por favor, ahora no me vengas con el numerito de la enfermera.

-Yo estoy titulada. ¡Y tú no!

-De acuerdo... -Lou apoyó la frente en las manos-. Bueno, estoy pachucha, tengo náuseas y unos cambios de humor terribles, y duermo mal.

-Puede que sea por el estrés. Últimamente has hecho muchas horas extras y no has desconectado del trabajo.

-No creo. Casi no doy golpe desde que llegamos.

-Eso no significa nada. Llega un momento en que el cuerpo se defiende del estrés.

-¿Y por qué no me viene la regla?, ¿también por el estrés? - Lou levantó la cabeza.

-¿No tienes la regla? ¿Y cuándo te tendría que haber venido? -preguntó Anne con asombro.

-Hará unas dos semanas. Con el barullo de los últimos días, ni me había

fijado. Pero esta mañana he echado cuentas.

-¡Un retraso de dos semanas! -exclamó Lisa-Marie-. A mí me daría que pensar.

-¡No digas tonterías! -replicó Lou-. Es imposible que esté embarazada. Tomamos precauciones.

-A veces pasa, por muy precavido que se sea -replicó Anne-. Yo que tú me haría el test.

-No estoy embarazada -insistió Lou-, estoy menopáusica.

Anne sonrió con guasa.

-Lo que tú digas. Ya se verá quién tiene razón.

10

A la mañana siguiente, Lou se despertó fatal: en cuanto se incorporó en la cama, se le nubló la vista. Además, le entraron náuseas y tuvo que esforzarse por no pensar en comida.

Se levantó con cautela, descorrió las cortinas y abrió una ventana. Enseguida notó el aire puro y fresco de la mañana en la cara. Respiró aliviada y dejó vagar la mirada por la granja. Llegaban las primeras luces del sol y todo estaba tranquilo. Solo vio al gato, que parecía volver de una cacería nocturna; cruzó muy decidido el jardín y se subió al banco. ¿Era un ratón lo que llevaba en la boca?

Lou puso cara de asco. Ya se ocuparía Anne, a ella le daban arcadas solo de pensar en el ratón muerto.

Fue al cuarto de baño arrastrando los pies. Al verse tan pálida en el espejo, esbozó una sonrisa irónica cargada de compasión. No, no se encontraba bien, sobre todo por las mañanas.

Pero ¿por eso había que concluir que estaba embarazada? ¿Anne no se había precipitado un poco? Al fin y al cabo, los síntomas del embarazo se parecían mucho a los de la menopausia. Hizo una mueca:

-O nos hacemos viejas o somos madres -le dijo a la imagen que se reflejaba en el espejo. Ninguna de las dos opciones era muy halagüeña.

Un bebé echaría por tierra su forma de vida. Christoph y ella estaban de acuerdo en no tener hijos: en su convivencia perfecta no había sitio para nadie más. Recordó con un escalofrío la época en que nacieron los hijos de Anne. Los malos bichos no hacían más que exigir y daban muy poco a cambio. Su hermana pronto empezó a parecer un zombi. Incluso ahora resultaba difícil verla totalmente tranquila y despreocupada. Cuando sus sobrinos eran pequeños, Lou siempre disfrutaba de las horas que pasaba con ellos, pero también se sentía aliviada cuando los perdía de vista. ¿Y si no hubiera podido perderlos de vista? ¿Y si ahora tuviera que criar a un hijo?

-¡Horroroso! -murmuró.

Se acabarían las noches tranquilas y el sexo salvaje en el suelo de la cocina,

y los muebles elegantes y relucientes pronto quedarían irreconocibles. Por no hablar de los fantásticos viajes alrededor del mundo que había planeado con Christoph. Tendrían que programar las vacaciones pensando en la criatura, y seguro que acabarían montados en una de esas furgonetas familiares, rumbo a un chalé en el Mar del Norte. La perspectiva le puso la piel de gallina.

Sin embargo, enseguida vio una imagen distinta: un recién nacido durmiendo apaciblemente en la cunita blanca de madera que el tío Horst había tallado para sus sobrinas, y Christoph y ella, abrazados delante de la cuna, contemplándolo con ternura. Instintivamente, se llevó las manos a la barriga. Y si...

-¡Ay, perdona! -Mia entró de repente en el cuarto de baño. Llevaba un pijama a rayas y bostezaba, aún medio dormida-. No habías cerrado -dijo, y se fijó, extrañada, en las manos de Lou-. ¿Te duele la barriga?

-No, estoy bien -murmuró Lou, y agarró el cepillo de dientes-. Pero yo he llegado primero. ¡Largo de aquí!

Obediente, Mia emprendió la retirada.

Lou puso un poco de dentífrico en el cepillo y abrió el grifo. Mientras se cepillaba los dientes a conciencia, tomó una decisión: esperaría una semana y, después, compraría un test de embarazo.

-Seguro que es la menopausia -se dijo, mirándose en el espejo-. Pero tenemos que asegurarnos.

-¡Aaah! ¡Hay un ratón muerto en el banco! -El grito de espanto que Lisa-Marie profirió en el jardín se oyó en la cocina, donde Anne y Mia aún estaban desayunando.

-¡Pues quítalo de ahí! -gritó a su vez Anne, y sonrió divertida.

-¡Imposible! Soy incapaz de tratar con un bicho muerto.

-Tranquila, ahora lo quito yo. -Por lo visto, Jo también estaba en el jardín y se encargó del asunto, porque Lisa-Marie volvió a entrar enseguida en la cocina.

-Ese chico es fantástico.

-¿Porque ha enterrado un ratón muerto? -preguntó Mia en tono de burla.

-No, no solo por eso.

-¡No me digas que te pone!

-Pues claro que le pone. -Anne sonrió-. Igual que a Lou.

-¿Qué pasa conmigo? -Lou apareció en la puerta de la cocina.

-No importa -le dijo Mia-. Mamá exagera, como siempre.

-Tú espera y verás.

-Además, tenemos problemas más interesantes. -Mia se metió en la boca el último trozo de un bollo-. Mientras desayunábamos, mamá me ha contado lo de las cartas -añadió, sin dejar de masticar-. Opino como vosotras. Si Johann y Marie se conocieron en 1944, Horst no podía ser hijo de Johann.

-Probablemente no era nuestro tío biológico -afirmó Anne.

-¿Y qué tiene eso de malo?

-Nada. Pero queremos saber lo que ocurrió.

-Seguro que hay una explicación lógica.

-Pues claro. -Lisa-Marie recogió los platos del desayuno-. La cuestión es dónde la encontramos.

-Hay que proceder sistemáticamente -propuso Mia-. Habitación por habitación.

-¡Qué eficiente es mi sobrina! -la elogió Lou. Se apoyó en el fregadero a beber un vaso de agua y echó un vistazo por la ventana-. La señora Hösle está otra vez en el camino, y mira hacia aquí.

-¿De verdad? -Lisa-Marie dejó los platos en el fregadero y levantó el visillo-. ¡Es verdad! Y va otra vez con el perro.

Anne se rio.

-¡Dejadla que disfrute! Seguro que espera que le montemos un espectáculo como el de ayer.

-Creo que no somos nosotras las que le interesamos. ¡No le quita ojo a Jo! -murmuró Lisa-Marie con asombro.

Lou lanzó un silbido de aprobación.

-Tiene buen gusto la señora.

Anne se sumó a su hermana y a su prima.

-¿Qué hace? -preguntó, mirando por la ventana, y entornó los ojos para ver mejor.

-Apila la leña que trajo del supermercado. Parece un trabajo muy pesado -susurró Lisa-Marie sin apartar la mirada de la ventana.

Movida por la curiosidad, Mia se acercó y se puso a mirar detrás de las tres mujeres. El sol brillaba con intensidad en el jardín, y podía verse a Jo colocando la leña junto a la pared de la casa. Se había quitado la camiseta y trabajaba con el torso desnudo.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Mia, indignada.

-Sí, tienes razón, es increíble -la secundó Lou-. He visto pocos hombres con ese cuerpazo.

-Y tan joven -suspiró Lisa-Marie.

-¿Os habéis vuelto locas? ¿Qué narices estáis haciendo? -gritó Mia, enfadada.

-Nada -se defendió Lisa-Marie.

-No seas mal pensada -dijo Lou con una sonrisa maliciosa-. Solo estamos fregando los platos.

-¿De verdad? ¡Pero si el grifo está cerrado!

Lisa-Marie lo abrió sin dejar de mirar a Jo.

-Ahora sí.

Mia se abrió paso entre las tres mujeres y puso el tapón en el desagüe.

-Ahora ya podéis fregar los platos. Si me perdonáis, tengo cosas que hacer fuera.

Jo se secó por enésima vez el sudor de la frente y le dio un trago a una

botella de agua. Con el rabillo del ojo vio un movimiento en el camino y, cuando reconoció a la señora Hösle, la saludó con la mano. Después volvió a concentrarse en la leña.

De repente, Mia salió corriendo de la casa.

-¡Tápate ahora mismo! -le gritó desde lejos.

Sorprendido, pero también contento de verla, Jo interrumpió el trabajo.

-No hace frío.

-Ya lo sé. -Mia llegó a su altura-. Pero tápate de todas formas.

-Eres muy amable preocupándote por mi salud, pero te lo repito: no tengo frío. -Jo se agachó a recoger un par de troncos del suelo.

-No me preocupa tanto tu salud como la salud mental de mi familia.

-No lo entiendo.

-Ni falta que hace. Pero haz el favor de ponerte la camiseta.

-No -contestó Jo, y se levantó con parsimonia.

-¡Por favor, Jo!

-Pero ¿por qué?

-Porque... -Mia se mordió los labios-. ¡Porque tu torso desnudo atrae visitas!

Jo sonrió burlón.

-¿En serio?

Mia asintió y señaló con la cabeza a la señora Hösle.

Jo siguió su mirada.

-¿La conoces?

-¿A la señora Hösle? No.

-Entonces, ¿por qué te molesta que mire?

-Porque no es la única -masculló Mia, dirigiendo la vista hacia la ventana de la cocina.

-Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo que miren? -Jo se rio sin malicia.

Entonces Mia se enfadó de verdad.

-¡Ahora verás lo que tiene de malo!

Se quitó la rebeca y también la camiseta. Al hacerlo, se le deshizo la trenza y la melena le cayó sobre los hombros.

-¿Qué hace? -gritó Anne en la cocina.

-Se quita la ropa -constató Lou, sonriendo animada.

-¿Dónde narices se ha comprado ese sujetador? -Anne se echó las manos a la cara.

-Se lo compré yo -contestó Lou-. Han abierto una tienda de lencería en la Kirchenplatz y fuimos juntas.

-Es muy bonito -comentó Lisa-Marie-. Encaje y volantes negros. Casi no parece que sea ropa interior.

-Iba con un tanga a juego. Es de la colección *Black Bunny*.

Anne suspiró.

-¡Tranquila! -dijo Lou para calmar a su hermana-. El tanga no lo quiso.

-Ya basta. -Anne se dirigió a la puerta-. Voy a buscarla.

-¡No! -Lou retuvo a su hermana-. Déjala, sabe lo que hace.

-¡Bonito torso! -exclamó Jo, moviendo la cabeza en señal de reconocimiento.

-Gracias. -Mia se apartó el pelo de la cara, dejó la ropa en el banco del jardín y se volvió hacia Jo-. ¿En qué te ayudo?

-¿En serio quieres echarme una mano?

-¿Y qué creías?

-No sé. Vístete, anda.

-No.

-No puedes pasearte por aquí con ese modelito. ¡A la señora Hösle le va a dar un infarto!

-Y seguro que a mi madre también. Pero no pienso vestirme hasta que te pongas la camiseta.

-Mi torso desnudo es mucho más inocente que esa... ¡esa cosa negra!

-¿Tú crees?

-Por ahí viene el cartero. ¡Vístete!

-¿Por qué? Seguro que el cartero ya ha visto a muchas mujeres medio desnudas.

-De acuerdo, tú lo has querido. -Jo dejó caer la leña que tenía en las manos y, con un movimiento rápido, agarró a Mia. Se la cargó sin esfuerzo al hombro y la llevó al establo-. Aquí dentro puedes trabajar desnuda si quieres -dijo, ignorando las protestas de la chica. Después la dejó en el suelo, al lado de *Mette-Marit*, que levantó la cabeza del comedero y los miró con expresión sorprendida.

-Si no te pones de una vez la camiseta, lo haré.

-Estás chiflada.

-De acuerdo. -Mia sonrió con picardía y empezó a moverse sensualmente delante de la vaca-. Bueno, *Mette-Marit*, seguro que nunca has visto un sujetador tan bonito, ¿verdad? No va con corchetes, sino con un cierre a presión. Un tironcito y ya está desabrochado.

-¡Mia! -la advirtió Jo.

-¿Quieres verlo? A la cinco. Uno..., dos...

-¿Por qué tienes la manía de contar siempre?

-Porque me divierte. Tres...

-¡Mia!

-Cuatro...

-Está bien. -Jo levantó las manos, resignado-. Me pongo la camiseta.

-Ya podías haberlo hecho antes. -Mia se tapó el pecho con los brazos, un poco avergonzada-. ¿Me traes la ropa, por favor? Tengo un poco de frío.

-De acuerdo -dijo Jo, y abrió la puerta del establo.

-Jo.

-¿Sí?

-¿Qué habrías hecho si llego al «cinco»?

-Cerrar los ojos. ¿Y tú?

-Me habría escondido detrás de *Mette-Marit*.
-Está bien saberlo.
-¿Por qué?
-Habría parpadeado. Una vez, al menos.

-¡Ya sale! -exclamó Lisa-Marie, señalando la puerta del establo.
-Sin Mia -constató Lou.
-Gracias a Dios -dijo Anne, mirando al cartero, que en ese preciso momento llegaba a la altura de la casa y echaba el correo en el buzón.
Jo lo saludó con la mano. Se puso la camiseta y volvió al establo con la ropa de Mia.
-¡Ha vuelto a entrar! -dijo Lou, un poco decepcionada.- ¿Se quedarán en el establo?
-¡Lou! -Anne hizo un gesto de desaprobación-. No me imaginaba que el primer día de Mia sería así. ¿En qué piensa esa chica?
-En que Jo está como un tren. Con eso se suma a la mayoría de esta casa, ¿verdad, Lisa-Marie?
-Eh..., sí -asintió su prima a regañadientes.
-Aunque también puede ser que solo quisiera dejarnos bien claro que Jo es de su edad y no de la nuestra -prosiguió Lou.
-¿Y para eso tenía que pasearse medio desnuda por el jardín y luego encerrarse en el establo? -preguntó Anne, enfadada.
-Tiene diecinueve años.
-Ya lo sé. ¡A saber qué estarán haciendo esos dos ahí dentro!
-Nada. -Lou volvió a señalar la puerta del establo-. Ya salen, y los dos van vestidos.
Jo y Mia cruzaron el patio y se pusieron a apilar la leña.
-Lo siento por la señora Hösle, ya no hay mucho que ver... - dijo Lou con una sonrisa picarona.

11

-¿Puedes hacerme un favor? -le preguntó Lou a Christoph el domingo por la noche. Como siempre antes de irse a la cama, hablaba con él por teléfono.

-Claro. ¿De qué se trata?

-Pásate un día a ver a Stefan y los chicos. Stefan ha pedido unos días de vacaciones y ahora hace de amo de casa. Anne necesita urgentemente un informe neutral de la situación.

-Pues nadie mejor que yo para eso, por algo soy periodista. ¿Lo quiere por escrito?

-No, basta con que me lo cuentes a mí. Después ya filtraré yo la información relevante y se la daré a Anne.

Christoph se rio.

-En otras palabras: le contarás lo que quieras.

-Sí, no me gustaría alarmarla innecesariamente. Empieza a levantar cabeza y está espléndida.

-Mejor, le hacía falta.

-¿Sabes qué es lo más curioso?

-¿Qué?

-Se desentiende de las tareas de casa, y eso que es la única que está acostumbrada a cocinar para tanta gente.

-Vaya, espero que no seas tú la encargada. ¿O sí?

-¿Tienes miedo de que me estrese?

-No, más bien compasión por los demás.

-Ya sabes que cocino bien y hago unas tartas...

-... muy ricas y sofisticadas cuando se trata de cocinar para poca gente. Pero la comida casera nunca ha sido tu fuerte.

-Tranquilo. De momento, ni me acerco a los fogones.

-¿Todavía te encuentras mal?

Lou suspiró.

-Sí, por desgracia.

-¡Tienes que ir al médico!

Antes me haré el test del embarazo, pensó Lou. Pero no iba a decírselo a Christoph, no quería preocuparlo sin necesidad. Por eso se limitó a reír.

-Voy mejorando -mintió.

-Eso espero.

Seguro que Christoph tuvo la impresión de que le ocultaba algo, porque se produjo un silencio. ¿Esperaba que ella le dijera algo más?, ¿o eran imaginaciones suyas?

-Lisa-Marie se encarga de la cocina -siguió contando Lou, sin darle más vueltas, y se esforzó por hablar en un tono alegre y despreocupado-. Eso también es una novedad. La única que habitualmente solo tiene que cuidar de sí misma, ahora cocina para toda la familia. ¡Y disfruta!

-Parece que, poco a poco, habéis creado unos hábitos de convivencia, ¿no? Me temo que he perdido una botella de champán.

-¿Una botella de champán?

-Apostamos a que no aguantarías ni una semana.

-¡Ah, no me acordaba!

Y en estos momentos, el champán no me apetece nada, añadió para sí.

-¡Me decepcionas!

-Sí, ya sé que puede parecerte extraño en mí, pero, en cierto modo, tengo la sensación de que no se trata únicamente de resolver los trámites que acarrea una defunción o de una apuesta tonta -intentó explicarse Lou.

-¿De qué se trata?

-De unir a la familia.

-Mmm...

-Ya sé que suena ridículo, sobre todo si lo digo yo.

-Tu nueva faceta familiar me parece muy interesante.

-Gracias -Lou sonrió-. De todos modos, te echo muchísimo de menos.

-Y yo a ti.

- Buenas noches, que descanses.

-Y tú también.

El lunes por la mañana, Lisa-Marie salió pronto de casa. De buen humor, y disfrutando de la vista de las montañas, se dirigió a la panadería del pueblo. El cielo estaba despejado, otra vez haría bueno. A esas horas, la calle estaba vacía, solo se cruzó con unos niños camino de la escuela y con un señor mayor que paseaba a un perro salchicha.

Los últimos días, Lisa-Marie se había acostumbrado a levantarse antes que sus primas: odiaba charlar y tener que dar explicaciones a primeras horas de la mañana. Si Lou se levantaba pronto, no hablaba mucho, pero no paraba de quejarse: que si el agua estaba fría, que si dónde estaba su toalla, que si alguien había usado su carísima loción corporal sin pedirle permiso... Lo cierto era que Lisa-Marie la había probado el primer día, pero le salió una pequeña erupción -por suerte fue en el muslo y Lou no lo vio- y decidió no volver a ponerse.

En cambio, Anne empezaba a darle a la lengua nada más abrir los ojos. Seguramente porque estaba acostumbrada a ver gente al levantarse. No necesitaba calentamiento, enseguida se la veía despierta y contenta.

Y ahora que también estaba Mia, en el cuarto de baño común había mucho jaleo. Por eso Lisa-Marie se ponía el despertador media hora antes, desayunaba sola en la cocina y se tomaba tranquilamente la primera taza de café del día. El resto del café lo vertía en un pequeño termo y se lo tomaba de camino a la panadería.

Como todas las mañanas, compró panecillos y unos cuantos *brezel*. Al salir de la panadería, los guardó en la mochila y emprendió el camino de vuelta a casa. Pero esta vez, como aún era muy temprano, decidió dar una vuelta por el parque. Al llegar detrás de la iglesia, torció a la derecha y recorrió un trecho de la calle principal. Pasó por delante de una floristería, una gasolinera y una carnicería.

Una dependienta acababa de colocar una pizarra con las ofertas del día: «Hoy, albóndigas», leyó Lisa-Marie. Entró sin pensarlo dos veces y compró diez albóndigas grandes. Para comer haría caldo, y lo serviría con unos *brezel* untados con mantequilla.

Continuó paseando y se fijó en un edificio de la acera de enfrente. Era una casa de labranza típica de Algovia, con revestimiento de madera, balcón y jardineras en las ventanas. La planta baja estaba reformada y acogía una tienda moderna. A ambos lados de la puerta había un escaparate grande que permitía ver el interior, un espacio amplio y luminoso.

El comercio estaba vacío. Picada por la curiosidad, Lisa-Marie cruzó la calle y pegó la nariz al cristal. Las paredes estaban forradas de estanterías de madera que llegaban hasta el techo, que también era de madera, como el suelo. Al fondo había una puerta ancha que daba a otra sala, perteneciente también a la tienda. Lisa-Marie rodeó una parte del edificio, hasta encontrarse con una valla que separaba el patio de la calle. Un rosal exuberante trepaba por la valla y por la pared de la casa, y encima de la verja de entrada vio un cartel de madera con adornos florales y letras verdes: «Ferretería Andreas Lampertinger».

-¿Busca algo? -preguntó una voz detrás de ella.

Lisa-Marie se volvió, sobresaltada. Una señora mayor se había parado con la bicicleta en la calle y la miraba con curiosidad.

-No -dijo Lisa-Marie.

-La tienda de los Lampertinger ya no existe. Cerraron a finales de año.

-¡Ah!

-Si necesita algo, tiene que ir a Füssen. El joven Lampertinger ha abierto allí una tienda más grande. Por lo visto, hay más clientela que aquí. -Se notaba que el cambio no le hacía mucha gracia.

Lisa-Marie negó repetidamente con la cabeza.

-Gracias, pero no necesito nada.

-¿Está interesada en el local? Es de los Lampertinger. Está en alquiler. En la

puerta tiene que haber un cartel con el número de teléfono.

-No me interesa... -contestó Lisa-Marie, pero la mujer volvió a subirse a la bicicleta y se despidió sin esperar a que terminara de hablar.

-¡Adiós! -dijo, y se marchó pedaleando.

-No me interesa -repitió Lisa-Marie en voz baja, y se quedó mirando a la mujer. Después volvió la cabeza hacia el edificio y observó el local vacío, pensativa -. ¿O sí?

-¿Os habéis fijado en que no hay ninguna librería en Pfronten? -preguntó Lisa-Marie poco después, cuando estaban todos sentados a la mesa del desayuno.

-En la papelería hay una pequeña estantería con libros de bolsillo y en la gasolinera tienen unas cuantas novelas policíacas. - Anne abrió un panecillo y lo untó con una capa gruesa de mantequilla-. Pero tienes razón, no hay nada más.

-¿No creéis que es una lástima? Seguro que una librería funcionaría muy bien aquí.

-Sobre todo en vacaciones; esto se llena de turistas -dijo Mia-. Es cuando se tiene más tiempo para leer y rebuscar en las librerías, ¿no?

-Siempre traíamos una bolsa llena de libros para ti -dijo Anne, y sonrió al recordar las vacaciones familiares, cuando los niños eran pequeños.

-¿Historias de internados o *Las gallinas locas*? -preguntó Jo.

-*Los chicos locos* -contestó Mia-. Los otros eran para princesitas.

-Yo me leí toda la colección de *Los tres detectives*. Y luego, de mayor, la de Harry Potter, claro.

-¡Ah, sí!, ¡me encanta Harry Potter!

-Hasta yo he leído los libros de Harry Potter -intervino Lou. Tenía la cara pálida y se la notaba cansada, pero se esforzaba por estar de buen humor-. Y hace poco acabé la saga de *Crepúsculo* que me prestó Mia.

Jo miró a Mia sonriendo burlón.

-¿Has leído *Crepúsculo*?

Mia le lanzó una mirada asesina a su tía.

-Sí.

-Está loca por Jacob, el hombre lobo -dijo Lou, ignorando la mirada fulminante de Mia-. Un torso musculoso, pelo castaño largo y piel morena... -Le guiñó un ojo a Jo.

-Eh..., sí... -De repente, Jo parecía cortado.

-Lou, ¡basta ya! -Anne salió en ayuda del chico. No se le escapaba que Jo y Mia se entendían cada vez mejor y pasaban juntos los ratos libres.

-¿Alguien quiere más café? -preguntó Mia, y se levantó rápidamente, roja como un tomate-. ¿Lisa-Marie?

-¿Eh? -La aludida se sobresaltó.

-Que si quieres más café.

-Sí, gracias. -Lisa-Marie, con la mirada ausente, le acercó la taza.

-Yo también quiero un poco más. -Jo levantó la taza hacia Mia, pero evitó mirarla.

Se produjo un silencio, hasta que Lisa-Marie retomó la conversación anterior.

-¿Creéis que una librería tiene posibilidades en Pfronten?

-Pues sí que te preocupa el tema -señaló Lou, sorprendida-. ¿Quieres cambiar de lugar de trabajo?

-No estoy segura. Es posible.

Mia y Anne se miraron elocuentemente, pero no abrieron la boca. A Lou, que no sabía nada de los problemas de Lisa-Marie con el negocio, parecía gustarle la idea y empezó a hacer planes con alegría.

-Pues claro que tiene posibilidades, aunque solo sea por los turistas. Pero te hace falta mucho espacio, una ubicación adecuada y unas cuantas ideas nuevas.

-¿Por ejemplo?

-Una pequeña cafetería. -Lou mordió un *brezel* con precaución. No se fiaba de su estómago-. Los clientes podrían sentarse a tomar café mientras hojean un libro tranquilamente.

-En verano, en el patio, y en invierno, dentro. A lo mejor hasta hay una chimenea. -Lisa-Marie suspiró-. ¡Suena muy bien!

-¿Chimenea?, ¿patio? Da la impresión de que lo has estado pensado mucho -constató Lou, asombrada-. ¿No te gusta Dortmund?

-Pues claro que me gusta, es mi ciudad. Pero a veces no se trata de que te guste o no, sino de lo que tienes que hacer.

-Y tú tienes que enfrentarte a una dura competencia, ¿verdad? -dijo Anne para sacar el tema.

Lisa-Marie miró sorprendida a su prima.

-¿Cómo lo sabes?

-Se lo dije yo -contestó Mia-. Salió la semana pasada en el periódico.

-¿Ya empiezan a hacer publicidad?

-Sí, había una página entera con ofertas y promociones.

-¿Hola? -Lou frunció el ceño- ¿Alguien me explica de qué estáis hablando?

-Van a abrir una librería justo al lado de la de Lisa-Marie -le dijo Mia a su tía-. Una sucursal de una gran cadena. No tiene nada que hacer con esa competencia.

-¡Vaya, pobrecita! -Lou le pasó el brazo por los hombros a su prima y Lisa-Marie puso cara de sorpresa-. ¿Por qué no nos has dicho nada?

-¿De qué habría servido?

-Te habríamos escuchado y te habríamos consolado.

-Sobre todo tú, ¿no?

-Por algo somos una familia.

-¿Y desde cuándo hace esas cosas nuestra familia?

-Sí, bueno... -Lou lo pensó-. Desde que murió el tío Horst.

-Pero eso es una novedad. Normalmente, nos reunimos una vez al mes y nos

hinchamos de tartas por puro aburrimiento.

-De acuerdo, tienes razón. Hasta ahora pasábamos bastante de la familia -admitió Lou-. Pero nunca es tarde para recordar que somos una gran familia. Y ya sabes que la sangre tira.

-Y eso lo dices precisamente tú, que hizo falta que un volcán entrara en erupción para que te apuntaras -murmuró Anne en tono de incredulidad.

-¡Uf, no sé qué me pasa! -se defendió Lou-. Seguro que es por culpa de vuestra influencia.

O de las hormonas, pensó Anne, pero no lo dijo. La «menopausia» de Lou pronto daría mucho que hablar, pero lo que importaba ahora era ayudar a su prima.

Lisa-Marie parecía más tranquila después de hablar abiertamente de sus problemas. ¿Desde cuándo los arrastraba?

-O sea que tendrás que cerrar la tienda de Dortmund -prosiguió Anne.

Lisa-Marie asintió.

-Mientras me paguen la indemnización por las obras, aguantaré. Después, el futuro está muy negro.

-¿Y cómo se te ha ocurrido ahora abrir una librería aquí, en Pfronten? -preguntó Lou.

-Me gusta esto. Además, estoy convencida de que podría tener éxito.

-Pero no será fácil encontrar un local adecuado.

-Sí lo será, creo que ya lo tengo. -Lisa-Marie sacó un papel arrugado del bolsillo de los pantalones-. Casi enfrente de la carnicería hay un local vacío que parece hecho a medida para una librería. He apuntado el número de teléfono del propietario. No se pierde nada por ir a echarle un vistazo.

-¿Me dejas ir contigo? -preguntó Lou-. A lo mejor se me ocurre alguna idea para la decoración.

-Pues claro. Llamaré este mediodía y quedaré para verlo.

-Antes de seguir adelante con tus planes, ¿no tendrías que preguntar en el banco si dispones de suficiente capital para empezar de nuevo? -señaló Anne.

-Eso no tiene por qué ser un obstáculo -intervino Jo inesperadamente. Cuatro cabezas se volvieron, extrañadas, a mirarlo.

-No me acordaba de que estabas aquí -murmuró Anne.

-Ya me lo parecía -Jo sonrió-. Si queréis, me levanto y me voy.

-No -dijo Lou-. Dinos por qué crees que el dinero no tiene por qué ser un obstáculo.

-Casi todos los bancos dan créditos a los emprendedores - dijo Jo-. La mayoría incluso sin exigir fondos propios y ofreciendo plazos de amortización largos.

-Dicho así, parece sencillo.

-Y lo es. Solo hace falta un proyecto y un plan de negocio convincente. Si quieres, te ayudo con el papeleo.

-¿Y tú cómo sabes de esas cosas? -preguntó Mia con recelo.

Jo se encogió de hombros.

-Lo sabe todo el mundo, ¿no?

-No, o sea que explícate.

-¡No seas tan curiosa!

Mia apretó los labios y se calló.

-Va siendo hora de ponerse a trabajar. -Anne se levantó y empezó a recoger los platos del desayuno-. Hay mucho que hacer.

Jo se metió el último trozo de *brezel* en la boca y miró la hora.

-Nosotros también tenemos que irnos. Sor Bonaventura llegará enseguida para ir a echar un vistazo a las colmenas. -Le dio un golpe cariñoso a Mia en el costado-. ¡Vamos!

-¡Ay! -Mia le lanzó una mirada asesina mientras salían de la cocina, pero no dijo nada.

Lou se quedó mirándolos, preocupada.

-¿Por qué está Mia de mal humor?

-¡Hombres! -suspiró Anne-. ¿No os habéis dado cuenta de que le gusta Jo?

-¡Pues claro! Y diría que él está loco por ella. -Lisa-Marie sonrió, soñadora-. ¡Qué romántico!

-Pero si Mia sigue haciendo el tonto, no llegarán a nada -objetó Lou.

-Mejor.

-¡Oh, vamos, Anne! Sabías que tarde o temprano se enamoraría.

-Pero no del primer cachas lleno de secretos que conociera. -Anne frunció el entrecejo, pensativa-. Hay algo en Jo que no cuadra, y Mia también lo nota. No nos ha dicho toda la verdad, ¿no os dais cuenta?

-¿Y por qué iba a hacerlo? Hasta hace poco, nosotras tampoco hemos sido sinceras con la familia.

-Aun así. -Anne volvió a suspirar, inquieta.

-Mia sabe lo que hace -tranquilizó Lisa-Marie a su prima-. Yo no me preocuparía.

-Yo tampoco -dijo Lou sonriendo-. Te diría incluso que quien me da un poco de pena es el pobre Jo. Seguro que en estos momentos los insectos con aguijones no son el peor de sus males.

-Lo primero que vamos a hacer es comprobar si hay suficiente comida en los panales -explicó sor Bonaventura mientras cruzaban el prado que rodeaba la vieja casita de retiro.

Los tres llevaban puesto el equipo de protección, formado por un sombrero, un velo y unos guantes, y se acercaban cautelosamente a las colmenas.

Jo sonrió.

-Parecemos astronautas. Solo nos falta la bandera para plantarla en algún sitio. -Miró contento a Mia, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

-¡Empecemos! -Sor Bonaventura sacó el primer cuadro de la primera colmena con precaución y examinó el estado del panal. Las abejas que se movían por el cuadro no se inmutaron-. Mirad, ¿lo veis? En el panal todavía queda mucho alimento -afirmó-. Eso es bueno, porque las abejas están en

plena época de reproducción y necesitan alimentarse a menudo. Ahora ya podéis comprobar los demás panales como lo he hecho yo. ¡Pero siempre con mucha calma!

Jo y Mia obedecieron: sacaron dos cuadros más y examinaron el contenido. De repente sonó un teléfono. Mia miró a Jo, inquisitiva, y él negó con la cabeza.

-Es mi móvil, perdonad -dijo sor Bonaventura. Se apartó lentamente de las abejas y buscó en los bolsillos del hábito. Sacó el teléfono y contestó en voz muy alta.

-Buenos días, padre.

-El cura, esto va para largo -dijo Jo, y sacó otro cuadro de la colmena-. Este también está lleno -confirmó, y volvió a ponerlo en su sitio con cuidado.

Mia asintió y siguió trabajando en silencio.

-¿Qué te pasa? -preguntó Jo pasado un rato.

-¿Por qué? -contestó Mia en tono respondón.

-Estás muy callada.

-Pensaba.

-¿En qué?

-Me preguntaba de dónde has sacado toda esa información sobre créditos bancarios.

-Leo mucho.

-¿Libros técnicos? ¡No te lo crees ni tú! -Mia volvió a poner el cuadro en su sitio con más fuerza de la necesaria.

-¡Ten cuidado! -la amonestó Jo-. Estos bichejos no aguantan las bromas.

-Ni yo.

-¿Por qué lo dices?

-No soporto que no me digan la verdad.

-¡Oh, vamos! Yo tampoco sé casi nada de ti. Aparte de que llevas ropa interior increíblemente *sexy* y que te gustan los tíos como yo.

-¡No te hagas ilusiones!

-¿Quieres ir el miércoles por la noche a Füssen? -preguntó Jo, haciendo caso omiso de su mal humor-. Un grupo de aquí actúa en un bar de Füssen.

-¡Es increíble!

-¿Qué?, ¿que en el pueblo haya un grupo?

-No. -Mia retrocedió un poco y se quitó el velo-. Estoy cabreada contigo porque no me dices la verdad. ¡Y no solo no te das cuenta sino que encima me invitas a un concierto!

-No te he invitado, solo te he preguntado si querías ir. -Jo volvió a ponerle el velo por encima del sombrero y tiró suavemente de él para taparle la cara.

-Y todo por no querer decirme por qué entiendes de finanzas.

-¿Eso es un «sí» con una condición?

-Tú sabrás...

-De acuerdo -aceptó Jo, suspirando-. Si tanta importancia tiene para ti... Hice prácticas en un banco.

-¿En serio?
Jo asintió.
-No pareces el típico empleado de banca.
-Porque no lo soy. Si lo fuera, no estaría aquí, ¿no?
-¿Y por qué estás aquí? ¿Por qué no estás en un banco abriendo cartillas de ahorro?
-Porque no es lo que quiero hacer toda la vida.
-¿Y qué quieres hacer?
-Primero, pasármelo bien. -Jo le enderezó el velo y le puso las manos en los hombros con delicadeza -. Luego, ya veremos.
-Odio a la gente que no hace planes -gruñó Mia.
-¿Ah, sí? ¿Tú ya has hecho planes?
-Por supuesto.
-¿Y qué planes son?
-Estudiar medicina y después trabajar en el Tercer Mundo.
-¡Suena tremendamente concreto!
-Menos ironía, por favor -replicó Mia, y le apartó las manos-. ¿Qué tiene de malo mi idea?
-Nada. Al contrario, me gusta. Mientras tú salvas el mundo, yo pasaré una temporada vagabundeando por aquí sin tener mala conciencia.
-Pero llegará un día en que ya no serás joven y no podrás seguir vagabundeando. ¿Y qué harás entonces?
-Hablas como mi padre.
-Tu padre es una persona inteligente.
-Es muy aburrido.
-Y tú tienes la mentalidad de mi hermano pequeño.
-No todo el mundo aspira a vivir apalancado.
-¿Apalancado? ¿Has dicho «apalancado»? Eres..., ¡eres un idiota!
Mia se quitó el sombrero y se fue sin decir nada más. Pasó por delante de sor Bonaventura, que había acabado de hablar por teléfono y volvía a las colmenas.
-¿Qué le pasa? -preguntó.
-Está de mal humor -contestó Jo parcamente.
-Eso va y viene. -Sor Bonaventura sonrió conciliadora-. ¡Gracias a Dios no se lo ha transmitido a las abejas!

12

-Llevamos dos días buscando en el sótano -dijo Lou, suspirando, el miércoles al atardecer-. Y lo único que hemos descubierto es que el gato tiene tres escondites donde guarda los ratones muertos.

Lisa-Marie levantó la vista de la novela policíaca que estaba leyendo y se estremeció.

-¡No me lo recuerdes!

Estaban sentadas cómodamente en el gran sofá de la sala de estar. Lisa-Marie se había tumbado en un extremo y Lou ocupaba el opuesto, con las piernas encogidas y bebiendo té a sorbitos. Compartían pacíficamente una manta de lana verde y un paquete de galletas de mantequilla.

-¿Anne todavía está hablando con Stefan? -preguntó Lisa-Marie .

Lou asintió.

-La verdad es que tenemos que agradecérselo a Mia. Desde que se fue de Dortmund, Anne y Stefan hablan varias veces al día.

-¿Sabes cómo están los chicos?

-Sí, Christoph fue a verlos ayer. Jan y Tom se las apañan muy bien. Pero Stefan se ahoga en el caos.

-Espero que no la convenza para que vuelva a casa.

-Lo ha intentado, pero Anne le ha dicho que no.

-¿No? -preguntó Lisa-Marie con asombro, y se incorporó-. ¿Por qué no?

-Creo que quiere darle una lección -conjeturó Lou-. Con su ausencia, lo obliga a cuidar por fin de la familia.

-Querrás decir del «resto» de la familia -la corrigió Lisa-Marie-. La única a la que tendría que cuidar está aquí...

-... revolviendo desesperada toda la casa en busca de cartas de amor -concluyó Lou, sonriendo-. Y seguro que no se quedará tranquila hasta que las encuentre.

-Pues Stefan tendrá que esperar -dijo Lisa-Marie-. ¡Le está bien empleado!

-¿Mamá? -Mia asomó la cabeza por la puerta y echó un vistazo a la sala.

-Está arriba, hablando con tu padre.

-¡Mejor! -Mia entró y se detuvo frente al sofá.

Solícita, Lisa-Marie se apartó un poco para dejarle sitio.

-¿Quieres sentarte un rato con nosotras?

-No, la verdad es que venía a preguntarte si me prestas el coche.

-Sí, claro.

-¡Espera, no corras tanto! -exclamó Lou-. ¿Adónde vas?

Mia puso cara de fastidio.

-A Füssen, a un concierto.

-¿Al mismo que Jo? -preguntó Lisa-Marie.

-Puede.

-Qué lástima que ya se haya ido. Podías haberlo llevado en coche y no habría tenido que ir en autobús.

-¡Pobrecito! -Por la cara que puso, no le daba mucha pena.

-Creía que habíais discutido.

-No hemos discutido -dijo Mia.

-Pero no os habláis desde el lunes por la mañana, eso está más que claro.

-Si no hablas, no discutes.

-¡Curiosa lógica!

-Has pasado dos días enteros sin levantar la cabeza del libro de matemáticas -afirmó Lou.

-Mamá me dijo que tenía que estudiar.

-Sí, ya, seguro que es por eso. -Lou esbozó una sonrisa muy elocuente.

-Y ya he terminado -insistió Mia-. Ahora quiero divertirme un poco, para variar.

-Pues no parece que te haga mucha ilusión.

-Ya veremos -contestó Mia sin entrar en más detalles, y volvió la cabeza hacia la puerta-. ¿Le decís a mamá que hoy llegaré tarde?

-Las llaves del coche están colgadas en el pasillo.

-¡Conduce con cuidado!

Cuando Mia cerró la puerta, las dos mujeres se miraron con extrañeza.

-¿Tú entiendes por qué tiene tanta necesidad de ir al concierto?

Lou asintió.

-Creo que está enamorada de Jo y va detrás de él como un perrito.

-¿Les funcionará? -preguntó Lou, pensativa.

-¿Quién sabe? -Lou alcanzó una galleta-. El amor es una lotería. Unos aciertan y a otros no les toca nada.

Lisa-Marie miró con desconfianza a su prima. ¿Se estaba riendo de ella? Sin embargo, no le dio la impresión de que Lou lo hubiera dicho en tono de mofa. Mordisqueaba la galleta y miraba al vacío, pensativa. Se quedaron un rato en silencio, solo se oía el tictac del gran reloj de pie.

-Supongo que Christoph es un acierto -dijo finalmente Lisa-Marie .

Lou suspiró con añoranza.

-Aún no sé por qué he tenido tanta suerte. Quiero decir que yo vivía casi únicamente para el trabajo, nunca me había propuesto tener pareja.

-No la buscaste, pero la encontraste -constató Lisa-Marie con un poco de envidia.

-Bueno, sí que busqué, y esperaba encontrarla. Como te he dicho, el amor es como la lotería: si no compras un décimo, no puede tocarte el gordo.

-No está de más jugar, ¿verdad?

-No, pero sin pasarse, los que juegan en exceso no deberían extrañarse si, ofuscados entre tantos boletos, acaban perdiendo el que estaba premiado.

-¿Puedes traducírmelo a un lenguaje normal?

-Con mucho gusto. -Lou sonrió ampliamente-. Dicho de manera sencilla: menos amistades en Internet y más vida auténtica.

-Gracias por el consejo.

-De nada.

-No conocía tu faceta filosófica.

-Bah, no me hagas caso. Estoy muy rara desde hace unos días.

-A mí me gusta la nueva Lou.

-Pues a mí me da miedo.

Sonriendo, Lisa-Marie volvió a abrir el libro y se puso a leer. Presintió que la conversación había llegado a un punto en el que era mejor callar y disfrutar de la armonía que se había creado.

Lou agradeció la discreción de Lisa-Marie. Se acurrucó en el sofá y se tapó hasta la barbilla con la manta. Casi automáticamente se puso las manos en la barriga, como solía hacer tantas veces en los últimos días.

La idea de un posible embarazo ya no la asustaba, aunque le seguía generando sentimientos contradictorios.

Por un lado, se iba haciendo a la idea de que quizá había una nueva vida en sus entrañas. Un ser que sería solo suyo y de Christoph. Pero, por otro lado, seguía sin saber cómo podía ser compatible un hijo con su estilo de vida independiente.

Y sobre todo: ¿qué diría Christoph? Le daba un miedo atroz su reacción. ¿Y si al final resultaba que no le había tocado el gordo, sino la pedrea?

Mia llegó con veinte minutos de retraso al local en el que se celebraba el concierto. Se perdió por Füssen buscando sitio para el coche y al final lo dejó en el aparcamiento de un supermercado. Un dependiente con delantal verde la miró con mucha curiosidad mientras cerraba la puerta del Escarabajo.

-¿Necesitas más leña? -preguntó.

-No. -Mia se marchó a toda prisa.

-¡No se puede aparcar aquí si no se compra nada! -gritó el hombre.

Mia se detuvo, respiró hondo y se tragó la respuesta impertinente que tenía en la punta de la lengua. El hombre solo cumplía con su deber y no tenía la culpa de que Jo fuera un idiota y la hiciera enfadar.

Intentó sonreír, dio media vuelta y entró en el supermercado detrás del dependiente. Resuelta, se dirigió a los frigoríficos y se llevó un benjamín de champán. En la caja le pedirían la documentación, pero iba preparada.

-¿Puedo dejarlo más rato ahora? -le preguntó al hombre con el delantal verde, que empujaba un carrito hacia la salida.

-Por mí, sí -contestó, y miró la hora-. Ya son casi las ocho, cerraremos enseguida.

-¡Gracias!

-Además, el Escarabajo rojo casi es un cliente fijo -dijo, con una sonrisa burlona-. Aunque siempre cambia de conductor.

-Gracias -repitió Mia, y salió a toda prisa de la tienda.

De camino al concierto, se bebió el champán, calculando que pasadas unas horas volvería a estar en condiciones de conducir. ¡No permitiría que Jo tuviera que llevarla a casa! ¡Se iba a enterar de lo que vale un peine! Pensaba pasárselo en grande y demostrarle que era capaz de disfrutar de la vida.

Jo había ignorado su silencio ofendido. Desde hacía dos días, pasaba todo el tiempo fuera y solo entraba en casa a la hora de las comidas. Por la noche se retiraba pronto a su habitación, teóricamente a leer.

-¡Ja! -exclamó Mia mientras tiraba la botella vacía a un cubo de la basura.

¿Y qué narices leía? Un libro erudito seguro que no, porque la literatura seria no suele hacer reír. Y, por lo visto, la diversión era importantísima para él... No, probablemente se tumbaba a hojear tebeos tontos.

Varias veces tuvo la tentación de entrar en su cuarto a cantarle las cuarenta. Pero no se atrevió porque su madre y sus tías se pasaban el día buscando papeles por toda la casa y nunca se sabía cuándo ni dónde aparecerían.

Al final, había dejado de pensar en Jo y se había concentrado en el libro de matemáticas. Gracias a él y a su conducta inadmisible, al menos estaba preparadísima para el examen.

Llegó al local del concierto. En la entrada había unos cuantos hombres fumando, que la miraron con curiosidad. Ella se pasó la mano por el pelo, esa noche lo llevaba suelto. Se había puesto unos vaqueros ceñidos, botas y una cazadora de cuero negra. Resumiendo: estaba despampanante, y lo sabía.

Por eso la recibieron con comentarios alegres.

-Eh, tú eres nueva -dijo uno de los fumadores, un flacucho con la cara llena de espinillas.

-¡Guapa! -dijo su amigo, un gordito de baja estatura y con el pelo negro.

Mia iba a pasar de largo sin decirles nada, pero cambió de opinión. No estaría de más hacer amigos. Y seguro que impresionaría más a Jo si entraba acompañada.

-Hola -dijo, y se echó hacia atrás la melena rizada-. ¿Ha empezado el concierto?

El gordo y el de las espinillas la miraron perplejos. No se creían que tuvieran tanta suerte, porque no contaban con que Mia se parase a hablar con ellos.

-Eh, que si ya han empezado -volvió a preguntar.

El gordo fue el primero en reaccionar.

-No -dijo, y tragó saliva-. Tienen problemas con la acústica.

-Genial, entonces no me he perdido nada. ¡Ah, me llamo Mia!

-Yo, Florian -se presentó el gordo, y, señalando al de las espinillas, dijo-: Este es Phillip.

-Encantada.

Mia mostró una sonrisa cordial a sus nuevos conocidos, esperando que no les pareciese muy seductora. Al fin y al cabo, estaba allí para impresionar a Jo, no para ligar con un tío de la zona.

Sin embargo, al cabo de unos minutos constató con alivio que los dos chicos eran inofensivos y muy majos. Phillip y Florian entraron en el local escoltándola con orgullo y la acompañaron a una mesa en la que había unos amigos. Desde allí se veía bien el escenario. Después, compitieron por invitarla a una copa. Mia leyó la carta de cócteles y, lamentándolo mucho, se decidió por un refresco de cola: tenía que conducir.

El grupo subió al escenario con tres cuartos de hora de retraso.

-¡Son chicas! -exclamó Mia, sorprendida.

-La de atrás, la de la guitarra, es Anna, mi hermana -dijo Florian, orgulloso.

-No os parecéis -contestó Mia, mirando con curiosidad a la chica morena y guapa, que en ese momento se colgó la guitarra y se inclinó hacia su acompañante para susurrarle algo al oído.

A Mia casi le dio un patatús. ¡Era Jo! Estaba tan tranquilo en el escenario, con barba de tres días como siempre, pero guapísimo. Se había recogido el pelo en una pequeña trenza, y la tal Anna seguía sin apartarle de la oreja los labios pintados de negro. ¿Le estaba contando su vida o qué? ¿Por qué duraba tanto la conversación?

-¿Es su novio? -le preguntó Mia a Florian, señalando a Jo.

-No. Lo conoció hace muy poco. Creo que en una tienda de música, cuando fue a comprar la guitarra nueva.

-¡Ajá! -Mia observó con desconfianza que Jo se reía y le tocaba ligeramente el hombro a Anna. Luego, poco antes de que apagaran las luces, se retiró al fondo del escenario y el grupo empezó a tocar.

Las chicas tocaban bien, eso había que reconocerlo. Y Anna tenía una voz tan fantástica que Mia se olvidó de dónde estaba y a qué había ido. Durante noventa minutos, el grupo tocó una mezcla de temas de rock y baladas suaves. Después, las luces se encendieron. Las chicas se acercaron al borde del escenario y se inclinaron ante el público, que las aplaudía a rabiar. Mia se irritó al ver que Anna volvía la cabeza hacia Jo y le hacía un gesto para que se acercara. Jo se rio, avanzó por el escenario y miró al público. Mia se escondió rápidamente detrás de Florian para que no la viera.

-Hoy, en vez de un bis, tenemos algo muy especial para vosotros -gritó Anna al micrófono-. ¡Mi amigo Jo!

Las componentes del grupo se apartaron para hacerle sitio. Mia se quedó de una pieza. ¿Amigo? ¡Conque amigo, eh! Miró por encima del hombro de

Florian con cautela y vio que Jo agarraba la guitarra de Anna, se sentaba en un taburete y se ponía a tocar.

¡Y cómo tocaba!

A Mia no le interesaba demasiado la música. Una canción podía gustarle más o menos, pero nunca se paraba a pensar si los músicos dominaban o no sus instrumentos.

Sin embargo, al oír tocar a Jo, supo enseguida que era lo más hermoso que jamás había oído. Las notas, tenues y suaves, se le metían en la piel, y la melodía era única. Jo parecía absorto en la interpretación, movía hábilmente los dedos por las cuerdas de la guitarra y mantenía los ojos cerrados.

Al acabar la canción, el público aplaudió de nuevo a rabiar. Mia se levantó sin pensarlo y se abrió paso entre el gentío. Se detuvo delante del escenario.

Jo la vio justo en el momento en que le devolvía la guitarra a Anna. Si su presencia lo sorprendió, no dejó que se le notara. Le susurró algo al oído a la guitarrista y bajó del escenario de un salto.

-Al final has venido -la saludó.

-Sí.

-Y veo que ya vuelves a hablarme.

-Sí.

-¿No sabes decir nada más? ¿Y por qué has venido?

-Bueno...

En esos momentos, ni Mia lo sabía. Al principio quería demostrarle que no era una «apalancada» y que ella también sabía divertirse. Pero, después de ver su increíble actuación, y teniéndolo tan cerca, tuvo que reconocer que no era verdad del todo. Simplemente, lo había seguido... como una adolescente tonta y enamorada...

-Ya vale. -Jo volvió a subir al escenario-. Si se te ocurre alguna otra palabra, ya sabes dónde encontrarme.

-¿Con Anna? -se le escapó a Mia.

-Sí.

-Yo estoy con dos chicos, Florian y Phillip.

-Muy bien. ¡Que te diviertas!

-Igualmente. -Mia lo miró furiosa mientras se iba-. Y no esperes que luego te lleve en coche a casa -añadió en voz baja.

Dos horas después estaba tan borracha que era impensable que pudiera conducir el coche. Y no paraba de decirse que la culpa era de Jo.

Estaba frustrada y aceptó que Florian y Phillip la invitaran a unos cuantos cócteles. Los dos conocían a mucha gente en el local y pronto se formaron corros y charlaron animadamente. Mia empezó a tontear con todos los chicos de la mesa, procurando que Jo la viera. Pero Jo hacía como si no le importase... ¿O quizá no le importaba de verdad? Estaba con Anna y su grupo y parecía pasárselo en grande.

Después del quinto cóctel, a Mia empezó a traerle sin cuidado. Disfrutaba

de la atención de los chicos y se dejaba invitar gustosamente a más copas.

-¡Me toca a mí! -exclamó Florian-: ¿Qué quieres tomar?

-Noo ssé -dijo Mia con voz pastosa-. Tee accoompaño.

Se levantó y siguió a Florian tambaleándose. En medio del jaleo que había en la barra, un hombre barbudo vestido de cuero la agarró de repente.

-¿Qué tenemos aquí? -gritó- ¡Carne fresca!

-¡Ay! -exclamó Mia, y trató de librarse de aquel tío.

-¡Suéltala! -protestó Florian.

-¡Cierra el pico, bola de sebo!

-Ya lo has oído. -La voz amenazadora de Jo resonó justo detrás de ella-. ¡Suéltala!

El hombre vestido de cuero sonrió con chulería y miró a Jo y a Florian. Parecía calcular sus posibilidades en una pelea con los dos.

-Vale, vale -murmuró finalmente. Soltó a Mia y se largó.

-¡Gracias, tío! -Florian parecía muy aliviado.

-Sí, graaciaas, tío -repitió Mia, que se esforzaba por mantenerse erguida-. Y aahoora neecessito beeber aalgo.

Jo frunció el ceño.

-¿No crees que ya has bebido bastante?

-Noo.

-Pues yo creo que sí.

-¡Y aati quéé tee impoortaa! -Mia se colgó del brazo de Florian-. Esstee ees Floo.

-Soy el hermano de Anna -dijo Flo, de nuevo con orgullo-. Y tu actuación me ha parecido genial.

-¿Cómo piensas volver a casa? -preguntó Jo, sin contestar al comentario de Flo.

Mia rebuscó en los bolsillos y sacó las llaves del coche. Antes de que pudiera reaccionar, Jo se las quitó de la mano.

-Tú hoy no conduces más. ¡Conduzco yo! -Luego se dirigió a Florian-: Vete a pedir un café, por favor.

-¡Eh! -protestó Mia.

-¿Os conocéis? -preguntó Florian-. Te comportas como si fueras su hermano o su padre.

-Vivimos juntos.

-Noo eess verdad... Él vivee aarriibaa y yoo aabaajoo -puntualizó Mia-. Y noo pueedee ssuubiir.

-¡Mia!

-¿Sí?

-Tómate un café, vuelvo enseguida. -Jo desapareció entre el gentío.

Florian se ocupó de llevar a Mia hasta la barra, y una vez allí la insistió para que se tomara un café y comiera una chocolatina.

-Noo ees mi novio -le aseguró Mia mientras masticaba.

-No pasa nada. -Florian sonrió-. Tampoco me moriría si lo fuera.

En ese momento llegó Jo con Anna. A Mia se le ensombreció la cara. ¿Qué quería esa tipeja?

-Esta es Mia -la presentó Jo-. Normalmente es una chica muy inteligente, pero hoy se ha empeñado en demostrarnos lo contrario.

-¡Hola! -Anna le dedicó una sonrisa franca-. Yo soy Anna. Veo que ya conoces a mi hermano. Me alegro de que os entendáis tan bien.

-Noo creeaass que aahoora ssaaldreemoos loos cuaaatroo juuntoos pooorquee eees looo que haaaceeen muuchaaas paareeejaas -replicó Mia, malhumorada-. Poorque nii Joo ees tuuyo nii Flooo eees mío y...

-No te entiendo. -Anna miró a Mia y después a Jo.

-Seguro que no se entiende ni ella. -Jo esbozó una sonrisa de disculpa.

-Lo eeentieendoo tooodo. ¡Peero noo vaaa assiií! A laaa dee treees lee quiitaaas laaas maaanoos de... eeenciimaa a Jo -la amenazó Mia- Unooo... hips...

-Será mejor que nos vayamos. ¡Venga, Mia!

-Doos...

Florian sonrió y miró a su hermana.

-Cuando está sobria es un encanto. Pero borracha es una pasada.

-A mí no me lo parece -replicó Anna, y apretó los labios pintados de negro, enfadada. Esa chica borracha que acababa de gritar «tres» le había estropeado los planes de la noche.

-Tranquila -murmuró Jo, después de evitar que Mia se abalanzara contra Anna. Le levantó la barbilla con cuidado y la miró a los ojos-. Nos vamos a casa, ¿entendido?

-Noo sooy toontaa. Peeroo coonduucees tú.

-Hecho.

-¿Me llamarás? -preguntó Anna a Jo.

-¡Sí, seguro!

-¡Yoo taambién! -le dijo Mia a Florian, y le tiró un beso.

Jo le pasó un brazo por los hombros y la llevó con delicadeza hasta la salida.

Fuera del bar reinaba la calma y hacía un frío agradable. Mia respiró con ansia el aire fresco. Mientras recorría la calle en silencio con Jo, se le despejó un poco la cabeza. No recordaba todos los detalles de la velada, pero, a pesar de la borrachera, sí algunas cosas.

Por ejemplo: Jo tocaba la guitarra de maravilla.

O bien: las chicas parecían caer rendidas a sus pies, pero había dejado plantada a Anna por ella.

Y también: ahora se preocupaba por llevarla sana y salva a casa.

Y lo más importante: ¡todavía la abrazaba!

-¿Vas bien? -le preguntó Jo, volviendo la cabeza hacia ella. Ella hizo lo mismo y sus caras casi se tocaron.

Mia se apartó, avergonzada, y contestó que sí. Seguro que el aliento le apestaba a alcohol. Además, tenía miedo de decir una tontería y que Jo le

quitara el brazo del hombro.

Se calló y él dejó el brazo en su sitio hasta que llegaron al coche. Mia se dejó caer, aliviada, en el asiento del acompañante y se durmió enseguida.

-¿Mia? -Jo intentó despertarla con un par de zarandeos-. Ya hemos llegado.

-Déjame -gruñó Mia, y se encogió en el asiento.

-No puedes dormir en el coche.

En vez de una respuesta, Jo solo oyó un ronquido suave.

Suspiró, se inclinó hacia ella y la sacó con cuidado del coche. Cuando la levantó en brazos, Mia murmuró satisfecha:

-Mmm, ¡qué bien hueles!

Cerró la puerta del coche con el pie y, al llegar a la entrada, dejó a Mia en el suelo.

-Tenemos que entrar sin hacer ruido o despertaremos a todo el mundo -la advirtió.

-¡Dios mío, mi madre me mata si me ve así! -exclamó Mia, y se llevó las manos a la cara.

-¡Chist!

Jo abrió la puerta con mucho cuidado y tiró de Mia para que entrara. Al llegar a la escalera que subía al primer piso, se detuvo.

-¿Crees que encontrarás sola la cama?

-¿Quieres subir conmigo?

-¡Mia!

-Lo decía en broma. -Se sentó en el primer peldaño y se apoyó en la barandilla.

-¿Qué haces?

-Dormiré aquí. Subir es agotador.

-No puedes quedarte aquí. Al menos túmbate en la sala de estar.

-No quiero. Ahí duerme el gato. Seguro que ha vuelto a matar un ratón.

-De acuerdo -dijo Jo, y la levantó-. Te vienes conmigo.

-¿A tu cuarto? -preguntó Mia, elevando el tono de voz.

-¡Chist!

-Pero yo no quiero...

-Tranquila, ¡yo tampoco!

La llevó a su cuarto y señaló la cama.

-Caben dos personas. Puedes dormir vestida, pero quítate al menos los zapatos.

Obediente, Mia se sentó en la cama y se desabrochó las botas. Al cabo de unos minutos, cuando Jo volvió del cuarto de baño contiguo, Mia ya se había metido entre las sábanas y había cerrado los ojos. Había dejado la cazadora, los vaqueros y los calcetines bien doblados encima de una silla.

Jo se metió en la cama intentando mantenerse a cierta distancia de ella. Después, apagó la luz.

-Jo.

-Creía que dormías.
-Tengo que decirte una cosa.
-¿Qué?
-Tengo frío.
-¿Quieres los calcetines?
-¿No puedes acercarte un poco?
-No.
-Entonces me acerco yo.
De repente, Jo notó el cuerpo de Mia más cerca de lo que le parecía conveniente. Incluso le apartó el brazo para poder apoyar la cabeza en su hombro.
-Así está mejor -ronroneó Mia.
Jo tragó saliva.
-Jo.
-¿Sí?
-¿Cómo es que tocas tan bien la guitarra?
-La toco desde los seis años. Adoro la música.
-¡Genial! No me lo habría imaginado nunca.
-Gracias.
-Hoy me has sorprendido. -El aliento de Mia le acariciaba suavemente el hombro-. ¿Hay algo más que deba saber de ti?
-Eh..., no.
-O sea que solo eres un chico que hizo prácticas en un banco y que toca superbién la guitarra -resumió.
Jo titubeó un momento.
-Más o menos -dijo finalmente.
-De acuerdo. -Mia pareció darse por satisfecha con la respuesta.
-Buenas noches, Mia.
Se le arrimó un poco más aún. Hubo un silencio, hasta que Mia retomó la palabra.
-Jo.
-¿Y ahora qué pasa?
-Creo que estoy borracha.
-Yo también lo creo.
-Y por eso voy a decirte una cosa muy importante.
-¿No puedes esperar a mañana?
-No. -De repente, Mia le rodeó el pecho con el brazo-. Mañana estaré sobria y no me atreveré.
-¿Y qué es eso tan importante que solo puedes decir si estás borracha?
-Yo... yo... -balbuceó, como si intentara armarse de valor-. Bueno, yo... eh... me he enamorado un poquito de ti. ¿No es gracioso?
Mia soltó una risita, respiró hondo y se durmió.
-A mí no me lo parece -murmuró Jo, y hundió la cara en el pelo de Mia.
Yo también me he enamorado de ti, añadió mentalmente. Y no solo un

poquito, sino hasta el fondo.

Y eso le desbarataba todos los planes.

13

Jo aún dormía cuando Mia se levantó furtivamente de su cama a la mañana siguiente. Seguía en la misma postura en la que se había dormido: boca arriba y con el brazo en el que ella se había acurrucado toda la noche todavía estirado. Se puso los pantalones deprisa, salió de la habitación sin hacer ruido y fue a la cocina. Necesitaba urgentemente beber algo y tomarse un analgésico para el dolor de cabeza. Después, cuando fuera capaz de pensar con claridad, analizaría los acontecimientos de la noche anterior.

Pero, por desgracia, la cocina no estaba tan vacía como esperaba.

-¡Buenos días! -Su madre estaba sentada a la mesa, con una taza de café.

Mia suspiró. Era la última persona con la que le apetecía hablar.

-Buenos días -contestó escuetamente, y alcanzó una caja de analgésicos del armario.

-¿Quieres un café?

El deseo imperioso de tomarse un café cargado superó el miedo al sermón maternal. Así pues, asintió tímidamente, se tragó la pastilla con un vaso de agua y se sentó al lado de Anne en el banco rinconero.

-¡Ponte algo, hace frío!

-Antes quiero ducharme.

Anne le acercó la taza de café.

-¡Toma! Pero ten cuidado, quema.

-Gracias. -Bebió un sorbito y se dispuso a recibir la bronca, que sin duda iba a estallar en cualquier momento. Pero su madre siguió callada. Finalmente, Mia no pudo soportarlo más-. ¡Empieza ya!

-¿A qué?

-¿No vas a regañarme?

-¿Por qué?

-Esta noche no he dormido en mi cama.

-Ya lo sé, dormimos en la misma habitación.

-¿Quieres saber dónde estaba?

-También lo sé. Imposible no oírte anoche.

-¿De verdad? -Mia se tapó la cara con las manos-. ¡Iba muy borracha!

Anne sonrió y Mia tomó nota con alivio.

-Cierto. Pero eres mayor de edad. En teoría, no tienes que pedirme permiso para pasar la noche en la cama de un desconocido.

-No era un desconocido, era Jo. -Mia se alegró de tener la cara tapada con las manos, porque se puso colorada como un tomate al pronunciar ese nombre.

La sonrisa desapareció de la cara de Anne.

-Espero que sepas lo que haces.

-En estos momentos no estoy muy segura -murmuró Mia con voz soñadora-. Pero...

-Pero estás locamente enamorada. -Anne completó la frase y le acarició el pelo cariñosamente.

-Sí -admitió Mia en voz baja-. Más que nunca en la vida.

Anne asintió, comprensiva, y prefirió no opinar. No quería estropearle la mañana.

Madre e hija estuvieron un rato calladas, tomando café tranquilamente. Luego, Mia se levantó.

-Voy a ver si Jo se ha despertado -dijo-. ¿Queda café? Le llevaré uno.

Mia se fue al cuarto de Jo con dos tazas llenas. Anne la siguió con la mirada, pensativa. Merecía disfrutar de la felicidad del primer amor. Pero ¿Jo era de fiar? ¿Y cuánto duraría la relación? Mia iría pronto a la universidad y Jo parecía vivir al día, sin hacer planes. ¿Cambiaría de vida por amor a Mia?

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos. Volvía a las andadas, ¡se preocupaba demasiado!

En ese momento sonó el móvil.

¡Caray! ¿Stefan había tomado la iniciativa de llamarla?

-¡Hola, Stefan!

-Hola, Anne. ¿Qué tal estáis Mia y tú?

-Bien. -Optó a propósito por una respuesta breve: no pensaba discutir por teléfono sobre la relación entre Mia y Jo-. ¿Y qué tal vosotros?

-Genial, de maravilla.

-¿De verdad?

-Sí, figúrate: ¡he encontrado la solución a todos nuestros problemas!

-¿Y cuál es? -Anne puso cara de desconfianza. Esperaba que no hubiera contratado una *au-pair*.

Pero todavía era peor.

-Va a venir mi madre y se quedará hasta que volváis.

-¡Tú madre! -exclamó. Se llevaba bien con su suegra, sobre todo porque Dagmar vivía en la costa del Mar del Norte, a casi cuatrocientos kilómetros de Dortmund-. ¿Tu madre? -repitió airada-¿Cómo puedes hacerme esto?

-¿Por qué no? Así nos libramos de todos los problemas de una vez: yo puedo ir a trabajar, los niños tienen a alguien que los cuide y tú puedes quedarte en Pfronten el tiempo que quieras.

-Estupendo -celebró Anne sin un ápice de entusiasmo, y pensó si no le convendría también a ella tomarse una pastilla para el dolor de cabeza.

-¿A que sí? -Stefan no captó la ironía-. Llegará esta tarde.

-¡Estarás contento!

-Ahora voy a limpiar un poco. ¿Qué sábanas le pongo?

-Las de las florecitas azules son para los invitados -contestó Anne mecánicamente.

-¿Hay jabón para los invitados?

-En el armario del cuarto de baño.

-¿Y dónde está el café descafeinado?

-En la despensa.

-Perfecto. Si se me ocurre algo más, te llamo. Ahora tengo que pasar la aspiradora por su habitación.

¿La aspiradora? No había visto nunca a Stefan con la aspiradora en las manos. Tampoco recordaba haberlo visto interesado por el jabón, las sábanas de florecitas o el café descafeinado. Por lo visto, por su madre hacía cosas que nunca haría por ella. Le dio rabia, mucha rabia, y, a la vez, tuvo la extraña sensación de estar a punto de troncharse de risa.

Colgó y se quedó un momento mirando la taza de café vacía, intentando aclarar las ideas. No lo consiguió. No obstante, al final el buen humor se impuso a la ira. Así que echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

Entretanto, Mia entró en el cuarto de Jo. Dejó las tazas con delicadeza en la mesita de noche y se sentó en el borde de la cama. Él aún dormía. Contempló su cara con ternura y se preguntó si se arriesgaba a despertarlo con un beso.

Pero ¿y si no era lo que él deseaba? Esa noche habían intimado mucho, pero el mundo parecía otra cosa por la mañana. Y, sobre todo, ella ya no estaba borracha y no se atrevía a hacer ciertas cosas. Suspiró y agarró la taza de café.

Entonces, él decidió por ella. De pronto, Mia notó que los dedos de Jo le acariciaban cariñosamente las manos.

-Buenos días -susurró.

-Hola -contestó con timidez, y le alcanzó el café.

Se deslizó entre las sábanas con su taza en la mano y apoyó la espalda en la pared. Jo se incorporó y se le acercó. Estuvieron callados un momento.

-¿Has dormido bien?

-¿Está bueno el café?

Hablaron los dos a la vez y se rieron, un poco cortados.

-Tú primero -dijo Jo.

-He dormido bien.

-Y el café está bueno, gracias por preguntar.

-Lo ha hecho mi madre.

-¡Ah! O sea que ya la has visto.

-Sí.

-¿Y?, ¿te ha arrancado la cabeza?
-¿Por qué iba a hacerlo? No pasó nada.
-Mmm...
-¿O sí? -Mia lo miró con cara de susto.
-No, no pasó nada -la tranquilizó Jo-. Estabas muy borracha y yo...
-¿Sí?
-Yo soy muy buena persona y no me aprovecho de esas cosas. Aunque me costó lo mío.
-¿De verdad?
-¿Tú qué crees? Desde el *striptease* en el establo no pienso en otra cosa -dijo con una sonrisa burlona.
Mia le dio un codazo cariñoso en el costado.
-Además, soy un anticuado. Las cosas se hacen por orden.
-No irás a pedirme que me case contigo, ¿verdad?
-No -dijo Jo, y dejó la taza-. Pero antes... -señaló la cama con un gesto tímido- tenemos que besarnos al menos una vez.
-Eh... vale... -A Mia le dio un vuelco el corazón.
-A la de tres -susurró Jo, y se acercó lentamente a ella-. Una...
Le quitó la taza de las manos y la dejó al lado de la cama.
-Dos...
Al notar su aliento cálido en la oreja, a Mia se le puso la piel de gallina.
-Y tres...
A continuación, Mia notó los labios de Jo en su boca. Primero con suavidad y ternura, pero después con ansia y pasión. Oyó que alguien se reía en la cocina, pero le dio igual: cuando Jo la atrajo hacia él y le acarició el pelo, fue como si el mundo desapareciese a su alrededor y ya solo existiera aquel beso.

-¿Anne?
Lisa-Marie y Lou entraron juntas en la cocina.
-¿Por qué te has levantado tan pronto?
-¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?
Anne se secó las lágrimas, que se le saltaban de tanto reírse.
-Mi marido ha encontrado la solución a todos sus problemas.
-¿Y cuál es? -preguntó Lou.
-¡Daggi!
-¿Tu suegra?
-Sí. Llega hoy para hacerse cargo de la casa.
-Pues no le veo la gracia.
-Pues es evidente: Daggi cocina, Daggi limpia, Daggi les hace la comida a los chicos y Daggi lo espera por la noche. - Anne hablaba tan alterada que incluso soltó un gallo-. La mujer perfecta.
Lisa-Marie y Lou se miraron alarmadas y se sentaron con Anne a la mesa.
-Dagmar no se quedará para siempre -dijo Lou, en un intento por consolarla.
-No es eso. -Anne hizo un gesto de resignación-. Al contrario: me alegro por

ella. Sí, incluso la envidio un poco.

-¿Los echas de menos? ¿Quieres volver a casa? -preguntó Lisa-Marie con cautela.

-¡No! -contestó Anne enérgicamente, y luego se explicó-: Envidio a Daggi porque es independiente y libre. Jugará unos días a hacer de madre y abuela cariñosa y luego se irá. Y lo hará a tiempo, antes de comprobar que esa vida, a la larga, no puede llenar a nadie.

-¿Eso es lo que te pasa a ti? -preguntó Lou, sorprendida.

-Sí, un poco -reconoció Anne a regañadientes-. Quiero a mi familia y me gusta cuidar de ella -añadió, levantando la cabeza con cierto despecho-. Pero quiero ser algo más que ama de casa y madre. Tengo derecho a algo más. Al fin y al cabo, también soy su mujer.

-Pues claro que sí.

-¡Eso díselo a Stefan!

-Seguro que ya lo sabe.

Anne se rio con sarcasmo y negó con un gesto de la mano.

-Stefan está demasiado ocupado desde que es médico jefe - señaló Lisa-Marie.

-Sí, claro, es un cirujano fantástico, salva vidas, es el hombre de los casos perdidos...

-Un verdadero dios con bata blanca -añadió Lou con ironía.

Anne asintió.

-Por eso me cuesta tanto leerle la cartilla. ¿Qué puedo decirle?, ¿algo así como «o los trasplantes de corazón o yo»?

-No siempre está en el quirófano, también tiene días libres.

-Pero entonces necesita descanso, no una mujer que lo incordie.

-Eso, encima defiéndelo -dijo Lou-. No te entiendo.

-Ya ves, estoy hecha un lío.

-¿Quieres que hable con él?

-Ni se te ocurra -murmuró Anne. Stefan y Lou nunca se habían llevado demasiado bien-. Ya hablaré yo con él.

-¿Cuándo?

-Ya veremos. Cuando se presente la ocasión. -Anne fulminó a su hermana con la mirada. Empezaba a lamentar haber sacado el tema. Prefería resolverlo ella sola, a su ritmo-. Me las arreglaré -les aseguró.

-Sí, claro -asintió Lou-. Tú siempre lo arreglas todo sola.

-¿Te molesta?

-No, me molesta la cara que tenías cuando hemos entrado en la cocina.

-Me han sorprendido las novedades, eso es todo -se defendió Anne, y sonrió con forzado optimismo-. Pero ahora ya estoy mucho mejor.

-¿De verdad? -Lisa-Marie miró a su prima con escepticismo. Anne parecía cualquier cosa menos relajada.

-Por supuesto.

-Lo que tú digas. -Lou frunció el ceño, descontenta. Era evidente que el

pequeño momento de debilidad de Anne había pasado. No tenía sentido intentar sacarla ahora de su mutismo: no contestaría a las preguntas y haría caso omiso de los consejos que, con buena intención, pudieran darle. Pero si actuaba con habilidad, podría volver a plantear la cuestión en los próximos días.

-Cambiemos de tema. -Anne desenroscó la tapa del termo-. ¿Quién hace más café?

-Yo. -Lisa-Marie se levantó.

-¿Te has bebido una cafetera entera tú sola? -preguntó Lou, sorprendida-. No me extraña que estés tan nerviosa.

-Mia y Jo también se han tomado una taza.

-¿Están fuera? -Lisa-Marie miró con curiosidad por la ventana-. Os habéis levantado muy temprano todos.

-No, están en casa, supongo.

-¿Los dos? -preguntó.

Anne se encogió de hombros sin decir nada. No era cosa suya hacer pública la relación. Ya lo haría su hija más tarde. Seguramente vendría pronto a desayunar, porque Jo debía de estar ya en el establo.

Media hora más tarde, Mia apareció en la cocina recién duchada.

-¡Buenos días! -Se sentó al lado de Lou y, hambrienta, se llevó a la boca un trozo de bizcocho de chocolate casero.

-¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? -preguntó Anne.

Mia asintió.

-¿Qué tal anoche? -preguntó Lisa-Marie.

-Bien.

-¿Trajiste a Jo a casa?

-Eh... Sí, en cierto modo.

-Entonces habéis hecho las paces, ¿no?

-Es una manera de decirlo -murmuró Anne, reprimiendo la risa.

Lou miró pensativa a su sobrina.

-¿Te noto cambiada?

-Imposible.

-¡Ya lo tengo! Te brillan los ojos. Y aquí... -señaló un punto en el cuello-, aquí tienes... ¿un chupetón?

Mia se subió el cuello de la rebeca al instante.

-¡No seas tan cotilla!

-O sea que es un chupetón -dijo Lou con guasa-. A ver si lo adivino... ¿Jo?

Mia se puso más roja que un tomate.

-¡Mia se ha enrollado con Jo!

-¡Qué pena! Lo reservábamos para nosotras.

-¡Sois de lo que no hay! -Mia se levantó bruscamente-. Con vosotras no se puede hablar en serio.

-Pues vete con Jo -propuso Lisa-Marie-. Seguro que él sabe hablar bien...

-... y besa todavía mejor -concluyó la frase Lou.

-Por cierto, se te sigue viendo el chupetón -señaló Anne.

Cuando las tres se echaron a reír, Mia se sirvió otro trozo de bizcocho sin decir palabra y se dirigió a la puerta.

-¿Qué haces?

-Me voy a desayunar a la sala de estar, aunque esté el gato; al menos él no hace chistes malos.

-¿Puedo abrir los ojos ya? -preguntó Jo cuando, a última hora de la tarde, Mia le hizo subir las escaleras de la casita de retiro.

-Enseguida. -Abrió la puerta de la entrada y lo llevó por el pasillo hasta una salita-. ¡Ya puedes!

Jo abrió los ojos y miró con interés. Hasta entonces no le había prestado demasiada atención a la vieja casita. Una tontería, por lo que pudo comprobar, ya que parecía muy cómoda y acogedora.

Lo primero que le llamó la atención fue el fuego que crepitaba en la pequeña chimenea, instalada en un rincón. En una de las paredes había una estantería llena de libros que llegaba hasta el techo. Delante de la estantería, en el suelo, había libros de fotografía abiertos, y los alféizares de las dos ventanas también hacían las veces de anaqueles. Al pie de las ventanas había un sofá viejo con cojines estampados. En la mesita de al lado, una lámpara de lectura emitía una luz cálida.

Mia acercó a la lámpara un sillón tapizado que estaba en el centro de la sala.

-¿Qué te parece? -preguntó.

-Muy bonito.

-Es la única habitación amueblada de la casa.

-Pues es una lástima. La casa tiene muchas posibilidades.

-Sí, pero no hay calefacción ni agua caliente. El tío Horst tenía sitio de sobra en la casa principal y por eso no reformó esta. No venía mucho, solo cuando necesitaba un «cambio de perspectiva», como decía él.

Jo miró por la ventana.

-Es verdad, la granja se ve muy diferente desde aquí.

-Nos solía traer para leernos libros. Me acuerdo muy bien. Los niños nos sentábamos en el sofá y él se ponía cómodo en la butaca, encendía su pipa y nos leía fragmentos de un montón de historias.

-¿Infantiles?

-No solo infantiles. Decía que no pasaba nada por exigir a los niños lecturas más complicadas. A los catorce años, yo me había leído ya el *Fausto* de Goethe.

Jo lanzó un silbido de admiración.

-¡Vaya!

-Era un hombre fantástico. -Mia sonrió con tristeza-. Para mí era más un abuelo que un tío.

Jo le dio la mano.

-Lo querías mucho, ¿verdad?
-Sí, mucho.
-¿Y por qué me has traído aquí?
-Quería enseñarte esta sala. Y también quería estar a solas contigo.
-Para eso también podríamos haber ido a mi cuarto.
-¿Con mi familia espiando al otro lado de la puerta? -Mia hizo un gesto de contrariedad con la cabeza-. Esta mañana, las tres me han puesto de los nervios con sus comentarios tontos.
-Pobrecita. -Jo le rodeó los hombros-. Pero tienes razón, esto es perfecto. Bonito y solitario -murmuró, y le dio un beso.
-¡Espera! -Mia se libró del abrazo-. Antes quiero leerte una cosa. -Se sentó en el sillón y señaló el sofá-. Ponte cómodo.
-¿Sin ti?
-De momento, sí. ¿Preparado? -Mia alcanzó de la estantería un librito encuadernado en cuero verde.
-¿Eichendorff? -preguntó Jo, sorprendido.
-Eran los poemas preferidos de mi tío. Este, por ejemplo...
Mia empezó a leer con voz clara y suave.

¡Mi alma jubilosa

canta dentro de mí!

No puedo ocultar

que soy muy feliz.

La gente murmura

y se vuelve a mirar.

Inmerso en mi dicha,

no sé qué dirán.

Jo la contempló con ternura. Mia estaba absorta en el mundo de sensaciones que transmitía el poeta y leía los versos casi con devoción. Tenía las mejillas sonrosadas, probablemente por el calor del fuego y quizá también porque él estaba cerca. Se le había soltado el pasador y el pelo le caía sobre la cara. Con un gesto de impaciencia, muy típico de ella, se lo apartaba detrás de la oreja y

seguía leyendo, imperturbable.

-Es una maravilla -dijo, cuando Mia acabó de leer el poema y levantó la vista.

-¿Quieres que te lea otro?

-Sí, claro. -Se levantó, se acercó al sillón y se inclinó hacia ella. Le apartó suavemente el pelo y le dio un beso en la mejilla-. Pero en el sofá, conmigo.

-De acuerdo.

Mia le echó los brazos al cuello, y Jo la levantó y la llevó al sofá, donde los dos se hundieron en los blandos cojines.

-Creía que ibas a seguir leyendo -le recordó Mia, jadeando ligeramente.

-Después. Tenemos mucho tiempo.

Mia se arrimó a Jo, contenta y relajada. Cuando fue a mover un cojín para ponerse más cómoda, tocó un objeto duro. Lo palpó, primero con indiferencia, pero después con curiosidad.

Parecía... ¡una caja de cartón!

Jo, que no se había percatado del hallazgo de Mia, empezó a desabrocharle la blusa. Después de cada botón, la besaba suavemente en el cuello, y ella se distrajo un momento; suspiró feliz, cerró los ojos y se abandonó a los besos.

Sin embargo, al final pudo más la curiosidad.

-¡Perdona! -Apartó un poco a Jo y se incorporó.

-¿Qué te pasa?

-Aquí hay algo. -Mia echó la mano hacia atrás y de debajo del cojín sacó una caja de zapatos. Levantó la tapa y vio varias cartas-. ¡No me lo puedo creer!

-¿Qué es?

-Creo que son cartas de amor. -Examinó a toda prisa el interior de la caja y levantó la vista, triunfal-. ¡Sí, son más cartas!

-No lo entiendo. ¿Más cartas? ¿Hay otras?

-No puedo explicártelo. Antes tengo que hablarlo con mi madre y mis tías.

Jo asintió.

-¿Es parte del secreto familiar del que habló Lou el otro día?

-Sí.

-Otra vieja caja de zapatos -constató sonriendo-. Tú familia tendría que pensar en otro escondite para las cosas de valor.

Mia se echó a reír.

-Preferiría quedarme contigo, pero tengo que enseñárselo enseguida. ¿Podemos vernos más tarde?

-¡Qué remedio! -Jo la estrechó en sus brazos.

-Yo tampoco tengo ganas de dejarte solo -susurró Mia después de otro beso-. Pero esto es muy importante para mi familia.

-De acuerdo -dijo, y la soltó a regañadientes-. ¿Puedo quedarme a leer un rato?

-Pues claro, todo el tiempo que quieras. -Se levantó y lo miró con cara de pena-. Lástima, empezaba a gustarme.

-Y a mí más todavía. -Jo sonrió burlón y le tiró un beso con la mano.

14

-¡Las he encontrado! -gritó Mia dos minutos después, entrando precipitadamente en la sala de estar de la casa principal con la caja en las manos. La puerta se cerró de un portazo detrás de ella.

Su entrada repentina produjo una pequeña conmoción. Lou, Anne y Lisa-Marie, que estaban viendo la tele en el sofá, se sobresaltaron, y el gato se escondió debajo de la mesa, asustado. Lou bajó el volumen del televisor y le lanzó una mirada asesina a su sobrina.

-La próxima vez llama antes de entrar.

-¿Y esa pinta? -Anne meneó la cabeza, contrariada.

Mia se abrochó rápidamente la blusa y se pasó la mano varias veces por el pelo.

Lisa-Marie fue la única que la recibió con cordialidad.

-¿Qué has encontrado? -preguntó con interés.

-Más cartas -dijo Mia, señalando la caja de zapatos.

-¿De verdad?

-¡Creo que sí!

Las tres mujeres se levantaron de un salto e intentaron arrebatarle la caja. Pero Mia retrocedió y las miró con una sonrisa burlona.

-No tan deprisa. Primero quiero un recibimiento más amable. O que me digáis: «Gracias, Mia, por haber encontrado lo que nosotras hemos estado buscando en vano».

-Olvídate del recibimiento amable -dijo Anne.

-Pero te damos las gracias -añadió Lou-. ¡Y ahora enséñanos las cartas!

-¿Dónde las has encontrado? -preguntó Anne.

-En la casa de retiro, en el cuarto de lectura.

-¿Cómo has dado con ellas?

-Por casualidad. -Mia miró al suelo, un poco avergonzada-. Estaba con Jo y... estábamos en el sofá y... y la caja ha aparecido de repente entre dos cojines.

-¡No me digas! -Lou se rio, mientras Anne hacía un gesto de contrariedad.

-¡Sentaos de una vez! -Emocionada, Lisa-Marie tiró de ellas para que volvieran al sofá.

Mia colocó la caja con delicadeza sobre la mesa, entre una botella de vino, una lata de coca-cola, varios vasos, una cajita de bombones y un paquete de cacahuetes.

Lisa-Marie sacó las cartas de la caja.

-La primera está cerrada -dijo, sorprendida.

-¡Es para nosotras! -exclamó Lou, emocionada-. Mirad: «Katharina, Helene, Anne, Lou y Lisa-Marie».

-¡Vamos, ábrela!

-Es la letra del tío Horst. -Lisa-Marie abrió el sobre y echó una ojeada al contenido, escrito con letra de imprenta meticulosa y un poco puntiaguda-. Tal vez sea una carta de despedida.

-O el testamento.

Sábado, 3 de junio de 2000

Queridas:

Cuando leáis estas líneas habré muerto. ¡Qué palabras tan dramáticas! En la literatura y en la televisión, a menudo aparecen al principio de una desgarradora carta de despedida.

Jamás pensé que escribiría algo así. Y creo que todavía viviré un tiempo, pero la muerte del marido de Helene la semana pasada me ha hecho comprender que ya no soy joven y que puedo morir en cualquier momento.

¡Y aún no os he dicho lo que tenía que haberos dicho hace mucho tiempo!

Tampoco ahora tengo el valor de contároslo en persona. He preferido buscar unas cuantas fotografías antiguas que han sobrevivido a las últimas décadas. Después de mi muerte, os relevarán poco a poco lo que ocurrió hace casi sesenta años.

Esa es la primera mentira por la que tengo que pediros perdón (¡y este es el lance más fácil!). Creíais que no había papeles ni cartas ni fotografías de esa época. Os dije que todo se había perdido al huir de Masuria. No es cierto. Todo eso existe, pero me falta coraje para enseñároslo. Prefiero hacerlo de esta forma...

Leedlo vosotras mismas. Y no lo olvidéis: ¡fue todo por amor! Prometedme que no juzgaréis hasta haber leído todas las cartas.

Vuestro, Horst

-Escribió la carta poco después de que papá muriera -dijo Anne, pensativa-. Recuerdo que le afectó mucho.

Lisa-Marie asintió.

-Sí, yo también me acuerdo.

-Y parece que realmente había un misterio.

-Ya os lo dije -replicó Lou, satisfecha.

Anne tomó en brazos al gato, que se había acurrucado a sus pies, y se lo

puso en el regazo.

-¿Qué puede ser tan grave para que no quisiera hablar de ello?

-Ni idea.

-La siguiente carta parece mucho más antigua. -Mia la desdobló y miró la fecha-. Es de septiembre de 1944. Poco antes del final de la guerra.

Lunes, 11 de septiembre de 1944

Querido Johann:

Perdona que no te haya escrito últimamente. Sé lo importantes que son mis cartas para ti. ¡Pero esta terrible gripe ha podido conmigo!

Por suerte me encuentro mejor, no te preocupes por mí.

Y tú, ¿cómo estás? ¿Te gusta el trabajo en el hospital militar de Königsberg? Gracias a Dios que hiciste el curso de enfermería y te han destinado al cuerpo sanitario. ¡En el hospital, al menos estás a salvo!

Por desgracia, no puedo darte buenas noticias de Peterstal. Mi abuela Helene murió de gripe la semana pasada. Han reclutado a mi padre y a mi hermano, y ahora mi madre, mi abuelo y yo estamos solos.

¿Llegará esta terrible guerra también a Masuria? ¿Por qué esta región no puede seguir tranquila y en paz? ¿Por qué tuvo que separarnos la guerra después del verano que pasamos juntos?

Te echo muchísimo de menos, a ti y a tu fe inquebrantable en que todo acabará bien. Te mando todo mi amor y te lo ruego encarecidamente: ¡cuídate mucho!

Con todo mi amor, Marie

-Ya no parece un idilio bucólico. -Anne miró la carta con consternación-. Se acabó el verano de las mariquitas.

-¡Pobre Marie! ¡Pobre Johann!

-La carta siguiente es de Johann.

Lunes, 16 de octubre de 1944

Queridísima Marie:

¡Tenemos que considerarnos afortunados de que el destino nos haya reunido en Königsberg! Ayer, cuando te vi sana y salva en el hospital, no cabía en mí de dicha. La preocupación apenas me había permitido dormir desde que me enteré de que el Ejército Rojo había atacado los pueblos de Masuria.

Tu amor te ha conducido a mí, y yo te ayudaré a olvidar el sufrimiento. Tu pena debe de ser infinita. Lloras por tu familia y por tu tierra. Te lo ruego, deja que yo sea tu nueva familia. Deja que te demuestre que soy un hombre maduro. ¡Cásate conmigo!

No me preocupa lo que piense la gente. Tampoco me preocupa lo que nos deparará el futuro. Lo único que importa es que nos amamos.

Con amor, Johann

Lisa-Marie frunció el ceño.

-No entiendo eso que dice del «hombre maduro».

-Yo tampoco -dijo Anne.

-Pero tiene muy buenas maneras para dar consuelo -elogió Mia.

-En las primeras cartas ya nos dimos cuenta de que escribía con mucho romanticismo -señaló Lou-. Incluso citaba a Eichendorff.

Mia suspiró y miró con nostalgia por la ventana, hacia la casita de retiro. Todavía se veía luz en la sala de lectura.

-¿Quieres volver? -preguntó Anne, que se había dado cuenta de adónde miraba.

-No. Esto es muy emocionante.

Miércoles, 18 de octubre de 1944

Mi querido Johann:

Tienes razón: lo he perdido todo. Casi todo. ¡Porque te tengo a ti y tu amor! Aunque solo pueda verte unas horas en un hotel sencillo, esos momentos son los más maravillosos que he pasado desde hace mucho. Estar contigo es lo único que me mantiene con vida. La realidad fuera de la habitación del hotel es despiadada. Cuesta creer todo el sufrimiento que vi en el viaje a Königsberg. Antes podía pasar por alto la realidad atroz, pero ahora no. Tuve que dejar a mi familia en Peterstal y he visto morir a gente, muchos eran niños y ancianos. ¿No es curioso que, ahora que hay tantas cosas que sería mejor no ver, lleve siempre las gafas puestas?

A pesar de todo, estoy dispuesta a creer en la vida porque te tengo a ti y tu amor.

Además, estar con las hermanas ursulinas me ayuda a volver un poco a la normalidad. Sor Katharina es muy buena conmigo. Enseñar a los niños refugiados es un primer paso en la buena dirección. Estoy segura de que vendrán otros, contigo a mi lado.

Tuya,

Marie

-¡Las hermanas ursulinas! -exclamó Lou-. ¡Por fin salen a relucir! ¡Cuánto han tardado! Empezaba a creer en la amistad inocente de la que Bonnie siempre nos habla.

-Sor Bonaventura no puede saber nada de esa época. Es muy joven para haberla vivido -replicó Anne con escepticismo.

-A lo mejor se lo contó la tal sor Katharina.

-No creo. Probablemente ni la conoció. Hace poco que está en Pfronten.

-De todos modos, tendríamos que preguntárselo.

-¡Dejad de discutir y sigamos! -Lisa-Marie señaló el siguiente sobre-. Esta carta vuelve a ser de Marie.

Viernes, 24 de noviembre de 1944

Querido Johann:

No te asustes por recibir esta carta de un modo tan extraño. Quien te la entrega, sor Katharina, es de absoluta confianza.

Sé que nos veremos dentro de dos días. Pero mi ruego no admite espera y enseguida sabrás por qué.

Espero un hijo.

Al pensar en ello, me embargan sentimientos encontrados: temor por la responsabilidad, preocupación por la guerra, miedo a tu reacción. No es el momento ni el lugar para traer a un hijo al mundo. Y si he de ser sincera, nosotros tampoco somos los padres perfectos. Pero también siento orgullo y alegría. Llevo en mis entrañas una parte de ti que nadie puede quitarme. Transmitiré una parte de los dos a un nuevo ser. ¡Seguiremos viviendo en él!

Queridísimo Johann, hasta que nos veamos, tienes tiempo de hacerte a la idea de la nueva situación. Yo he tomado ya una decisión sobre mí y el niño: teniendo en cuenta mi estado, haré todo lo posible por irme pronto de aquí. Me gustaría que vinieras tú también. Ya encontraremos la manera de sacarte de aquí.

No obstante, no quiero que te sientas obligado. Respetaré tu decisión, sea cual sea.

Con amor, Marie

-¡Va a tener un hijo! -A Lou se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Pues menuda sorpresa -replicó Mia, mirándola con asombro. No estaba acostumbrada a ver a Lou tan emotiva-. Algún día tenían que nacer la abuela y la tía Katharina.

-¡Pero lo describe de una manera tan conmovedora! -Lou suspiró-. ¡Qué bien la entiendo!

-Siempre da miedo tener un hijo -dijo Anne-. Pero no quiero ni pensar en cómo sería durante la guerra.

-¿Podemos dejar eso para más tarde? -Mia empezaba a impacientarse-. Si hablamos menos y leemos más, pronto sabremos más cosas.

Viernes, 24 de noviembre de 1944

Queridísima Marie:

¿Qué tengo que pensar? Soy el padre de ese niño y quizá ahora aceptes por fin que nos casemos. ¿Me permites que te pida la mano por enésima vez?

Era cuestión de tiempo que nuestro amor culminara en una nueva vida, y soy incapaz de describirte cuánto me alegro. ¡Pregúntaselo a sor Katharina! Cuando he leído tu carta, la he abrazado, he bailado con ella y le he dado un beso en la mejilla. Me extraña que después no se haya negado a esperar mi respuesta para llevártela.

¡Ardo en deseos de verte! Tuyo para siempre,

Johann

-¡Cuánta dulzura! -murmuró Lou.
-¡Shhh!
-Vale, me callo...

Sábado, 25 de noviembre de 1944
Querido:
La respuesta es: ¡sí, sí y otra vez sí! Me casaré contigo, ¡aunque sea una locura! Sor Katharina se ocupará de preparar la ceremonia de la boda. Es un tesoro: no hace preguntas, solo actúa. Y es también gracias a ella que no he perdido la fe en un futuro tranquilo para nosotros dos.
Reúne enseguida todos tus papeles para que podamos encargar las amonestaciones.
Con amor,
tu futura esposa

-¿Puedo hacer una pregunta? -dijo tímidamente Lisa-Marie.
-Si no hay más remedio... -gruñó Mia.
-¿Dónde está Horst? No hay ni una sola palabra sobre él.
-Sí, es extrañó -la secundó Lou-. No creo que Marie pudiera ocultarlo después de huir del pueblo.
-Seguro que Johann ya lo sabe -conjeturó Anne.
-Pero me extraña que no hable de él en sus planes.
-Las dos cartas siguientes son muy largas. A lo mejor contienen la solución al enigma.

Viernes, 12 de enero de 1945
Queridísimo Johann:
Han surgido complicaciones porque los acontecimientos se han precipitado. Esta mañana ha llegado al convento la orden de iniciar los preparativos para la evacuación. Tenemos que preparar a los huérfanos y a los heridos para el viaje. Mañana a primera hora nos trasladarán en tren a la costa del Báltico y nos embarcarán en Pillau.
¡El asunto no admite dilación!
Si queremos seguir juntos, tienes que hacer lo siguiente sin pérdida de tiempo: dile al médico de turno que estás enfermo, recoge rápidamente lo indispensable y ven al convento al anochecer. Sor Katharina te ha buscado una plaza de acompañante.
El problema es que a los hombres no se les permite ir de acompañantes en el viaje y por eso tendremos que recurrir a una argucia. Por favor, ¡no te enfades conmigo cuando la leas!
Fingiremos que eres hijo mío y menor de edad, cosa que podría ser cierta: nos llevamos diecisiete años. Así pues, para que la mentira funcione es necesario decir que tienes dos años menos. A partir de ahora, tu año de nacimiento será 1927 y no 1925.

Destruiremos tu documentación y diremos que la has perdido en la evacuación. Antes de zarpar, recibirás la documentación que sor Katharina ha arreglado para ti. No me preguntes cómo lo ha conseguido. ¡Esa mujer es un ángel!

Créeme, la tapadera es perfecta.

Me repugna tanto como a ti fingir que eres mi hijo. Pero los malos tiempos exigen a veces ideas imaginativas si se quiere sobrevivir. Y nosotros tenemos que seguir viviendo, aunque solo sea por amor al hijo que esperamos. ¡Compréndelo, por favor! Sor Katharina esperará tu respuesta.

La aguardo, temerosa. Tuya,

Marie

-Es... -Lou no tenía palabras-. Es increíble.

-No lo entiendo -murmuró Lisa-Marie-. Horst no era su hijo, era su marido...

-... ¡y diecisiete años menor que ella! -añadió Anne con incredulidad-. Marie tenía treinta y seis años y Horst diecinueve.

-Casi se enamora de un adolescente.

-¡Caramba!

-Horst era nuestro abuelo. ¡Es increíble!

-Nuestro abuelo -murmuró Lisa-Marie-. Y nunca nos lo dijo - De repente, la voz sonó furiosa-: ¿Por qué?

-¡Eh! -Mia miraba impaciente a su madre y a sus tías-. ¿No podéis contener la emoción hasta terminar de leer todas las cartas? A lo mejor se aclara algún detalle.

Las tres asintieron.

Viernes, 12 de enero de 1945 Querida Marie:

No te preocupes: participaré en el juego del escondite. No puedo hacer otra cosa, puesto que quiero estar contigo y con nuestro hijo.

No obstante, no me hace ninguna gracia tener que llamarte madre. Si eso es inevitable, me gustaría que al menos tú no me contestaras llamándome Johann. «Johann» y «madre» no son una pareja: ¡solo Johann y Marie van de la mano!

Tendrás que llamarme por mi segundo nombre de pila. Es Horst.

A partir de hoy, seremos «Horst» y «madre». Sor Katharina ya lo sabe y ha dado su bendición. Tenías razón: ¡es un ángel! Le pondremos su nombre a nuestra primera hija.

¡Hasta pronto! Y por última vez en mucho tiempo: tuyo, Johann

A partir de ahora: tuyo,

Horst

Todas levantaron la vista al unísono.

-«Tuyo, Horst» -repitió Lisa-Marie con acritud-. Nuestro abuelo.

-Sí. -Anne se encogió de hombros, sin saber qué decir.

-Nuestro abuelo... Mi abuelo. -Lisa-Marie se levantó bruscamente-. ¡Tenía abuelo!

-Pues claro, todo el mundo tiene abuelos.

-Pero yo no conocí a los míos. Murieron antes de que naciera. Al menos, eso creía...

-¿Y cambia algo saberlo ahora?

-Estoy furiosa. Johann no me dio la oportunidad de tener abuelo.

-Pero fue como un abuelo para nosotras -replicó Lou-. ¿Dónde está la diferencia?

-No lo entiendes. -Lisa-Marie ponía cara de enfadada-. Anne y tú teníais un abuelo fantástico que siempre estaba con vosotras. ¿Y qué tenía yo? Un abuelo teóricamente desaparecido en Rusia, y el otro, en una tumba bien cuidada en el cementerio de Dortmund. Y ahora resulta que no estaba tan muerto como creíamos...

-Pero eso...

-¡Ni pero ni nada! No sabéis cuánto os envidiaba por tener un abuelo.

-Eres muy injusta -replicó Lou-. Horst siempre nos trató con mucho cariño.

-¿Yo soy injusta? ¡Diría que el injusto fue Horst! Injusto y mentiroso.

-¡Lisa-Marie!

-Creo que nos conviene beber algo para que se nos pase el susto -dijo Anne, intentando poner paz-. A ser posible, con muchos grados de alcohol.

Lisa-Marie respiró hondo.

-Me parece bien -dijo, un poco más calmada-. Nuestras madres dijeron que había licor de hierbas en el armario. -Nada más decirlo, se llevó la mano a la boca con espanto-. ¡Oh, Dios, estaba tan enfadada que se me han olvidado nuestras madres! ¡Les va a dar algo!

Anne suspiró.

-¿Cómo se lo vamos a decir?

-Muy fácil: les enseñáis las cartas -dijo Mia, mirándolas con asombro-. ¿Qué tiene de malo esta historia?

-Su hermano era en realidad su padre -le contestó Anne-. ¿Cómo reaccionarías tú?

Mia se encogió de hombros.

-No me gustaría nada tener a Jan o a Tom por padre, pero, aparte de eso, en cierto modo todo queda en familia, ¿no? Seguro que actualmente hay relaciones más extrañas.

-¡Menudo consuelo!

-¡Se llevaban diecisiete años!

-¿Y qué? ¿Desde cuándo sois tan carcas? -se asombró Mia-. Se querían, y eso es lo único que cuenta.

-Pero ¿por qué no nos lo dijo nunca? -A Lisa-Marie seguía sin entrarle en la cabeza.

-No lo sé -contestó Mia, y abrió la última carta que quedaba en la mesa-.

Esta carta es muy gruesa -constató, y se sorprendió al ver el contenido.

Además de una hoja de papel con letra muy apretada, también había tres fotos antiguas. Eran las típicas imágenes en blanco y negro de la época de la Segunda Guerra Mundial. La primera fotografía era el retrato de una mujer rubia que sonreía a la cámara con timidez.

-Tiene que ser Marie -dijo Lisa-Marie, que contempló con veneración la foto de su abuela-. Era muy guapa.

-Te pareces mucho a ella -le dijo Anne a Mia-. ¡No me extraña que Horst te mimara tanto!

-Se llamaba Johann -la corrigió Lou.

-Para mí será siempre el tío Horst.

-Mirad, parece la foto de la boda.

Emocionada, Lisa-Marie señalaba la siguiente fotografía, en la que aparecían Johann y Marie de la mano y con cara solemne. Marie, que parecía una mujer muy frágil, iba elegantísima, con un vestido claro de corte sencillo, y llevaba también un chal de seda y una corona de flores en el pelo. Johann vestía de uniforme.

-¡Es el chal de seda que encontramos en la primera caja de zapatos! -exclamó Anne-. Ya sabía yo que era un recuerdo.

-Johann parece muy maduro para su edad -constató Lou-. Nadie diría que es un adolescente.

-Hay otra foto de la boda -dijo Mia.

En esa otra fotografía, entre Johann y Marie había una monja de cara arrugada que sonreía afablemente.

-Seguro que es sor Katharina -intervino Lisa-Marie.

-Da la impresión de que ya era muy vieja en esa época.

-Me la imaginaba más joven.

-¿Os leo la última carta? -preguntó Mia-. Es de Horst. O de Johann. O como quiera que se llame.

Queridas mías:

Ahora ya sabéis lo que teníais que haber sabido hace tiempo.

Mi verdadero nombre es Johann y no soy el hermano de Katharina y Helene, sino su padre. Tuve la dicha de ser el marido de Marie cinco meses. ¡Muy poco tiempo para una mujer tan maravillosa!

Cuando nos conocimos en Masuria, ella tenía treinta y seis años y yo diecinueve. Al principio, se defendió con todas sus fuerzas contra sus sentimientos porque yo era mucho más joven que ella. Pero a veces en la vida hay que enfrentarse a los hechos y sacarles el mejor partido. Marie y yo lo intentamos...

Seguramente, ahora os preguntaréis por qué no os he contado nunca quién soy realmente. He pensado mucho en cómo explicaros el porqué de mi silencio. La respuesta que me parece más acertada es la siguiente: nunca llegó el momento oportuno para una confesión. Después de huir de Masuria, nos

alojamos con las hermanas ursulinas en Dortmund. El embarazo de Marie no fue fácil y a mí me tranquilizaba que allí le ofrecieran los cuidados que necesitaba. Al acabar la guerra, encontré enseguida trabajo en una acería, y sor Katharina y las demás hermanas cuidaban de mi Marie mientras yo iba trabajar. En ese momento era impensable que hiciera el esfuerzo de desplazarse para poder arreglar los papeles, así que tuvimos que seguir guardando las apariencias.

Después llegó el día más hermoso y a la vez más terrible de mi vida: el nacimiento de Helene y Katharina. ¡No puedo describir la sensación maravillosa que se tiene al oír gritar por primera vez a un hijo!

Mi querida Marie, mi vida, mi sol, mi todo... luchó muchísimo, pero al final perdió. Murió poco después de que pusiera en sus brazos a las niñas. Había perdido mucha sangre.

La pena me enloqueció.

Si recuperé la normalidad fue únicamente gracias a sor Katharina. Fue ella la que cuidó a mis niñas al principio y la que me propuso seguir la vía más fácil, pedir la tutela fraternal en vez de hacer oficial mi paternidad. Eso habría alargado innecesariamente el proceso.

La solicitud de tutela se resolvió sin problemas. Aunque era falsa, tenía la documentación necesaria. Gracias al apoyo y la intercesión de las monjas, las autoridades se convencieron enseguida de que sería un buen tutor para mis «hermanas» pequeñas. Y así empezó mi vida de hermano que criaba solo a dos niñas.

Al principio guardé silencio porque sor Katharina aún vivía y no quería implicarla. Murió en 1975, a la avanzada edad de noventa y seis años, y por aquel entonces mis dos hijas ya habían cumplido los treinta, estaban casadas, eran madres y tenían sus propias preocupaciones. ¿Qué derecho tenía yo a remover el pasado y dejarlas perplejas con semejante confesión?

Las cosas estaban bien como estaban. Siempre he tenido una relación magnífica con mis hijas. Una relación de cariño y amistad, más que paternal. Me hace muy feliz que mis hijas, nietas y biznietos vengan a verme y pasemos unos días maravillosos en familia, y espero que todavía podamos pasar muchos más.

Como ya he dicho, la vida te enfrenta en ocasiones a hechos consumados. Pero depende de nosotros sacarles partido. Creo y espero haber actuado de la mejor manera, teniendo en cuenta la situación.

Os quiero y estoy muy orgulloso de vosotras. Eso es lo único que cuenta, no lo olvidéis.

Johann

PD: Si encontráis primero esta caja en la casita de retiro, mirad en el armario de mi habitación. Ahí hay otra caja con cartas que también podéis leer. Narran los comienzos de nuestro amor.

Quería guardarlas todas juntas, pero a veces me embarga la nostalgia por mi

Marie, y por eso la caja con las fotografías está en la casita de retiro, donde me gusta deleitarme con mis recuerdos.

Cuando Mia acabó de leer la carta, Anne, Lou y Lisa-Marie tenían los ojos llenos de lágrimas.

-¡Unas palabras preciosas y conmovedoras! -dijo Lisa-Marie sollozando, y se sonó ruidosamente-. ¡Y qué historia tan triste!

-Nuestros abuelos pasaron muchas calamidades -dijo Anne-. Primero, una relación amorosa poco corriente; después, la guerra y la huida, y, para acabar, un final repentino por la muerte prematura de Marie.

-Al tío Horst no le gustaba hablar de la guerra ni de la huida -añadió Lou en voz baja. Carraspeó y luego habló con voz un poco más firme-. En cambio, le encantaba hablar de Marie. ¡No me extraña!

Lisa-Marie asintió con melancolía.

-Él era así, prefería hablar de los recuerdos bonitos que de los horrores que había vivido.

-¿Significa eso que lo perdonas por habernos mentido?

-Creo que sí.

-Me gustaría poder hablar con él -dijo Lou, y se secó disimuladamente las lágrimas de los ojos-. Tengo un nudo enorme en la garganta...

-Voy a buscar el aguardiente. -Lisa-Marie abrió el armario y volvió a la mesa con una botella y cuatro copas. Las llenó de licor de hierbas y levantó la suya-. Brindemos por la historia más increíble que he oído en mi vida. ¡Por nuestro abuelo, Johann Zabel!

-¡Por Johann! -Las otras tres mujeres siguieron su ejemplo y también brindaron.

-Esto no hay quién se lo beba, ¡es repugnante! -Mia hizo una mueca de asco nada más probarlo y Lou se limitó a mojarse los labios.

-A mí me gusta. -Lisa-Marie sirvió otra ronda para Anne y para ella-. ¡Salud!

Mientras levantaban las copas y las vaciaban de un trago, Lou volvió a mirar las fotografías de la boda.

-Parecen muy felices.

-Creo que en ese momento lo eran -dijo Lisa-Marie-. A pesar de la guerra y de la huida.

-Siempre me extrañó que el tío Horst no se hubiera casado. Ahora ya sé el motivo: solo quiso a una mujer, incluso más allá de la muerte.

-No entiendo cómo pudo esconder la verdad toda su vida. Yo no podría -dijo Anne.

-Yo tampoco -coincidió Lisa-Marie.

Lou sonrió burlona.

-Eso es por el cerebro femenino. Las mujeres no pueden guardar un secreto eternamente, siempre acaban contándolo. Los hombres en eso son diferentes.

-Pues, al parecer, sor Katharina pudo -señaló Lisa-Marie-. Y era una mujer.

-Una monja -la corrigió Lou-. Podía hablar a todas horas con Dios.

-Y fijo que él no se lo contó a nadie. -Mia sonrió con ironía.

-Pero ¿qué hacemos ahora con el secreto de Horst? -Anne frunció el ceño-. ¿Lo contamos o nos lo callamos?

-Nos lo callamos -contestó Lou, sin dudarlo un instante-. No creo que Horst quisiera que se enterara todo el mundo. De lo contrario, no habría escondido tan bien las cartas.

-Seguramente tienes razón -coincidió Lisa-Marie-. Además, no le importa a nadie, aparte de nosotras.

-¿Y qué pasa con papá, mis hermanos y Christoph? -señaló Mia.

-Son de la familia y pueden saberlo -decidió Lou.

-¿Y Jo?

-Lo siento, pero no. -Anne le dirigió una sonrisa de disculpa a su hija.

-Está bien -murmuró Mia-. Aunque odio tener secretos con él.

-Supongo que tenéis temas de conversación de sobra, ¿no? Si es que os queda tiempo para hablar -dijo Lou, sonriendo burlona.

Mia se puso roja y asintió avergonzada.

-Pero antes tenemos que contárselo a nuestras madres. Tienen derecho a ser las primeras en saberlo. -Lisa-Marie suspiró-. No va a ser fácil.

-Se van a caer de culo- aventuró Mia.

-Por decirlo de una forma suave -replicó Anne-. Es muy probable que tengamos que mandarlas de vuelta al balneario.

-¿Y si les escribimos un correo electrónico? -propuso Lisa-Marie -. A veces, esas cosas se formulan mejor por escrito.

-¡Buena idea! -proclamó Lou en broma-. Se lo decimos con pocas palabras: «No os pongáis nerviosas, pero tenemos que contaros un secreto: Horst no era vuestro hermano, era vuestro padre».

-Parece sencillo, ¿no? -Lisa-Marie no captó la ironía de Lou-. Quizá también pueda añadir que tengo que cerrar la librería de Dortmund.

-¡Excelente! Así les daremos todas las malas noticias de golpe. -Lou se echó a reír y Lisa-Marie también sonrió al darse cuenta de lo que acababa de proponer.

-Perdón, era una idea tonta -admitió.

-¿Por qué? -replicó Lou-. Ojalá pudiéramos enviarles una lista con las novedades más importantes. Primera: Horst es vuestro padre. Segunda: Lisa-Marie está arruinada. Tercera: es muy probable que Lou esté embarazada y...

-¿De verdad? -la interrumpió Mia, sorprendida-. ¿Estás embarazada, Lou?

-Es posible.

-Es casi seguro -replicó Anne-. Mañana mismo vas a la farmacia a comprar un test. Tenías que haberlo hecho hace días.

-Ya veremos-. Lou le lanzó una mirada envenenada, pero Anne hizo caso omiso.

-No sirve de nada cerrar los ojos a la realidad -dijo con una sonrisa indulgente.

-Muchas gracias por el consejo. A ver si te lo aplicas.
-¿Yo? No sé por qué lo dices.
-Tú también pospones los temas desagradables.
-¡De eso nada! Yo controlo mis problemas.
-¿Ah, sí? -A Lou se le ensombreció la cara-. Entonces, el correo electrónico seguirá así: «Anne controla los problemas matrimoniales».
-¿Problemas matrimoniales? -repitió Mia, horrorizada-. Yo no sé nada.
-Y... -prosiguió Lou- como remate final: «Mia le ha echado el guante a un tío que habíamos contratado de pasatiempo».
-Yo no le he echado el guante a nadie -protestó Mia-. Y Jo es muy joven para vosotras.
-Antes has dicho que pensar eso era de carcas -dijo Lou.
-Porque eso era amor verdadero, no tiene nada que ver con vuestra segunda juventud. Además, si estás embarazada, ¡no tendrías que beber! -Mia le quitó la copa-. ¡Y ahora tú! -dijo, dirigiéndose a su madre-. ¿Papá y tú tenéis problemas?
-Solo a veces.
-Pues esta mañana parecía otra cosa -la contradijo Lou.
-Esta mañana he tenido un momento de debilidad. Pero, visto con perspectiva, no es tan grave -afirmó Anne.
-¿Por qué no me has dicho nada? -Mia parecía dolida-. A lo mejor puedo hacer algo por vosotros.
-No hace falta.
-¡Típico de Anne! -refunfuñó Lou-. Se preocupa por todos, pero no deja que nadie le ayude.
-Sé arreglármelas sola.
-Nosotras también -objetó Lisa-Marie-. Pero las preocupaciones son más llevaderas cuando se comparten. Tú misma lo dijiste hace poco.
-Por lo visto, no se aplica sus propias normas -intervino Lou.
-Claro, y tú siempre sigues mis consejos, ¿no? -se defendió Anne-. ¿Por qué discutimos sobre insignificancias en vez de hablar de las cartas?
-Tus problemas matrimoniales no son una insignificancia.
-Pero tampoco es para pregonarlo a los cuatro vientos. - Anne puso cara de enfadada-. Y ya que estamos: ¿qué sabrás tú de matrimonios y problemas matrimoniales?
-Vivo en pareja.
-Sí, claro. Vives con Christoph en tu piso maravillosamente decorado. ¡Cuánto me alegro por ti!
-¿Envidia?
-No, ni mucho menos -aseguró Anne, enojada-. Prefiero mil veces a mi familia. Una decoración de diseño dista mucho de ser un verdadero hogar.
-También dista mucho de serlo un desastre de familia, sobre todo si el marido casi nunca está en casa, los hijos hacen lo que quieren y la mujer se pasa el día sola y abandonada en la cocina. Muy bucólico.

-¡Ya basta! -gritó Anne, y se levantó bruscamente. Por segunda vez esa noche, el gato se refugió debajo de la mesa-. No permito que me hablen así, y menos aún mi propia hermana.

-¿Y quién quieres que te lo diga?

-Nadie. Yo ya sé lo que me conviene.

-Pero es posible que nosotras lo sepamos mejor.

-Sí, seguro. ¡Tú siempre lo sabes todo! -Anne fulminó a su hermana con la mirada-. No pienso seguir escuchándoos. Me voy a la cama.

-Pues yo también me voy a la cama -masculló Lou, y se levantó.

-¡Dejad de discutir ahora mismo! -gritó Lisa-Marie, pero ninguna le hizo caso.

Anne fue la primera en salir por la puerta, ofendida, y Lou la siguió. Al cabo de unos instantes, se oyeron dos portazos en el primer piso.

Mia, que había seguido la discusión sin decir nada, se estremeció.

-¿A qué venía eso?

Lisa-Marie suspiró.

-Ha sido desagradable, pero era necesario. Tu madre llevaba demasiado tiempo posponiéndolo. Lou ha conseguido al menos que saliera un poco de su hermetismo.

-¿Crees que mis padres están pasando de verdad una crisis matrimonial?

-No lo sé. -Lisa-Marie le rodeó los hombros con el brazo-. Tú padre diría que todo va de maravilla. Y probablemente lo cree de verdad. Pero tu madre sufre. Se siente muy abandonada por él.

-La comprendo.

-Se acaba de apagar la luz de la casita -dijo Lisa-Marie señalando por la ventana-. Si te das prisa, aún encontrarás a Jo.

-¿No sería mejor que fuera a consolar a mamá?

-No, no vayas. Déjala tranquila, tiene que reflexionar. Si estás con ella, volverá a tener motivos para distraerse de sus propios pesares.

-Puede que tengas razón.

-¡Anda, vete! -Lisa-Marie se quedó pensativa mientras veía cómo Mia salía corriendo.

La velada no había transcurrido precisamente en armonía. Primero, las confidencias del abuelo, que todavía no había asimilado. Y después la discusión entre Anne y Lou. Lisa-Marie pensó en irse también a dormir. Pero, entonces, el gato saltó al sofá y se acurrucó a su lado. Cuando le acarició la cabeza, empezó a ronronear.

-Al menos tú y yo estamos a gusto -le susurró al oído, y se echó una manta de lana encima de los pies. Vio las cartas y las fotos antiguas. Después de dudar un momento, se sirvió otra copa de licor de hierbas y empezó a releerlas.

Mia encontró a Jo en la escalera. Se echó en sus brazos sin decir nada.

-¿Qué te pasa? -preguntó Jo, sorprendido.

-Mujeres -murmuró Mia, y hundió la cara en su pecho.

Jo se rio.

-Eso me tocaría decirlo a mí, ¿no?

-Hoy, no. Hoy también puedo decirlo yo.

-¿Qué ha pasado?

-De todo, mejor no preguntes. Me he enterado de cosas que me han dejado perpleja.

-¡Ah!

-Estoy saturada de confidencias para unos cuantos días.

-Mmm...

-¿Puedo dormir contigo esta noche?

-¿Otra vez?

Mia levantó la cabeza. A Jo le hizo gracia ver que se había puesto colorada.

-No te haré nada, en serio -dijo Mia.

-Eso también me tocaría decirlo a mí, ¿no?

-¿Es eso un sí?

-Por supuesto -dijo Jo, y la besó-. Pero no puedo garantizarte que yo no te haga nada a ti...

15

¿A dónde vas? -preguntó Mia a la mañana siguiente, cuando se encontró en la escalera con Lou y vio que se ponía la chaqueta y guardaba el monedero en un bolsillo.

-A la farmacia -contestó escuetamente.

No parecía dispuesta a dar más detalles, pero Mia adivinó su propósito enseguida.

-¿Hoy es el gran día del test del embarazo? -preguntó, sonriendo burlona.

-¡Cállate! -masculló Lou-. ¡No hace falta que se entere todo el mundo!

-Pero si ya lo sabe todo el mundo -replicó Mia, sin bajar la voz.

-¿También Jo?

-No, tranquila. Y no puede oírnos porque está en la ducha. - Mia esperaba un comentario picante, pero su tía no dijo nada. Por lo visto, pensaba en otras cosas. Se limitó a asentir, distraída, y se calzó los botines.

Mia se puso el anorak.

-¿Puedo ir contigo?

-¿A la farmacia? ¿Para qué?

-Necesito... eh... hilo dental.

-Como quieras.

Salieron juntas de la casa y se dirigieron al pueblo.

-Hace frío esta mañana. -Mia escondió las manos en las mangas del anorak-. ¿Habéis hecho las paces, mamá y tú?

-No.

-Lástima.

-No te preocupes, ya se arreglará. Nunca nos dura el enfado más de veinticuatro horas. Es el tiempo que tu madre necesita estar de morros, pero al final me perdona. Siempre lo ha hecho.

-Me alegro -dijo Mia, contenta-. Claro que, comparados con la historia de Johann y Marie, nuestros problemas me parecen ridículos -añadió pensativa.

-A mí me pasa lo mismo.

Mia esperaba que dijera algo más, pero Lou se quedó callada. Siguieron

caminando un rato en silencio. Luego, al doblar por la calle principal, Mia retomó la palabra:

-¿Puedo hacerte una pregunta?

-Pues claro.

-¿Qué resultado te gustaría que diera el test?

-¡Ni idea! -Lou se detuvo tan bruscamente que Mia chocó con ella-. Hace días que no paro de darle vueltas, pero no lo sé.

-Mmm... -Mia se colgó del brazo de Lou y continuaron paseando juntas-. Tal vez sea mejor no tenerlo claro -dijo prudentemente-. De ese modo no tendrás una decepción si el test da el resultado que no querías.

-¡Vaya con la sabihonda de mi sobrinita! Pero es posible que tengas razón -murmuró Lou.

-¿Se lo has dicho ya a Christoph?

-No.

-Hoy no estás muy habladora que digamos.

-¿Y qué? Yo no te he pedido que me acompañaras.

-De acuerdo, pero ¿puedo hacerte otra pregunta?

-¿Qué quieres saber ahora?

-Es un poco... eh... privado -dijo Mia, dubitativa.

-Pues habla con tu madre. No quiero que piense que la ninguneas y se enfade.

-No creo que sea una buena idea.

-Bueno, dime, ¿de qué se trata?

-Sí, bueno... Digamos que... Mmm..., eh... Protección -balbuceó Mia.

-¿Protección? -repitió Lou, y se detuvo por segunda vez.

-¡No grites tanto! -la reprendió Mia-. La señora Hösle va por la otra acera.

Lou miró un instante a la acera de enfrente y se refugió con Mia en la marquesina de una parada de autobús.

-¿Protección? -repitió-. ¿Crees que soy la más indicada para aconsejarte en ese tema?

-¿Por qué no?, ¿porque a lo mejor estás embarazada?

Lou asintió.

-Pero no se lo puedo preguntar a nadie más. -Mia suspiró.

-¿Y a tu madre?

-Tiene otros problemas. Además, está muy tirante con esta relación. Tú, en cambio...

-De acuerdo, dispara.

-Jo y yo... Bueno..., nosotros todavía no... Al menos no hasta..., eh... -balbuceó Mia.

-Está bien -la interrumpió Lou, sonriendo-. No hace falta que me cuentes los detalles.

-Bueno, el caso es que... -Mia tomó aire-. Me gustaría estar preparada por si acaso.

-Eso es muy sensato.

-Pero ¿cómo?

-¿Cómo? Espero no tener que darte una pequeña charla ahora sobre las ventajas y los inconvenientes de los distintos métodos anticonceptivos.

-¡No! Ya sé cómo hay que protegerse.

-Bien. -Lou examinó a su sobrina con la mirada-. ¿Es la primera vez que te lo planteas?

-Quieres decir que si nunca..., eh...

-Exacto.

-No. -Mia bajó los ojos-. Nunca me había importado tanto como ahora.

Lou la miró con ternura.

-O sea que no necesitas hilo dental de la farmacia, sino preservativos.

Mia se puso colorada.

-Pero no sé qué pensará Jo si me encargo yo de comprarlos.

-¿Eso es lo que te preocupa?

Mia asintió. Lou le pasó el brazo por los hombros y siguieron andando.

-Pensará que eres una chica responsable -dijo, después de meditarlo un poco.

-¿Tú crees?

-¡Pues claro! Y seguro que él también está preparado. Los hombres siempre son un poco más rápidos en esas cosas.

Mia sonrió con timidez.

-Ya veremos.

Llegaron a la farmacia. Las saludó el mismo farmacéutico que había recomendado a Lou los caramelos para la tos.

-Buenos días -dijo amablemente-. ¿Qué desean?

-Tú primero -animó Lou a Mia.

-Preservativos -murmuró Mia tímidamente.

-Bien -dijo el farmacéutico, y se fue a la trastienda sin decir nada más.

-¿Ves cómo ha sido fácil? -constató Lou, satisfecha.

El farmacéutico volvió enseguida con una cajita y la dejó en el mostrador, delante de Mia.

-Tenga. Preservativos extra lubricantes transparentes, sin textura, finos y sin sabor.

Mientras hablaba, se abrió la puerta de la farmacia. Un débil olor a ajo inundó el espacio.

Lou suspiró. No le hizo falta volverse para saber quién había entrado. Esperaba oír en cualquier momento el típico saludo alegre de la señora Hösle: «¡Noss díass!». Pero, al parecer, estaba tan distraída mirando el producto que recomendaba el farmacéutico que se olvidó de saludar.

-¿Quieren algo más? -preguntó el hombre mientras ponía el paquete de condones en una bolsa de plástico.

-Eh -murmuró Lou indecisa, y se encogió de hombros. No le apetecía nada pedir un test de embarazo en presencia de la señora Hösle-. No, gracias.

-¿Cómo que no? -replicó Mia, y le dio un codazo suave a su tía-. ¡Vamos,

Lou!

Lou siguió callada, así que Mia decidió tomar la palabra.

-Queremos un test de embarazo.

La petición pareció desconcertar al farmacéutico. Confuso, miró la bolsa de plástico con los condones y, acto seguido, de nuevo a Mia.

-¿Está segura? -preguntó.

-No, por eso necesitamos el test -contestó Mia amablemente.

Lou miró con disimulo por encima del hombro. La señora Hösle estaba al lado de una estantería de hierbas medicinales, boquiabierta y con los ojos como platos. Daba la impresión de que tendría que comprarse un paquete de tila o algo más fuerte.

-¿Lo quieren digital? -preguntó el farmacéutico.

Mia volvió a darle un codazo a Lou, que se limitó a ladear un poco la cabeza y a señalar discretamente hacia atrás con los ojos. Mia le siguió la mirada y asintió con un gesto. Luego volvió a dirigirse al farmacéutico.

-¿Qué tipos tiene? -preguntó.

-Tenemos un test nuevo ultrasensible, que detecta de manera infalible un embarazo solo siete días después de la concepción. Y otro que le indica en qué semana del embarazo se encuentra.

-Me quedo el ultrasensible -decidió Mia, y, con una gran sonrisa, añadió-: Puede ponerlo con los preservativos.

Oyeron a la señora Hösle respirar hondo. Lou sonrió tímidamente cuando pasó por su lado después de pagar. Salió de la farmacia tirando de Mia.

Después de recorrer unos pocos metros, se paró detrás de una cabina telefónica y se echó a reír a carcajadas.

-¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó Mia.

-¿Le has visto la cara? -preguntó Lou, tronchándose de risa-. ¡Cree que todo es para ti!

-¡Oh, no! -se lamentó Mia-. ¡Pensará que soy una fresca!

-Eso probablemente encaja con la imagen que se hizo de ti cuando te vio bailar medio desnuda delante de Jo.

Mia también se echó a reír.

-Espero que no se lo cuente a mamá.

-¡No te preocupes! Habla en un dialecto tan cerrado que, aunque se lo contara, tu madre no entendería nada. ¿Me das el test?

Mia lo sacó discretamente de la bolsa, que se guardó en el bolsillo de los pantalones

-Toma. No hace falta que lo vea todo el mundo.

-¡Exacto! -confirmó Lou, y guardó la cajita del test en el bolso.

-¿Cuándo vas a hacértelo?

-¡No seas tan curiosa! Yo no te pregunto cuándo vas a usar los condones.

-No es lo mismo.

-Puede -admitió Lou-. Pero no pienso anunciarlo antes. Solo me faltaría tener a toda la familia mirando cómo orino en el recipiente del test.

Para que no la molestara nadie, Lou puso esa noche el despertador a las seis. Fue al cuarto de baño sin hacer ruido y cerró la puerta. Nerviosa, rompió el envoltorio y leyó las instrucciones. Eran sencillas y había imágenes para ilustrarlas. Lou las siguió paso a paso. Después se quitó el reloj de pulsera y programó el cronómetro para que la avisara en cinco minutos.

Se sentó a esperar en una vieja silla de madera y, con la cabeza ausente, alcanzó una revista femenina que Lisa-Marie había dejado encima del armario.

En la portada salía una chica con un bebé en brazos. El título, escrito en letras gruesas de color rosa, decía: «Padres de repente: ¿y ahora qué?». Lou se preguntó, extrañada, por qué aquella fotografía la conmovía tanto. Después suspiró y dejó la revista.

-¿Ahora qué? Ni idea -murmuró, y trató de analizar lo que sentía: emoción, impaciencia y una pizca de pánico. ¿Les pasaba lo mismo a todas las mujeres cuando se hacían la prueba del embarazo? Recordó lo que la abuela Marie había escrito al saber que estaba embarazada:

«No es el momento ni el lugar para traer a un hijo al mundo. Y si he de ser sincera, nosotros tampoco somos los padres perfectos».

-Christoph y yo seguramente tampoco -murmuró.

Con todo, sus abuelos se arriesgaron. Pensó en la respuesta de Johann, en su alegría por tener un hijo y en su fe inquebrantable en que todo saldría bien. Una actitud admirable.

«La vida te enfrenta en ocasiones a hechos consumados. Pero depende de nosotros sacarles partido.»

Un embarazo era un hecho consumado. Y le daba miedo.

¿Y si no se atrevía? Hasta entonces, nunca había rehuido los retos, y un hijo no era lo peor que podía pasar, aunque lo pusiera todo patas arriba. Aun así...

El pitido del cronómetro la apartó de sus pensamientos. Muy despacio, casi como a cámara lenta, se levantó y se acercó al lavabo. Respiró hondo y sacó la tira del recipiente de plástico. Dos líneas azules resplandecientes.

Estaba embarazada.

Sin embargo, lo que más la asombró en ese momento no fue el resultado, sino su cara reflejada en el espejo.

Comprobó con asombro que estaba sonriendo.

-¿Por qué estás tan risueña? -le preguntó Lisa-Marie por la tarde. Estaban las dos delante de la antigua ferretería del pueblo, esperando al propietario.

-No es verdad -replicó Lou, y se esforzó por ponerse seria. No lo consiguió: estaba muy contenta con el resultado positivo de la prueba. Sin embargo, había decidido guardarse la noticia al menos hasta la noche. Miró la hora, impaciente-. ¿Cuándo va a venir el señor Lampertinger?

-Llegará de un momento a otro. -Lisa-Marie se volvió hacia los escaparates-. ¿Y bien? ¿Qué te parece a simple vista?

Lou miró hacia el interior.

-Es muy luminoso y la construcción parece sólida. Tiene posibilidades.

-Las estanterías son perfectas para los libros.

-Sí, es verdad. ¿Qué había antes?

-Un comercio de material de construcción y ferretería: tornillos, herramientas, tacos, pintura, cola, papel pintado y esas cosas -enumeró Lisa-Marie-. Una parte del patio está vallada, la usaban de almacén. Quedará muy bien como jardín de té.

-Vaya, ya veo que lo tienes todo muy claro -dijo Lou, asombrada.

-Cierto. Tiendo a ser positiva.

-Eso puede ser muy útil. Ya me gustaría a mí.

-Las cosas se aprenden.

-Mmm... -Lou miró a lo lejos, pensativa-. ¿En serio?

-Si hace falta, sí. -Lisa-Marie se dio la vuelta-. Algovia me gusta mucho. Es hora de cambiar.

Lou sonrió enigmáticamente.

-¡Bien dicho! Podría ser el lema del día.

Lisa-Marie la miró sorprendida, pero antes de que tuviera tiempo de decir nada, un Golf blanco entró en el patio.

-Ahí viene el señor Lampertinger -cuchicheó nerviosa.

Un hombre alto y un poco rollizo, con el pelo negro y las sienes canas, se bajó del coche. Las buscó con la mirada y fue directo hacia ellas.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó, y se paró de repente. En su cara bronceada se dibujó una sonrisa de sorpresa.

-¡Oh, no! -exclamó Lisa-Marie.

-¡La simpática señora de la leña y el Escarabajo rojo! -dijo extrañado.

-El vendedor de leña antipático de Füssen -murmuró Lisa-Marie en voz baja para que solo Lou pudiera oírla. Luego, dijo en voz alta-: ¡Qué casualidad!

-Una feliz casualidad -replicó el hombre cordialmente, y le estrechó la mano-. Pensaba que no volvería a verla. Cada vez que aparece su coche, lo lleva una persona distinta.

-Sí, bueno, somos una gran familia. -Lisa-Marie le soltó la mano y señaló a Lou-. Esta es mi prima Lou.

-Marie-Luise Sonntag -se presentó.

-Encantado -dijo, y señaló la tienda-. ¡Entremos!

Mientras abría la puerta les explicó que el comercio era de sus padres.

-Vendieron material de construcción y ferretería hasta el año pasado; se les hacía muy cuesta arriba. Ahora disfrutan de la jubilación.

-¿Por qué no siguió usted con la tienda? -preguntó Lisa-Marie.

-Era muy pequeña. Quería vender otras cosas, además de material de construcción: comestibles y productos de jardinería. Ahora tengo el centro comercial más grande de Füssen -dijo con orgullo.

-Su tienda está muy bien, se puede comprar de todo. -Lisa-Marie le guiñó un ojo-. Hasta leña.

El señor Lampertinger se rio.

-¿Podemos empezar ya? -preguntó Lou.

-¡Pues claro! Échenle un vistazo tranquilamente.

-¿Qué te parece? -preguntó Lisa-Marie cuando el señor Lampertinger desapareció por una de las salas de la parte trasera.

-Es muy simpático.

-¡Lou! ¿No puedes hablar nunca en serio?

-Por diversas razones, hoy me cuesta mucho. Pero lo intentaré.

-¿Qué te parece la tienda?

-Hasta ahora, muy bien, pero dame un poco más de tiempo.

Deambularon sin prisas por los distintos espacios. El comercio estaba compuesto por cuatro salas luminosas, unidas entre sí por puertas anchas de dos alas. Los techos estaban revestidos de madera, y en uno de los espacios, la antigua sala de estar de la casa, una gran chimenea destacaba en un rincón. Al lado había una puerta que daba a una cocina moderna, equipada con los electrodomésticos y utensilios necesarios.

-Ideal para hacer café y té -dijo Lou, satisfecha. Le gustaba el ambiente acogedor que se respiraba en la tienda, a pesar de su gran tamaño-. Es muy agradable. Invita a curiosear y a rebuscar. La gente se sentirá a gusto comprando.

-Entonces, ¿te gusta? -preguntó Lisa-Marie. Tenía las mejillas sonrosadas de emoción.

-Sí, me gusta. ¡Y mucho! -dijo Lou, entusiasmada-. No tendrás que cambiar casi nada. Las estanterías son ideales. Evidentemente, le hace falta una iluminación adecuada, pero eso no supone ningún problema. Yo miraría en la casita de retiro, puede que allí encuentres algún sillón antiguo que sea cómodo. Si conseguimos crear un ambiente de sala de estar, te sobrarán los clientes.

-¿Es del oficio? -preguntó Lampertinger-. Habla como una decoradora profesional.

-Soy interiorista.

Lampertinger pareció impresionado.

-Me vendría bien alguien como usted. No se puede imaginar la cantidad de clientes que me piden una solución global para sus proyectos de reformas.

-Lo siento -lamentó Lou-, pero tengo la agenda llena de encargos.

-Bueno, quizá más adelante. Nunca se sabe.

-¿Has visto el patio? -Lisa-Marie señaló una puerta de vidrio alta que daba al exterior.

-Un sitio ideal para instalar una terraza. Con unas cuantas plantas, sombrillas, sillas cómodas y mesitas, quedará estupendo. -Lou pegó la frente al cristal y observó el patio interior. Con los contenedores y las cajas todavía allí almacenados parecía un poco inhóspito. Pero ella ya se imaginaba con todo detalle un jardín de té-. En verano, yo lo decoraría todo de color amarillo limón: las sombrillas, los manteles de las mesas y los cojines de las sillas.

Quedará muy acogedor y agradable. Aunque no vengan a comprar libros, aquí se sentirán muy bien. -Siguió observando con calma-. ¡Hasta se puede aparcar delante del edificio!

-Y gratis -añadió el señor Lampertinger. Estaba en la puerta de la cocina, con unos papeles en la mano-. Tengo mucho interés en que aquí se abra un comercio serio. Por lo tanto, le daría facilidades en el pago del alquiler.

Lou sonrió burlona. A juzgar por la forma en que Lampertinger miraba a Lisa-Marie, estaba dispuesto a «darle facilidades» también en otras cuestiones. Pero seguro que eran imaginaciones suyas. En su estado, descubría buenas vibraciones por todas partes. Tenía que esforzarse por ser objetiva: Lisa-Marie se jugaba mucho en esa cita.

Señaló con curiosidad una escalera de caracol.

-¿Hay más salas arriba?

-Sí, un aseo y dos habitaciones pequeñas, que pueden servirles de almacén. El resto de la planta y la buhardilla son mi casa.

-¡Ah! -Lisa-Marie frunció el ceño. ¿Era conveniente que el casero viviera tan cerca?

-No se preocupe. -El señor Lampertinger sonrió como si le hubiera leído el pensamiento-. Me paso el día en Füssen, en el supermercado. No nos veremos casi nunca. -Casi parecía apenado-. A no ser que necesite un buen libro. Me encanta leer.

-¿Qué tipo de literatura prefiere? -preguntó Lisa-Marie.

-Fantasía. Soy un fan incondicional de Tolkien.

-¿De verdad? Las novelas de *El señor de los anillos* son mis favoritas.

Lisa-Marie lo miró por primera vez con verdadero interés. A lo largo de los años había comprobado a menudo que las personas que tenían gustos literarios similares solían llevarse bien. Y no estaría de más tener una buena relación con el dueño de la finca. Además, sin el horroroso delantal verde del supermercado, parecía menos impersonal y mucho más simpático.

El señor Lampertinger se sonrojó al notar la mirada escrutadora de Lisa-Marie.

-¿Me... daría sus... datos de contacto? -tartamudeó, y sacó una estilográfica del bolsillo de la chaqueta.

Lisa-Marie le dio de buen grado su nombre, dirección y número de teléfono.

-Pero ahora estoy pasando unos días en Pfronten, en la granja de Horst Zabel.

-¿Horst Zabel? -Extrañado, el señor Lampertinger levantó la vista de los papeles-. ¿Eran familia?

-Sí, somos sus nie... -empezó a decir Lisa-Marie, pero Lou le dio un ligero codazo en el costado.

-¡Sobrinas! -masculló.

-Sí, claro. Somos sus sobrinas -se corrigió rápidamente Lisa-Marie .

-Mi más sentido pésame. -El señor Lampertinger parecía apenado-. Era un buen cliente de mis padres. Un hombre muy distinguido.

-Gracias.

-¿Saben ya cuándo se celebrará el funeral?

-No, todavía no.

-Pues les pido que me avisen cuando lo sepan. Quiero asistir con mis padres. -Le puso el tapón a la estilográfica y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta-. ¿Van a seguir con la granja?

-Por supuesto -se oyó decir Lou a sí misma, sorprendida.

-¿Qué has dicho? -Lisa-Marie la miraba con asombro-. ¿Cuándo lo hemos decidido?

-Ahora mismo, supongo. Espontáneamente.

-Espontáneamente -repitió Lisa-Marie. Le costaba asimilar lo que había oído-. ¿Desde cuándo eres espontánea?

-Bueno -contestó Lou-, es la mejor solución para todas. Si tú te quedas aquí, necesitarás vivir en algún sitio.

-Puedo buscar un piso.

-¿Para qué? Todas le tenemos mucho cariño a la granja. ¿Por qué íbamos a venderla?

-Creo que es lo que Horst habría querido, que la granja siguiera siendo de toda la familia -dijo Lisa-Marie, sin disimular cierta emoción.

-Opino lo mismo.

-Me alegro de que pienses así.

Siguió un momento de silencio. El señor Lampertinger, que observaba atentamente a las dos mujeres, tuvo la impresión de que a Lisa-Marie se le humedecían los ojos. Carraspeó entonces discretamente.

-Y... eh... ¿cómo se las arreglan con el trabajo de la granja? - preguntó para desviar la conversación hacia asuntos más prácticos.

Lou le sonrió, agradecida por el cambio de tema.

-Estupendamente.

-¿Se quedarán con los animales?

-Creo que sí, pero eso lo decidirá Lisa-Marie.

-Pues claro que nos los quedaremos.

-Entonces tengo que pedirles un gran favor -dijo el señor Lampertinger-. No quisiera hacerme pesado, pero... Yo también soy un gran amante de los animales. Lo había hablado con Horst hace un par de semanas. Se trata de un cerdo.

-¿Un cerdo? -repitió Lou, jovialmente.

-Sí. Es de un amigo mío, un granjero que ya no lo quiere. Horst me dijo que se lo quedaría.

-¿Por qué quiere su amigo deshacerse del cerdo?

-Es un verraco demasiado viejo para la cría. Horst quería darle una buena vejez.

-Tenemos sitio de sobra -dijo Lisa-Marie.

-Y un corazón muy blando -añadió Lou-. Tráigalo cuando quiera.

-¿Qué te pasa hoy? -Lisa-Marie miró desconcertada a Lou-. Nunca pensé

que precisamente tú quisieras un cerdo.

-Ya te he dicho antes que hoy es un día muy raro -dijo Lou, suspirando-. Y ahora voy a hacer las paces con mi hermana y todo tendrá un final feliz. Hasta el cerdo.

Anne se frotó las manos con crema hidratante y le dio una palmadita en el flanco a *Mette-Marit*. Con ese gesto le indicaba que iba a empezar a ordeñarla: un pequeño consejo de sor Bonaventura que le había ayudado mucho al principio. Ahora ya era una auténtica experta en el ordeño y se las arreglaba sin dificultades.

Aunque contaran con la ayuda de Jo, Anne no renunció a ordeñar a *Mette-Marit* todos los días. Disfrutaba de esos minutos tranquilos por la mañana y al anochecer, cuando en el establo solo se oía el cacareo adormecido de las gallinas o algún que otro mugido de una vaca.

Esa noche, también reinaba una quietud muy agradable, solo el sonido lejano de las campanas de la iglesia se colaba en el establo por una ventana abierta. Contenta, Anne apoyó la frente en la barriga blanda de la vaca y respiró el aroma, una mezcla de hierba fresca, leche caliente y un ligero olor a excrementos. Agarró una tetilla con delicadeza y empezó a tirar de ella lo más uniformemente posible. Enseguida cayó un chorro de leche en el cubo. Anne sonrió satisfecha. En las dos semanas que llevaba allí, había perfeccionado la técnica.

Cuando ya tenía el cubo lleno, se abrió la puerta del establo y entró Lou. Miró por todas partes y luego, titubeando un poco, se acercó al compartimento de *Mette-Marit*.

-¿Está suelto el gallo?

-No.

-Bien.

-¿Qué haces aquí?

-Tengo que hablar contigo. -Lou se apoyó en la pared y se cruzó de brazos-. Hoy hemos conseguido evitarnos todo el día.

-Correcto -contestó Anne con frialdad.

-¿Sigues enfadada?

-¿Tú qué crees? -Anne empezó a frotarle lentamente las ubres a *Mette-Marit* con crema hidratante. Se tomó su tiempo a propósito porque sabía que, tarde o temprano, Lou perdería la paciencia.

-¿Qué haces ahí tanto rato? -se apresuró a preguntar su hermana.

-Hay que cuidarle las ubres.

-¿Cuánto vas a tardar?

-Lo que haga falta.

-Tengo que hablar contigo.

-Ya me lo has dicho. -Anne sacó un poco más de crema hidratante del bote.

-¿No puedes dejar de masajearle los pechos a la vaca?

-A esos pechos se les llama ubres. Y solo pararé si de verdad tienes algo

importante que contarme.

-Lo tengo.

-De acuerdo. -Anne se levantó y se limpió las manos en los pantalones de trabajo-. Dispara.

-Eh...

Daba la impresión de que Lou tenía que hacer acopio de todo su valor para empezar a hablar, una actitud que Anne nunca le había visto. Se preguntó qué podía causarle a su hermana tanta inseguridad.

-Yo... voy a tener... Vamos a tener un cerdo -balbuceó finalmente Lou.

-¿Qué has dicho? -Anne miraba perpleja a su hermana-. ¿Puedes repetirlo, por favor?

-Vamos a tener un cerdo. -Lou se frotó la nariz, un poco avergonzada. Tenía la intención de empezar con otra noticia, pero todavía le costaba pronunciar frases en las que aparecieran las palabras «hijo» o «embarazo».

Anne hizo un gesto de contrariedad.

-¿Y esa era la cosa tan importante que tenías que decirme?

-Bueno, era la primera de varias -murmuró Lou.

Anne puso cara de enfado. Pero, finalmente, se impuso el sentido del humor y se echó a reír a carcajadas.

-¡Un cerdo!

-Un verraco -especificó Lou, y también se rio.

-¿Dónde os lo han endilgado?

-En el pueblo, cuando fuimos a ver el local de Lisa-Marie. Su futuro casero nos lo va a traer la semana que viene.

-¿Su futuro casero? ¿Significa eso que se queda con la tienda?

-Sí -confirmó Lou-. Le he aconsejado que lo consultara con la almohada, pero ya la conoces. Está decidida.

-¡Cuánto me alegro! -Anne cerró con cuidado el bote de crema hidratante-. Pero entonces necesitará un sitio para vivir...

-Y eso nos lleva otra vez a la conversación sobre la granja y el cerdo. Creo que le gustaría quedarse a vivir aquí y dejarlo todo como está ahora, incluidos los animales.

-Eso estaría muy bien. Tenía la esperanza de que tomáramos esa decisión. Y más después de lo que descubrimos anoche.

-Fue increíble, ¿verdad?

-¡Sí! Desde entonces, aún le tengo más cariño a la granja. Venderla me parecería una traición.

-A mí también.

-Seguro que Lisa-Marie se alegra mucho de haber encontrado esa solución.

Lou asintió.

-Sí, la he visto muy contenta.

Anne escrutó a su hermana con la mirada.

-¡Qué curioso! Antes no te habrías ni fijado.

-Antes me miraba mucho el ombligo. Ahora me preocupo por la gente que

me importa.

-Ja, ja, ja -dijo Anne con sarcasmo-. Pues ayer tuviste un modo muy extraño de demostrarlo.

-Pero tenía razón. -Lou se apartó de la pared y dio unos pasos hacia su hermana. Probablemente esperaba una disculpa-. Todas sabemos que tienes mucha personalidad y que puedes solucionar los problemas tú sola.

-¡Exacto!

-Pero ¿te has parado a pensar alguna vez que te queremos y que por eso nos gustaría ayudarte?

-¿Esa es tu disculpa?, ¿que me quieres?

-Sí.

-No me lo habías dicho nunca.

-Pues marca la fecha en rojo en el calendario porque no lo voy a repetir en mucho tiempo.

-Mmm... -Anne frunció el ceño. Las palabras de Lou la habían conmovido. Además, estaba bien saber que no la dejaría sola con sus problemas.

Sonrió y abrió los brazos.

-No sé qué te pasa hoy, pero te perdono. ¡Ven aquí!

Aliviada, Lou dejó que su hermana la abrazara.

-Gracias a Dios -dijo Lisa-Marie en la puerta del establo-. Ya pensaba que tendría que chivarme a vuestra madre.

-No hace falta -contestó Lou alegremente-. Siempre lo hemos arreglado solas.

-¿Puedo sumarme a vuestra reconciliación?

-¡Pues claro!

Mette-Marit miró con asombro a las tres mujeres, que se abrazaban sonriendo.

Anne fue la primera en separarse.

-Si lo he entendido bien, esta tarde habéis decidido conservar la granja.

-¿Estás enfadada por no habértelo consultado? -dijo Lisa-Marie.

-No, claro que no. Al fin y al cabo, habéis decidido lo que yo quería proponeros desde hacía tiempo.

-¡Qué suerte! Detesto que discutamos.

-Yo también.

-Pues vamos a casa a tomar una copa de champán.

-¡Un momento! -interrumpió Lou-. Tengo que deciros otra cosa.

-¿Más cerdos? -preguntó Anne.

-No -dijo Lou, sonriendo-. Un bebé. Esta mañana me he hecho la prueba del embarazo.

-Y... ¿te alegras o no? -preguntó Lisa-Marie con cautela.

-Pues claro que se alegra, ¡mírala! -exclamó Anne.

Lou asintió.

-No me lo creo ni yo, pero estoy muy contenta.

-¡Fantástico!

-¿Qué ha dicho Christoph? -preguntó Anne-. ¿Se lo has contado?

-No, vosotras sois las primeras.

-¿Y cuándo piensas hablar con él?

-Se lo diré. -Lou puso cara de picarona-. Pero no por teléfono. Cuando estemos en casa. Justo después de que hables tú con Stefan.

-Eso es chantaje.

-¿Y funciona?

-De acuerdo -suspiró Anne-. Hablaré con Stefan.

-Bien.

-Pero me gustaría posponerlo un poco. Esto es muy tranquilo y relajado y no tengo ganas de estresarme, ni de pasar nervios ni de tener discusiones.

-¡Anne! -la reprendió Lou-. Las cosas no mejorarán por mucho que esperes.

-Tampoco empeorarán. -Anne les suplicó con la mirada-. Me gustaría disfrutar un poco más de la paz y la tranquilidad que hay aquí, en la granja. Un pedazo de paraíso, solo unos días.

-La verdad es que nos lo hemos ganado -dijo Lisa-Marie-. Hemos hecho muchas cosas estas dos semanas.

-¡Por favor, Lou! -suplicó Anne.

-De acuerdo. Todavía me queda una semana de vacaciones antes de tener que volver al trabajo.

Lisa-Marie las miró, contenta.

-¡Perfecto! Así no me quedaré sola.

En ese momento se abrió la puerta del establo y entraron Mia y Jo precipitadamente. Ella se dirigió hacia el gallinero, riendo y sin mirar a ningún lado, y Jo solo tenía ojos para ella. La alcanzó junto a los sacos de pienso, la abrazó y se tiró con ella sobre el heno.

-¡Ya te tengo! -La besó varias veces en la boca, cariñosamente-. Y no pienso soltarte nunca.

-¿Tampoco esta noche?

-¡Solo si tienes a mano el hilo dental! -la advirtió Lou, saliendo del compartimento de *Mette-Marit*.

Jo y Mia, sobresaltados, se separaron.

-¿Qué haces tú aquí?

-Estaba charlando con tu madre y Lisa-Marie.

-¿También están aquí?

-Pues claro. -Las otras dos mujeres aparecieron por detrás de Lou.

-¿A qué viene lo del hilo dental? -preguntó Anne con desconfianza.

-Bah, no tiene importancia -dijo Lou, reforzando las palabras con un gesto de la mano.

-Aquí es imposible estar tranquila -murmuró Mia, enfadada. La cara se le ensombreció aún más cuando sor Bonaventura llamó a la puerta del establo.

-¿Molesto? -preguntó la monja discretamente, mientras los miraba a todos con curiosidad.

-No, no-le aseguró Anne cordialmente-. Mia y Jo iban a ponerse a trabajar,

¿verdad que sí?

-Sí, claro -murmuró Jo, y se levantó.

Mia también se puso en pie y, avergonzada, se sacudió la paja del pelo.

A sor Bonaventura le hizo gracia y sonrió.

-Venía por la leche -dijo-. ¿Hoy han ordeñado los cinco?

-No. Pero hemos hablado de cosas importantes -se le escapó a Lisa-Marie, que nunca había sabido callarse las noticias importantes-. Figúrese, Lou va a tener...

-Un cerdo -se apresuró a interrumpirla Anne-. Vamos a tener un cerdo. -Enojada, le dio un codazo a su prima y movió la cabeza para indicarle que no siguiera. Lisa-Marie comprendió en el acto y se disculpó con una sonrisa de arrepentimiento.

Si sor Bonaventura entendió ese diálogo mudo, lo disimuló muy bien.

-¿Es el verraco de la granja de los Schmidt? -preguntó-. Su tío me lo contó hace unas semanas, pero pensaba que no querrían quedárselo.

-¿Y por qué no? -preguntó Lou-. Era lo acordado.

-Pero entonces su tío aún vivía y nadie se planteaba el futuro de la granja.

Lisa-Marie miró a sus primas en busca de ayuda. No quería volver a desvelar un secreto. Pero las dos asintieron y la animaron a hablar.

-El futuro de la granja está decidido -dijo con orgullo-. Intentaremos conservarla.

-¿De verdad? -exclamó sorprendida sor Bonaventura-. Me alegro mucho.

-Yo también -intervino Mia-. Pero ¿a qué se debe esta decisión repentina?

-Lisa-Marie va a cambiar su lugar de trabajo y se va a instalar en Pfronten -dijo Lou-. Es una larga historia.

La monja sonrió.

-Tengo tiempo.

-Quédese a cenar con nosotros y se lo contamos todo.

-Con mucho gusto.

-¿Nosotros también podemos? -preguntó Mia.

-Claro -contestó Lou-. Pero antes acabáis con esto.

-Se refiere al trabajo -puntualizó rápidamente Anne-. No a otras cosas.

-Descuida. -Jo sonrió y agarró el rastrillo-. Después llevamos nosotros la leche.

Mientras iban hacia la cocina, Anne se colgó del brazo de su hermana.

-Vas a explicarme lo del hilo dental.

-Ni hablar. No pienso traicionar la confianza de mi sobrina.

-Como quieras -murmuró Anne, y sonrió con malicia-. Pero no olvides que yo también seré tía muy pronto, ¡y podré vengarme!

A Lisa-Marie le gustaban las historias con final feliz, por muy cursi que este fuera. No se hartaba de leer novelas de amor ni de ver películas románticas. Creía que incluso la vida real se componía de pequeños finales felices y comparaba constantemente la realidad con argumentos literarios o series de

televisión.

Por ejemplo, cuando Anne se casó con Stefan le pareció estar viendo un episodio de *Hospital*: enfermera guapa conoce a médico atractivo. Lou y Christoph, en cambio, le recordaban a *Sexo en Nueva York*: una mujer independiente y triunfadora pesca a su Mister Big. Mientras que el romance de Mia con Jo se desarrollaba con la ternura de las películas americanas de adolescentes, por las que tenía una debilidad secreta.

Para ella siempre había soñado con una trama como la de *Tienes un e-mail*: un desconocido envía correos electrónicos maravillosos, el amor se presenta *online* y todo acaba bien. Por desgracia, y a pesar de sus esfuerzos, ese final feliz aún no había llegado. Pero Lisa-Marie era optimista, siempre pensaba en positivo y confiaba en su suerte. El gran amor no aparecía, pero su vida familiar y profesional era muy satisfactoria en esos momentos, y las perspectivas, muy prometedoras.

Esa noche, mientras preparaba la masa para los *spätzle*, constató que tenía muchos motivos para contemplar el futuro con alegría: Lou iba a tener un hijo y había hecho las paces con Anne; Mia y Jo se llevaban de maravilla, y ella había encontrado, de la noche a la mañana, un desafío emocionante y un nuevo lugar donde vivir. Y todo aquí, pensó, en nuestra granja. La casa se había convertido realmente en un hogar para la familia. ¿Quién lo habría dicho hacía dos semanas?

Mientras doraba unos aros de cebolla en la sartén, oyó las voces de Anne, Lou y sor Bonaventura, que estaban poniendo la mesa en el comedor. Jo y Mia habían vuelto del establo hacía un cuarto de hora y cuchicheaban en el pasillo.

-Perfecto -murmuró Lisa-Marie, y no se refería a la cocción de la cebolla.

Después volvió a concentrarse en los *spätzle*. Ralló la masa directamente sobre una olla grande con agua hirviendo, y los trocitos pronto empezaron a flotar a borbotones en la superficie del agua.

Sor Bonaventura asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

-Huele muy bien. ¿La ayudo en algo?

-Si quiere puede lavar la escarola. -Lisa-Marie tenía las dos manos ocupadas y señaló con un movimiento de cabeza el fregadero, donde una escarola grande esperaba a que hicieran algo con ella.

-Con mucho gusto. -Sor Bonaventura se remangó y abrió el grifo-. Sus primas me han dicho que va a abrir una librería aquí. Es una idea muy buena.

-¡Gracias!

-Seré clienta habitual.

-Eso espero.

-Me alegro de que la familia conserve la granja. Es lo que su tío habría querido.

-Bueno, la mesa ya está puesta. -Lou y Anne entraron juntas en la cocina y, por encima del hombro de Lisa-Marie, miraron con curiosidad la olla.

-¿Cenaremos pronto? -preguntó Lou-. ¡Me muero de hambre!

-Ah, ¿ya se encuentra mejor? -preguntó sor Bonaventura.

-Eh... sí, podríamos decir que sí -murmuró Lou.

-Seguro que era una pequeña indigestión, ¿no?

-Es posible. -Lou le dio un mordisco a una hoja de escarola. Con la boca llena, no tendría que contestar más preguntas.

Por suerte, Anne también quería cambiar de tema.

-Dígame, sor Bonaventura -dijo-, ¿sabe cómo se gestó la relación entre su orden y nuestro tío? Hace tiempo que nos lo preguntamos.

-No. Lo siento, pero no lo sé -lamentó la monja.

-¿Nunca le contó nada?

-No. Siempre me dio la impresión de que no quería hablar del tema.

-Pero en el convento debían de correr rumores, ¿no? -preguntó Lou.

Sor Bonaventura se echó a reír.

-¿En qué clase de habladurías está pensando? Horst tenía más de ochenta años y era bastante más viejo que la mayoría de las hermanas.

-¿Conoció a sor Katharina? -preguntó Lisa-Marie. Estaba junto a la mesa de la cocina, poniendo capas alternativas de pasta y queso rallado en una fuente de horno.

-¿La hermana de la que tanto hablaba Horst? No, no la conocí personalmente. Murió hace muchos años. Pero sé que era muy amiga de su familia.

Anne asintió, satisfecha. Al parecer, sor Katharina se llevó el secreto de Horst a la tumba.

-¿Lou? -Mia abrió la puerta de la cocina-. Te llaman al móvil. -A modo de confirmación, el teléfono que llevaba en la mano emitió una melodía.

-Gracias. -Lou miró la pantalla-. Es mamá -dijo, y contestó-. ¡Hola, mamá! ¿Cómo estás? ¿Sigues pasándotelo bien?

Por lo visto, Helene le contaba sus actividades con todo lujo de detalles, porque Lou se quedó callada. Al cabo de un rato, empezó a pasear de un lado a otro de la cocina. De vez en cuando decía «¿Ah, sí?» o «¡No! ¿En serio?».

-Parece que el tratamiento en el balneario ha sido todo un éxito -le susurró Anne a su prima-. Nunca he visto a mamá tan habladora.

-Sí, la mía también me dice en todos sus mails que se está recuperando de maravilla.

-Estamos todas bien -contestó Lou al mismo tiempo-. ¿Cómo?... Ah, ya... Lisa-Marie está preparando pasta típica de Algovia con queso, y Anne y yo le ayudamos... Sí, Mia sigue aquí... ¿Cuánto tiempo? Bueno, nos quedaremos unos días más... Sí, exacto... ¿Qué? ¿Por qué? ¿Vais a venir...? ¿El viernes? ¿Este viernes? -Lou levantó la cabeza, alarmada.

-¿El viernes? -repitió Anne con pasmo.

-¿Ya ha acabado la terapia? -Lisa-Marie también estaba asombrada.

Mia calculó.

-Sí, claro que sí, el viernes que viene habrán pasado ya tres semanas.

-¡Qué deprisa han pasado! -Anne suspiró y miró a su hermana, que estaba

delante de la ventana y se había llevado una mano a la frente. Daba la impresión de que tuviera mucho dolor de cabeza.

-¿Y dices que queréis venir enseguida? -preguntó-. ¿Estáis seguras...? ¿Con quién...? ¿Quién es? Sí, claro, si ese tal Friedhelm os puede llevar en coche hasta Kempten...

Anne se sorprendió.

-¿Friedhelm?

-¿No te acuerdas? Su sombra en el balneario -le explicó Lisa-Marie sonriendo-. Tiene que ser muy buen bailarín.

-Una de nosotras irá a buscaros a Kempten... Sí, exacto, llamadnos cuando estéis en camino. Entendido. ¡Que os divirtáis! - Lou terminó la conversación y se desplomó en una silla-. Vienen el viernes -anunció.

-Eso está bien -dijo sor Bonaventura-. Así podrán contarles a sus madres las novedades en persona.

-Sí, claro -murmuró Anne-. Me muero de ganas.

-¿Y el tiempo tranquilo y apacible que queríamos pasar a partir de ahora? -preguntó Lisa-Marie.

-Bueno, todavía nos quedan unos días de gracia -dijo Lou, suspirando-. Vamos a disfrutarlos.

16

El descanso duró exactamente cuatro días. Después, los acontecimientos se precipitaron.

Todo empezó de la manera más inocente.

El miércoles por la tarde, Max Lampertinger llegó con el cerdo en su furgoneta verde. Mia y Jo habían acondicionado con sor Bonaventura la parte de atrás del establo para instalar al viejo verraco. Ahora, los dos jóvenes, expectantes delante del cercado, observaban la llegada del nuevo habitante de la granja. Y Lisa-Marie, Anne y sor Bonaventura, que estaban cómodamente sentadas en el jardín tomando una taza de té, se levantaron para recibir a los recién llegados.

-El verde de la furgoneta es tan feo como el del delantal que siempre lleva puesto -le dijo Lou en voz baja a su hermana-. ¿Es que ese hombre no tiene buen gusto para los colores?

Anne sonrió.

-A mí me parece simpático.

-A ti todo el mundo te parece simpático.

-Bueno, ¿y qué? Una persona que pasea voluntariamente a un cerdo viejo por media región tiene que ser simpática.

-O está coladito por nuestra prima -cuchicheó Lou, con cierta excitación-. Fíjate en cómo mira a Lisa-Marie.

Anne se llevó el dedo a los labios en señal de advertencia.

-¡Chist!

Entretanto, habían llegado a la furgoneta.

-Buenas tardes -dijo Max Lampertinger cordialmente, y cerró la puerta delantera.

-Hola, señor Lampertinger -contestó Lisa-Marie, sonriendo-. ¿Me permite que le presente a mi prima Anne y a sor Bonaventura? A Lou ya la conoce. Y estos son mi sobrina, Mia, y su novio, Jo.

Después de saludar a todos, el señor Lampertinger abrió con cuidado la puerta trasera de la furgoneta y echó un vistazo al interior.

-Ya casi lo ha conseguido.

-El pobre animal estará asustado -conjeturó sor Bonaventura-. Tenemos que sacarlo lo antes posible de la caja.

-¿Quiere que lo ayude? -preguntó Lisa-Marie.

-No, gracias, no es trabajo para mujeres -contestó Lampertinger-. Que me ayude el chico. -Miró en dirección a Jo, requiriéndolo.

Jo le echó una mano de buena gana y, al cabo de unos minutos, el verraco estaba en su nuevo establo, olisqueando la paja con curiosidad.

-¡Bienvenido! -Mia le dio unas palmaditas cautelosas en el lomo-. Aquí vas a estar muy a gusto.

-¿Cómo se llama? -preguntó Lou.

-Que yo sepa, no tiene nombre -dijo el señor Lampertinger, encogiéndose de hombros.

-Pues habrá que buscarle uno -decidió Mia.

-Un nombre de la realeza -señaló Jo-. O las vacas se creerán superiores.

Mia se rio.

-¡Eso sí que no!

-Lo que más le conviene ahora al cerdo es que lo dejemos tranquilo, para que se acostumbre al nuevo entorno -dijo sor Bonaventura.

-Hay té recién hecho y pastel de cerezas en el jardín. No tiene prisa, ¿verdad? -le preguntó Lisa-Marie al señor Lampertinger.

-¡No, qué va! -dijo, encantado con la invitación-. Y de paso podemos echarle un vistazo al contrato de alquiler. He traído los papeles.

-De acuerdo. ¡Venga conmigo!

Lou le dio un codazo suave a Anne en el costado.

-El señor Lampertinger no deja pasar una -susurró.

Anne reprendió medio en broma a su hermana con la mirada y la empujó fuera del establo.

-¡Por fin solos! -En cuanto se cerró la puerta, Jo rodeó a Mia con los brazos.

-¡Ay! -Mia fingió defenderse-. No estamos solos, te olvidas del cerdo.

-Seguro que sabe tener la boca cerrada.

-Le hace falta un nombre.

-Hay tiempo. ¿O acaso hemos de presentárselo a alguien?

Mia soltó una risita y trató de librarse del abrazo.

-¿Por qué no vamos con los demás? ¿No tienes hambre?

-No.

-Pues yo, sí. Hay tarta. La ha hecho Lisa-Marie.

-Da igual -le susurró Jo al oído-. ¿Has hecho alguna vez el amor sobre la paja? -Le acercó lentamente los labios a la boca. Después de un beso apasionado y que parecía interminable, Mia consiguió por fin apartarse un poco.

-Jo, sé razonable. ¿En serio quieres que nos revolquemos en el heno sabiendo que en cualquier momento puede entrar alguien?

-Está bien -se lamentó Jo-. Puede que tengas razón.
-Además, el cerdo parece aterrorizado.
-¿Tú crees? Yo lo veo muy contento.
-No será feliz hasta que tenga nombre.
Jo sonrió y le tiró de un rizo.
-Eres muy cabezota.
-Lo sé. -Mia sonrió-. ¿Y qué?, ¿tú qué propones? ¿Se te ocurre un nombre de la realeza apropiado?
-No.
-A mí tampoco. Pero en la sala de estar, al lado de la chimenea, hay revistas viejas. Seguro que encontramos algún artículo sobre las Casas Reales. ¿Vienes?
Jo negó con la cabeza.
-¡Tráelas aquí! Nos ponemos cómodos en la paja y lo pensamos con calma.
-Al revés: primero lo pensamos y luego nos ponemos cómodos en la paja.
-No sé si puedo esperar tanto.
-Yo tampoco. -Mia le tiró un beso con la mano.
-¡Mia!
-¿Sí?
-¡Trae un trozo de tarta!

En el jardín, Lisa-Marie servía la tarta y Anne abría la sombrilla, mientras los otros acercaban las sillas a la mesa y se disponían a sentarse.
Nadie se fijó en Mia cuando cruzó en dirección a la casa. Entró en la cocina, vio un trozo de tarta, puso dos porciones en un plato y se dirigió a la sala de estar. Allí, junto a la chimenea, había un montón de publicaciones viejas en una cesta de mimbre. «Así murió el rey del pop», ponía en grandes letras satinadas de color rojo sangre en la portada de la primera revista. Los demás titulares anunciaban la revelación de la historia secreta de una estrella del tenis y una exclusiva sobre la maternidad subrogada de una actriz famosa.
Mia sonrió divertida. Le gustaba esa clase de revistas, aunque nunca lo habría reconocido en público. Hojeó el ejemplar.
-¿«Carlos Gustavo»? -murmuró-. No, ese nombre ya está ocupado. ¿«Olav»? Poco ocurrente. ¿«Daniel»? Muy alemán. Mmm, va a ser más difícil de lo que creía.
Cuando iba a dejar la revista para alcanzar otra del cesto, su mirada se posó en una foto de la sección VIP. Noticias breves.
Era de una mujer guapa, de pelo castaño, vestida con un traje de noche negro. Todo en ella era perfecto: el collar brillante sobre su precioso escote, el maquillaje discreto, su esbelta figura, incluso su sonrisa radiante. Iba con naturalidad del brazo de su acompañante, un chico muy elegante vestido con un esmoquin negro.
Mia se llevó un susto tan grande que se cayó de espaldas en el sillón. Aquel chico era... ¡Jo! Llevaba el pelo más corto, iba bien afeitado y era la primera

vez que lo veía con traje, pero aun así no cabía ninguna duda: ¡era él!

Se quedó mirando la fotografía, perpleja. Después, al cabo de una eternidad, leyó el pie de foto.

«Hamburgo. Durante el baile benéfico organizado por el Banco Bremthal, el director júnior, Jonathan Bremthal (20, derecha), no se separó del lado de su joven prometida, Cosima von Meyselsteyn (22, izquierda), heredera de la fábrica de porcelana que lleva su mismo apellido. No es de extrañar, ¡estaba impresionante!»

Mia tragó saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la fotografía se desdibujó hasta convertirse en una gran mancha oscura.

Solo podía pensar en que Jo le había mentido. No era simplemente Jo. Era Jonathan Bremthal, el heredero del banco de inversión más conocido de Alemania.

¡No! Se corrigió en el acto. Eso no era lo único que había leído. Otra información se abrió paso en su cerebro.

Jo estaba prometido.

No solo le había ocultado su origen, también había omitido que estaba prometido. ¡Con una muñeca de porcelana con el ridículo nombre de Cosima! Furiosa, estrujó la revista y la tiró en un rincón, pero la recogió al momento y salió hecha una furia por la puerta en dirección al establo.

Al salir al jardín, la llamaron.

-¿Adónde vas con tanta prisa? -dijo Lou, sorprendida.

-A ningún sitio.

-¿Qué te pasa? -insistió-. Te veo rara. ¿Has llorado?

-No.

-¿Y qué haces con esa revista vieja? -intervino Lisa-Marie.

-Nada -masculló Mia, haciendo esfuerzos por controlarse. Otra pregunta y perdería la calma.

Por suerte, allí estaba su madre. A Anne, que era buena observadora, no se le escapó que Mia estaba a punto de deshacerse en lágrimas.

-Siéntate -le dijo.

Tiró con suavidad de su hija para que se sentara en una silla libre y echó un vistazo general al grupo. Mientras el señor Lampertinger estuviera allí, Mia seguramente no diría nada. Así pues, se dirigió sin vacilar a Lisa-Marie.

-¿Qué te parece si empiezas a mirar los papeles del contrato con el señor Lampertinger? En la cocina estaréis más tranquilos. Y, de paso, puedes aprovechar para hacer un poco más de té. No tiene prisa, ¿verdad, señor Lampertinger?

-No, ninguna -contestó el aludido, y siguió a Lisa-Marie de buena gana a la cocina.

En cuanto se cerró la puerta, Mia exclamó:

-¡Es un cabrón!

-¿Quién? -preguntó Lou-, ¿el señor Lampertinger? Pero si no lo conoces.

-No me refiero a él, sino a ese mentiroso hij...

-¡Mia! -Anne hizo un gesto con la cabeza, señalando a sor Bonaventura.

Pero la monja sonrió con indulgencia y se dispuso a levantarse.

-Creo que es hora de irse.

-Puede quedarse -dijo Mia-. De hecho, a usted también la ha engañado. ¡Nos ha engañado a todas!

-¿Quién?

Mia tiró la revista encima de la mesa, sin decir nada. Lou vio el titular de la portada.

-¿Michael Jackson?

-No digas tonterías. -Mia se rio un momento con amargura-. Página cuarenta y tres, en la sección VIP. Noticias breves.

Anne y sor Bonaventura se inclinaron con curiosidad sobre la revista mientras Lou la abría por la página indicada.

-¡No me lo puedo creer! -Lou fue la primera en recuperar el habla-. Nuestro Jo no es un pobre vagabundo, sino un rico heredero.

-Enseguida supe que no era trigo limpio -murmuró Anne.

-Ahora entiendo que conociera nuestra historia -dijo sor Bonaventura-. El Banco Bremthal hace generosas donaciones a nuestra orden.

-¿Qué historia? -preguntó Mia, y se echó a llorar-. Bah, da igual -sollozó.

Anne la abrazó para consolarla.

-¡Me ha mentido! -gimoteó Mia.

-Nos ha mentido a todas -constató Anne con rabia.

-No puedo creer que esté prometido. -Sor Bonaventura miraba la fotografía, pensativa-. Es muy joven todavía.

-¿Quién?

Jo estaba junto a la mesa. Las mujeres, que no lo habían oído llegar, se separaron sobresaltadas. Mia se deshizo del abrazo de su madre y se secó rápidamente las lágrimas.

-¿Qué te pasa, Mia? -preguntó Jo, preocupado-. ¿Te encuentras mal?

-¿Que si me encuentro mal? -repitió Mia, y se levantó muy despacio, casi a cámara lenta-. ¿Que si me encuentro mal? -dijo de nuevo, pero esta vez le falló la voz.

-¡Mia! -Jo dio un paso hacia ella con cautela, pero Mia retrocedió.

-No te atrevas a tocarme.

-¿Puede alguien explicarme lo que pasa? -Miró confuso a las mujeres, una a una-. Mia ha ido a buscar una revista. Y ahora me la encuentro aquí, con vosotras, y parece...

-¡Ja! -lo interrumpió Mia-. Ya sé qué nombre vamos a ponerle al cerdo. ¿Qué te parece «Cosima»?

-No puede ser, es nombre de chica. -Seguía sin entender ni sospechar nada.

-Pues, entonces, ¿qué te parece «señor Meyselsteyn»? Queda muy aristocrático con esas dos íes griegas. -Mia agarró la revista y se la tiró a los pies.

-¡Oh! -Jo recogió la revista del suelo y lanzó un gemido al leer el artículo-.

Supongo que no lo crees, ¿verdad?

-¿Qué?, ¿que eres Jonathan Bremthal? -Mia soltó una carcajada nerviosa-. Pues claro que no, tranquilo. Seguro que no eres más que un doble mal afeitado que ha tenido que huir de su familia y refugiarse con nosotras.

-Mia, por favor, puedo explicártelo.

-No hace falta. En la revista dicen todo lo que tenía que saber.

-¡Pero la mitad no es cierto!

-¡Me has mentido! -gritó Mia-. No me dijiste quién eras.

-Tenía mis motivos.

-¿Y cuáles son esos motivos? ¿Estás en misión secreta? ¿Querías probar qué se siente al ligarse a un par de plebeyas ingenuas?

-¡No, maldita sea! -Jo estaba desesperado.

-¿Pues qué?

-Mia, por favor, ¿no podemos hablarlo con calma en otro sitio?

-No. Que se enteren también ellas de que eres un mentiroso infame.

-Yo no he mentido -se defendió-. Lo único que he hecho es no contar toda la verdad.

-Eso es igual de malo. Confiaba en ti. Tenías que haberme contado la verdad.

-Pero si tú misma dijiste el otro día que no querías saber nada de secretos en una temporada.

-¡Esa es una excusa barata! Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Jo estuvo a punto de contestar desabridamente, pero lo pensó mejor.

-De acuerdo. ¿Qué quieres saber? -preguntó al fin.

-La verdad. Ni más ni menos.

Sor Bonaventura, Anne y Lou se levantaron casi al unísono.

-Esto no nos atañe a nosotras -dijo Anne cariñosamente, y le acarició el pelo a su hija.

-Nos vamos a la cocina -añadió Lou-. Llámanos si nos necesitas.

-Y yo tengo que irme a casa. -Sor Bonaventura fue la única que también miró a Jo con compasión.

-¡Bueno! -Mia levantó la cabeza cuando se quedaron solos y lo miró directamente a los ojos-. Ya puedes empezar.

-Mi verdadero nombre es Jonathan Bremthal -dijo con voz insegura-. Tienes razón, en ese punto no te he dicho la verdad.

-¿Por qué no?

-Quería pasar desapercibido. La gente reacciona de un modo diferente cuando saben quién soy.

-¡Tonterías!

-Me he tomado un año sabático para pensar con calma qué quiero hacer en la vida.

-¿Qué tienes que pensar? Eres un rico heredero.

-¿Lo ves? Ya no me hablas como antes. -Jo suspiró con tristeza-. No quiero hacerme cargo del banco, al menos de momento. Antes quiero hacer algo por

mi cuenta.

-¿Vagar sin rumbo y partir el corazón a las chicas? ¿Cuántas han caído antes que yo?

-Ninguna -aseguró con énfasis-. Créeme, enamorarme no entraba en mis planes. Pero tú... Bueno, ocurrió.

-¿Ocurrió? -repitió Mia, muy enfadada-. ¿Tú lo ves así? Es posible que los accidentes "ocurran", pero los sentimientos no. ¡Los sentimientos surgen y crecen!

-De acuerdo, dilo como quieras.

-¿Ah, sí? ¿A ti no te importa lo que sientes? ¿Nunca te has parado a pensarlo?

-¿De qué va esto? ¿Es una discusión de principios?

-Estamos metidos de lleno en una. -Mia señaló la fotografía y continuó con el interrogatorio-. ¿Qué pasa con la tal Cosima?

-Salimos una temporada. -Jo se encogió de hombros.

-Tampoco me lo dijiste.

-No me preguntaste por mis antiguas novias.

-Una prometida es algo más que una novia.

-No estábamos prometidos, eso es mentira.

-Lo dicen en la revista.

-No pretenderás discutir conmigo lo que hay de verdad en ese pie de foto, ¿no? -Jo también empezaba a enfadarse.

-No -dijo Mia-. Está visto que tu relación con la verdad es muy curiosa.

-Mi único delito es no haberte dicho quién era.

-Para mí, es un delito capital. Si no me dices quién eres, ¿cómo voy a creerte en otras cosas?

-Tienes que hacerlo.

-No tengo por qué -Mia levantó la cabeza, en un gesto de obstinación.

Jo frunció el ceño.

-¿Y qué hacemos ahora?

-Na-da -dijo Mia con mucho énfasis.

-No te entiendo.

-Sí, me entiendes muy bien. Tienes que irte. No puedo seguir contigo.

-¡Pero, Mia! -Intentó agarrarle la mano, pero Mia se apartó.

-Te lo repito: ¡vete!

-No puedes decirlo en serio.

-Lo digo muy en serio.

Unos lagrimones empezaron a deslizarse por sus mejillas. Jo quiso acercarse a ella, pero Mia lo detuvo con un gesto y corrió a refugiarse en la casa. La siguió, pero Lou y Anne lo detuvieron en las escaleras.

-Ya conoces las normas -le dijo Anne fríamente-. El piso de arriba es tabú para ti.

-Pero... -Jo miró desesperado a Mia, que en ese momento desaparecía en el primer piso-. Por favor, ¡tengo que hablar con ella!

-Haberlo pensado antes -replicó Lou-. Y, sobre todo, haberle dicho la verdad.

-Todos los acusados tienen derecho a una defensa.

-La mayoría siguen mintiendo alegremente.

-Eso no es justo.

-Tampoco ha sido justo que nos engañaras.

-Lo siento.

-Eso me lo creo.

Jo miró al suelo.

-Quiere que me vaya -murmuró, desvalido.

-Has abusado de su confianza -dijo Anne-. No esperes que siga contigo como si nada hubiera pasado.

-¡Pero puedo convencerla!

-No. La conozco mejor que tú.

-Pero...

-No te escuchará.

-Pero, a lo mejor, cuando pase un tiempo...

-¡Nunca! -bramó Mia en el piso de arriba-. ¡Lárgate de una vez!

-¡Mia! -Desesperado, Jo miró hacia las escaleras y después a las dos mujeres que le bloqueaban el paso. Al final, asintió con resignación-. Entendido, voy a recoger mis cosas.

-¿Ahora? -preguntó Lou.

-Sí, cuanto antes me largue, mejor para todos.

-¿Adónde vas a ir?

-Ni idea. A lo mejor el señor Lampertinger puede llevarme a Füssen.

El aludido, que salía justo en ese momento con Lisa-Marie de la cocina, se detuvo en el umbral de la puerta.

-Eh... Sí, claro, puede venir conmigo -dijo, observando con asombro la pequeña reunión que se había formado al pie de las escaleras.

Lisa-Marie comprendió rápidamente la situación. Había ocurrido algo grave. Pero, fuera lo que fuera, le dio la impresión de que Jo necesitaba ayuda urgentemente.

-Ven -le dijo, y le tiró suavemente de la manga. Se lo llevó a su cuarto y cerró la puerta-. Te ayudaré a recoger tus cosas. Y, mientras tanto, cuéntame con calma lo que ha pasado -añadió-. Tal vez juntos encontremos una solución.

Lou corrió las cortinas de color azul oscuro y encendió la lamparilla de la mesita de noche. Después se metió en la cama y, suspirando, hundió la cabeza en la almohada. Solo eran las ocho de la tarde, pero estaba hecha polvo.

Hacía cuatro horas que Jo se había marchado precipitadamente. Cuatro horas que las tres habían dedicado a intentar calmar a Mia, a analizar minuciosamente los últimos acontecimientos y a cenar sin ganas. Tras esas cuatro horas, sin embargo, habían tenido que aceptar, agotadas, que no podían

ayudarle y que solo les quedaba confiar en que el tiempo le curase la herida.

Lou se tapó hasta la barbilla y respiró hondo unas cuantas veces. Mia superaría lo de Jo, naturalmente. No era la primera chica que lloraba por su gran amor. Sin embargo, la desdicha de su sobrina la afectaba mucho. Tanto que, de repente, añoró a Christoph: necesitaba cariño y consuelo. Y, con cierto remordimiento, reconoció también que necesitaba saber, de una vez por todas, lo que opinaba él de tener un hijo.

¡Pero antes tenía qué decirle que estaba embarazada! Aunque fuera por teléfono...

Totalmente decidida, agarró el móvil y marcó su número. Christoph contestó al quinto tono. Eso era una mala señal, seguramente estaba en plena reunión.

-Hola, Lou -la saludó parcamente y ahogando la voz. Al parecer, se había retirado a un rincón de la sala de redacción para no molestar a sus compañeros.

Lou suspiró. No eran unas condiciones muy favorables para mantener una conversación sincera. A pesar de todo, intentó que la voz le sonara alegre y confiada.

-¡Hola, Christoph! ¿Qué estás haciendo?

-Ya lo sabes -contestó, pasmado.

Lo sabía, por supuesto. Los miércoles a esa hora siempre estaba reunido. Y también sabía que no quería que lo molestaran durante la reunión. Tenía que ir al grano lo antes posible o perdería el valor.

-Eh... bueno -empezó, y se interrumpió, dubitativa. Debería haber pensado antes lo que iba a decirle.

-¿Ha pasado algo?

-No -lo tranquilizó, para añadir acto seguido-: Es decir, sí.

-¿En qué quedamos: sí o no?

-¿Chris? -dijo una voz femenina en la sala de redacción-. ¿Vienes? ¡Te necesitamos aquí!

-¡Ya voy!- contestó Christoph con voz apagada, probablemente porque había tapado el teléfono con la mano. Después habló de nuevo con voz firme y clara-. ¿Lou? Espero que sea importante.

Estaba claro que no se mostraba muy comprensivo con la llamada. De repente, ni ella misma entendía por qué tenía que contarle la noticia justo en ese momento. Seguramente era por culpa de la discusión que habían tenido Mia y Jo. Acababa de aprender lo que puede pasar cuando se oculta la verdad durante demasiado tiempo.

Había llegado el momento de aclarar las cosas.

-Sí, es importante -contestó con voz firme-. Estoy embarazada.

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

-¿Christoph? -preguntó cautelosamente.

-Sigo aquí -contestó con voz ronca, y carraspeó.

-Voy a tenerlo -añadió rápidamente-. Digas lo que digas.

No dijo nada.

-¿Chris? -dijo de nuevo una voz al fondo-. ¿Vienes?

-Un momento..., ya voy... Yo... -balbuceó Christoph. La situación parecía superarlo.

-¡Lo siento! -se disculpó Lou.

-Está bien, yo... yo estoy... es... ¡Vaya!

-Es mejor que colguemos ahora, llámame tú más tarde -propuso Lou.

-Eh... sí. - A Christoph pareció aliviarlo que Lou decidiera por él.

-Bueno, pues ¡hasta luego!

Lou colgó, pero se quedó un rato mirando pensativa la pantalla. En ella tenía una fotografía de Christoph en la playa de Saint Tropez. Llevaba gafas de sol, el pelo desgreñado por el viento y tenía una pequeña quemadura en la nariz. De buen humor y muy relajado, totalmente distinto del periodista agobiado con el que acababa de hablar.

Pero ¿qué esperaba? ¿De verdad creía que iba a recibir la noticia dando saltos de alegría?

17

A la mañana siguiente, Anne salió de la habitación sin hacer ruido. Cerró la puerta con cuidado y bajó a la cocina.

Como era de esperar, Lisa-Marie ya estaba sentada a la mesa del desayuno, leyendo el periódico. El aroma a café recién hecho colmaba el aire, y en la mesa había una bolsa de panecillos y un trozo de tarta que había sobrado del día anterior.

-Buenos días. -Anne alcanzó una taza del armario y se sentó a la mesa con su prima.

Lisa-Marie le acercó la cafetera y Anne se sirvió. Bebió un sorbo y se reclinó en el asiento, emitiendo un suspiro de alivio.

-¡Qué bien sienta!

-¿Cómo está Mia?

-Sigue durmiendo.

-¿Qué tal la noche?

-Las he tenido mejores.

-¡Yo también! -Lou entró en la cocina arrastrando los pies y se detuvo delante de la mesa-. ¿Por qué no te has vestido, Anne? Son casi las nueve y media.

-No me apetecía ducharme. Además, tampoco es que tú vayas muy elegante.

Lou se había puesto los vaqueros y un jersey, pero iba despeinada y parecía medio dormida.

-¿Y qué más da? Ya no hay nadie en la casa por el que tengamos que ponernos guapas.

-Sí -dijo Lisa-Marie suspirando-. Jo se ha ido.

-Ni se te ocurra mencionarlo cuando baje Mia -la advirtió Anne-. O se echará a llorar otra vez.

-¡Pobrecita!

-Necesito un té. -Lou enchufó el hervidor de agua. Al hacerlo, miró por la ventana y vio el establo-. ¿Se ha encargado alguien de los animales?

-Les he dado de comer, pero después hay que hacer el resto -contestó Lisa-

Marie.

-Yo te ayudo -prometió Anne-. Y a Mia no le vendría mal tomar un poco el aire.

-Yo también voy -dijo Lou-. Si trabajo, al menos no tengo que pensar.

-¿En qué?

-En Christoph. -Suspiró con tristeza-. Anoche lo llamé por teléfono y le dije que estoy embarazada.

-¿Y?

-Nada. Estaba en plena reunión y quedamos en que me llamaría más tarde. Pero todavía no lo ha hecho.

-A lo mejor está ocupado -insinuó Lisa-Marie.

-¿Tan ocupado que no tiene tiempo para llamar a su pareja, que acaba de decirle que está embarazada? -objetó Anne.

-Tienes razón, no tiene mucho sentido.

-Esta mañana he intentado hablar con él un par de veces. Pero no contesta -dijo Lou, mientras se servía un té con movimientos que denotaban cansancio y apatía.

-Seguro que hay un buen motivo para que se comporte así - dijo Lisa-Marie-. No es propio de él no decirte nada.

-No, no lo es -confirmó Anne.

-Pero ¿y si lo es? -preguntó Lou en voz baja-. ¿Qué hago yo entonces?

-Te daremos la bienvenida al club de los corazones rotos -dijo Mia con voz ronca en la puerta. Tenía la cara llorosa, pero consiguió esbozar una sonrisa. Anne y Lisa-Marie se echaron a un lado para hacerle sitio en el banco rinconero.

-¿Quieres un té? -le preguntó Lou.

-¿Cuál me ofreces?

-«Té para el buen humor, con jengibre y hierba luisa» -leyó Lou en el paquete, y esbozó una sonrisa de disculpa-. Es lo que pone aquí.

-Pues ponme una jarra entera -murmuró Mia-. A lo mejor funciona.

-¡Por los hombres que no valen la pena! -Lou brindó chocando su taza de té con la de Mia.

Mia asintió, enfadada.

-¡Por todos los hombres que nos mienten y nos engañan!

-¡Exacto! Sin ellos se está mucho mejor.

-¿Quién los necesita?

En ese momento sonó un teléfono. Lou y Mia dejaron en el acto las tazas y sacaron el móvil, pero volvieron a guardarlo cuando Anne dijo alegremente:

-Es el fijo, ¿no lo oís?

El teléfono estaba en la sala de estar, encima de una mesita auxiliar.

-¿Diga? -contestó Anne.

-¿Anne?, ¿eres tú? -preguntó una voz aguda de mujer, que respiraba entrecortadamente.

-¿Daggi?

-Sí, ¿quién quieres que sea? ¡Me alegro de encontrarte en casa! No me aclaro con esos números de móvil tan largos, por eso he probado con el fijo.

-¿Ha pasado algo?

-No, tranquila. Los chicos están bien. -Hizo una pausa teatral, algo muy típico en ella y que solían poner a Anne de los nervios-. Pero no pienso aguantar más esta situación.

-¿Por qué? -Anne se temió lo peor: ¿la asistenta no hacía bien su trabajo?, ¿el frigorífico se había estropeado?, ¿los niños se habían vuelto descarados?

-«¿Por qué?» -repitió Daggi, y se rio con amargura-. Simplemente, porque la conducta de Stefan me parece muy desconsiderada.

-¿Cómo? -Anne pensó que lo había oído mal.

-Desconsiderada y egoísta. -De nuevo una pequeña pausa-. Solo piensa en el trabajo. Sus hijos y su madre no le importan nada.

También tiene mujer y una hija, pensó Anne, pero se guardó el comentario.

-¿Hablamos del mismo Stefan, de tu hijo? -preguntó para asegurarse.

-Exacto.

-Es un médico de renombre y tiene muchos compromisos. Es lo que tú me dices.

-Es que no tenía ni idea del poco tiempo que pasa con su familia. ¿Cómo lo soportas?

-No siempre es fácil -admitió Anne. No quiso decir nada más porque la inquietaba que su suegra hubiera cambiado de bando sin previo aviso.

-¡Tenéis que cambiar algunas cosas! -Anne contó hasta tres, y Daggi prosiguió-: De lo contrario, ya puedes pedir el divorcio ahora mismo. Seguro que tu vida será más sencilla si no tienes que estar siempre esperándolo.

-Sí, tal vez -murmuró Anne. ¿Su suegra acababa de recomendarle que se divorciara?

-Me quedo hasta el domingo. -Hizo una pausa-. Después, vuelvo a casa. Ya se lo he dicho a Stefan. Te llamará hoy a alguna hora.

-Volveré el domingo.

-Y yo procuraré cantarle las cuarenta a mi hijo -prometió Daggi-. Tiene una familia maravillosa y no la cuida.

Anne tragó saliva. No sabía qué era peor: que su suegra tomara partido por ella o que dijera las verdades tan crudamente.

-Anne, ¿me has oído?

-Sí -respondió tras unos instantes-. Nos vemos el domingo.

-¿Qué pasa? -preguntó Lou cuando Anne volvió a la cocina.

-Era Dagmar. El domingo se va a su casa. -Distraída, alcanzó un trozo de tarta-. Creo que me vuelvo a la cama y me taparé hasta la cabeza.

-No te entiendo -dijo Lisa-Marie-. ¿No te alegrabas siempre cuando se iba?

-Esta vez, no -aclaró Anne con la boca llena-. En primer lugar, porque no estoy allí; en segundo, porque eso significa que, como muy tarde, tengo que volver a casa el domingo, y en tercero... -Dudó antes de proseguir.

-¿Sí? -insistió Lou.

-En tercero, porque digamos que emprende la huida por no aguantar más tiempo en mi casa.

-Seguro que es por culpa de Jan y de Tom -conjeturó Mia enseguida-. Conozco a mis hermanos.

-Error -dijo Anne, negando con la cabeza-. Es por papá.

-¿Ha discutido con él?

-No. Pero ahora ve cómo es de verdad su hijo. Y dice que se preocupa muy poco de su familia.

-Esa mujer es una pesada, pero es más lista de lo que creía - murmuró Lou.

-Sí. -Anne se tragó el bocado de tarta con la ayuda de un sorbo de café-. Me temo que, para mí, se acabó el tiempo idílico en Algovia. Tengo que volver a casa.

-¡Tienes que hablar con papá!

-Ya lo sé. Y me da pánico.

-¿Quieres un poco de té para el buen humor? A lo mejor te ayuda.

-Bueno, en ocasiones, la vida te enfrenta a hechos consumados -dijo Lou, citando al abuelo Johann.

-Pero depende de nosotros sacarles partido -completó Anne.

Se quedaron un rato en silencio, hasta que Mia se levantó.

-¡Somos unas aburridas! ¡Hala, vamos al establo! Trabajar no le hace daño a nadie.

Salió de la cocina con Lou y Lisa-Marie.

Anne se quedó sola.

Recogió las tazas, dobló el periódico, le puso comida al gato y sacudió los cojines del banco.

Lamentablemente, después no encontró ninguna otra actividad que le impidiera llamar a Stefan. Así pues, agarró el móvil y marcó el número. La secretaria contestó al segundo tono.

-Lo siento mucho, señora Wassermann, pero el doctor está en el quirófano.

-¿Y cuándo saldrá?

-No sabría decirle.

-¿Tiene algo por la tarde?

-Sí, la reunión semanal de los médicos jefes. Empieza a las dos, y esas reuniones siempre se alargan.

-Lástima -dijo Anne en voz baja.

-¿Quiere que le dé algún recado?

-No, gracias. Ya llamaré más tarde.

Colgó y se comió otro trozo de tarta. Enseguida se le hizo un nudo en la garganta, y supo que no era por culpa del bizcocho.

Gimiendo, se sentó en la silla que tenía más cerca. ¡No conseguía hablar con Stefan! Siempre estaba ocupado. ¿Cuánto tiempo más aguantaría esa situación?

-No mucho -murmuró, con la voz ahogada por las lágrimas, y apoyó la cabeza en las manos.

Así la encontró sor Bonaventura cuando entró en la cocina, cinco minutos después.

-¿Anne? -dijo con cautela.

La aludida levantó la cabeza.

-¿No se encuentra bien?

-Sí, sí. -Anne se apresuró a secarse las lágrimas.

-Se lo preguntaba porque aún va en camisón.

-Así van hoy las cosas.

-¿Dónde están los demás?

-En el establo.

-¿Todos? ¿Mia ha hecho las paces con Jo?

-No -dijo Anne, y, después de una breve pausa, añadió-: Jo se ha ido.

-¡Cuánto lo siento! -Sor Bonaventura se dejó caer en una silla, suspirando-. Pero ya me lo imaginaba. ¿Se las arreglarán sin él?

-No lo sé.

La monja la miró, pensativa. Nunca la había visto tan parca en palabras.

-Le preocupa algo, ¿verdad? Y no es solo el asunto de Jo.

-No -reconoció Anne de mala gana.

-¿Puedo ayudarle de alguna forma?

-Creo que no.

-Déjeme intentarlo.

-¿Qué sabe usted de problemas matrimoniales?

-Algo sé.

-No está casada.

-Estrictamente hablando, sí -replicó sor Bonaventura, guiñándole un ojo-. Pero dejemos eso.

Anne sonrió.

-¿Lo ve? Así me gusta más. Y ahora, ¡cuénteme! ¿Por qué está tan angustiada?

-En realidad, solo es un problema ridículo de horarios -admitió Anne, después de pensarlo un poco. No tenía intención de explayarse con sor Bonaventura contándole sus problemas matrimoniales. Sin embargo, tampoco le perjudicaría oír su consejo-. Mi marido nunca tiene tiempo para hablar conmigo tranquilamente.

-Es un médico muy bueno y de mucho prestigio, ¿no es cierto?

-Sí, un santo, por así decirlo. -Anne sonrió con la comparación-. Y a usted, ¿qué tal le va? ¿Dios puede dedicarle tiempo?

-¿A qué se refiere?

-Bueno, Dios tiene que salvar constantemente al mundo y no puede estar siempre con usted.

Sor Bonaventura comprendió y asintió.

-Cuando quiero hablar con él, voy a verlo.

-Buena idea -murmuró Anne, intentando imaginarse cómo reaccionaría Stefan si ella entrara de repente en el quirófano.

-No, en serio, a veces hay que seguirlo, si hace falta hasta la iglesia.

-¿Y si hay mucha más gente que necesita su ayuda?

-Espero a que tenga una hora de visita libre. Si atiende a los demás, también me atenderá a mí. -Sor Bonaventura volvió a guiñarle un ojo-. ¡Haga la prueba!

-A lo mejor lo intento -dijo Anne, pensativa-. ¡Gracias por el consejo!

-De nada. -Sor Bonaventura se levantó-. Y ahora voy a ver si me necesitan en el establo.

-Yo voy enseguida. Pero antes tengo que solucionar una cosa.

Anne se quedó mirando a sor Bonaventura, asombrada y pensativa. El sencillo consejo que le había dado, pedir hora de visita con Stefan, era fácil de poner en práctica. Y si le reservaba una hora en su agenda, ¡tendría que prestarle atención!

La secretaria de Stefan contestó de nuevo al segundo tono.

-Quería pedir hora con el doctor Wassermann -dijo Anne, disimulando la voz.

-¿Tiene el volante del médico de cabecera?

-Sí -mintió Anne.

-¿Es urgente? -preguntó la secretaria.- ¿Tiene molestias?

-Sí, muy fuertes -le aseguró Anne-. No admiten demora.

-Tiene suerte. Acaban de anular una visita para este lunes. ¿A las diez?

-De acuerdo, me lo apunto.

-¿Cómo se llama?

-Thune -contestó Anne sin dudarlo-. Marie Thune.

-De acuerdo, señora Thune. El doctor Wassermann la recibirá el lunes a las diez.

18

-¿Te ha llamado Christoph? -preguntó Lisa-Marie mientras merendaban.

Lou hizo una mueca de tristeza y se le humedecieron los ojos.

-No. Y no consigo hablar con él.

-Todos los hombres son iguales -murmuró Mia-. Primero se divierten y luego nos dejan tiradas.

-O no se preocupan por nosotras -añadió Anne, meditabunda.

Mia asintió.

-Es lo mismo.

-No, no lo es -replicó Anne-. Porque contra eso hay remedio.

-¿Ah, sí? -Lou levantó la cabeza con asombro-. ¿Y cuál es?

-He pedido hora de visita en la consulta de Stefan. Oficialmente. No podrá salir corriendo. -Anne sonrió. Por primera vez en muchos días, parecía relajada y tranquila-. El lunes que viene.

-¿El lunes? -preguntó Mia, consternada-. ¿Tan pronto vuelves a casa? ¿Tengo que ir contigo?

-Pues claro. Al fin y al cabo, falta poco para el examen.

-No quiero irme -se lamentó Mia-. A pesar del fastidio con..., con... -Le costaba pronunciar el nombre-. Con Jo -dijo al fin-. Me gusta esto. Además, Lisa-Marie necesita ayuda en la granja y en la tienda nueva.

-¿Y qué pasa con la universidad?

-No empieza hasta octubre. Tranquila, me ocuparé de todo.

-A mí me gustaría que te quedaras -dijo Lisa-Marie-. Me da un poco de miedo pensar que me dejaréis sola tan pronto.

-No creo que eso pase -intervino Lou, con un hilo de voz que no era habitual en ella-. Yo... también estoy pensando en empezar de nuevo.

Tres pares de ojos la miraron con sorpresa

-¿Empezar de nuevo?

-Sin Christoph -dijo, tragando saliva.

-¿No te estás precipitando un poco? -preguntó Anne.

-¿Se te ocurre algo mejor?

-No -admitió Anne-. Pero ¿por qué precisamente en Pfronten?

-Lo que sea antes que tropezarme constantemente con él. Así que, ¿por qué no aquí? Es mucho más bonito criar a un hijo en el campo. ¿Qué tiene de malo?

-Casi todo -contestó su hermana con determinación.

-¿Por ejemplo?

-Tu trabajo. ¿Qué harás con la oficina de Dortmund?

-Puedo delegar el trabajo y abrir una sucursal aquí. Pregúntaselo a Lisa-Marie, su casero me garantizó que me pasaría encargos.

-No sé -dijo Lisa-Marie tímidamente-. ¿Crees que hablaba en serio?

-Tanto da. Un negocio bien planteado siempre sale adelante.

-¿Y tus amigas de Dortmund?

-Todas mis amigas son profesionales sin hijos. Tendré que olvidarme de ellas en cuanto nazca el niño.

-Pero ¿dónde vivirás?, ¿aquí, con Lisa-Marie?

-Puedo reformar la casita de retiro.

-¿Estás segura? Eso requerirá mucho trabajo.

-Lo sé, pero me las apañaré. -Lou sonrió un poco forzada-. Hasta ahora, siempre he conseguido lo que me he propuesto.

Anne escrutó a su hermana con la mirada. La conocía y sabía que acostumbraba a emprender la huida hacia delante cuando tenía problemas.

-¿No hay sitio para Christoph en tus planes? -preguntó con cautela.

-No. Por lo que parece, tampoco hay sitio para mí en su vida.

-No lo sabes con certeza.

-Pues ya me dirás tú por qué no me llama.

-Ni idea. -Anne se encogió de hombros sin saber qué contestar-. Pero algún día tendrás que hablar con él, ¿no?

-Si quiere algo, que venga -dijo Lou, y levantó la barbilla en un gesto de obstinación.

-Te duele que te deje en la estacada precisamente ahora.

-¡Sí! -exclamó Lou, y se levantó bruscamente-. Pero no quiero seguir hablando del tema. Y ahora, perdonadme, voy a echar un vistazo con calma a la casita.

En cuanto Lou entró en la casita, intentó olvidar los pensamientos negativos. Estaba decepcionada, disgustada y furiosa, y se sentía terriblemente desvalida. Pero no servía de nada seguir pensando en el comportamiento de Christoph.

Por lo visto, a partir de ahora tendría que arreglárselas sin él. Aunque, en el fondo, no estaba sola. Tenía a su hijo. Y también a Lisa-Marie, Anne y Mia: su pequeña familia, con la que se había encariñado mucho las últimas semanas. Podía confiar en esas mujeres.

Naturalmente, no eran como sus amigas. Podían ser enervantes, ruidosas y a veces bastante raras. Y, sin embargo, sabía que su familia no la dejaría en la estacada nunca, pasara lo que pasara.

La idea de instalarse en Pfronten le había estado rondando por la cabeza todo el día, pero solo al sacar a relucir el tema a la hora de la merienda había comprendido que iba realmente en serio.

Allí podía crear un nuevo hogar.

Mientras deambulaba por la casita, intentó observar los distintos espacios con la mirada profesional de una interiorista. La sala de lectura se quedaría como estaba. Evidentemente, habría que desechar algunos de los volúmenes que llenaban las estanterías. En su lugar pondría sus propios libros, y, con el tiempo, seguro que se añadirían unas cuantas obras infantiles: *Pipi Calzaslargas, La pequeña oruga glotona* o *Winnie the Pooh*.

Esbozó una sonrisa al imaginarlo.

El suelo de madera del pasillo parecía en buen estado, solo hacía falta pulirlo y encerarlo. La cocina era vieja y habría que reformarla entera, pero ya tenía en la cabeza una imagen clara de cómo sería: utilizaría muebles de estilo rústico. La tercera estancia de la planta baja era lo bastante grande como para hacer las veces de salón y de sala de juegos.

Con curiosidad, subió al piso de arriba. Tuvo que abrirse paso entre muebles antiguos y cojines para llegar a los tres dormitorios.

Al abrir la puerta del primero, se quedó boquiabierta. En medio del cuarto estaba la cuna pintada de blanco que Johann había construido para sus nietos. Lou no sabía que aún existía. Acarició cariñosamente la madera lacada y echó un vistazo al interior de la cuna. Era más que probable que pronto hubiera un recién nacido en ella.

¡Su hijo!

-Hola, Lou. -La voz de Christoph no sonó tan firme como de costumbre, y Lou se estremeció, asustada.

Le dio un mareo y se agarró al borde de la cuna en busca de apoyo. La cuna empezó a balancearse y no la sostuvo. Christoph llegó enseguida a su lado y la sujetó.

-¡Cuidado! -susurró, y la estrechó en sus brazos.

-Pero... ¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Qué haces aquí? -balbuceó Lou, intentando reprimir las lágrimas que le asomaban a los ojos. En vano: la silueta de Christoph se desdibujó ante sus ojos.

-Ya está, no ha pasado nada -dijo, y le acarició la mejilla para tranquilizarla.

Sollozando, Lou apoyó la cara en el cuello de Christoph, que la estrechó entre sus brazos aún con más fuerza y la meció con cariño.

-¿Te encuentras mejor? -preguntó en voz baja.

-No sé -contestó ella, gimoteando. La repentina aparición de Christoph la había trastornado, y los sentimientos que tanto se había esforzado por reprimir afloraban ahora sin control. Asustada, confusa y, aun así, loca de alegría, lloraba con grandes lagrimones que caían en el cuello de la camisa de él. Al cabo de unos instantes, levantó la cabeza-. ¡Perdona!

Christoph le puso un dedo en los labios.

-No tienes que pedir perdón por nada.

-Es que... yo... pensaba que... no vendrías... y que...

-¡Un momento! -la interrumpió bruscamente-. ¿De verdad creías que te iba a dejar colgada?

Lou asintió y se secó las lágrimas de las mejillas. El cariño y la cercanía de Christoph empezaban a tranquilizarla.

-¡Lou Sonntag! -La apartó con suavidad un poco para poder mirarla a los ojos-. Creía que me conocías mejor.

-Estaba muy confusa -se defendió Lou, y se llevó la mano inconscientemente a la barriga-. Ha sido tan inesperado... ¡No entraba en nuestros planes!

-Sí, eso es cierto. - Christoph sonrió tímidamente, y puso la mano encima de la suya-. Pero ese «cambio de planes», como tú lo llamas, no significa que vaya a salir corriendo. Al fin y al cabo, yo te quiero... Os quiero -añadió con voz cariñosa. Y con la mano libre la atrajo de nuevo hacia sí y la besó.

A Lou volvió a darle un mareo. Pero esta vez disfrutó de la sensación, porque Christoph estaba con ella.

Y todo estaba bien.

-Te he mojado la camisa -dijo Lou, mirando el cuello con lástima.

-No importa -contestó Christoph con una sonrisa.

Lou estiró la tela para alisarla y pasó la mano por la mancha de humedad. Entonces se dio cuenta de que Christoph no llevaba chaqueta.

-¿Dónde están tus cosas?

-En la casa, se las he dejado a Lisa-Marie.

-¿Quieres que vayamos y te cambias?

-No, antes me gustaría estar un rato contigo sin que nadie nos moleste.

Lou se le arrimó.

-Fantástico.

-La reacción que has tenido... -dijo, y titubeó-. ¿De verdad pensabas que iba a dejarte tirada?

-Bueno, ni yo sé exactamente lo que pensaba. Pero ten en cuenta que no he sabido nada de ti desde anoche. Cualquiera habría pensado disparates.

-Anoche se nos hizo tarde en la redacción. Y está mañana he tenido que solucionar un par de asuntos antes de subirme al coche y venir lo antes posible.

-¿Por qué no me has llamado?

-No se puede hablar por teléfono de algo tan importante.

-Podíamos haberlo intentado.

-¿Igual que la conversación de ayer? ¡Eso sí que no! -exclamó-. Fue como un mazazo en la cabeza. Después me pasé toda la reunión en estado de coma.

-Lo siento.

Christoph tocó la cuna.

-Me quedé conmocionado.

-Lo siento -murmuró de nuevo Lou.

-No tienes por qué. Después de todo, no eres la única responsable, ¿no? Yo

he participado al cincuenta por ciento. -Sonrió para animarla.

Lou asintió.

-Pero luego, entrada la noche, estuve reflexionando -prosiguió- y llegué a la conclusión de que soy un burro.

-¿Un burro?

-Sí. Un burro malcriado de cuarenta y tres años al que le gustan la comodidad y el lujo. Me cuesta imaginar mi vida patas arriba por tener un hijo -Suspiró y se dio unos golpecitos en el pecho con la mano-. Pero, en lo más hondo de su corazón, algo le dice al viejo burro que quizá esta sea la última oportunidad de fundar su propia manada.

-¿Una manada entera?

-¡Tranquila! Tres ejemplares también forman una manada: el padre burro, la madre burra y un borriquito.

-Entonces, quieres fundar la manada conmigo. -Lou intentó hablar con objetividad, pero no pudo evitar que la voz le fallara de emoción.

-Sí, quiero.

-¡Gracias a Dios! Pensaba que tendría que criar sola al borriquito.

-De ninguna manera. -La abrazó de nuevo y la besó con ternura-. No sé lo que nos espera, pero creo que va a ser la mayor aventura de nuestra vida.

-Yo también lo creo.

-Nuestra vida cambiará radicalmente.

-Lo sé.

-Habrá que hacer reformas en el piso, no es apropiado para un niño.

-También podemos mudarnos.

-Por mí, de acuerdo. ¿Qué te gustaría?, ¿una casita con jardín en el sur de Dortmund?

Lou titubeó.

-Algo parecido. Pero quizá un poco más al sur...

-Ya tienes algo pensado, ¿verdad?

-Bueno...

-¡Suéltalo!

-De acuerdo. -Lou respiró hondo-. ¿Qué te parece esta casa?

-Preciosa. -Echó un vistazo alrededor sin dejar de abrazarla-. Siempre me ha gustado. Pero está un poco lejos de Dortmund, ¿no crees?

-Tú siempre dices que podrías vivir en cualquier sitio.

-Sí, claro. Pero... ¿y el trabajo?

-Seguro que hay un modo de arreglarlo.

-Mmm... -Christoph frunció el ceño.

-Ahora ya trabajas mucho en casa.

-Mmm...

-Y, para un niño, seguro que es mejor el campo que la ciudad.

Lou lo miró expectante. Las arrugas que se le habían formado en la frente empezaron a desaparecer y en sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

-Veo que has pensado en todo. ¿Cuándo has decidido instalarte aquí?

-Esta tarde -admitió Lou, sin mucho aplomo.

-Pues has llegado muy lejos con tus reflexiones.

-¿Te parece que voy muy deprisa?

-Bueno, estos días he tenido que acostumbrarme a los acontecimientos sorprendentes.

-¿Significa eso que pensarás en mi propuesta?

-Sí, por supuesto. -La besó en la frente-. Además, yo también he hecho planes.

-¿De verdad?

-He tenido tiempo de sobra: el viaje dura seis horas.

-Si te aburrías, ¡podías haberme llamado! -Lou le dio un cachete cariñoso en la espalda.

-No. Está prohibido hablar por teléfono mientras se conduce -dijo, fingiendo severidad-. Es muy peligroso. Y ya no soy responsable únicamente de mí mismo, sino también de mi familia.

-«Tu familia» -repitió Lou en un susurro. En boca de Christoph, esas palabras sonaban un poco raras, pero ya se iría acostumbrando.

-Volviendo a mis planes -siguió él-: no se limitan a un coche nuevo y tal vez una casita en el campo, ya sea aquí, en Algovia, o en otro sitio. Eso da igual.

-No da igual -lo contradijo Lou-. Esta casa es de mi familia y significa mucho para mí.

Christoph la miró con asombro, pero Lou le indicó con un gesto que lo dejara correr.

-Es una larga historia, después te la cuento.

Christoph asintió.

-Si tanto significa para ti vivir aquí, habrá que planearlo seriamente. Hay que hacer algunas reformas.

-Lo sé.

-Hablaré con la redacción, a ver hasta qué punto es necesaria mi presencia -siguió reflexionando en voz alta.

-¡Buena idea!

-Y mañana iré a la Asociación de la Prensa de Múnich. No estará de más tener un par de contactos en la prensa local.

-¡Caramba, qué deprisa vas!

-No tenemos mucho tiempo, ¿no? -dijo, y su mirada se posó en el vientre de Lou-. ¿Cuándo nacerá... nuestro hijo?

Esas últimas palabras la emocionaron. ¡Había dicho «nuestro hijo»! Una expresión a la que aún tenía que acostumbrarse.

-Ni idea -confesó-. Todavía no he ido al médico.

-Pues hay que darse prisa -constató Christoph-. Ya conoces la vieja regla del periodismo: ¡nunca llegues tarde al cierre de edición!

19

El viernes a mediodía, Lisa-Marie dobló unas servilletas rojas de papel en forma de cisne y las colocó, una a una, en los platos de postre. Después retrocedió un paso y contempló la obra.

Para celebrar el reencuentro había puesto la mesa de la sala de estar y la había decorado con colores primaverales: el mantel y las servilletas, de rojo; las velas y los portavelas, de verde chillón; y un enorme ramo de tulipanes amarillos al lado de la tarta de queso que ella misma había preparado.

-Solo falta un poco de azul -murmuró.

-Podemos envolver con papel de regalo azul la caja de las cartas de amor -propuso Lou. Estaba junto a la ventana, observando el camino que llevaba a la granja. Hacía dos horas que Anne había ido a buscar a Helene y a Katharina a Kempten. Llegarían en cualquier momento-. O todas nos ponemos algo azul. Aunque yo no tengo mucho donde escoger.

-¡Lou! -exclamó Lisa-Marie, sonriendo-. ¿Qué te pasa hoy?

-Soy muy feliz.

-Lo entiendo.

Desde que había hablado con Christoph el día antes, Lou parecía otra.

-Yo no -dijo Mia-. Esa sonrisa eterna me tiene frita.

-¡Ay, hija! -Lou se apartó de la ventana y se sentó en el sofá al lado de su sobrina-. Tú también volverás a reír algún día.

-No sé de qué.

-¡Espera y verás!

-¡Ya están aquí! -Lisa-Marie señaló fuera, muy emocionada. Anne pasaba justo por delante de la ventana conduciendo el Escarabajo rojo.

-¡Tranquila! -advirtió Lou-. O notarán enseguida que pasa algo. Hemos quedado en que no iremos directamente al grano. Déjalas respirar un poco.

-Es muy fácil decirlo -susurró Lisa-Marie, mientras saludaba con la mano a las recién llegadas-. Tú siempre has sabido controlarte, yo no soy capaz.

La preocupación de Lisa-Marie, sin embargo, resultó ser infundada.

En las dos horas siguientes, prácticamente las únicas que hablaron fueron Helene y Katharina. Después de dar una vuelta de inspección minuciosa por la granja, se sentaron a la mesa de la sala de estar y saborearon la tarta y el café. Al principio, el ambiente no fue muy alegre porque era la primera vez que las hermanas iban a la granja desde la muerte de Horst, y no les resultó fácil. No obstante, el buen humor se impuso poco a poco, sobre todo cuando empezaron a hablar del balneario.

-Estoy como nueva -dijo Helene, radiante-. ¿Habéis notado que he ido a la peluquería?

-Pues claro, se ve a la legua -contestó Mia-. ¿Cómo se llama ese color de pelo?

-Cobre. Es la nueva moda de este año.

-Hemos conocido a gente muy simpática -dijo Katharina con entusiasmo.

-Ese tal Friedhelm os hace tilín, ¿verdad? -preguntó Anne-. Os ha costado mucho separaros de él en Kempten.

Helene se ruborizó.

-Es un hombre muy distinguido.

-¡Sí, señora! Por cierto, tienes su número de teléfono, ¿no? - pregunto Katharina.

-Por supuesto. -Helene revolvió en el bolso y sacó un trozo de papel-. ¡Mira!

-¿Vais a compartirlo? -bromeó Mia.

-¡Mia! -la reprendió Anne.

-Es una pregunta justificada -dijo Lou, saliendo en favor de su sobrina.

-A nuestra edad, podemos quedar con un hombre de dos en dos -dijo Helene-. No hay necesidad de liarse enseguida.

-¡Y mira que me gustaría! -dijo Katharina, risueña-. Aunque tenga diez años menos que nosotras.

-¿Y eso qué importa? -Helene sonrió, ensimismada.

-Nada -confirmó Anne-. Si hay amor...

Dirigió una mirada elocuente a su prima y a su hermana. ¡El tema daba pie para introducir las cartas de Horst!

Lou entendió y fue a buscar las dos cajas.

-En el legado de Horst, hemos encontrado una cosa que tenéis que ver sin falta.

-¿Zapatos? -Helene se inclinó con interés hacia las cajas.

-No, no son zapatos -replicó Anne-. En las cajas hay cartas y fotografías antiguas.

Lou apartó la tarta y puso las cajas en la mesa, delante de Katharina y Helene. Abrió una caja y sacó las fotos.

-¡Mirad! Esta es vuestra madre -dijo con voz suave, y les enseñó la fotografía de Marie.

Desconcertada, Helene se llevó la mano a la boca, mientras que Katharina hacía un gesto de incredulidad.

-Pero... Horst siempre dijo que no había fotos de nuestra madre.

-Sí, bueno, Horst decía muchas cosas -murmuró Lou-. Será mejor que vayamos paso a paso.

-Era muy guapa. -Helene recuperó por fin el habla. Contemplaba la foto con mucho cariño.

-Siempre me la había imaginado así -dijo Katharina, y se puso bien las gafas-. ¿Hay más?

Sin decir nada, Lou les acercó las dos fotos de la boda.

-¡Es nuestro padre! -exclamó Katharina, emocionada-. Mira, Helene.

-Se parece mucho a Horst.

A Lisa-Marie, que hasta entonces se había mantenido al margen de la conversación, se le escapó una risa histérica. Katharina miró a su hija con asombro.

-¿Qué te pasa?

-Creo que ha llegado el momento de aclararos una cosa -dijo Anne, auxiliando a su prima-. Pero no será fácil.

-Hija mía, me estás asustando -gimió Helene, y se llevó las manos al pecho-. Espero que no sea nada grave.

-No, en realidad, no -la tranquilizó Lou-. Más bien, raro. Es mejor que leáis las cartas.

En la hora siguiente, el tictac del reloj de pared fue el único ruido que perturbó el silencio. Lisa-Marie, Lou, Anne y Mia miraban expectantes cómo las dos mujeres iban abriendo sobres. Se tomaban su tiempo, leían las cartas una a una con sumo cuidado y asentían con la cabeza para indicarse mutuamente que habían acabado y podían abrir la siguiente.

Al final, le tocó el turno al último escrito: la carta de despedida de Horst. Cuando terminaron de leerla, la dejaron sobre la mesa y las dos levantaron la vista casi al mismo tiempo. La expresión de sus caras hacía imposible adivinar sus sentimientos. Helene tomó de la mano a Katharina sin decir nada y se la estrechó.

-¿Y bien? -Lou no soportaba aquel silencio.

Lisa-Marie se levantó de golpe.

-¿Queréis una copita? -preguntó, y fue a buscar la botella de licor de hierbas al armario de la sala.

-¿Mamá? -dijo Anne con cautela-. ¿Tía Katharina?

Mia fue la única que siguió callada.

Finalmente, Lou no pudo más.

-¡Decid algo de una vez! -las inquirió.

-Ay... -gimió Helene, y Katharina también se limitó a lanzar un suspiro.

-¿No podéis ser más explícitas?

Katharina asintió a cámara lenta.

-Creo que, en el fondo, lo sospechábamos -dijo.

-Horst siempre fue algo más que un hermano mayor -añadió Helene, pensativa-. ¿Cómo lo explicaría? Nos unía un lazo emocional muy fuerte.

-Desde el principio fue un padre para nosotras. Y si ahora se demuestra que realmente era nuestro padre, en cierto modo me parece... -Katharina buscó la palabra adecuada- lógico.

-Pero no cambia nada -dijo Helene.

-Sí -la contradijo Katharina-. Si lo hubiera sabido antes, no le habría contado ciertas cosas.

-¿Como qué? -preguntó Lisa-Marie con curiosidad.

Katharina sonrió, ensimismada.

-Le conté con todo detalle mi primera noche de amor.

-¡No!

-¡Qué corte! -exclamó Mia.

-Yo también -dijo Helene, sonriendo-. Ay, Dios, me imagino lo que sentiría cuando...

-Y lo de la intoxicación etílica, ¿te acuerdas? -Katharina puso cara de vergüenza-. A mi padre no se lo habría contado jamás.

-No, de eso no me acuerdo. Pero me admira que nunca perdiera la calma.

-Horst era así. Siempre tuve la impresión de que podía acudir a él con mis preocupaciones.

-Pues consiguió mucho más que muchos padres -murmuró Anne-. Tal vez esa fue una de las razones por las que guardó el secreto hasta el final.

-Es posible. -Katharina volvió a observar las fotos-. Son lo más precioso que ha podido dejarnos en herencia. ¡Mirad! Nuestro padre y nuestra madre... -Se le quebró la voz.

-Tranquila. -Helene abrazó a su hermana para consolarla-. ¿Os importaría dejarnos un momento a solas? -preguntó.

-Eh... no, claro que no.

Todas las aludidas se levantaron.

-Bueno, pues... nos vamos a la cocina -decidió Lisa-Marie, y recogió los platos sucios de la mesa.

Katharina se secó las lágrimas.

-Deja el licor -le pidió a su hija-. Nos va a hacer falta.

-Hace más de una hora que están solas. -Lou miraba con impaciencia el reloj de la cocina. Estaba sentada a la mesa de la cocina con Mia, y acababa de abrir el periódico-. ¿Qué hacen tanto rato ahí dentro?

-Hablar, supongo -dijo Lisa-Marie. Apoyada en el fregadero, rellenaba hojas de col con carne picada especiada. Después, le pasaba los paquetitos de col a Anne, que se dedicaba a atarlos con hilo de cocina.

-¿Cuánto licor quedaba en la botella?

-¡Lou! -la reprendió Anne-. Se te ocurren unas cosas...

-¿Por qué lo dices? Nos vendría bien saber lo que nos espera.

-Seguro que no hay bastante para emborracharse -dijo Lisa-Marie .

-Eso está bien.

-Me asombra que estén tan tranquilas -señaló Mia-. Casi diría que me inquieta.

Anne asintió.

-Los arrebatos emocionales no son lo suyo. En eso se parecen mucho.

-Sí -confirmó Lisa-Marie-. Sobre todo cuando están juntas. Siempre parecen fuertes y muy serenas cuando están juntas.

-Se apoyan mutuamente. Tal vez es típico de los gemelos. En su caso, quizá la pena compartida sí sea realmente media pena. - Suspirando, Lou cerró el periódico.

-No solo les pasa a los gemelos -replicó Lisa-Marie-. Creo que nosotras cuatro también vamos por buen camino.

-Los buenos caminos a veces son pedregosos -razonó Lou, y volvió a mirar la hora-. Sea como sea, creo que ya es hora de poner fin a tanta intimidad.

Lou tuvo que esperar media hora más, y entonces, por fin, se abrió la puerta de la cocina. Helene y Katharina entraron agarradas del brazo. Se notaba que habían llorado porque tenían los ojos enrojecidos. No obstante, intentaron sonreír al sentarse a la mesa con Lou y Mia.

-¿Qué? -preguntó Anne con cautela-. ¿Os vais haciendo a la idea?

-No -dijo Helene-. Creo que nos va a hacer falta mucho tiempo para asimilarlo. Pero, de momento, hemos hecho las paces con Johann y Marie, ¿verdad?

-Sí -confirmó su hermana-. Me gustaría que nos lo hubiera contado en vida, pero eso ya no puede cambiarse.

-No -suspiró Lisa-Marie. Se limpió las manos con el delantal y se acercó a la mesa.

Katharina miró a su hija con desconfianza.

-Hay más noticias, ¿verdad?

-¿Qué? -Helene levantó la cabeza, alarmada-. ¿Más noticias del mismo estilo?

Lou le acarició la espalda para tranquilizarla.

-No tengas miedo, mamá, no hay más bombazos como la confesión de Horst.

-¿No podemos dejarlo para más tarde? -preguntó Anne-. Creo que por hoy ya ha sido suficiente.

Helene y Katharina se miraron.

-No. Preferimos saberlo todo enseguida. ¡Vamos!

-Como queráis -dijo Lou, y, mirando a su hermana y a su prima, añadió-: ¿Quién empieza?

-Yo. -Lisa-Marie se puso un mechón de pelo con mucha calma detrás de la oreja-. Se trata de la granja. Nos gustaría conservarla. Porque yo...

-¡Gracias a Dios! -la interrumpió su madre-. Nosotras también queríamos conservarla. Aunque sea difícil al no vivir en Pfronten. Pero ya encontraremos alguna solución, estoy segura.

-Creo que ya la hemos encontrado -dijo Lisa-Marie sonriendo-. Me quedo a vivir aquí.

-¿En Pfronten? -exclamó Helene, sorprendida.
-Sí, en la granja.
-¿Y la librería? ¿De qué vas a vivir? -preguntó Katharina, preocupada.
-Cierro la tienda de Dortmund y empiezo de nuevo aquí.
-¿Estás segura de que es una buena idea?
-Sí, mamá, segurísima. -Lisa-Marie les resumió su situación económica-. Como puedes ver, lo tengo todo bien pensado -concluyó.
-Bueno, es toda una sorpresa -murmuró Katharina.
-Pero no la única -dijo Anne, suspirando-. Yo también tengo que deciros algo. Tarde o temprano, os enteraríais de todos modos.
-¿Tú también te quedas? -preguntó Helene.
-No -contestó Anne-. Lo mío aún no ha llegado a ese punto. Todavía creo que las cosas pueden arreglarse.
-¿De qué estás hablando? No te entiendo.
-Stefan y yo tenemos problemas -dijo Anne, sobriamente-. Hasta ahora me lo había callado.
Katharina frunció el ceño.
-Espero que no sea porque hay otra mujer -dijo, indignada.
-No. Pero no me hace ningún caso y vive únicamente para el trabajo.
-¡Te lo dije! -Helene miró un momento a su hermana-. Yo sé cuándo le pasa algo a mi hija. ¿Y qué vas a hacer?
-El domingo vuelvo a casa y hablaré con él. Así de sencillo.
-¡Ojalá! -Helene la miró con preocupación-. Pero si necesitas ayuda, la pides.
-Claro.
-Ven aquí. -Helene se apartó un poco, a la vez que tiraba de su hija para que se sentara a su lado en el banco. Después la abrazó con ternura-. Pase lo que pase, puedes contar conmigo.
-Lo sé. -Anne se estrechó contra su madre en busca de consuelo.
-¿Y yo qué? -intervino Lou, un poco celosa.
-¿Qué quieres? -le preguntó Helene, sonriendo-. Tú siempre has sido la fuerte.
-Pero las cosas han cambiado.
-¿Ah, sí? ¿Por qué?
-Estoy embarazada.
-¿En serio? -Helene miró a su hija con incredulidad-. ¿Tú? Pero si nunca has querido tener hijos.
-Cosas que pasan.
Su madre parecía desconcertada, pero pronto comprendió lo que eso significaba.
-¡Seré abuela otra vez! ¡No me lo puedo creer!
-Yo tampoco.
-Mi pequeña va a tener un hijo... ¡Es fantástico! ¿Qué dice Christoph?
-Muchas cosas. -Lou sonrió al recordar la tarde anterior-. Cuando llegue, se

lo preguntáis vosotras mismas.

-¿Está aquí? -Helene miró a todas partes, como buscándolo.

-Está en Múnich, pero vuelve para la cena.

-¡Vaya, menuda sorpresa!

-Y que lo digas.

Pensativa, Katharina miró a cada una de las tres mujeres.

-O sea, Lou está embarazada, Anne tiene que solucionar sus problemas matrimoniales y Lisa-Marie se muda -resumió-. ¿Hay algo más?

-¿Tú no tienes nada que contarnos, cariño? -le preguntó Helene a su nieta.

-¿Yo? -Mia se ruborizó-. Yo... estaba... O sea... yo... -balbuceó, incapaz de hablar de sus penas amorosas-. No -contestó finalmente, y bajó la mirada-. Todo estupendo.

-¿De verdad?

-Sí, de verdad -confirmó, y sonrió con entereza.

-Bien. -Helene no parecía muy convencida, pero la dejó tranquila. Ya encontraría más tarde el momento para hablar con su nieta-. Os dejamos tres semanas solas... ¡y la que armáis! -exclamó, riéndose.

-Me duele la garganta de tanto hablar -se lamentó Lisa-Marie por la noche, cuando ya estaban acostadas.

Tardaron un poco en ponerse de acuerdo en la distribución de las camas. Katharina y Helene querían renunciar a ocupar sus habitaciones respectivas, pero sus hijas no aceptaron.

Así pues, Anne, Mia, Lou y Lisa-Marie compartieron la habitación grande de invitados, en la que había cuatro camas, y las dos mujeres mayores se instalaron en sus dormitorios. Christoph, que volvió tarde de las entrevistas en Múnich, se quedó en el cuartito de la planta baja.

Lou lo dejó marchar muy a su pesar y pensando con aprensión en la noche que le esperaba. No estaba acostumbrada a dormir con tanta gente en la misma habitación.

Probablemente no pegaría ojo.

Sin embargo, tras reflexionar un rato, no le pareció tan mala idea. Al fin y al cabo, era la última oportunidad, por el momento, de estar a solas con su hermana, su prima y su sobrina. Un final digno para las tres semanas que habían pasado juntas.

-Yo también estoy afónica -dijo Anne en la oscuridad-. ¿Alguien tiene pastillas para el dolor de garganta?

-A mí todavía me quedan caramelos para la tos de los que me regaló Lou -contestó Lisa-Marie-. ¿Quieres uno?

-Sí, gracias.

Se oyó un crujido.

Después se hizo el silencio, hasta que Anne volvió a hablar.

-¿Os importa que abra los postigos?

-A mí sí -susurró Lou-. Nunca se sabe cuándo va a cantar el gallo. Además,

llueve mucho.
-Llueve fuera, no en la habitación.
-Me entra frío cuando oigo la lluvia.
-Y yo ronco si no duermo con la ventana abierta.
-Pues ábrela y que sea lo que Dios quiera.
-Yo suelo leer un poco antes de dormir -dijo Lisa-Marie-. ¿Os molesta si enciendo la luz?
-A mí, sí.
-Siempre a ti.
-Por lo visto, soy la única que no tiene manías para dormir.
-¡Por favor! Aunque sea un audiolibro... Y así no hace falta que encienda la luz.
-¿Sigues con el portugués?
-No, ahora aprendo ruso.
Anne se rio.
-¡Silencio! -dijo Lou-. Me parece que Mia se ha dormido.
-No, estoy despierta.
-Pues ya que estamos todas despiertas, ¿por qué no hablamos un rato? -propuso Lisa-Marie-. Me encanta charlar a oscuras. Es casi mejor que leer.
-Por mí, de acuerdo -gruñó Lou.
-¿Qué te ha dicho Christoph? ¿Qué tal las entrevistas en la Asociación de la Prensa?
-Muy bien. Ha hecho unos cuantos contactos importantes. Si se lo propone, no creo que tarde en encontrar un buen trabajo en Múnich.
-¿Y qué? -preguntó Anne-. ¿Se lo propondrá?
-Creo que sí.
-Y vendréis a vivir aquí, conmigo. -Lisa-Marie parecía muy contenta.
-En la casita de retiro -puntualizó Lou.
-Aquí o allá, qué más da. Nos haremos cargo de la granja juntos.
-¡Quién lo habría dicho hace tres semanas!
-Ay, sí...
Suspiraron y se quedaron absortas en sus pensamientos.
De nuevo fue Anne la que rompió el silencio.
-Tengo que buscar en Internet los horarios de tren para el domingo.
-¿Dónde tienes el portátil, Lisa-Marie? -preguntó Lou-. Siempre estaba en la sala de estar, pero hace unos días que no lo veo.
-Lo he guardado.
-¿Por qué?
-No me apetece entrar en los chats.
-Prefieres ir a Füssen a comprar, ¿no? -Casi se oyó cómo sonreía.
-No tiene nada que ver lo uno con lo otro.
-¡Suerte con el número de lotería!
-No entiendo lo que decís -intervino Anne.
-No importa. Basta con que lo entienda Lisa-Marie.

-¿Podemos cambiar de tema? -pidió esta.

-De acuerdo -dijo Anne-. A ver... ¿A quién le enseño a ordeñar las vacas? Mia y yo volvemos a casa el domingo, y una de vosotras tiene que hacerse cargo.

-Yo misma -se ofreció Lisa-Marie.

-En cuanto haga el examen de mates, vuelvo y me encargo del establo -añadió Mia-. Soy toda una profesional.

He ayudado muchas veces a Jo a hacerlo, se dijo, y le extrañó no echarse a llorar como de costumbre al pensar en él. Parpadeó, pero no se le humedecieron los ojos. Debía de estar demasiado cansada para llorar.

-Vais a necesitar ayuda los próximos meses -dijo Anne-. Hay muchos temas pendientes: la mudanza, las reformas en la casita de retiro, la inauguración de la tienda, la llegada del bebé... Toda ayuda será de agradecer.

-Podemos preguntarles a los Hösle si quieren venir de vez en cuando -propuso Lisa-Marie.

Lou se rio.

-A la menor insinuación, la señora Hösle se te mete en la cocina. Se muere de ganas de saber lo que pasa en esta casa.

-Bueno, ya le hemos ofrecido algún que otro espectáculo -comentó Anne, risueña-. Acordaos de cuando llegó Mia.

-O del día del sujetador -dijo Lisa-Marie con una risita.

-Esa mujer siempre es igual de inoportuna -opinó Lou, recordando con una sonrisa la mañana en que se la encontró en la farmacia.

-Seguro que le haría gracia cuidar a tu hijo, Lou -aventuró Anne.

-¿Te has vuelto loca? No aprendería alemán y me haría falta un intérprete para entenderme con él.

-Hoy en día no está de más aprender idiomas -bromeó Lisa-Marie -. Ya os lo dije hace un par de semanas.

Anne y Lou también se rieron.

Y entonces ocurrió: Mia se rio con ellas. Cuando se dio cuenta, cerró la boca y tragó saliva. ¿Cómo podía estar tan contenta? ¡Solo hacía dos días que Jo se había ido! Pensativa, miró en la oscuridad. Se alegró de que las otras no pudieran verla reflexionando.

¿Superaría finalmente la pena? ¿Volvería a ser feliz como antes?

En realidad, se había propuesto hundirse en la tristeza y no volver a ser feliz nunca más. Pero allí, en esa casa ahora tan llena de gente, no había sitio para estar triste a solas. Allí lloraban y reían, charlaban y se contaban secretos, discutían y hacían las paces.

Allí estaba la familia.

Un chasquido fuerte la sacó de sus pensamientos.

-¿Quién muerde el caramelo para la tos? -preguntó Lou en tono severo.

-Yo -confesó Lisa-Marie.

-Es malo para los dientes. Ahora mismo te levantas y te los vuelves a cepillar.

-De acuerdo.

-¡Tú también, Anne!

-Yo no lo muerdo, solo lo chupo.

-Da igual. ¿Sabes cuánto azúcar hay en un caramelo?

-No. -Anne encendió la luz-. Pero voy al cuarto de baño antes de que me sueltes un discurso.

-Así me gusta -aprobó Lou, y se incorporó en la cama-. Pongo el cronómetro. ¡Os cepilláis los dientes al menos tres minutos!

Cuando Anne y Lisa-Marie salieron de la habitación, Lou le guiñó un ojo a su sobrina.

-Si nos damos prisa, seguro que nos dormimos antes de que vuelvan -murmuró, y apagó la luz-. ¡Que duermas bien, cariño!

-Buenas noches -susurró Mia. Se dio la vuelta, se tapó bien con la colcha y cerró los ojos.

Amodorrada, prestó oídos a la noche. La lluvia golpeaba todavía los cristales de las ventanas. En algún sitio ladró un perro. En el cuarto de baño se oía el zumbido de los cepillos eléctricos, interrumpido de vez en cuando por un cuchicheo. El reloj de pared de la sala de estar dio las once y una viga de madera crujió en la buhardilla.

Ruidos familiares.

Reconfortantes y tranquilizadores.

Y de repente supo que no había ningún otro lugar en el mundo en el que quisiera estar en esos momentos.

EPÍLOGO

A finales de agosto, el verano empezó a languidecer.

Por la mañana y por la noche, una niebla espesa cubría los prados, pero el sol brillaba durante el día tan cálido y radiante como en los últimos meses. Las familias de veraneantes se despedían de Pfronten y cargaban a sus hijos y el equipaje en los coches. Dejaban paso a grupos de excursionistas, jubilados y parejas sin hijos, que llenaban ahora las calles del pueblo.

Un miércoles por la tarde, Mia pasó por la animada calle principal en el Escarabajo rojo y entró en el aparcamiento de la estación de tren. Se dirigió al andén a toda prisa porque acababan de anunciar por megafonía la llegada del tren procedente de Kempten.

-¡Nass tarrrdess!

Tenía a la señora Hösle delante. Llevaba una cesta de la compra en la mano derecha y una gran bolsa de plástico en la izquierda, con lo que representaba un obstáculo difícil de superar.

-Buenas tardes, señora Hösle. -Mia saludó con amabilidad a su vecina con la esperanza de que no le hiciera ninguna pregunta.

Inútilmente.

-¿Vass a tomarr'l trren a Kempt'n? -preguntó.

Mia llevaba el suficiente tiempo en Pfronten como para entender la pregunta. Negó con la cabeza.

-No, no voy a Kempten. Vengo a recoger un envío de libros para mi tía.

-H'oído d'cirr que la t'enda va muy b'en.

-Sí, no podemos quejarnos, la tienda funciona.

Decir que funcionaba era poco. En realidad, la librería-café de Lisa-Marie iba viento en popa. Durante las vacaciones escolares vendieron sobre todo libros infantiles y juveniles, y ahora los clientes compraban novelas históricas y policíacas. Además, la cafetería se había convertido en un lugar de encuentro muy frecuentado, tanto por los vecinos como por los turistas.

-M'alegrrro. -La señora Hösle asintió, satisfecha. Pero el interrogatorio no había terminado todavía-. A veces veo a tu tía con Max Lampertinger -

murmuró, y entrecerró el ojo derecho con aire conspirador.

Mia sonrió. En un pueblo tan pequeño como Pfronten era imposible mantener las cosas mucho tiempo en secreto, aunque el romance entre Lisa-Marie y Max no acababa de arrancar. Los dos tenían mucho trabajo, pero Max Lampertinger la había invitado a cenar hacía poco.

-Sí, a veces salen juntos -contestó Mia.

La señora Hösle la miró expectante, por si añadía algo más. Al comprender que no le daría más información, pasó a la siguiente pregunta.

-Y tú, ¿qu'tal?

-Muy bien -contestó Mia parcamente.

No era mentira. Poco a poco iba superando las penas de amor y hacía planes para el futuro. En octubre empezaría a estudiar Medicina en Múnich. Ya tenía habitación en la residencia de estudiantes. Los fines de semana seguiría yendo a Pfronten, pues la familia necesitaba su ayuda y, además, se había hecho amiga de Anne, Florian y Phillip, los chicos de Füssen.

Aun así, el dolor todavía regresaba de vez en cuando. Y la nostalgia. Y un ligero arrepentimiento por haber reaccionado con tanta vehemencia y no haberle dado a Jo la menor oportunidad. Sin embargo, estaba firmemente decidida a no dejarse dominar por esos sentimientos.

La señora Hösle se dio por satisfecha con la escueta respuesta y cambió de tema.

-Tu tía y su marrrido 'cen rreforrrm's en la cas'ta de rrret'rro -afirmó, y miró a Mia con la esperanza de que le contara detalles.

Mia suspiró. El tren no llegaba y se vería obligada a explicarle la marcha de las obras. De todos modos, el matrimonio Hösle iba a ayudar a Lisa-Marie en el establo a partir de octubre, así que, tarde o temprano, se acabarían enterando de todo.

-Mi tía y su pa-re-ja -dijo, remarcado la palabra- se instalarán en la casita antes de que empiece el invierno. El bebé nacerá en diciembre.

Lo que no le dijo fue que esperaban gemelas. Lou se había tronchado de risa al saber que tendrían dos niñas y había dicho algo acerca de una «gran manada». Christoph, por su parte, se puso enseguida manos a la obra para construir otra cuna. Los dos estaban muy contentos con su nueva vida.

Mia estaba tan absorta en sus pensamientos que no oyó la siguiente pregunta de la señora Hösle.

-¿Y tus p'drres? -repitió la señora Hösle más alto.

-Muy bien.

Anne había aprovechado la hora de visita en la consulta de Stefan. A Mia le habría encantado ver la cara de asombro de su padre. Al parecer, una vez superada la sorpresa inicial, había escuchado atentamente las «quejas» de su mujer. Y lo que era más importante: se las había tomado en serio.

Después, Anne y Stefan habían pasado las vacaciones de verano con sus hijos en Algovia. Helene, Katharina y Mia se encargaron de que el matrimonio pudiera pasar mucho tiempo a solas. Y enseguida todos

comprobaron lo bien que les sentaba estar juntos. Anne estaba verdaderamente radiante. Además, la abuela Helene se ofreció para hacerse cargo de la casa tres días a la semana, lo que permitió que su hija retomara el trabajo de enfermera. Desde que Anne había vuelto al hospital, parecía mucho más contenta y satisfecha.

Sí, mis padres van por buen camino, pensó Mia con alivio.

En ese preciso instante, el tren entró en la estación en medio de un ruido atronador. Mia señaló el andén con un gesto de disculpa y se despidió de la señora Hösle. Después intentó abrirse paso entre los pasajeros que acababan de llegar. Lisa-Marie le había dicho que el paquete de libros estaría en el último vagón y que se lo entregaría un empleado del ferrocarril.

Pero el último vagón era el coche de primera clase. Y no había ningún empleado del ferrocarril.

-Hola, Mia -dijo una voz detrás de ella.

Mia cerró un momento los ojos. Habría reconocido esa voz entre miles. Se volvió muy despacio.

Jo estaba a tan solo un metro de distancia.

Como siempre, llevaba unos vaqueros, una camiseta y zapatillas de deporte. Y la vieja mochila a la espalda. Tenía una guitarra en una mano, y con la otra se echó las gafas de sol a la cabeza, dejando al descubierto los ojos, que no miraban el mundo con tanta vivacidad como de costumbre. En realidad, la escrutaban con un poco de miedo.

Mia se preguntó cómo se podía sentir a la vez una alegría tan grande y un dolor tan agudo. Era como..., como un dolor de muelas en Nochebuena.

Pero más intenso.

Tuvo que esforzarse para fingir cierta normalidad.

-¿Qué haces aquí?

-Bueno -dijo Jo, aliviado al ver que al menos le dirigía la palabra-. No es fácil de explicar, y menos aún en un andén.

-Inténtalo.

-¿Ahora? ¿Aquí? Esperaba que...

-Tienes exactamente sesenta segundos -lo interrumpió. Sabía que no aguantaría su mirada más de un minuto sin echarse a llorar.

Jo suspiró.

-¿No podríamos pasar de esa tontería de contar?

-Cincuenta y nueve segundos. -Mia miró explícitamente el reloj.

-Para empezar, supongo que tengo que pedirte perdón. No estuvo bien que no te dijera quién soy.

-Si solo fuera eso...

-Aún no he terminado. Tengo muchas cosas que decirte. -Dio la impresión de que estaba haciendo acopio de valor-. Las he pasado canutas estos últimos meses. Lo he intentado todo para olvidarte: he ido a fiestas, me he emborrachado y he conocido a algunas chicas. -Miró al suelo, avergonzado-. No estoy precisamente orgulloso.

-Cuarenta segundos -murmuró Mia, y se corrigió en silencio: no era un dolor de muelas, era una operación a corazón abierto.

Sin anestesia.

Jo levantó los ojos.

-Pero también he hecho cosas sensatas. Me he ocupado de que el banco de la familia refuerce su compromiso con las ONG.

Mia asintió.

-Lo leí en no sé qué revista. -Era mentira. En realidad, había recortado el artículo de cinco revistas distintas-. Treinta segundos.

-Y he convencido a mis padres de que quiero hacer algo por mi cuenta. Está por ver si algún día me haré cargo del banco. Mi padre se atragantó al conocer mis planes de futuro, pero al final los ha aceptado.

-Veinte segundos -dijo Mia, y, después de dudarlo un momento, añadió-: Veinticinco si me dices en qué consisten esos planes. -Se maldijo por su curiosidad, pero ¡qué más daba!

Jo se atrevió a esbozar por primera vez una sonrisa tímida.

-Voy a estudiar Música en Múnich. Empiezo en octubre.

-¡En Múnich! -exclamó Mia, sorprendida-. Yo también voy a estudiar allí.

-Lo sé.

-¿Y eso?

-Lisa-Marie ha estado en contacto conmigo.

-¿En serio?

Jo dio un paso hacia ella, con mucha cautela.

-Te has olvidado de seguir contando.

-Da igual. -Mia se encogió de hombros-. No me hace falta para saber cuándo se acaba el minuto. Además, tengo que recoger un paquete de libros. ¡Me alegro de haberte visto! -Dio media vuelta para marcharse, pero Jo la agarró de la mano para retenerla.

-Olvida el paquete. No ha llegado.

-¿Y tú qué sabes?

-Era una excusa para que vinieras.

-¡Desde luego...! -Lisa-Marie se iba a enterar cuando volviera a casa.

-Por favor, Mia...

Mia se dio cuenta con asombro de que Jo aún seguía agarrándola de la mano. Y todavía le asombró más darse cuenta de que se lo permitía. Carraspeó para disimular la inseguridad que la embargaba.

-Estás desaprovechando los últimos segundos -gruñó, intentando parecer lo más antipática posible.

-Te equivocas -contestó él, muy serio-. Nunca he aprovechado el tiempo más intensamente que ahora.

-¿Ah, sí?

Jo se acercó la mano de Mia a la boca y se la rozó cariñosamente con los labios. La inseguridad había desaparecido de sus ojos.

-Creo que te quiero, Mia.

A Mia le dio un vuelco el corazón, pero su cabeza seguía resistiéndose a los sentimientos.

-¿Qué? ¿Estás casi cuatro meses sin dar señales de vida y ahora apareces sin más y me dices que me quieres?

-¡No es eso! No me han hecho falta cuatro meses para saber cuánto me importas. Lo supe desde el primer momento. -Le puso las manos en las mejillas y la obligó a mirarlo-. Pero antes tenía que poner orden en mi vida.

-¿Y ahora qué?

-Ahora he venido a buscar lo que me faltaba para ser feliz: ¡tú!

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas. Jo había vuelto por ella y acababa de pronunciar las palabras con las que soñaba casi todas las noches.

La quería.

Estaba allí y se quedaría con ella.

¿Y ella que hacía?

¡Llorar!

Avergonzada, parpadeó para ahuyentar las lágrimas e intentó disimular su estado con una broma.

-Lo siento, Jo -dijo, suspirando, y se esforzó por poner cara seria.

-¿Por qué lo dices? -preguntó él, con voz queda y mirándola preocupado-. ¿Ya no me quieres?

-Claro que te quiero -contestó, y se puso de puntillas para poder susurrarle al oído-: Pero se te ha acabado el tiempo de hablar.

-¡No importa! -La abrazó-. El resto lo solucionaremos sin palabras.

Y la besó en pleno andén, en plena boca y en un momento de plena felicidad. Abrazados delante del vagón de primera clase, no los distrajo ni el ruido ni el ajetreo de la gente. Lo único que contaba era la sensación de volver a estar por fin juntos.

Cuando la voz metálica de megafonía anunció la salida del tren, Mia se separó de Jo.

-¿Puedo llamarte Jonathan o insistes en que te llamen Jo? - preguntó, casi sin aliento.

-Puedes llamarme como quieras, mientras no sea un mote cursi como «tesorito». -Le apartó un mechón de pelo de la cara con ternura.

-Pues, entonces, Jonathan.

-Por mí, de acuerdo -dijo con una sonrisa-. Y ya que hablamos de nombres: ¿cómo se llama el cerdo?

-Le pusimos *Ernesto Augusto*.

-¡Glups! Como se entere Ernesto de Hannover, os denuncia.

-¡Tranquilo! -dijo Mia-. Buscamos en Internet y al menos hay otros cinco aristócratas con ese nombre en la historia de Alemania.

-Eso me tranquiliza. -Jo le pasó el brazo por los hombros y agarró sus bártulos-. Por cierto, yo también he buscado tu nombre en Internet. ¿Sabías que Mia es María en sueco?

-Pues claro. Y estoy muy orgullosa.

-Creía que no soportabas ese nombre.

-Yo también lo creía. Pero ahora sé unas cuantas cosas de mi bisabuela Marie de las que estoy muy orgullosa.

-¿Por ejemplo?

-Era una mujer fantástica. Una maestra de pueblo que un día se enamoró locamente -dijo Mia mientras iban hacia el Escarabajo rojo, sin prisas y abrazados-. Un día te contaré la historia. Todo empezó hace muchos, muchos años en Masuria...

Agradecimientos o muchas palabras

en vez de una gran tarta

En esta novela salen tartas muy a menudo: de mandarina, de cerezas, de queso...

Si pudiera, me encantaría hacer una para todas las personas que me han ayudado a escribir este libro. En el centro de la tarta escribiría «gracias» con grandes letras de mazapán, decoradas con chocolate. Y para que todos pudieran probarla, también haría una versión baja en calorías y otra sin lactosa.

Pero, por desgracia, es imposible reunir alrededor de una misma mesa a todas las personas a las que estoy agradecida. Por eso me ahorro hacer una tarta y, en vez de harina, azúcar y mantequilla, mezclaré muchas «gracias» juntas y las serviré aquí mismo:

- Las primeras raciones son para mi agente, Petra Hermanns; mis editoras de mesa, Marion Vázquez y Petra Förster; la editora externa, Gisela Klemt, y todas las mujeres de la editorial Ullstein. ¡Que aproveche!

- Un «gracias» enorme para Franz Lotter, que tradujo al bávaro de Pfronten los pasajes correspondientes. Creo que jamás pensó en serio que algún día colaboraría en una novela de mujeres. Por eso me hizo tanta ilusión que se mostrara dispuesto a ayudarme sin dudarlo un momento.

- A mis lectoras les doy un «gracias» especialmente dulce y suculento, por el entusiasmo con que acogen mis libros y los comentarios que recibo. ¡Os habéis ganado la porción con más nata!

- El municipio de Pfronten ha ofrecido (sin saberlo) un magnífico escenario para mi novela. Y lo agradezco de todo corazón. Sin embargo, he descrito el pueblo más pequeño de lo que es. Y, por supuesto, pido mis más sinceras disculpas por ello. A quien tenga curiosidad por ver cómo es Pfronten de

verdad, le recomiendo que lo visite. ¡Vale la pena!

- También deseo dar las gracias a los vulcanólogos y «volcaneros» islandeses que permitieron que el Eyjafjallajökull hiciera erupción en el momento apropiado. ¿Quién sabe qué habría ocurrido si Lou hubiera viajado al Caribe, como tenía planeado?

- El resto de «gracias» son para mi familia, y una ración doble, porque no podría haber escrito este libro sin vuestro apoyo y vuestra paciencia. A vosotros os prepararé una tarta de verdad muy pronto. ¡Lo prometo!

Heike Wanner

RECETAS

Hemos incluido las recetas de algunos de los pasteles que salen en la novela para acercar a los lectores los sabores de la repostería alemana y para que puedan preparar una merienda inspirada en las de las protagonistas del libro.

¡Esperamos que salgan muy bien!

Pastel de *Streusel*

La palabra *Streusel* procede del verbo alemán *streusen*, «esparcir», y se refiere a la cobertura de este pastel, que se esparce sobre la base de forma irregular para crear una textura crujiente y desmigada muy parecida al *crumble* inglés. Esta receta básica permite muchísimas variaciones, como, por ejemplo, añadir fruta fresca, mermelada o crema pastelera, entre la base y el *Streusel*.

Ingredientes

Para la base:
300 gr de harina
100 gr de azúcar
100 gr de mantequilla pomada
4 huevos
2 cucharaditas rasas de levadura
Una pizca de mantequilla para untar el molde

Para el *Streusel*:

200 gr de harina
250 gr de azúcar
2 cucharaditas de azúcar avainillado
250 gr de mantequilla
Preparación

Para la base:
Batir la mantequilla. Añadir los huevos y el azúcar. Mezclar aparte la harina y la levadura, tamizarlas y añadirlas a la masa poco a poco. Extender la masa sobre una fuente previamente untada con mantequilla.

Para el *Streusel*:
Tamizar la harina en un bol por separado y añadir el azúcar y el azúcar avainillado. Cortar la mantequilla a dados, e incorporarla a la masa, creando una textura de migas, que pueden tener el grosor que se desee. Distribuir el *Streusel* sobre la base.

Tarta de yogur y mandarina

Para esta receta ligera y refrescante puedes utilizar todo tipo de fruta según la temporada (las frutas que sueltan mucho jugo, como las moras, le darán un color muy bonito). Otra opción que le va muy bien es la fruta en conserva, como el melocotón en almíbar.

Ingredientes

Para el bizcocho:
4 cucharadas de azúcar
2 cucharadas de aceite
5 cucharadas de harina
3 huevos
Una pizca de sal
1 cucharadita de levadura
1 cucharadita de azúcar avainillado

Para la cobertura:
500g de yogur natural
2 vasos de nata montada

500 gr de mandarinas peladas
150 gr de azúcar
2 hojas de gelatina

Preparación

Mezclar todos los ingredientes del bizcocho y verter la mezcla sobre un molde redondo forrado con papel de cocina. Meter al horno precalentado a 180°C alrededor de 15 minutos y dejar enfriar.

Mientras, batir el yogur con el azúcar y mezclarlo con las mandarinas troceadas. Ablandar y disolver la gelatina según las instrucciones del paquete y añadirla a la mezcla de yogur. (Para evitar que se hagan grumos, se puede echar un par de cucharadas de la mezcla de yogur a la gelatina cuando aún esté caliente, remover bien y luego devolverlo todo al resto de la mezcla). Añadir poco a poco la nata montada y disponer sobre el bizcocho ya frío. Antes de servir, dejar como mínimo un par de horas en la nevera (lo ideal es toda la noche).

Tarta de coco

Aunque el coco parece un ingrediente demasiado tropical para el frío clima germánico, se utiliza a menudo en la repostería, como esta rica tarta de coco, hecha con muy poca harina lo que le da una textura muy esponjosa.

Ingredientes

4 huevos
125 gr de mantequilla pomada
100 gr de azúcar
2 cucharadas de ron
50 gr de harina
1 cucharadita de levadura
200 gr de coco rallado (y un poco más para decorar)
2 cucharadas de mermelada (por ejemplo, de albaricoque)
Mantequilla y harina para untar el molde

Preparación

Precalentar el horno a 180°C. Separar las yemas de las claras y batir las claras a punto de nieve. Mezclar las yemas de huevos con una cucharada de agua, añadir la mantequilla y el azúcar. A continuación echar el ron, la harina, la levadura y el coco rallado e incorporar con cuidado y mezclando siempre de fuera a dentro las claras a punto de nieve.

Untar un molde (puede ser de *plum-cake*, o un molde redondo pequeño) con mantequilla y cubrir con harina. Verter la masa, alisarla y dejar que se haga durante aproximadamente 35 minutos.

Mientras, calentar la mermelada con un par de cucharadas de agua hasta que se derrita. Una vez desmoldada la tarta, cubrirla con la mermelada y decorar con un poco de coco rallado.

Marmorkuchen o bizcocho de mármol

Este bizcocho bicolor, un clásico de la repostería alemana, se ha hecho famoso en todo el mundo. Cada familia tiene su propia receta. Aquí te presentamos una que apuesta por la combinación irresistible de vainilla y chocolate.

Ingredientes

130 gr de mantequilla pomada
180 gr de azúcar
1 cucharadita de azúcar avainillado
La piel rallada de un limón
2 cucharadas de ron
4 huevos
Una pizca de sal
200 gr de harina
1 cucharadita de levadura
100 ml de leche tibia
30 gr de cacao puro sin azúcar

Preparación

Batir la mantequilla (es importante que esté muy blanda, para ello hay que sacarla de la nevera por lo menos 12 horas antes) con 100 gr de azúcar y el azúcar avainillado. Sin dejar de batir, incorporar la ralladura de piel de limón

y el ron hasta obtener una mezcla cremosa.

Separar los huevos e incorporar las yemas a la masa una a una. Batir las claras a punto de nieve con la pizca de sal. Antes de que monten del todo, añadir el azúcar restante y acabar de batir.

Mezclar la harina con la levadura e incorporar a la masa, tamizándola con un colador, alternando con la leche y las claras a punto de nieve unas tres o cuatro veces. Mezclar a mano con delicadeza con una cuchara de madera. Una vez bien mezclado, untar el molde (un molde de roscón es el más apropiado para esta receta) con mantequilla y harina, y verter dentro la mitad de la mezcla.

A la mezcla restante se le añade el cacao, también tamizado con un colador para evitar grumos. Verter sobre el resto de la masa en el borde y pinchar repetidas veces con el tenedor haciendo un movimiento en espiral para crear el efecto marmolado.

Meter al horno precalentado a 180°C durante unos 45 minutos hasta que esté bien hecha (si al pincharlo con un palillo, este sale seco, es que está en su punto). Hay que vigilar que no se dore demasiado para que no quede seco. Dejar enfriar antes de desmoldar.

Tarta de queso

La tarta de queso es una receta que también tiene muchas versiones distintas alrededor del mundo. Aquí presentamos la receta tradicional alemana, que incorpora nata en la masa.

Ingredientes

Para el bizcocho:
2 huevos
2 cucharadas de agua caliente
100 gr de azúcar
1 cucharadita de azúcar avainillado
75 gr de harina
50 gr de maicena
1 cucharadita de levadura

Para el relleno:
8 hojas de gelatina neutra

500 gr de cuajada o queso batido
200 gr de azúcar
1 limón
375 ml de nata para montar

Preparación

Para el bizcocho:

Batir los huevos hasta que monten. Añadir el agua y seguir batiendo. Cuando se haya obtenido una mezcla esponjosa, incorporar el azúcar y el azúcar avainillado en pequeñas cantidades y batir hasta que el azúcar se disuelva del todo. Mezclar aparte la harina, la maicena y la levadura. A continuación, incorporar a la masa con cuidado.

Forrar el fondo de un molde redondo con papel de horno y verter la masa. Meter al horno precalentado a 200°C entre 20 y 30 minutos. Una vez enfriado, cortar en dos capas.

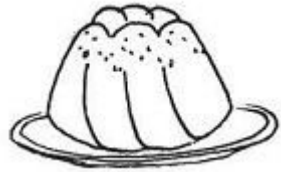
Para el relleno: Reblandecer la gelatina en agua fría.

Mezclar la cuajada o el queso batido con el azúcar, la piel rallada y el jugo de limón. Deshacer la gelatina en unas 5 o 6 cucharadas de agua caliente e incorporar a la masa de queso. A continuación, añadir la nata montada.

Colocar una de las mitades del bizcocho en el fondo de un molde redondo desmontable. Verter encima la mezcla de queso y nata y cubrir con la otra mitad. Dejar enfriar varias horas en la nevera antes de servir. Puede decorarse con azúcar glas.

Gugelhupf

Este nombre en apariencia difícil de pronunciar se debe a su peculiar forma de roscón alto: la palabra *Gugel* es un término utilizado en la Alemania medieval para referirse a un sombrero, y *Hupf*, «salto», hace alusión a que la masa «salta» del molde dentro del horno. Aunque se prepara con un molde especial, puede utilizarse cualquier molde de roscón.



Ingredientes

250 gr de mantequilla pomada
250 gr de azúcar
2 cucharaditas de azúcar avainillado
6 huevos
350 gr de harina
1 cucharadita de levadura
250 ml de nata montada
2 cucharadas de ron

Preparación

Separar los huevos.

Mezclar la mantequilla con el azúcar, el azúcar avainillado y el ron hasta que quede una mezcla esponjosa. Añadir las yemas de los huevos una a una.

Por separado, mezclar la harina y la levadura y echar a la mezcla mientras se tamiza con un colador, al mismo tiempo que se alterna con la nata montada.

Batir las claras a punto de nieve e incorporarlas a la mezcla con cuidado.

Untar un molde de roscón con mantequilla y harina, verter la masa y meter en un horno precalentado a 180°C alrededor de 50 minutos.

Una vez enfriado y desmoldado, se puede decorar con azúcar glas o con cobertura de chocolate.

Pastel de cerezas

Esta receta sencilla y muy rápida de preparar es ideal para el verano. Aunque pueden utilizarse cerezas en conserva, las cerezas de temporada garantizan un resultado espectacular.

Ingredientes

100 gr de mantequilla
150 gr de azúcar
3 huevos
1 cucharadita de azúcar avainillado
El zumo de un limón
150 gr de harina
1 cucharadita de levadura
350 gr (aprox.) de cerezas (si se utilizan cerezas en conserva, tienen que ser deshuesadas)

Preparación

Mezclar todos los ingredientes excepto las cerezas con las varillas eléctricas hasta que quede una masa homogénea.

Untar con mantequilla y enharinar un molde redondo (o forrarlo con papel de cocina), en el que se vierte la mezcla.

Deshuesar las cerezas y secarlas con papel de cocina. A continuación, distribuirlas en el molde sobre la masa.

Meter el molde en el horno frío y encenderlo a una temperatura de 180°C. Dejarlo que se haga durante unos 45 minutos. Para saber si está en su punto, pincharlo con un palillo y comprobar que sale seco.